

La Esfera y la Cruz

Gilbert Keith Chesterton

Título: La Esfera y la Cruz
Autor: Gilbert Keith Chesterton

I. Discusión un poco en el aire

La nave voladora del profesor Lucifer silbaba atravesando las nubes como dardo de plata; su quilla, de límpido acero, fulgía en la oquedad azul oscuro de la tarde. Que la nave se hallaba a gran altura sobre la tierra es poco decir; a sus dos ocupantes les parecía estar a gran altura sobre las estrellas. El profesor mismo había inventado la máquina de volar, y casi todos los objetos de su equipo. Cada herramienta, cada aparato tenía, por tanto, la apariencia fantástica y atormentada propia de los milagros de la ciencia. Porque el mundo de la ciencia y la evolución es mucho más engañoso, innominado y de ensueño que el mundo de la poesía o la religión; pues en éste, imágenes e ideas permanecen eternamente las mismas, en tanto que la idea toda de evolución funde los seres unos con otros, como sucede en las pesadillas.

Todos los instrumentos del profesor Lucifer eran los antiguos instrumentos humanos llevados a la locura, desenvueltos en formas desconocidas, olvidados de su origen, olvidados de su nombre. Aquella cosa que parecía una llave enorme con tres ruedas, era, en realidad, un revólver, patentado, y muy mortífero. Aquel objeto que parecía hecho con dos sacacorchos enrevesados, era, en realidad, la llave. La cosa que hubiera podido confundirse con un triciclo volcado patas arriba era el instrumento, de imponderable importancia, a que servía de llave el sacacorchos. Todas estas cosas, como digo, las había inventado el profesor; había inventado todo lo que llevaba la nave voladora, con excepción acaso de su misma persona. El profesor había nacido demasiado tarde para que pudiese descubrirla realmente, pero creía, al menos, haberla mejorado bastante.

Por lo demás, iba en aquel momento otro hombre a bordo, digámoslo así. Tampoco éste, coincidencia curiosa, lo había inventado el profesor, ni aun lo había mejorado gran cosa, aunque lo hubiese pescado sacándolo con lazo del retiro de su huerto, en la Bulgaria Occidental, con el puro designio de mejorarlo. Era hombre de extremada santidad, cubierto casi por entero de pelo blanco. Sólo podían vérsese los ojos, y se dijera que hablaba con ellos. Monje de inmenso saber y agudo entendimiento, había labrado su

dicha, en una casucha de piedra y un huerto pedregoso de los Balcanes, escribiendo, más que nada, aplastantes refutaciones y comentarios de ciertas herejías, cuyos últimos doctores, abrasados los unos por los otros, en general, habían perecido mil ciento diecinueve años antes, cabalmente. Eran herejías muy plausibles y meditadas; la circunstancia de que el anciano monje hubiese sido bastante listo para descubrir su falacia, merecía estimación, y hasta gloria; lo único malo era que en el mundo moderno no había nadie capaz de entender sus argumentos. Sin embargo, el anciano monje, uno de cuyos nombres era Miguel, y el otro un nombre imposible de repetir o de recordar en nuestra civilización occidental, había, como he dicho, logrado plena felicidad mientras vivió en la ermita de la montaña, en compañía de animales silvestres. Y ahora que su destino lo subía más alto que las montañas, en compañía de un físico extravagante, también era dichoso.

—No me propongo, mi buen Miguel —dijo el profesor Lucifer—, ver de convertirte por medio de argumentos. La imbecilidad de vuestras tradiciones puede demostrarse, a fondo, a cualquiera que posea el más somero conocimiento del mundo, aquel género de conocimiento que enseña a no exponerse a las corrientes de aire y a no fomentar la amistad con gente impecune. Es locura hablar de tal o cual demostración de la filosofía racionalista. Todas las cosas la demuestran. Rozándose con gente de todas clases...

—Con perdón de usted —dijo el monje, mansamente, bajo el cargamento de barbas blancas—, temo no haber comprendido. ¿Acaso me ha metido usted en este aparato para que pueda rozarme con gente de todas clases?

—Chistosa réplica, en el modo deductivo y mezquino de la Edad Media —repuso el profesor, con calma—. Pero aun en tu propio terreno voy a demostrar el punto. Hemos subido a los cielos. En tu religión, y en todas las religiones, que yo sepa (y lo sé todo), el cielo vale como símbolo de cuanto hay de sagrado y de misericordioso. Pues bien: ahora estás en los cielos, los conoces mejor. Llámalo como quieras, desfigúralo cuanto quieras: tú sabes que los conoces mejor. Tú sabes ahora cuál es el verdadero sentir de un hombre respecto del firmamento, cuando se encuentra solo en medio de él, rodeado por él. Tú conoces ya la verdad, y la verdad es ésta. El firmamento es malo, el cielo es malo, las estrellas son malas. Este espacio puro, esta pura cantidad aterrorizan al hombre, más que los tigres o la terrible peste. Tú sabes que en cuanto nuestra ciencia

ha hablado, el Universo se ha quedado sin fondo. Ahora, el cielo es cosa sin esperanza, aun más sin esperanza que cualquier infierno. Si existe algún bienestar para vuestra miserable progenie de monos enfermizos, tiene que ser en la tierra, debajo de vosotros, bajo las raíces de la yerba, donde estuvo el infierno, antiguamente. Las criptas candentes, las lóbregas mazmorras del mundo subterráneo, a que en otro tiempo condenaban a los malos, son horrendas de veras, pero, al menos, ofrecen mejor cobijo que el firmamento por donde viajamos. Vendrá un tiempo en que iréis todos a esconderos allá, para libraros del horror de las estrellas...

—Espero que usted me dispensará, si le interrumpo —dijo Miguel, con una tosecilla—, pero siempre he notado...

—Sigue, te lo ruego. Sigue —dijo el profesor Lucifer, radiante—. En verdad que me gusta sacar a luz tus ideas de simple.

—Pues bien, el caso es —repuso el otro— que admirando mucho, desde un punto de vista meramente verbal, la retórica de usted y la retórica de su escuela, el corto estudio que del uno y la otra en la historia humana he podido hacer, me ha llevado a una... co... conclusión algo rara, que me cuesta gran trabajo expresar, sobre todo en lengua extranjera.

—Venga, venga —dijo el profesor, animándolo—, yo te ayudaré. ¿Qué impresión te han hecho mis ideas?

—Pues bien, la verdad es, harto conozco que no lo expreso como es debido, pero, en cierto modo, me parece que ustedes formulan ideas de ese género con la mayor elocuencia, cuando... o... cuando... o...

—¡Ea!, adelante —gritó Lucifer, furioso.

—Bueno, viniendo al grano, cuando su nave voladora está a punto de estrellarse contra algo, pensaba yo que usted no aguardaría a que yo se lo advirtiese, pero en este momento, vamos derecho a un choque.

Lucifer soltó una blasfemia, se irguió de un brinco y cargó todo su peso sobre la manivela que obraba como timón de la nave. Durante los últimos diez minutos, habían descendido velozmente por entre grandes barrancadas y cavernas de nubes. En aquel punto, a través de la niebla purpúrea, pudo verse, relativamente cerca, lo que parecía ser la parte superior de una enorme y oscura esfera u orbe, aislada en el mar de

nubes. Los ojos del profesor chispearon como los de un loco.

—Es un mundo nuevo —gritó, con pavorosa risa—. Es un planeta nuevo, que llevará mi nombre. Esa estrella, y no aquella otra tan vulgar, será «Lucifer, sol de la mañana». Ahí no habrá locuras privilegiadas, no habrá dioses. Ahí el hombre será tan inocente como las margaritas, tan inocente y tan cruel; el intelecto...

—Parece —dijo Miguel tímidamente— que hay una cosa hincada en el comedio.

—Así es —dijo el profesor, inclinándose sobre un borde de la nave, brillantes sus espejuelos con el fuego de su excitación mental—. ¿Qué podrá ser? Naturalmente, no puede ser más que...

Entonces soltó de súbito un chillido indescriptible y dejó caer los brazos, como quien pierde el ánimo. El monje empuñó el timón con ademán de cansancio; no parecía muy asombrado, porque venía de una parte del mundo asaz ignorante, donde no es raro que la gente perdida de espíritu chille al ver la curiosa forma que el profesor acababa de percibir en la cima del orbe misterioso, pero empuñó el timón no más que con el tiempo preciso para, enderezándolo vigorosamente hacia la izquierda, impedía que la nave voladora se estrellase en la catedral de San Pablo.

Una nube plana, negruzca, se extendía en torno del remate de la cúpula de la catedral, de suerte que la esfera y la cruz parecían una boya anclada en un mar de plomo. Mientras la nave se deslizaba hacia ella, la planicie de nube parecía tan seca, concreta y dura como un desierto arenoso. De ahí que espíritu y cuerpo recibiesen una sensación aguda y como sobrenatural cuando la nave hendió la nube y la penetró como si fuese niebla ordinaria, materia sin resistencia. El caso fue que recibieron una sacudida pavorosa, por el hecho mismo de no haber choque. Igual que si hubiesen hendido antiguos peñascos como si fuesen de manteca. Pero otras sensaciones les aguardaban, más extrañas que la de hundirse en terreno sólido. Por un momento, ojos y narices se les obstruyeron con la oscuridad y la nube opaca; después, la oscuridad se aclaró en una especie de niebla parda. Y lejos, lejos, por debajo de ellos, la niebla parda bajaba hasta encenderse en fuego. A través de la atmósfera densa de Londres, pudieron ver, abajo, el brillo de las luces de la City; luces que trazaban cuadrados y rectángulos de fuego. Niebla y fuego se mezclaban en un vapor ardiente; podía decirse que la niebla estaba sofocando las llamas, o

que las llamas habrían pegado fuego a la niebla. Junto a la nave (que apenas si descendía del nivel de la bola) y debajo de ella, la inmensurable cúpula brotaba y se hundía en lo oscuro, con el juego de una cascada muda. O era como una ciclópea bestia marina puesta sobre Londres y largando sus tentáculos desconcertadamente por todos lados, una monstruosidad en aquel cielo sin estrellas. Porque las nubes pertenecientes a Londres se habían cerrado sobre la cabeza de los viajeros, tapando la salida del aire superior. Como si hubiesen perforado una techumbre y penetrado en el templo del crepúsculo.

Tan cerca estaban de la bola que Lucifer apoyó en ella la mano, empujando la nave hacia afuera, como se impele un bote que desatraca. Encima, la cruz ya envuelta en niebla oscura, parecía quimérica, más terrible de tamaño y forma.

El profesor Lucifer dio dos palmadas en la superficie de la gruesa bola, como si estuviera acariciando a un animal enorme. —Esta alhaja me hace muy buen juego. Es cuanto necesito— dijo.

—¿Puedo preguntar, con todo respeto —interrogó el anciano monje—, de qué está usted hablando?

—¡Cómo de qué! —gritó Lucifer, golpeando otra vez la esfera—. Esto que ves aquí es un símbolo único, amiguito. Tan orondo. Tan satisfecho. No como el ser descarnado que tiende ahí los brazos con sumo cansancio. —Y ensombrecida la faz por una mueca, apuntaba a la cruz—. Precisamente iba diciéndote, Miguel, que puedo demostrar lo principal de la tesis racionalista y el embuste cristiano valiéndome de cualquier símbolo que te plazca darme, de cualquier ejemplo con que tropecemos. Y aquí hay un ejemplo que me vale un desquite. ¿Cómo podría significarse tu filosofía y mi filosofía mejor que con la forma de esa cruz y la forma de esta bola? Este globo es razonable; la cruz es irrazonable. Es un animal de cuatro patas, con una pata más larga que las otras. El globo es inevitable. La cruz es arbitraria. Sobre todo, el globo constituye unidad en sí mismo; la cruz está primordialmente y sobre todas las cosas en discordia consigo misma. La cruz es el conflicto de dos líneas hostiles, de dirección irreconciliable. Ese objeto silencioso que se yergue ahí, es por esencia una colisión, un crujido, una lucha en piedra. Ese vuestro símbolo sagrado ha venido en realidad a dar nombre a una situación desesperada y torpe. Cuando hablamos de hombres que a la vez se ignoran y se estorban mutuamente, decimos que tienen designios cruzados. ¡Abajo con

él! Su misma forma es una contradicción manifiesta.

—Lo que usted dice es perfectamente cierto —dijo Miguel con serenidad—. Pero nos gustan las contradicciones manifiestas. El hombre es una contradicción manifiesta; es un animal cuya superioridad sobre los otros animales consiste en haber caído. Esa cruz es, como usted dice, una colisión eterna; también yo. Es una lucha en piedra. Cada forma de vida es una lucha en carne. La forma de la cruz es irracional, cabalmente como la forma del animal humano es irracional. Dice usted que la cruz es un cuadrúpedo con una extremidad más larga que todo lo demás. Yo digo que el hombre es un cuadrúpedo que usa solamente dos de sus piernas.

El profesor, cogitabundo, frunció un instante la frente, y dijo:

—Todo es relativo, naturalmente, y no voy a negar que el elemento de lucha y contradicción interna, representado por la cruz, ocupe un lugar necesario en cierto período de la evolución. Pero seguramente la cruz es el punto más bajo del desenvolvimiento y la esfera el más alto. Después de todo, es bastante fácil ver dónde está la equivocación en el plan arquitectónico de Wren.

—¿Y qué es ello, si me hace el favor? —inquirió Miguel suavemente.

—La cruz está en lo alto de la esfera —dijo sencillamente el profesor Lucifer—. Es un error, sin duda alguna. La esfera debía estar en lo alto de la cruz. La cruz no es más que un sostén bárbaro; la esfera es la perfección. La cruz, todo lo más, es el árbol amargo de la historia del hombre; la esfera es el fruto final, pingüe y maduro. El fruto debería estar en lo alto del árbol, no al pie.

—¡Oh! —dijo el monje, marcándosele una arruga en la frente—. ¿De suerte que, según usted, en un esquema simbólico del racionalismo, la esfera estaría encima de la cruz?

—Eso resume por completo mi alegoría —dijo el profesor.

—Bien, todo eso es ciertamente muy interesante —continuó Miguel, muy despacio— porque, a juicio mío, en caso tal, vería usted el efecto más singular, efecto a que generalmente han llegado todos los sistemas potentes y hábiles que el racionalismo, o la religión de la esfera, ha producido para guía o enseñanza de la humanidad. Vería usted, creo yo,

ocurrir una cosa que es siempre la última personificación y la salida lógica de ese sistema lógico.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lucifer—. ¿Qué sucedería?

—Quiero decir que la esfera se caería —dijo el monje, mirando con avidez al vacío.

Lucifer hizo un movimiento de cólera, y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiese articular palabra, Miguel, con la mayor resolución, prosiguió:

—Una vez conocí a un hombre como usted, Lucifer —dijo, articulando con lentitud y monotonía desesperantes—. Opinaba también...

—No existe otro hombre como yo —gritó Lucifer con tal violencia que estremeció la nave.

—Como iba diciendo —continuó Miguel—, ese hombre opinaba también que el símbolo del cristianismo era un símbolo de barbarie y de sinrazón. Su historia es un tanto divertida. Viene a ser también una alegoría perfecta de lo que les ocurre a los racionalistas como usted. Comenzó, por supuesto, negándose a tolerar un crucifijo en su casa, ni siquiera pintado, ni pendiente del cuello de su mujer. Decía, igual que usted, que era una forma arbitraria y fantástica, una monstruosidad, amada por ser paradójica. Después fue haciéndose cada vez más violento y excéntrico; quería derribar las cruces de los caminos, porque vivía en un país católico romano. Finalmente, en un acceso de furor trepó al campanario de la iglesia parroquial y arrancó la cruz, blandiéndola en el aire, y profiriendo atroces soliloquios, allá en lo alto, bajo las estrellas. Una tarde, todavía en verano, cuando se encaminaba a su casa por un caminito vallado, el demonio de su locura vino sobre él con violencia y demudación tan fuertes que trastruecan el mundo. Se había detenido un momento, fumando, delante de una empalizada interminable, cuando sus ojos se abrieron. Ninguna luz dardeaba, no se movía una hoja, pero él vio, como en una mutación súbita del contorno, que la empalizada era un ejército innumerable de cruces ligadas unas a otras, de la colina al valle. Enarboló el garrote y se fue sobre ellas, como sobre un ejército. Y milla tras milla, en todo el camino hasta su casa, fue rompiéndolas y derribándolas. Porque aborrecía la cruz y cada empalizada era una pared de cruces. Cuando llegó a su casa estaba completamente loco. Se dejó caer en una silla, y

luego se alzó de ella, porque los travesaños del maderamen repetían la imagen insufrible. Se arrojó en una cama, lo que sirvió para recordarle que la cama, igual que todas las cosas labradas por el hombre, correspondía con el diseño maldito. Rompió los muebles, porque estaban hechos de cruces. Pegó fuego a la casa, porque estaba hecha de cruces. En el río lo encontraron.

Lucifer le miraba mordiéndose un labio.

—¿Es verdad esa historia? —preguntó.

—¡Oh, no! —dijo Miguel vivamente—. Es una parábola. Es la parábola de todos los racionalistas como usted. Empiezan ustedes rompiendo la cruz, y concluyen destrozando el mundo habitable. Les dejamos a ustedes diciendo que nadie debe ir a la iglesia contra su voluntad. Cuando los encontramos de nuevo, están ustedes diciendo que nadie tiene la menor voluntad de ir a ella. Les dejamos a ustedes diciendo que no existe el lugar llamado Edén. Les encontramos diciendo que no existe el lugar llamado Irlanda. Parten ustedes odiando lo racional y llegan a odiarlo todo, porque todo es irracional, y...

Lucifer saltó sobre él con un grito de animal salvaje.

—¡Ah! —vociferó—. Cada loco con su tema. Tú tienes la locura de la cruz. ¡Pues ella te salve!

Y con fuerza hercúlea arrojó al monje, de espaldas, fuera de la nave sobre la parte más alta de la bola de piedra. Miguel, con no menos pronta agilidad, asió uno de los brazos de la cruz y se libró de la caída. En el mismo instante Lucifer bajó una palanca y la nave botó llevándose a él solo.

—¡Ja, ja! —aulló—. ¿Qué tal apoyo es ése, buen viejo?

—Lo que es como apoyo —replicó Miguel, hoscamente—, y valga lo que valga, es mucho más útil que la esfera. ¿Puedo saber si tiene usted intención de dejarme aquí?

—Sí, sí. Yo subo, subo —gritó el profesor, con indomable excitación—. *Altiora peto*. Mi ruta es hacia arriba.

—¿Cuántas veces me ha dicho usted, profesor, que en el espacio no hay

realmente ni más alto ni más bajo? —dijo el monje—. Yo subiré tanto como usted.

—Cierto —dijo Lucifer, mirando por encima de la borda de la nave—. ¿Puedo saber qué intentas?

El monje señaló hacia abajo, hacia Ludgate Hill.

—Me dispongo —dijo— a trepar a una estrella.

Los que miran la cuestión muy superficialmente consideran que la paradoja es cosa de chanza, propia del periodismo ligero. Paradoja de esa índole contiene el dicho de un galán en cierta comedia decadente: «La vida es demasiado importante para tomarla en serio». Los que miran la cuestión con más profundidad o delicadeza, ven que la paradoja pertenece especialmente a todas las religiones. Paradoja de esta índole se contiene en tal sentencia como: «Los mansos poseerán la tierra». Pero aquellos que ven y sienten el punto fundamental de la cuestión, saben que la paradoja no pertenece a la religión solamente, sino a todas las crisis vitales y violentas en la práctica de la existencia humana. Claramente percibirá una paradoja de este género todo el que se encuentre suspendido en medio del espacio, asido a un brazo de la Cruz de San Pablo.

El padre Miguel, a pesar de sus años, a pesar de su ascetismo (o por causa de él, a lo que entiendo) era un anciano muy robusto y dispuesto. Y mientras pendía de una barra sobre la vertiginosa oquedad de aire, comprobó, merced a la mortal inhibición inherente al seso de quien se halla en peligro, la perdurable y desesperada contradicción que implica la simple idea de valor. Era un anciano robusto y dispuesto, así es que no perdió la serenidad. Sintió lo que siente cualquier hombre en tal duro trance de terror, que el riesgo más grave sea el terror mismo; su defensa posible consistiría solamente en frialdad rayana con el descuido, descuido equivalente casi a una bravata suicida. La contingencia única de salvación consistía en no desear con demasiada desesperación salvarse. Quizás encontraría donde estribar el pie al descender la tremenda fachada, con tal que no le preocupase si tales apoyos existían o no. Si era temerario, podía salvarse; si era prudente, permanecería donde estaba, hasta desprenderse de la cruz como una piedra. Y esta antinomia, presente sin cesar en su espíritu, envolvía una contradicción tan vasta y asombrosa como la inmensa contradicción de la cruz; recordaba haber oído muchas

veces estas palabras: «Quien pierda su vida la salvará». Recordaba con una especie de lástima, que siempre se había significado con eso que quien pierda su vida corporal salvaría su vida espiritual. Ahora sabía una verdad sabida de todos los púgiles, cazadores y escaladores de montañas. Sabía que incluso su vida animal solamente podría salvarse merced a una fuerte disposición para perderla.

Alguien estimará improbable que un ser humano balanceándose desesperadamente en medio del cielo, pensase en ciertas contradicciones filosóficas. Pero es peligroso dogmatizar acerca de situaciones tan apuradas. Frecuentemente producen cierta actividad, inútil y sin alegría, del intelecto puro, divorciado el pensamiento no sólo de la esperanza, pero aun del deseo. Y si es imposible dogmatizar acerca de tales estados, es aún más imposible describirlos. Al espasmo de sensatez y claridad en el espíritu de Miguel, siguió un espasmo de terror elemental; el terror del animal que llevamos dentro, que ve en el universo entero un enemigo; y que, saliendo victorioso, se olvida de la piedad, como de la esperanza si es derrotado. De aquellos diez minutos de terror, no es posible hablar con palabra humana. De nuevo, empero, comenzó a apuntar en la odiosa oscuridad un extraño albor, gris y pulido como de plata. De esta resignación o certidumbre postrera todavía es menos posible escribir; es cosa aun más descomunal que el infierno mismo; es quizá el último de los secretos de Dios. En la más recia crisis de una congoja insufrible, cae súbitamente sobre el hombre la calma de un contentamiento insensato. No es esperanza, siempre entrecortada, romántica, y referida al porvenir; es cabal, y presente. No es fe, porque la fe, de su misma naturaleza es impetuosa, como si resumiera en uno el veto y la duda; sino que es simplemente satisfacción. No es conocimiento, porque el intelecto parece no tomar parte especial en ello. Ni es (como los idiotas modernos dirían que es) un nuevo embotamiento o una parálisis de la facultad de sufrir. No es negativo ni por asomo; es tan positivo como una buena nueva, Y en cierto sentido, verdaderamente, es una buena nueva. Parece casi como si hubiese cierta igualdad entre las cosas, un equilibrio entre las contingencias posibles, que no se nos permite conocer a menos que hayamos aprendido a ser indiferentes respecto de los males y los bienes, pero que a veces se nos muestra un instante, a modo de postrer auxilio en nuestra postrera agonía.

Ciertamente Miguel no habría podido dar cuenta racional ninguna de esa vasta satisfacción sin contenido que calaba su ser y lo llenaba hasta el

borde. Sintió, con una especie de lucidez menguada, que la cruz estaba allí, que la esfera estaba allí, que el cimborrio estaba allí, que él iba a gatear hacia abajo, y que no pensaba lo más mínimo si se mataría o no. Esa disposición misteriosa duró lo bastante para impulsarlo a un espantoso descenso y forzarlo a proseguir. Pero antes de que hubiese alcanzado la galería exterior más alta, el terror se abatió sobre él seis veces, como borrasca tenebrosa y tonante. Al tiempo de llegar a sitio seguro, casi sintió (como en un posible paroxismo de embriaguez) que tenía dos cabezas: una tranquila, descuidada y eficaz; otra que veía el peligro como en un mapa, y era prudente, cuidadosa e inútil. Se había imaginado que habría de dejarse caer verticalmente por el frente de todo el edificio abajo. Cuando cayó en la galería más alta, se sintió todavía tan lejos del globo terrestre, como si hubiera saltado solamente desde el sol a la luna. Se detuvo un poco, jadeante, en la galería por bajo de la esfera, y golpeando atolondradamente con los talones, anduvo unos cuantos pasos. Y andando estaba cuando un rayo le fulminó el alma. Un hombre, macizo, vulgar, de rostro indiferente y sosegado, con una especie de uniforme prosaico guarnecido de una hilera de botones, le cerró el paso. Miguel no pudo ni preguntarse si aquel hombre asombrado, de bigote negro y botones de níquel, había llegado también en una nave voladora. Sintió solamente que su espíritu flotaba en una felicidad sin límite por causa de aquel hombre. Pensaba cuán hermoso sería vivir en aquella galería para siempre, con él solo. Pensaba cuánto gozaría con los matices desconocidos del alma de aquel hombre, y en oírle, con interés incalculable, acerca de los matices desconocidos del alma de todos sus tíos y tías. Un momento antes había estado para morir solo. Ahora vivía en el mismo mundo con un hombre; inagotable delicia. En la galería por bajo de la esfera, el padre Miguel había encontrado al hombre más noble, más divino, más amable entre todos los hombres, mejor que todos los santos, más grande que todos los héroes: a Viernes.

En los confusos colores y músicas de su nuevo paraíso, Miguel oyó apenas, y de un modo débil y lejano, ciertas observaciones que aquel hombre tan hermoso y tan sólido parecía estar haciéndole; observaciones acerca de algo que estaba fuera de hora y en contra de los reglamentos. Pareció también preguntar cómo había «subido» Miguel hasta allí. Evidentemente, el hombre hermoso creía, como Miguel, que la tierra es una estrella engastada en el firmamento.

Al cabo, Miguel se sació de la mera sensación musical producida por la

voz del hombre de los botones. Comenzó a escuchar lo que decía, y aun trató de responder a una pregunta que, al parecer, le había hecho ya varias veces y ahora la repetía con excesivo énfasis. Miguel percibió que la imagen de Dios con botones de níquel le preguntaba cómo había llegado allí. Respondió que había ido en la nave de Lucifer. Oída la respuesta, el porte de la imagen de Dios sufrió una variación notable. Desde dirigirse a Miguel ásperamente, como si tratase con un malhechor, pasó de súbito a hablarle con cierta solicitud y amabilidad calurosa, como a un niño. Pareció especialmente cuidadoso de separarlo de la balaustrada. Lo condujo, tomándolo por un brazo, hacia la puerta que daba al interior del edificio, lisonjeándolo todo el tiempo. Le dió tal cuenta de los placeres suntuosos y diversas ventajas que le esperaban abajo, que Miguel (con ser escaso su conocimiento del mundo) la encontró inverosímil. Miguel lo siguió, no obstante, aunque sólo fuese por cortesía, bajando una escalera de caracol, interminable al parecer. En cierto punto se abría una puerta. Miguel la traspasó, y el extraño hombre de los botones se arrojó sobre él y lo mantuvo inmóvil donde estaba. Pero Miguel no deseaba sino pararse y admirar. Había pasado la puerta como si entrara en otro infinito, bajo la bóveda de un firmamento hecho por el hombre. El oro, el verde y la púrpura del poniente no estaban en nubes uniformes, sino en forma de serafines y querubines, en terribles formas humanas, con plumajes inflamados. Los astros no estaban arriba, sino muy abajo, como estrellas caídas, en constelaciones todavía no dispersas; la bóveda misma estaba llena de oscuridad. Y muy abajo, aun más abajo que las luces, se veían, inmóviles o rampantes, grandes y negras masas de gente. La voz de un órgano terrible pareció estremecer el aire en toda la cavidad; y con ella subió hasta Miguel el sonido de una voz más terrible: la pavorosa y perdurable voz del hombre clamando a sus dioses desde el comienzo hasta el fin del mundo. Miguel sintió algo así como si él fuese un dios y todos los clamores le estuviesen destinados.

—No: las cosas bonitas no están aquí —dijo el semidiós de los botones, cariñosamente—. Las cosas bonitas están abajo. Venga usted conmigo. Hay una cosa que va a sorprenderle mucho; una cosa que necesita usted ver.

Evidentemente, el hombre de los botones no sentía como un dios, por lo que Miguel no intentó explicarle sus propios sentimientos, y le siguió sumisamente por el camino de la culebreante escalera abajo. No tenía noción de dónde o en qué nivel se hallaba. Todavía estaba lleno del frío

esplendor del espacio y de lo que un escritor francés ha llamado brillantemente «el vértigo del infinito», cuando se abrió otra puerta, y con sorpresa indescriptible se halló en el nivel familiar, en una calle llena de rostros humanos, con casas y hasta faroles más altos que su cabeza. Se sintió de repente feliz, y de repente indescriptiblemente pequeño. Se figuró que había vuelto a ser niño; puso los ojos en el pavimento, seriamente, igual que hacen los chicos, como si fuese cosa aprovechable para algo divertido. Sintió en toda su viveza el placer de que se privan los orgullosos: el placer que no solamente acompaña a la humillación, pero que casi es humillación. Los hombres que se han librado de la muerte por un pelo, lo conocen; también los hombres cuyo amor por una mujer es correspondido inesperadamente, y aquellos a quienes le son perdonadas sus culpas. Cada cosa en que ponía los ojos le alegraba, no estéticamente, sino con el jovial y simple apetito de un niño comiendo bollos. Se complacía en la cuadratura de las cosas; le gustaban las esquinas, limpias como si acabasen de cortarlas con un cuchillo. El cuadro luminoso de los escaparates de las tiendas le excitaba, como a un chico las luces del tablado de una pantomima que promete. Y como viese una tienda que adelantaba ostentosamente sobre el pavimento una panza de cajas con botes de conservas, le pareció una alusión a un centenar de alegres y suntuosos té, servidos en cien calles del mundo. Acaso era el más feliz de los hijos de los hombres. Porque en el insufrible instante que pasó colgado, y a punto de caerse, en la cúpula de San Pablo, el universo entero había sido destruido y vuelto a crear de nuevo.

De pronto, en el tumulto de las calles oscuras, resonó un estrépito de cristales rotos. La muchedumbre de papanatas, con su prontitud misteriosa, se precipitó en la dirección debida, un escritorio lóbrego, inmediato a la tienda de los botes de conserva. El cristal yacía hecho pedazos en el suelo. Y la policía ya había echado mano a un joven muy alto, el cabello negro y liso, los ojos negros brillantes, y un sobretodo gris, quien, de un bastonazo, acababa de quebrar la luna del escaparate.

—Lo volvería a hacer —decía el joven, pálido de furor el semblante—. Cualquiera habría hecho lo mismo. ¿Han visto lo que hice? Juro que volvería a hacerlo.

Entonces sus ojos tropezaron con el hábito monacal de Miguel y le saludó con reverencia de católico.

—Padre, ¿ha visto usted lo que dicen? —exclamó, temblando—. ¿Ha visto

usted lo que se atreven a decir? Al principio no lo entendía. Y cuando llevaba leído la mitad, rompí el cristal.

Miguel sintió que no se hacía cargo. Toda la paz del mundo se había cobijado tristemente en su corazón. Los hombres no veían nada del mundo nuevo y pueril que él había visto tan de repente. Seguían aún entregados a sus antiguas disputas, desconcertantes, triviales, inútiles, hablando mucho unos y otros, siendo tan poco lo que se necesita decir. Una inspiración muy recia vino sobre él de pronto: sobrecogerlos, en el sitio donde estaban, con el amor de Dios. No se moverían de allí hasta que penetrasen el sabor y el prodigio de su existencia. No se marcharían de aquel lugar, como no fuese para ir a su casa, abrazados como hermanos y aclamando su libertad recuperada. De la cruz que Miguel acababa de dejar, provenía la sombra de su piedad quimérica; y las tres primeras palabras que habló, con la voz de una trompeta de plata, dejaron a la gente como si fuese de piedra. Quizás si hubiese, en su iluminación, hablado durante una hora, podía haber fundado una religión en Ludgate Hill. Pero la pesada mano de su guía le cayó de pronto sobre un hombro.

—Este pobre hombre está chocho —dijo risueño al gentío—. Le he encontrado vagando por la catedral. Dice que ha venido en un barco por los aires. ¿Hay algún agente que se encargue de cuidar de él?

Hubo un agente para encargarse. Otros dos se ocupaban del joven alto, con abrigo gris; y un cuarto se las entendía con el dueño de la tienda, que mostraba cierta propensión a la turbulencia. Llevaron al joven alto a la presencia de la autoridad, a donde le seguiremos en el próximo capítulo. Y al hombre más feliz del mundo lo metieron en un asilo.

II. La religión del magistrado subalterno

La redacción de El Ateísta venía, desde algunos años atrás, perdiendo su relevante interés como rasgo típico de Ludgate Hill. El periódico no se acomodaba al ambiente. Mostraba por la Biblia un interés desconocido en el barrio y un saber acerca de ese volumen que nadie hubiera podido disputarle con fundamento en Ludgate Hill. En vano el director de El Ateísta cubría su puerta con enérgicas y concluyentes demandas sobre lo que hizo Noé en el arca con el cuello de la jirafa. En vano preguntaba violentamente, como por última vez, cómo la afirmación «Dios es espíritu», podía conciliarse con esta otra: «la tierra le sirve de escabel». En vano clamaba con energía acusatoria que al obispo de Londres le pagaban doce mil libras esterlinas al año por decir que creía que la ballena se tragó a Jonás. En vano exponía en sitios muy visibles pasmosos cálculos científicos acerca del ancho del gazarate de las ballenas. ¿Es que nada de esto importaba a los transeúntes? ¿Su indignación, pronta, espléndida, verdaderamente sincera, no conmovió nunca a nadie de la mucha gente que inunda Ludgate Hill? Nunca. El hombrecillo que dirigía El Ateísta seguiría precipitándose fuera de su tienda las noches estrelladas, para, en el ardimiento de su guerra santa en lugar tan santo, enseñar el puño a la catedral de San Pablo. Pudiera ahorrarse esa emoción. La cruz en lo sumo de San Pablo y la tienda de El Ateísta al pie, estaban igualmente lejos del mundo. La tienda y la cruz se hallaban por igual encumbradas y solas en el firmamento vacío.

Al hombrecillo que dirigía El Ateísta, escocés fogoso, menudo, el cabello y la barba de un rojo encendido, y que atendía por Turnbull, la decadencia de su importancia pública le parecía no tanto triste y hasta insensata cuanto simplemente desconcertante e inexplicable. Había dicho las cosas peores que podían decirse; y parecían aceptadas y olvidadas como los lugares comunes de los políticos. Sus blasfemias eran más imprudentes cada día, y también cada día el polvo se espesaba sobre ellas. Esto le hacía el mismo efecto que si se moviera en un mundo de idiotas. Como si le rodease una casta de hombres que se sonreían al hablarles de su propia muerte, o consideraban distraídamente el día del juicio. Pasó un

año y otro año, y la muerte de Dios, decretada en una tienda de Ludgate, iba siendo de año en año un suceso menos importante. Las gentes avanzadas de su tiempo desalentaban a Turnbull. Para los socialistas, en vez de maldecir a los sacerdotes debía maldecir a los capitalistas. Los artistas decían que el alma es más espiritual, no cuando se libra de la religión sino cuando se libra de la moral. Fueron pasando años, y al cabo llegó un hombre que trató con verdadero respeto y seriedad la tienda secularista de Mr. Turnbull. Era un joven con abrigo gris, que le rompió la vidriera.

El joven había nacido en la bahía de Arisaig, enfrente de Rum y de la isla de Skye. Los rasgos prominentes, aguileños, y el cabello negro ensortijado, eran el sello de lo que por modo rudimentario se llama céltico, entidad histórica desconocida, pero mucho más antigua, probablemente, que los celtas mismos, quienesquiera que fuesen. Montañés del clan de los Macdonalds por el nombre y la sangre, su familia tomó por apellido, como es frecuente en casos tales, el nombre de una rama secundaria, y para todos los designios que lo llevaban a Londres se llamó Maclan. Se había educado en cierta soledad y retiro, como fiel católico romano, dentro de la pequeña zona de católicos romanos enclavada en las montañas de la Escocia occidental. Y había llegado nada menos que hasta Fleet Street, en busca de un empleo casi prometido, sin haberse dado cuenta cabal de que hubiese en el mundo gente que no fuera católica romana. Se descubrió un momento, al ver la estatua de la reina Ana, enfrente de la catedral de San Pablo, con la firme impresión de que era una imagen de la Virgen María. Le sorprendió un poco la falta de respeto a la imagen que mostraba la gente trajinando por allí. No comprendía que el único principio histórico esencial de aquella gente, la única ley verdaderamente grabada en sus corazones era la grande y confortativa aseveración de que la reina Ana se ha muerto. Fe tan fundamental como su fe en que Nuestra Señora vive. Todas las personas con quienes había hablado desde que tocó en la margen de nuestras costumbres y civilización, resultaron simpatizantes o hipócritas. O si habían dicho blasfemias probadas, no fué capaz de entenderlas, debido meramente a la convicción dominante de su ánimo.

En la costa fantástica de la tierra gaélica, por donde anduvo de chico, los peñascos eran tan fantásticos como las nubes. El cielo parecía humillarse y acercarse a la tierra. Los senderos de su aldea comenzaban a trepar de pronto y parecían resueltos a escalar el cielo. Dijérase que el firmamento se derrumbaba sobre los cerros; los cerros servían de sostén al

firmamento. En el suntuoso crepúsculo de oro, púrpura y verde, nubecillas e isletas se equivalían. Evan vivió como un hombre que camina por una frontera, la frontera entre este mundo y otro. Como tantos hombres y naciones desarrollados en contacto con la naturaleza y las cosas ordinarias, entendió lo sobrenatural antes de entender lo natural. Había visto ángeles misteriosos arrodillados en la yerba, antes de haberse fijado en la yerba. Supo que las vestiduras de Nuestra Señora eran azules, antes de saber que las eglantinas holladas al pasar eran rojas. Cuando más profundamente penetraba su memoria en las oscuras moradas de la infancia, más y más se acercaba a cosas inefables. Durante toda su vida consideró el mundo sublunar a manera de residuo divino, como restos inconexos de su primera visión. Cielos y montañas eran las heces espléndidas de otro lugar. Las estrellas, joyas perdidas por la Reina celestial. Al marcharse, Nuestra Señora se había dejado aquí las estrellas, casualmente.

Su tradición de familia era igualmente primitiva, ajena al mundo. Su bisabuelo, despedazado en la batalla de Culloden, se persuadía en el postrimer instante que Dios restauraría al rey. Su abuelo, a la sazón mozo de diez años, retiró de la mano del muerto la terrible *claymore* y la colgó en su casa, bruñéndola y afilándola durante sesenta años, para estar pronto a la próxima rebelión. Su padre, el más joven de los hermanos, a todos los cuales sobrevivió, se había negado a ver a la reina Victoria en Escocia. Evan, del mismo corte que sus progenitores, no se había muerto con ellos, sino que vivía en el siglo XX. No se parecía lo más mínimo al lastimoso tipo de jacobita que llena las historias, a quien el progreso decisivo de todas las cosas va dejando atrás. Era, en su propia fantasía, conspirador acérrimo y a la altura de su época. En las tardes tenebrosas, largas, del invierno montañés, conspiraba y fumaba en la oscuridad. Y levantaba en las arenas desoladas de Arisaig planos para tomar a Londres.

Cuando llegó para apoderarse de Londres, en vez de un ejército con insignia blanca, traía un bastón y un saquito. Londres lo intimidó un poco, no porque le pareciese grande o aun terrible, sino porque lo desconcertó; no era la Ciudad de oro, o siquiera el infierno; era el Limbo. Recibió una sacudida fuerte al revolver la esquina maravillosa de Fleet Street y encararse con la catedral de San Pablo perfilándose en el cielo.

—¡Ah! —exclamó, tras una pausa larga—, esto lo construyeron los Estuardos.

Luego, con gesto agrio, se preguntó cuál sería el monumento equivalente de los Brunswicks y de la Constitución protestante. Pensándolo un poco, escogió el anuncio de unas píldoras, colocado en las alturas.

Hora y media después sus emociones lo dejaron, vacía la mente, en el mismo sitio: y en una manera de divagación perezosa vino a encontrarse parado ante la redacción de *El Ateísta*. No vió la palabra «ateísta», o si la vió es muy posible que no entendiese su significado. El papel mismo, tal como era, no habría lastimado al inocente montañés, de no mediar el hecho, tan imprevisto como fastidioso, de que el inocente montañés lo leyese tontamente hasta el fin; cosa nunca vista entre los suscriptores del periódico más entusiastas, y ocasionada a crear, en su caso, situaciones nuevas.

Con el fino instinto periodístico peculiar de toda su escuela, el director de *El Ateísta* había puesto en el primer lugar del periódico y en lo más visible de la vidriera un artículo titulado «La mitología mesopotámica y su influencia en el folklore siriaco». Mr. Evan Maclan comenzó a leer muy distraídamente, como si leyese noticias y anuncios relativos a una joven desaparecida en Brighton o a un remedio para la bilis. Recibió la copiosa suma de datos acumulados por el autor, con la fatigosa perspicacia de los niños en las tardes bochornosas del verano —esa fatigosa perspicacia que los lleva a seguir haciendo preguntas mucho después de haber perdido interés por el asunto y de estar tan fastidiados de él como su aya—. Las calles estaban llenas de gente y vacías de aventuras. Lo mismo podía enterarse de los dioses de Mesopotamia como no enterarse; así, arrimando su rostro, largo y flaco, a la turbia y glacial vidriera, leyó cuanto había que leer acerca de los dioses de Mesopotamia. Leyó cómo en Mesopotamia había un dios llamado Sho (que a veces se pronunciaba Ji), descrito como un ser muy poderoso, semejanza notable con ciertas expresiones relativas a Jahveh, de quien también se dice que tenía poder. Evan no había oído en toda su vida hablar de Jahveh, e imaginándose que sería otro ídolo de la Mesopotamia, siguió leyendo con obtusa curiosidad. Aprendió que el nombre Sho, bajo su tercera forma, Psa, aparece en una leyenda primitiva que cuenta cómo la deidad, a la manera de Júpiter en tantas ocasiones, sedujo a una Virgen y engendró un héroe. No es esencial en nuestra existencia el nombre del héroe, que fué, según cuentan, el héroe principal y el Salvador en el sistema moral mesopotámico. Seguía un párrafo citando otros ejemplos de héroes y

salvadores nacidos de relaciones depravadas entre un dios y un mortal. Después seguía otro párrafo, pero Evan no lo entendió. Lo leyó otra vez, y otra. Entonces lo entendió. El cristal cayó hecho pedazos en el pavimento, y Evan se precipitó por la vidriera de la tienda, blandiendo el bastón.

—¿Qué es esto? —exclamó, irguiéndose, Mr. Turnbull, el pequeño, flameante el cabello—. ¿Cómo se atreve usted a romperme la vidriera?

Porque era lo más rápido para caer sobre usted —gritó Evan, pateando—. Conque, ¡alto y a luchar!, cobarde borracho. Vamos, loco asqueroso, defiéndase. ¿Tiene usted aquí armas?

—¿Está usted loco? —preguntó Turnbull con descaro.

—¿Y usted? —gritó Evan—. ¿Quién más que un loco embadurna su casa con porquerías que ofenden a Dios? Defiéndase y a la lucha, repito.

El rostro de Mr. Turnbull se esclareció con un fuerte albor. Por entre sus pelos y barba rojos, se le vió palidecer densamente de gozo. Por fin, tras de veinte años solitarios de trabajo inútil, hallaba la recompensa. Había uno que se encolerizaba con el periódico. Brincó como un chico; vió que se abría ante él una juventud nueva. Y, como no es raro que les ocurra a los señores de edad madura cuando ven abrirse ante ellos una nueva juventud, se encontró en presencia de la policía.

Los policías, tras interrogarlos gravemente, echaron mano a los dos entusiastas. Mostraban, sin embargo, más respeto al joven que había quebrado los cristales que al descreído a quien se los habían quebrado. En el porte de Evan Maclan había un aire de misterio refinado que le faltaba al irascible tenderillo, aire de misterio refinado que impresionaba a los policías, porque los policías, como otros muchos tipos ingleses, eran poetas y *snobs* juntamente. Presentían que Maclan pudiera ser un caballero; manifiestamente, no lo era el periodista. Y las invocaciones del director, bellas, racionalistas y republicanas, al respeto de la ley, y su ardor porque lo juzgasen otros ciudadanos, sus iguales, parecieron a los policías una jerigonza, como se lo hubiera parecido el misticismo de Evan. La policía no estaba habituada a oír hablar de principios, ni siquiera de los principios de su propia existencia.

El juez, ante quien los llevaron para ser juzgados, era un tal Cumberland Vane, hombre de mediana edad, jovial, honrosamente afamado por la

levedad de sus sentencias y la agilidad de su conversación. En ocasiones se inflamaba en una especie de furor teórico contra ciertos delincuentes especiales, como los individuos que hurtan dinero a sus mujeres; hablaba, con tono sentimental y desenfadado, de la conveniencia de azotarlos, y le desconcertaba irremediabilmente el hecho de que las mujeres se encolerizasen con él más que con sus maridos. Hombre alto, acicalado, con un hilo de bigote negro y traje de mañana incomparable. Con toda la apariencia de un caballero, aunque, en cierto modo, de un caballero de teatro.

A menudo había juzgado delitos graves contra el orden o la propiedad con benigna locuacidad. Ahora, a propósito de la simple rotura de una vidriera, estuvo casi estrepitoso.

—Vamos a ver, Mr. Maclan —dijo arrellanándose en el sillón—, ¿entra usted siempre en casa de sus amigos metiéndose por un cristal? (Risas).

—No es amigo mío —dijo Evan, con la estolidez de un chico lerdo.

—¿No es su amigo? —dijo el juez, chispeante—. ¿Es su cuñado? (Risas estruendosas y prolongadas).

—Es mi enemigo —dijo sencillamente Evan—. Es enemigo de Dios.

Mr. Vane cambió vivamente de postura, dejando caer el monóculo, en un momento de visible desconcierto.

—No tiene usted por qué hablar de eso aquí —dijo ásperamente y con cierta precipitación—. Eso no nos concierne.

Evan abrió sus grandes ojos azules, y comenzó:

—Dios...

—Basta —dijo el juez, colérico—. Es una impertinencia hablar de tales cosas... e... e... en público, ante un tribunal. La religión e... e... es una cuestión demasiado personal para mencionarla en este sitio.

—¿De veras? —contestó el montañés—. Entonces, ¿por qué acaban de jurar los policías?

—No hay paridad —contestó Vane, que se irritaba—. Es claro, hay una

forma de juramento..., que debe prestarse con reverencia..., con reverencia. Y se acabó. Pero hablar en público acerca de uno de los sentimientos más sagrados, más íntimos..., eso me parece de mal gusto. (Ligeros aplausos). Me parece irreverente, por más que yo no sea precisamente un ortodoxo.

—Veo que no lo es usted —dijo Evan—. Pero yo lo soy.

—Nos apartamos de la cuestión —dijo el juez, corrigiéndose—. ¿Puedo saber por qué ha roto usted la vidriera de este digno ciudadano?

Evan palideció un poco al recordarlo, pero respondió con la precisión fría e implacable que venía mostrando:

—Porque ha blasfemado de Nuestra Señora.

—Le digo a usted de una vez para siempre —gritó Mr. Cumberland Vane, golpeando colérico en la mesa con los nudillos—, le digo a usted de una vez para siempre, señor mío, que no le consiento a usted que ande a vueltas con la gazmoñería y la declamación religiosa. No se imagine usted que eso me impresiona. Los más religiosos no son los que hablan de religión. (Aplausos). Límitese usted a contestar a mis preguntas.

—A eso me he limitado —dijo Evan, con leve sonrisa.

—¿Eh? —exclamó Vane, relampagueante la mirada a través del lente.

—Usted me ha preguntado por qué he roto la vidriera —dijo Maclan, con cara dura—. He contestado: porque ha blasfemado de Nuestra Señora. No tuve otra razón. Así, no tengo otra respuesta.

Vane continuaba mirándole con una dureza desusada.

—No ha tomado usted el mejor camino, señor —dijo, con severidad—, no ha tomado usted el mejor camino para... para que el caso se mire con benevolencia. Si usted hubiese dicho sencillamente que le pesaba lo que había hecho, yo me habría sentido muy inclinado a despachar el asunto como un acceso de cólera. Ahora mismo, si dice usted que lo siente, haré...

—¡Pero si no lo siento nada! —dijo Evan—. Estoy muy contento.

—Verdaderamente, creo que está usted loco —dijo el juez, indignado, porque como hombre de buen natural, había hecho lo posible por componer el litigio—. ¿Cree usted tener algún derecho para romper las vidrieras del prójimo porque sus opiniones no son iguales a las de usted? Este hombre no hacía más que expresar su creencia sincera.

—También yo —dijo el montañés.

—¿Y quién es usted? —estalló Vane—. ¿Sus opiniones son necesariamente las mejores? ¿Está usted necesariamente en posesión de la verdad?

—Sí —dijo Maclan.

El juez soltó una risa despreciativa.

—Necesita usted una enfermera que le cuide —dijo—. Pagará usted diez libras.

Evan Maclan hundió las manos en sus descuidadas ropas grises y extrajo una bolsa de cuero, de extraña hechura. Contenía exactamente doce soberanos. Pagó diez, uno a uno, en silencio, e igualmente en silencio volvió los dos restantes al receptáculo. Entonces, dijo:

—¿Su señoría me permite decir una palabra?

Cumberland Vane parecía medio hipnotizado por el silencio y los movimientos automáticos del forastero; hizo un movimiento de cabeza que podía significar sí o no.

—Únicamente deseaba decir —prosiguió Maclan, guardándose la bolsa en el pantalón— que romper la vidriera ha sido, lo confieso, una cosa inútil y fuera de lo regular. Sin embargo, puede excusarse como simple preliminar de lo que vendrá más tarde, como una especie de prefacio. Dondequiera y cuandoquiera que encuentre a ese hombre —y apuntaba al director de *El Ateísta*—, sea al pasar esa puerta dentro de diez minutos, sea de aquí a veinte años en algún país lejano, donde y cuando pueda encontrar a ese hombre, reñiré con él. No hay que asustarse. No voy a caer sobre él como un matón, ni a darle una paliza abusando de mi fuerza. Reñiré como caballero; reñiré como reñían nuestros padres. Él escogerá las condiciones, espada o pistola, a pie o a caballo. Pero si rehúsa, en todas

las paredes del mundo escribiré que es un cobarde. Si hubiese dicho de mi madre lo que ha dicho de la Madre de Dios, no se encontrarían en Europa personas de honor que negasen mi derecho a retarlo. Si lo hubiese dicho de mi mujer, vosotros, ingleses, me habríais perdonado que lo apalease como a un perro en medio de la calle. Sepa su señoría que yo no tengo madre, ni mujer. Tengo únicamente lo que tiene el pobre como el rico; lo que tiene el hombre solo, igual que el de muchos amigos. Todo este mundo, extraño para mí, me acoge, porque en lo más íntimo de él hay un hogar; este mundo cruel, es benigno conmigo porque más alto que los cielos hay algo más humano que la humanidad. Si un hombre no riñe por esto, ¿por qué reñirá? Yo reñiría por mi amigo, pero si pierdo al amigo, yo permanezco. Yo reñiría por mi país, pero si pierdo a mi país, aún existiría yo. Pero si lo que este demonio sueña fuese verdad, yo no existiría..., reventaría como una burbuja, desaparecería. No podría vivir en un universo imbécil. ¿No he de reñir por mi propia existencia?

El juez recobró la voz y la presencia de ánimo. La primera parte del discurso, el reto ampuloso y brutalmente práctico, le paralizó de sorpresa; pero las demás observaciones de Evan, ramificándose en frases teóricas, infundieron en la vaguedad de su ánimo, muy inglés (atiborrado de prevenciones y compromisos respecto del modo de hablar en público), un indefinible alivio, como si el hombre, aunque loco, resultase menos peligroso de lo que había pensado. Soltó una especie de risa tediosa.

—En nombre del cielo, hombre —dijo—, no hable usted tanto. Deje usted algo a los demás. (Risas). Espero que todo eso de retar a duelo a Mr. Turnbull será una broma. Por si acaso, va usted a comprometerse ante mí a que harán las paces.

—Las paces —repitió Evan—. ¿Con quién?

—Con Mr. Turnbull —dijo Vane.

—No por cierto —respondió Maclan—. ¿Qué tiene él que ver con la paz?

¿Quiere usted decir —comenzó el juez— que se niega usted a...?

La voz de Turnbull se alzó por vez primera.

—¿Me permite su señoría —dijo— indicar que yo puedo componer, hasta cierto punto, esta cuestión ridícula? Este caballero, algo bravío, promete

que no me atacará de modo grosero... y si lo hace, es seguro que la policía se las entenderá con él. Pero dice que no lo hará. Dice que me retará a duelo: y no puedo decir cosa más fuerte sobre su estado mental sino que creo sumamente probable que me rete. (Risas). Pero hacen falta dos para que haya duelo. (Nuevas risas). No me preocupa lo más mínimo que me designen en todas las paredes del mundo como un cobarde que no quiso batirse en Fleet Street por si la Virgen María tiene o no tiene su equivalente en la mitología mesopotámica. Créame su señoría, no necesita molestarse en obligarle a hacer las paces. Yo me obligo a estar en paz con él, y puede su señoría tener la seguridad plena de que no habrá duelo conmigo por ese motivo.

Mr. Cumberland Vane, riéndose con cierto alivio, divagó un poco.

—Es usted como un soplo de la brisa de Abril, señor —exclamó—. Después de este tipo, es usted el ozono. Tiene usted razón. Quizás he tomado la cosa demasiado en serio. Me gustaría verlo cuando le desafíe a usted, y verlo a usted sonreír. Basta.

Evan salió de la sala de audiencia, libre, pero con extraña agitación, como hombre febril. Habría encontrado natural que lo castigasen de alguna manera; pero la súbita coyuntura de la risa de su juez con la risa del hombre a quien había ofendido le hicieron sentirse, de repente, muy pequeño, o, cuando menos, vencido. Era innegable que el mundo moderno miraba su mundo como una engañifa. Ninguna crueldad se lo habría demostrado, pero la benevolencia se lo probaba con espantosa claridad. Y conforme estaba ponderándolo, reparó súbitamente en un tipo exiguo, tieso, plantado frente a él. Sus ojos, grises, terribles; su barba, roja. Era Turnbull.

—Bien, señor —dijo el director de *El Ateísta*—. ¿Dónde será el duelo? Designe usted el sitio.

Evan se quedó como herido del rayo. Balbuceó algo, no sabía qué; solamente lo conjeturaba por la respuesta del otro.

—¿Que si tengo gana de batirme? ¿Que si tengo gana de batirme? —exclamó el furioso librepensador—. ¡Cómo! Este loco, este espantajo de la superstición, piensa que sus puercos santos son la única gente capaz de morir. ¿No habéis vosotros ahorcado, quemado, cocido a los ateos, y ninguno ha renegado de su fe? ¿Piensa usted que no tenemos gana de

pelea? Día y noche he pedido, he ansiado una revolución atea; he ansiado ver vuestra sangre y la nuestra en las calles. ¿Será la de usted o la mía?

—Pero usted dijo... —comenzó Maclan.

—Ya sé —dijo Turnbull despreciativamente—. ¿Y usted, qué dijo? Usted, condenado loco, dijo cosas bastantes para que nos hubiesen encarcelado un año, dejándonos a la cuarta pregunta por otros cinco. Si tenía usted gana de batirse, ¿por qué fué a contárselo a ese asno? Yo lo he sacado a usted de allí para que riñamos, si tiene ganas. Riñamos, pues, si se atreve.

—Está jurado —dijo Maclan tras una pausa—. Le juro a usted que nada podrá interponerse entre nosotros. Le juro a usted que nada entrará en mi corazón ni en mí cabeza hasta que se crucen nuestras espadas. Lo juro por el Dios que usted ha negado, por la Bendita Señora de que usted ha blasfemado; lo juro por las siete espadas de su corazón. Lo juro por la santa isla donde yacen mis padres, por el honor de mi madre, por el secreto de mi raza, por el cáliz de la sangre de Dios.

El ateo, irguiendo la cabeza, dijo:

—Y yo, doy mi palabra.

III. Antigüedades curiosas

El cielo vespertino, cúpula de oro macizo, más limpio aún por contraste de una sola nube en el ocaso, bañaba los sitios más vulgares de Londres en luz extraña y suave. La callejuela mugrienta junto a San Martin's Lane, parecía pavimentada de oro. La tienda del prestamista, hacia la mitad de la calle, brillaba como si fuese realmente el Monte de Piedad, que debe su nombre al instinto poético de los franceses; dos casas más abajo, la minúscula librería pseudo-francesa, tienda atestada de tristes indecencias, tomaba por el momento cierto matiz parisiense. Y la tienda situada entre el prestamista y el depósito de tristes indecencias, mostraba cierto lustre de belleza antigua, porque, casualmente, no era fea la tienda. El escaparate irradiaba vislumbres de bronce y de acero azulado, tomando la luz, como de unas pocas estrellas, del chisporroteo de las joyas falsas; era, en suma, una tienda de quincalla y antigüedades. Una hilera de espadas del siglo XVII, medio bruñidas, corría por el frente del escaparate, a modo de verja adornada; detrás fulgían oscuramente el roble antiguo y las armaduras antiguas; y encima colgaban herramientas y utensilios del mar del Sur, de tan extraordinaria apariencia que ningún blanco habría podido conjeturar si servían para matar enemigos o para cocerlos. Pero el hechizo de los ojos que en tarde tan rica se posasen en la tienda, provenía más que nada de la coincidencia de dos puertas de par en par, la puerta principal abierta sobre la calle, y la puerta trasera, abierta sobre el curioso cuadro verde de un jardinillo, que el sol convertía en cuadro de oro. Nada más bello que esa perspectiva, a través del pasadizo de una casa; como si el cielo abierto fuese la habitación interior, y el sol lámpara secreta que la ilumina.

He apuntado que la luz del ocaso lo embellecía todo. Decir que embellecía también al dueño de la tienda de antigüedades sería quizás un tributo excesivo a su poder. Con facilidad lo habría embellecido si hubiese sido un tipo meramente escuálido; un judío consumido por el trabajo. Pero era un judío de otro tipo menos admirable; judío con nombre muy sonoro. Pues aunque no exista prueba fija para separar la cizaña y el trigo en un pueblo, una guía, algo burda pero eficaz, es que el judío refinado se llama Moisés Salomón, y el judío sórdido se llama Thornton Percy. El dueño de la tienda

de antigüedades era de la rama Thornton Percy del pueblo elegido; pertenecía a las diez tribus perdidas, el objeto de cuyo trabajo es perderse. Hombre joven todavía, pero ya corpulento, de cabello negro y lustroso, buena ropa sin elegancia, y sonrisa dilatada, abundante, que a primera vista parecía amable y después cobarde. En la muestra de la tienda se leía el nombre de Henry Gordon, pero dos escoceses que estaban en la tienda aquella tarde no le encontraron ni rastro de acento escocés.

Los dos escoceses de la tienda eran cautelosos para comprar y generosos para pagar. Uno, el que parecía principal (a quien, por cierto, Mr. Henry Gordon se imaginó haber visto antes en otra parte), era un sujeto pequeño, resuelto, de bellos ojos grises, corbata roja cuadrada y barba cortada también en cuadro, y roja, que llevaba agresivamente muy hacia adelante, como si retase a que le tirasen de ella. El otro, un joven alto, pálido, silencioso, se mantenía tan en segundo término, comparativamente, que parecía casi un fantasma, con un abrigo o levitón gris.

Los dos escoceses buscaban espadas del siglo XVII. No se contentaban con cualquier cosa. Habían hecho traer al mostrador una buena colección de estas armas, y las revolvieron ruidosamente hasta encontrar dos que tuviesen con toda exactitud el mismo largo. Probablemente deseaban una cabal simetría para algún trofeo decorativo. Incluso probaron las puntas, tomaron las espadas al peso, y las doblaron en aro para ver si estiraban de nuevo; lo cual, para un fin decorativo, era llevar el realismo algo lejos.

—Éstas nos convendrán —dijo el extraño personaje barbitaheño—. Acaso sea lo mejor pagarlas, desde luego. Y como es usted el retador, Mr. Maclan, convendría, quizás, que explicase usted la situación.

El escocés alto, de ropa gris, se adelantó un paso y habló con voz muy clara y resuelta, aunque un tanto apagada, como hombre que cumple una formalidad arcaica.

—El caso es, Mr. Gordon, que hemos de poner nuestro honor en manos de usted. Mr. Turnbull y yo hemos tenido unas palabras acerca de un asunto de gravedad inestimable, que sólo pueden expiarse batiéndonos. Desgraciadamente, como la policía, en cierto modo, está sobre aviso, tenemos prisa y hemos de batirnos al instante y sin padrinos. Pero si usted fuese tan amable que nos admitiese en su jardinillo y viese si jugamos limpio, quedaríamos...

El tendero se recobró del aturdimiento de la sorpresa y prorrumpió:

—¿Están ustedes borrachos, señores? ¡Un duelo! ¡Un duelo en mi jardín! Váyanse, señores, váyanse. ¿Y a propósito de qué es el desafío?

—Nos desafiamos —dijo Evan con la misma voz sin timbre— por causa de la religión.

El pingüe tendero se revolvió en su asiento, con regocijo.

—Bueno, ¡qué ocurrencia más chusca! —contestó—. ¡De modo que ustedes quieren cometer un homicidio en defensa de la religión! Bueno, bueno; mi religión es respetar un poco a la humanidad, y...

—Dispense usted —interrumpió Turnbull, bruscamente y con dureza, señalando a la puerta del prestamista—. ¿No es de usted esa tienda?

—Lo... es..., sí... —dijo Gordon.

—¿Y no es de usted esa otra? —repitió el impío, señalando hacia la librería pornográfica del otro lado.

—¿Y qué hay con eso?

—¡Pues entonces! —gritó Turnbull con acerbo desprecio—. Bien se está la religión de la humanidad en manos de usted; pero lamento haberle molestado hablándole del honor. Míreme usted, hombre. Yo creo en la humanidad. Yo creo en la libertad. Mi padre murió por ella, sacrificado en guerra civil. Y yo voy a morir por ella, si es necesario, atravesado por esa espada que está en el mostrador. Pero si hay algo que me haga dudar, es la vista de esa inmunda cara gordinflona. Está usted pidiendo que lo aten como un perro o lo aplasten como una cucaracha; trabajo me cuesta creer otra cosa. No me venga usted con filosofías de esclavo. Vamos a batirnos, y nos batiremos en su jardín de usted, y con sus espadas. ¡Cállese! Alce usted un poco la voz y lo atravieso de parte a parte.

Turnbull apoyó la aguda punta de la espada en el brillante chaleco del mercader, que se ahogaba de cólera y pavor, y se sentía abrumado por un asombro más fuerte aún.

—Maclan —dijo Turnbull, descendiendo casi al tono familiar de un

consocio—. Maclan, usted ate a ese prójimo y póngale una mordaza. ¡Cállese, le digo; o le dejo a usted en el sitio!

El hombre, con demasiado susto para gritar, se defendió bravamente mientras Evan Maclan, cuyas manos luengas y flacas poseían una fuerza descomunal, lo amarró rodeándole el cuerpo con los cordones de una cortina vieja, y echándole una mordaza de estopa lo dejó revolcándose en el suelo.

—No hay por aquí cosa más sólida —dijo mirando en torno—. Temo que se quite la mordaza dentro de media hora o así.

—Pero uno de nosotros habrá muerto en ese tiempo —dijo Turnbull.

—Bueno; esperémoslo —dijo el montañés mirando con aire de duda al bulto que se revolvía en el suelo.

—Ahora —dijo Turnbull, retorciéndose el ígneo bigote y pulsando la espada— vamos al jardín. ¡Qué hermosa tarde de verano!

Maclan, sin decir nada, tomó su espada de sobre el mostrador y salió al sol.

La luz radiante, surcando los aceros, llenaba el canal de las hojas con llamaradas blancas; los combatientes clavaron las espadas en el césped y se despojaron de los sombreros, chaquetas, chalecos y botas. Evan dijo para sí una breve oración en latín, y Turnbull encendió con cierta afectación un cigarrillo, que arrojó un instante después, cuando vió a Maclan ya dispuesto, al parecer. Pero Maclan no estaba dispuesto, en realidad. Miraba fijamente, como hombre caído en éxtasis.

—¿Qué contempla usted? —preguntó Turnbull—. ¿Ve usted algún guardia?

—Veo a Jerusalén —dijo Evan—, cubierta con los escudos y estandartes de los sarracenos.

—¿Jerusalén? —dijo Turnbull riendo—. Bueno; nos hemos llevado preso a su último habitante.

Y recobrando la espada la cimbrió, haciéndola silbar como un bastoncillo.

—Dispense usted —contestó Maclan secamente—. Empecemos.

Maclan hizo con la espada un saludo militar, que Turnbull copió o parodió con impaciencia y desprecio; y en el silencio del jardín, las espadas, al juntarse, despidieron un son claro, campanil. En el instante de chocarse las espadas, cada uno las sintió estremecerse hasta la misma punta con vitalidad personal, como si fuesen dos nervios de acero desnudos. Evan había mostrado en todo aquello un aire apático, que pudo parecer la inveterada apatía del hombre sin ganas de nada. Pero, en realidad, era la apatía, más terrible, de quien sólo tiene ganas de una cosa y no le importa lo demás. Así se vió de súbito; porque en el instante de cruzar el acero, Evan comenzó a atacar con violencia infernal. Su contrario, con prontitud furiosa, paraba y respondía; la parada lo cubría estrictamente y la respuesta fallaba. Evan, con la primera estocada homicida que tiró, pareció desembarazarse de un peso insoportable, quedándose más ligero, fresco y ágil. Se tiró de nuevo, también con ímpetu, pero esta vez con excesiva precaución. Al momento siguiente, Turnbull atacó; Maclan pareció cazar la punta de la espada y rechazarla de sí; y ya iba a caer sobre él como un rayo cuando un ruido lo paralizó, un ruido que se juntaba al ludir de las armas. Turnbull, fuese asombro, fuese caballerosidad, se paró también y se abstuvo de pasar con la espada a un enemigo indefenso.

—¿Qué es eso? —preguntó Evan roncamente—. Un fuerte ruido de roedura, como si arrastrasen una maleta por un piso desigual, venía de la tienda tenebrosa, a sus espaldas.

—Ese judío viejo ha roto una cuerda y anda a rastras —dijo Turnbull—. ¡Dése prisa! Tenemos que acabar antes de que se quite la mordaza.

—Sí, sí, ¡de prisa! En guardia —gritó el montañés.

Las hojas chocaron de nuevo, haciendo el mismo ruido cantarín y los dos hombres volvieron a su tarea, con el mismo rostro blanco y afanoso. Evan, de impaciente, volvió un poco a su anterior bravura. Hacía molinetes, como dicen los duelistas franceses, y aunque probablemente era una pizca más hábil que el otro, sintió por dos veces que la punta del adversario le pasaba tan cerca que casi le rozó la mejilla. La segunda vez percibió la posibilidad de la derrota, y se recogió sobre sí mismo, inspirado por la cólera. Estrechó, y, por decirlo así, espesó su juego: esgrimía (como los tiradores se jactan de hacer) en un anillo; rechazaba los ataques de Turnbull con un martillo enloquecedor y casi automático, como el de una

máquina. Siempre que la espada de Turnbull quería rebasar aquella simple línea blanca, quedaba como prisionera en una complicada red de acero. Rechazó un ataque, y otro, y otro. Después, súbitamente, se tiró a fondo con todo su peso. Turnbull dió un salto atrás, pero Evan le tiró otra estocada, y otra, y otra, como el vástago de un pistón diabólico o un ariete. Y mucho más fuerte que el ruido del combate, estalló entonces en la tarde silenciosa una voz humana berreante, nasal, ronca, en el sumo grado del padecer.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

La mordaza estaba rota; el terror tenía la lengua expedita.

—¡Adelante! —dijo anheloso Turnbull—. Uno debe morir antes que vengan.

La voz del chillón tendero era bastante fuerte para ahogar, no solamente el ruido de las espadas, sino todo otro ruido en torno, pero aun así, mezclado con su desagradable estrépito, pareció que se movía otro alboroto. Y Evan, en el momento mismo de cargar sobre Turnbull, vió en sus ojos algo que le hizo bajar la espada. El ateo clavaba sus ojos grises, sumamente abiertos y espantados, por encima del hombro de su adversario, en el pasadizo de la tienda que se abría sobre la calle. Y lo vió obstruido y ennegrecido con bultos sospechosos.

—Huyamos, Maclan —dijo bruscamente—. No hay un condenado segundo que perder. Sígame usted.

De un salto se puso junto al montoncillo de sus vestidos y botas dejados en el suelo; los arrebató, sin aguardar a ponerse ninguno; y colocándose la espada bajo el otro brazo se fué impetuosamente al muro en el fondo del jardín y saltó por encima. Tres segundos después de tomar tierra al otro lado, caía junto a él Maclan, llevando los vestidos y la espada en un gran revoltijo.

Estaban en una callejuela apartada, pobre y solitaria, pero tan próxima a una avenida muy transitada que vieron la masa confusa de vehículos circulando por ella, y vieron también un *hansom-cab* individual pasar por la esquina en aquel momento. Turnbull se metió los dedos en la boca y silbó dos veces. A tiempo que silbaba pudo oír las fuertes voces de los vecinos y de la policía invadiendo el jardín.

El coche dió la vuelta vivamente y acudió desempedrando la callejuela a su llamada. Cuando el cochero vió a sus clientes, dos hombres despeinados, en mangas de camisa, descalzos, con espadas desnudas bajo el brazo, pasó, como era natural, de ser diligente a pararse en seco y los contempló con desconfianza.

—Háblele usted un minuto —susurró Turnbull, y se retiró cobijándose en la sombra de la pared.

—Necesitamos —dijo Maclan al cochero, con soberbia entonación escocesa de indiferencia y aplomo— que nos lleve usted a St. Paneras Station, muy de prisa.

—Lo siento mucho, señor —dijo el cochero—, pero necesito saber si hay gato encerrado. ¿Puede usted decirme de dónde viene, señor?

No había concluido de hablar cuando Maclan oyó que una voz recia decía al otro lado de la pared:

—Me parece que lo mejor será trepar ahí para verlos. Pongan ustedes el hombro.

—Cochero —dijo Maclan, reasumiendo la pronunciación más lenta y marcada de la baja Escocia—, si usted está impaciente por saber de dónde venimos, se lo diré en secreto. Venimos de Escocia y vamos a St. Paneras Station. Abra la puerta, cochero.

El cochero los miraba con asombro, pero se rió. La voz recia, detrás de la pared, dijo:

—Vamos, Mr. Price, a ver si me sostiene usted mejor esta vez.

Turnbull salió cautelosamente de la sombra. Había bregado furiosamente con su chaqueta (dejando el chaleco en el pavimento), y, pintada la resolución en el pálido rostro, trepó ali coche por detrás del cochero. Maclan no vislumbraba lo que iba a hacer, pero un instinto de disciplina, heredado de cien guerreros, le hizo atenerse a su papel y confiar en el compañero.

—Abra usted la puerta, cochero —repitió, con algo de la solemne terquedad de un borracho—, abra usted la puerta. ¿No me ha oído decir a St. Paneras Station?

El remate del casco de un policía asomó sobre la pared del jardín. El cochero no lo vió, pero aun desconfiaba, y repuso:

—Lo siento mucho, señor, pero...

En éstas, el gatuno Turnbull lo arrancó del pescante y lo arrojó al suelo, donde se quedó aturdido.

—Déme usted ese sombrero —dijo Turnbull con voz aguda, y el otro obedeció, como a toque de corneta—. Métase dentro, con las espadas.

Y en el momento preciso de aparecer sobre la pared del jardín la faz rojiza y furibunda de un policía, Turnbull sacudió al caballo un latigazo terrible, y ambos salieron zumbando como un bumerang.

Siete calles y tres o cuatro plazas habían corrido sin que ocurriese nada nuevo. Entonces, en las cercanías de Maida Vale, el conductor abrió la trampilla del techo y habló en una manera poco frecuente en las conversaciones a través de tal abertura.

—Mr. Maclan —dijo con tono breve y cortés.

—Mr. Turnbull —repuso su impasible compañero.

—En circunstancias como las que recientemente nos rodeaban, no había tiempo más que para la acción brusca. Espero, por tanto, que no tendrá usted queja de mí por haber diferido hasta este momento el consultar con usted acerca de nuestra posición presente o nuestra acción futura. Me imagino, Mr. Maclan, que no tengo especial necesidad de describir nuestra situación presente. Hemos infringido la ley y vamos huyendo de sus agentes. Nuestra acción futura es cosa sobre la cual sé perfectamente a qué atenerme; pero no tengo derecho a usurpar las ideas de usted ni a adelantarme a ellas, aunque ya he formado una opinión decidida sobre el carácter de usted y sobre lo que podrán ser sus ideas. Con todo, estoy obligado, en pura justicia intelectual, a preguntarle a usted ahora, y seriamente, si desea usted continuar nuestras interrumpidas relaciones.

Maclan echó hacia atrás su rostro pálido y fatigado, y apoyó la cabeza en los almohadones del coche para poder hablar por la trampilla abierta.

—Mr. Turnbull —dijo—, nada tengo que añadir a lo que dije antes. Se me

ha puesto con gran fuerza en el ánimo, que usted y yo, únicos ocupantes de este coche vagabundo, somos las personas más importantes de Londres, acaso de Europa. He ido mirando las calles por donde pasábamos, he ido mirando las tiendas, las iglesias que pasábamos. Al pronto, me sentí un poco deslumbrado con la grandeza de todo ello. No podía entender lo que eso significa. Pero ahora conozco exactamente su significado.

Es nuestra expresión. Toda esta civilización es un sueño. Usted y yo somos las realidades.

—El simbolismo religioso —dijo Mr. Turnbull, a través de la trampilla— suele interesar muy poco, como usted sabe probablemente, a los pensadores de la escuela a que pertenezco. Pero debo conceder que en el simbolismo empleado por usted en este caso, hay, a mi modo de ver, cierta verdad. Por esto hemos de batirnos dondequiera; porque, como usted dice acertadamente, cada uno hemos descubierto la realidad del otro. Uno de nosotros ha de morir, o convertirse. Yo solía pensar que los cristianos eran todos hipócritas, y sólo me inspiraban sentimientos blandos. Ahora sé que usted es sincero, y mi alma está rabiosa contra usted. Por el mismo estilo, usted creería, supongo yo, que todos los ateos pensaban que el ateísmo les dejaría libres para la inmoralidad, y, no obstante, en su corazón era usted tolerante con ellos. Ahora sabe usted que yo soy un hombre honrado, y está usted rabioso contra mí, como yo contra usted. Sí, tal es el caso. No puede usted encolerizarse con un malvado. Pero un hombre honrado, sumido en el error..., ¡qué sed de su sangre! Sí: usted abre a mi pensamiento perspectivas nuevas.

—No atropelle usted a nadie —dijo Evan, sin moverse.

—También en eso hay algo de bueno —dijo Turnbull y cerró la trampilla.

Corrían por calles esplendorosas, que les disparaban dardos de luz. Mr. Turnbull tenía evidentemente grandes dotes de talento práctico sin gastar, que en aquella ridícula aventura se iban manifestando. Habían huido con tan desconcertante prontitud que la persecución de la policía, con toda posibilidad aun no había tenido tiempo de comenzar. Pero en caso de haber comenzado, el cochero de afición dirigía su vertiginosa carrera por Londres con singular destreza. No hizo lo que primero se le habría ocurrido a un fugitivo vulgar, deseoso de no dejar rastro. No acertaba por las travesías ni daba rodeos por calles poco frecuentadas. Su buen sentido

le dijo que precisamente en las calles pobres, en las calles apartadas, el paso de un *hansom-cab* sería notado con más facilidad y lo contarían como el paso de una comitiva regia. Siguió de preferencia las grandes avenidas, tan llenas de *hansoms*, que otros tipos aun más extravagantes que esta pareja hubieran pasado con facilidad inadvertidos en tales apreturas. En una de las calles más tranquilas, Evan se calzó.

Hacia lo alto de Albany Street, el singular cochero abrió otra vez la trampa.

—Mr. Maclan —dijo—, a mi entender, queda definitivamente sentado que, como suele decirse, el honor no está satisfecho. Nuestra acción debe, por poco, adelantar más que en la situación recientemente interrumpida. Creo que está entendido.

—Perfectamente —replicó el otro, con el cordón de los zapatos entre los dientes.

—En tales condiciones —prosiguió Turnbull, cuya voz al pasar por el boquete adquiría un ligero temblor muy desusado en él— tengo que sugerirle a usted una cosa, si puede decirse así, porque probablemente se le ha ocurrido a usted al mismo tiempo que a mí. Mientras no salgamos de la situación presente, somos prácticamente consocios, ya que no camaradas. Mientras no salgamos de esta situación, por tanto, me parece que sería inconveniente disputar, y poco artístico; en cambio, hacernos recíprocamente las cortesías propias de hombre a hombre sería, no sólo elegante, sino de utilidad descomunal.

—Acierta usted por completo —respondió Maclan con su voz melancólica—, al decir que todo eso se me habría ocurrido. Los duelistas se conducen entre sí como caballeros. Pero nosotros, por la extrañeza de la situación, somos algo más que duelistas y caballeros. Somos, en el sentido más insólito y más exacto del vocablo, hermanos... de armas.

—Mr. Maclan —replicó Turnbull tranquilamente—, no hace falta decir más.

Cerró la trampa otra vez. Habían alcanzado Finchley Road antes de que la abriese de nuevo.

—Mr. Maclan —dijo entonces—, ¿me permite usted ofrecerle un cigarro? Será un rasgo de realismo.

—Gracias —contestó Evan—. Es usted muy amable.

Y se puso a fumar en el coche.

IV. Discusión al amanecer

Los duelistas habían, a su entender, burlado o dominado a los poderes capitales del mundo moderno. Habían persuadido al juez, amarrado de pies y manos al comerciante, y dejado muy atrás a la policía. Sus impresiones les persuadían de que estaban sumergidos en un mar monstruoso; ya no eran sino el cochero y el cliente de un *hansom*, entre el millón de los que llenan las calles de Londres. Pero se habían olvidado de una cosa; se habían olvidado del periodismo. Se habían olvidado de que en el mundo moderno existe, quizás por vez primera en la historia, una clase de gente cuyo interés consiste no en que las cosas sucedan bien o mal, próspera o adversamente, en provecho de este partido o en provecho de aquel otro, sino que consiste simplemente en que ocurran cosas.

La gran debilidad del periodismo como pintura de nuestra existencia moderna proviene de ser pintura formada enteramente de excepciones. Anunciamos por carteles luminosos que un hombre se ha caído de un andamio. No anunciamos por carteles luminosos que un hombre no se ha caído de un andamio. Con todo, este último hecho es en el fondo mucho más emocionante, en cuanto indica que un hombre, animada torre de misterio y terror, todavía se mantiene en pie.

Que el hombre no se caiga del andamio es realmente más sensacional; y es también mil veces más común. Pero no puede esperarse razonablemente que el periodismo insista sobre los milagros permanentes. No puede esperarse que los directores afanosos pongan en sus carteles: Mr. Wilkinson continúa sano: o Mr. Jones, de Worthing, no se ha muerto. No pueden publicar las venturas de toda la humanidad. No pueden contar los tenedores que no se roban, ni los matrimonios que no se disuelven judicialmente. De ahí que toda su pintura de la vida sea por necesidad falaz; pueden reflejar únicamente lo desusado. Por democráticos que sean, sólo se ocupan de una minoría.

El caso del fanático creyente que rompe una vidriera en Ludgate Hill, bastaba sólo para proveer de original a los periódicos de la noche. Pero cuando el mismo hombre, conducido a la presencia judicial, retó a su

enemigo mortal a combate en plena audiencia, las columnas pudieron apenas dar cabida a la formidable información, y los titulares, de puro llamativos, dejaron muy poco espacio para el texto. El *Daily Telegraph* rotulaba una columna: «Un duelo por la Divinidad»; y estuvo publicando después, durante meses, cartas y más cartas sobre si un juez de tal categoría debe o no mencionar la religión. El *Daily Mail*, en su estilo triste, sensiblero, titulaba el suceso: «Afán de batirse por la Virgen». Mr. James Douglas, en *The Star*, luciendo su conocimiento de las cuestiones filosóficas y teológicas, describía el atentado del cristiano bajo el título: «Dualista y duelista». El *Daily News* insertó un descolorido relato del asunto, pero durante las semanas siguientes salió acosado y atestado con cartas de ministros de los cultos disidentes, bajo el título «Homicidio y Mariolatría». Con todas estas influencias, la temperatura periodística subía de modo constante y firme; los periodistas habían barruntado la sangre, y apetecían más; cada detalle del asunto les preparaba para ulteriores arrebatos de indignación moral. Y cuando, en las últimas horas de la tarde, un reportero jadeante irrumpió con la noticia de que los dos héroes del Tribunal de Policía habían sido descubiertos en el jardín interior de una casa de Londres, después de amarrar y amordazar al tendero en la tienda, los directores y subdirectores se quedaron pasmados, como en gran beatitud.

A la mañana siguiente, en cinco o seis de los grandes diarios de Londres brotaron simultáneamente las grandes flores de artículos de fondo muy elocuentes. Hacia el final, todos los artículos venían a decir lo mismo, pero los comienzos eran distintos. Por ejemplo, el *Daily Telegraph* comenzaba: «Poca discrepancia habrá entre nuestros lectores, o entre todo verdadero inglés y los observantes de la ley respecto de...», etcétera, etc. El *Daily Mail* decía: «La gente debe aprender, en el mundo moderno, a guardar para sí las discrepancias teológicas. El escándalo...», etc, etc. El *Daily News* comenzaba: «Nada sería más perjudicial a la causa de la verdadera religión que...», etc, etc. El *Times* comenzaba con algo referente al origen céltico de ciertas perturbaciones del equilibrio del Imperio, y el *Daily Express* se distinguió espléndidamente suprimiendo por completo el discutido asunto y publicando, en su lugar, un artículo de fondo sobre el uso de los chanclos.

A la mañana siguiente, los directores y los periódicos se pusieron de tal manera que, como suele decirse, no había por donde cogerlos. La cosa más remota e imprevista que llegaba a los directores y les causaba

impresión, se encajaba en la historia de la vidriera rota y el duelo en el jardín. Llegó a ser un asunto monstruoso y omnipresente, como sucedió en nuestro tiempo con los insignificantes manejos de la secta de los Agapemonitas, o, en tiempos anteriores, con las tremendas inmoralidades de los agiotistas de la Rhodesia. En la Cámara de los Comunes se formularon y aun se contestaron, algunas preguntas sobre el caso. El Gobierno fué acusado solemnemente en los periódicos por no haber hecho algo, nadie sabía qué, para impedir la rotura de la vidriera. Se abrió una suscripción enorme para indemnizar a Mr. Gordon, el hombre que había sido amordazado en la tienda. Mr. Maclan, uno de los duelistas, adquirió individualmente, por alguna razón misteriosa, una popularidad enorme como figura cómica en los periódicos festivos y en la escena de los *music-halls*. Siempre lo representaban (contradiendo la realidad) con patillas rojas y nariz muy colorada, y con el atuendo completo de un *highlander* o montañés de Escocia. Y todas las noches, ante públicos numerosos, él cantaba una canción, compuesta de un número de versos inimaginable, en los que, con juegos de palabras y alusiones al león británico, a los dientes del león, a la jornada de Spion-Kop en la guerra del sur de África, etc., se proseguía la rima con el apellido Maclan. Los periódicos manifestaron una ansia devoradora por la captura de los fugitivos; y cuando transcurrieron cuarenta y ocho horas sin que los capturasen, transformaron el asunto en misterio policíaco. Bajo el título: «¿Dónde están?» inundaron los periódicos cartas y más cartas, dando todas las explicaciones concebibles del caso, ya los supusiesen metidos bajo tierra en el Monumento, en el Twopenny Tube, en Epping Forest, en Wesminster Abbey, o arrollados en una alfombra en Shoolbreds, o encerrados en las cajas de Chancery Lane. Sí, los periódicos salían muy interesantes, y Mr. Turnbull desplego todo un paquete de ellos para entretenimiento de Mr. Maclan, cuando, ya próximo a romper el día, se hallaban sentados en un campillo alto, hacia el norte de Londres.

Una barra gris quebró la oscuridad en el Oriente; una espada de plata rasgó la barra gris, y el día se levantó trabajosamente sobre Londres. Desde la escarpadura estéril, detrás de Hampstead, donde estaban, Turnbull y Maclan podían ver a Londres entero abultarse vagamente y ensancharse en los grises de la luz creciente, hasta que el sol claro se alzó, y la espléndida monstruosidad de Londres yació a sus plantas. Sus desconcertantes cuadrados y paralelogramos eran tan compactos y perfectos como los de un *puzzle* chino; enorme jeroglífico que el hombre debe descifrar, o muere. A los dos les invadía, pero a Turnbull más que al

otro, porque conocía mejor el significado de la escena, ese indescriptible sentimiento —como de hallarse ante una fatalidad sublime, arrebatada, conmovedora— que nunca evocan los desiertos, ni el cadáver de un hombre, ni los hombres bárbaros o desidiosos, y que suscita únicamente la contemplación del enorme genio del hombre aplicado a cosa distinta de hacer el bien. Turnbull, demócrata e idealista rancio, había vejado muy a menudo a la democracia, y la vejaba con razón, por su desidia, su *snobismo*, su depravada reverencia hacia cosas vanas. Tenía bastante razón; porque nuestra democracia tiene una sola falta grave: que no es democrática. Y ahora, tras de haber durante muchos años acusado justamente de sofista y de esclavo al tipo medio de los hombres modernos, tendía la vista desde un descampado de Hampstead y veía lo que valen tales hombres en su papel de dioses. Su obra, allí presente, parecía heroica y divina en sumo grado, a fuerza de ser dudoso que valiese la pena de acabarla.

Tenía que haber algo más grande que el esmero puesto en cometer una equivocación tal como Londres. ¿Y cuál sería el fin de todo ello? ¿Cuál sería la última transformación del increíble londinense vulgar, del obrero que va en el tranvía de Battersea, del oficinista que va en el ómnibus de Cheapside? Turnbull, en su triste contemplación, murmuró para sí las palabras de Swinburne, ateo y revolucionario, que había envenenado su juventud:

Y aun nos preguntamos si Dios o los hombres,
Lázaro, te pueden dar la libertad;
Levántate y anda, tú, republicano,
Y contigo sálvanos a la humanidad.
Mas tiene el discípulo sus labios sellados
Sin decir si puedes perdonar nuestros pecados.

Turnbull tiritó, ligeramente, como si tras la mañana terrenal sintiese venir el atardecer del mundo, el ocaso de tantas esperanzas. Esas palabras pertenecían a los «Cánticos antes del alba». Pero los cánticos de Turnbull eran, todo lo más, cánticos después del alba, y al fin y al cabo el alba no había sido gran cosa. De nuevo tiritó Turnbull en la brisa picante de la mañana. Maclan también contemplaba, vuelto el rostro, a la ciudad, pero había un no sé qué de ciego y de místico en su arrobamiento, como si sus ojos mirasen, digámoslo así, hacia dentro. Cuando Turnbull le dijo algo respecto de Londres, los ojos de Maclan, como si obedeciesen a una

conminación, acudieron, igual que dos criados asomándose a sendas mirillas.

—Sí —dijo, con cierto estupor—, es enorme.

Hubo un silencio vacío, y después Maclan prosiguió:

—Sí, es enorme. Cuando lo vi por vez primera me quedé aterrorizado. Exactamente aterrorizado, como le aterrorizaría a uno el ver un hombre de cuarenta pies de altura. Estoy habituado a ver cosas enormes en mi país, las montañas tan grandes que parecen llenar la infinidad de Dios, y el mar tan vasto que llega al confín del mundo. Pero todas ellas son cosas informes, confusas, que no pertenecen a una forma familiar. En cambio, ver las cosas humanas, llanas, regulares, llevadas a este tamaño; casas tan grandes, calles tan grandes, ya la misma ciudad, tan grande, fué como si me hubiesen atornillado en un ojo una lente diabólica, amplificadora. Como si viese una cazuela del tamaño de una casa o una ratonera para atrapar elefantes.

—Como en el país de los Brobdingnagians —dijo Turnbull sonriendo.

—¡Oh! ¿Dónde está? —dijo Maclan.

—En un libro —respondió Turnbull amargamente, y el silencio cayó de nuevo entre los dos.

Estaban en medio de un gran revoltijo, en la falda de la loma; las cosas que habían recogido a toda prisa, aquí y allá, para su fuga, yacían sin orden ni concierto a su alrededor. Las dos espadas con que habían recientemente tirado a matarse, caídas en la yerba, al acaso, como dos bastones inútiles. Las provisiones compradas la noche antes, en un establecimiento de baja estofa, para preverlo todo, desparramadas como los artículos de una merienda ordinaria, aquí un paquete de chocolate, allá una botella de vino. Y para aumentar el desorden, encima de cada cosa, esparcidas las cosas más desordenadas del mundo moderno, periódicos y más periódicos, y otra vez periódicos, ministros de la anarquía moderna. Turnbull tomó uno con aire cansado y sacó una pipa.

—Aquí hablan mucho de nosotros —dijo—. ¿No le molesta a usted que encienda?

—¿Por qué había de molestarme? —preguntó Maclan.

Turnbull miró con atenta curiosidad al hombre que no entendía las palabras corteses; encendió la pipa y le sacó grandes nubes de humo.

—Sí. El asunto en que usted y yo estamos metidos —prosiguió— es en este momento el más periodístico de Inglaterra. Soy del oficio y lo veo. Por vez primera, quizás, desde hace muchas generaciones, los ingleses se irritan por una sinrazón cometida en Inglaterra más que por una sinrazón cometida en Francia.

—No es una sinrazón —dijo Maclan.

—Parece usted incapaz de entender el sentido corriente del lenguaje humano —dijo Turnbull, riendo—. Si yo no sospechase que usted es un genio, de seguro pensaría que es usted un marmolillo. Me imagino que lo mejor sería recoger el equipaje y marcharnos.

Se levantó de un salto y empezó a meterse cosas en los bolsillos, y a formar un envoltorio para llevarlo a cuestas. Y conforme atascaba con una caja de conservas un bolsillo ya repleto, dijo descuidadamente:

—Lo que yo quería decir es que, ahora, somos los hombres más importantes para los periódicos ingleses.

—Bueno; ¿qué esperaba usted? —preguntó Maclan, abriendo mucho sus grandes y graves ojos azules.

—Los periódicos están llenos de nosotros —dijo Turnbull, agachándose para recoger una de las espadas.

Maclan se agachó y recogió la otra.

—Sí —repuso, con aire de candor—. He leído lo que dicen. Pero no han entendido el punto.

—¿Qué punto? —preguntó Turnbull.

—El de la espada —dijo Maclan con violencia, y plantó la punta de acero en tierra como si plantara un árbol.

—Ese punto —dijo Turnbull ásperamente— lo discutiremos más tarde,

¡vamos!

Turnbull se ató al cuerpo con un bramante la última caja de conservas; después, como un buzo disponiéndose a la zambullida, habló breve y compendioso:

—Ahora, Mr. Maclan, tiene usted que oírme. Tiene usted que oírme, no solamente porque yo conozco el país, que puede usted conocer también consultando un mapa, sino porque conozco a la gente del país, y usted no la conocería aunque viviese aquí treinta años. Esa ciudad infernal que hay a nuestros pies se ha despertado, y se ha despertado contra nosotros. Las interminables hileras de ventanas y ventanas son ojos que nos contemplan. Esos bosques de chimeneas son dedos que nos apuntan, mientras estamos en esta ladera. El asunto ha prendido. Durante los próximos seis mortales meses, no pensarán más que en nosotros, como durante seis mortales meses no pensaron más que en el asunto Dreyfus. ¡Oh, ya sé que es bufo! Dejan muy tranquilos que los niños, sin ganas de morirse, perezcan por docenas. Pero si dos caballeros, por motivos de delicadeza íntima, tienen gana de matarse, movilizarán el ejército y la escuadra para impedirselo. Durante medio año, o más, usted y yo, Mr. Maclan, seremos un obstáculo para toda reforma en el Imperio británico. Impediremos la expulsión de los chinos del Transvaal y la regularización del Strand. Se valdrán de nosotros para variar la conversación cada vez que alguien recomiende el Home Rule, o se queje de los anuncios luminosos. Por tanto, no vaya usted a imaginarse inocentemente que nos basta escabullimos entre estas colinas inglesas, como podría hacerlo en Escocia un fugitivo, en aquellas montañas olvidadas de los dioses. Tenemos que estar eternamente sobre aviso; viviremos acosados como dos criminales insignes. Es de suponer que en todas partes crearán reconocernos como si fuésemos Napoleón escapando de la isla de Elba. Debemos prepararnos a que envíen a las más pequeñas aldeas nuestras señas personales, y a que nos examine el rostro todo policía ambicioso. Tendremos que dormir al raso, como si estuviésemos en África. Por último, lo más importante: no debemos soñar con dar término a... nuestro convenio, que se haría tan célebre como los asesinatos del Foenix Park, a menos que hayamos tomado disposiciones reales y eficaces para nuestro aislamiento, ya que no para nuestra seguridad. En suma, no debemos batirnos, hasta que les hayamos hecho perder el rastro, aunque sólo sea por un momento. Porque, le doy a usted mi palabra, Mr. Maclan, si el público británico nos caza, el público británico impedirá el duelo, aunque

no sea más que encerrándonos en un manicomio para el resto de nuestros días.

Maclan contemplaba el horizonte con mirada sombría.

—No me sorprende que el mundo esté contra nosotros. Eso me hace ver que yo tenía razón para...

—¿Para qué? —dijo Turnbull.

—Para romper la vidriera*** NO HAY ***—. He despertado al mundo.

—Muy bien, entonces —dijo Turnbull con mucha frialdad—. Veamos ahora los cabos que quedan sueltos. Al otro lado de esta colina el terreno es, comparativamente, despejado. Por fortuna, conozco bien estos sitios, y si usted me sigue puntualmente, y si es preciso, a rastras, podemos alejarnos diez millas de Londres sin encontrar lo que se dice alma viviente, que sería en todo caso el mejor comienzo posible. Tenemos provisiones para dos días con sus noches, por lo poco, y para tres días si somos cuidadosos. Podemos hacer cincuenta o sesenta millas de camino sin llamar en ninguna posada. Yo llevo las galletas, la carne en conserva y la leche. ¿Supongo que usted lleva el chocolate y el brandy?

—Sí —dijo Maclan, como un soldado recibiendo órdenes.

—Entonces, muy bien, vamos. En marcha. Rodeamos por esa mata tercera y bajamos al valle.

Y salió andando el primero, con paso vivo. Mas luego se detuvo repentinamente, porque percibió que el otro no le seguía. Evan Maclan, apoyado en la espada, descubría en su rostro encapotado la expresión de un hombre de nuevo herido súbitamente por la duda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Turnbull mirándole con algún enojo.

Evan no replicó.

—¿Qué diantres le ocurre a usted? —preguntó de nuevo el jefe, cuya faz iba poco a poco poniéndose tan roja como su barba. Después, con voz más templada, dijo de repente:

—¿Le duele a usted algo, Maclan?

—Sí —repuso el montañés, sin alzar la cara.

—Beba un poco de brandy —gritó Turnbull acercándose a él rápidamente—. Ahí lo lleva usted.

—No me duele el cuerpo —dijo Maclan en su modo extraño, tardo—. El dolor es del alma. Se me ha puesto en el pensamiento una cosa espantable.

—¿De qué diablos está usted hablando? —preguntó Turnbull.

Maclan prorrumpió con voz muy singular y poderosa.

—Tenemos que batirnos ahora, Turnbull. Tenemos que batirnos ahora. Una cosa formidable ha venido sobre mí, y conozco que tenemos que batirnos ahora y aquí. Tengo que matarle a usted aquí —gritó con una especie de furia lacrimosa imposible de describir—. Aquí, aquí, sobre este bendito césped.

—¿Y por qué, idiota...? —comenzó Turnbull.

—Ha sonado la hora, la hora negra designada por Dios. Aprisa, aprisa, que se pasará en seguida.

Arrojó lejos de sí la vaina furiosamente, y blandió la espada, destellando con la luz del sol.

—Maldito loco —repetía Turnbull—. Envaine la espada, asno. La gente de esa casa saldrá en cuanto oiga el ruido.

—Uno de los dos habrá muerto antes de que vengan —dijo el otro con voz ronca—, porque ésta es la hora designada por Dios.

—Bueno, nunca he pensado mucho en Dios —dijo el director de *El Ateísta*, perdiendo la paciencia—. Y ahora todavía menos. No hay que preocuparse de lo que Dios quiere. Haga usted el favor de iluminar mis tinieblas de pagano diciéndome qué se propone usted, diablo.

—La hora habrá pasado pronto. En un momento habrá pasado —dijo el loco—. Ahora, ahora, ahora es cuando tengo que clavar al suelo ese cuerpo de blasfemo; ahora, ahora es cuando tengo que vengar a Nuestra

Señora de su vil insultador. Ahora o nunca. Porque el pensamiento espantable está en mi alma.

—¿Y qué pensamiento ocupa —preguntó Turnbull con forzada serenidad— lo que usted llama su alma?

—Tengo que matarle a usted ahora —dijo el fanático— porque...

—Bueno, porque... —dijo pacientemente Turnbull.

—Porque he comenzado a quererle a usted.

Por el rostro de Turnbull, bañado de sol, pasó un calambre súbito, una alteración momentánea que no dejó rastro; y sus facciones parecían inmovilizadas en una contemplación glacial. Pero al hablar de nuevo pareció que, por divertirse, fingía no haber entendido una cosa entendida perfectamente.

—El afecto de usted es áspero de formas —comenzó a decir, pero Maclan rompió el frágil y frívolo discurso con voz violenta:

—No se tome usted el trabajo de hablar así —dijo—. Usted sabe tan bien como yo lo que quiero decir. Vamos a batirnos, repito. Acaso usted siente lo mismo que yo.

El rostro de Turnbull, en la cruda luz del sol, dejó ver nuevamente un titubeo, pero su actitud conservó un desembarazo desdeñoso.

—Tiene usted un alma céltica que va demasiado aprisa para mí —dijo—. Déjeme usted que lo entienda con mi manera tarda de hombre de la llanura. Querido Mr. Maclan, ¿qué pretende usted decir con eso?

Maclan apuntaba con la reluciente espada al pecho de Turnbull.

—Usted sabe lo que quiero decir. Usted piensa lo mismo que yo. Tenemos que batirnos ahora, o si no...

—¿O si no...? —repitió Turnbull mirándolo con gravedad imponente.

—O si no, ya no nos batiremos nunca —respondió Evan, lanzando el final de la frase como un grito de desesperación.

Turnbull desenvainó de repente la espada, como para caer en guardia; después, bajando por un momento la punta al suelo, dijo:

—Antes de empezar, ¿puedo hacer una pregunta?

Maclan bajó pacientemente la cabeza, pero sus ojos ardían.

—Acaba usted de decir —prosiguió Turnbull, al instante— que si no nos batimos ahora, no nos quedarán ganas de batirnos más. ¿Qué le parecería a usted si llegásemos a no querer batirnos?

—Me parecería —respondió el otro— lo mismo que si al desenvainar usted la espada hubiese yo echado a correr. Me parecería que, por ser yo cobarde, la justicia quedaba incumplida.

—¡Justicia! —respondió Turnbull con una sonrisa reflexiva—. Estamos hablando de sus sentimientos. ¿Qué entiende usted por justicia, fuera de sus sentimientos?

Maclan hizo un gesto de cansancio, al reconocer una tesis antigua.

—¡Oh! Eso es Nominalismo —dijo con un suspiro—. Nos libramos de él en el siglo XII.

—Quisiera que nos librásemos de él ahora —replicó el otro, firmemente—. ¿Pretende usted decir, en efecto, que si llegase usted a pensar que tengo razón sería seguramente un error?

—Si me diesen un golpe en el occipucio, podría parecerme usted un elefante verde —respondió Maclan—. ¿Pero no tengo ahora el derecho de decir que si pensase tal cosa sería pensar erróneamente?

—¿Entonces usted está completamente seguro de que sería un yerro quererme a mí? —preguntó Turnbull con leve sonrisa.

—No —dijo Evan, muy pensativo—. No digo eso. Puede no ser del demonio, puede ser aviso de Dios; no pretendo saberlo. Tengo una obra que cumplir y eso la estorbaría.

—Supongo —dijo el ateo, con mucha cortesía— que usted y yo sabemos cuanto debemos saber acerca de lo que viene de Dios.

Maclan estalló como un hombre que no puede más y suelta todas las dificultades.

—La Iglesia no es una cosa como el Athenaeum Club —gritó—. Si el Athenaeum Club perdiese todos sus miembros, el Athenaeum Club se disolvería y dejaría de existir. Pero cuando pertenecemos a la Iglesia, pertenecemos a algo que está fuera de todos nosotros; fuera de todo lo que de ella se dice, fuera de los cardenales y el Papa. Pertenecen a ella, pero no les pertenece. Si todos nosotros muriésemos de repente, la Iglesia aun existiría en Dios. ¿No ve usted, embrollón, que estoy más cierto de su existencia que de mi propia existencia? No obstante, usted me pide que confíe en mi temperamento, en mi propio temperamento, que pueden alterar dos botellas de vino o un ataque de ictericia. Usted me pide que confíe en él, cuando me inclino hacia usted, y que no confíe en lo que yo creo existe fuera y por cima de mí, más real que la sangre de mis venas.

—Deténgase un momento —dijo Turnbull, con el mismo desembarazo—. En el hecho mismo de decir que usted cree en esto o en aquello, va implícito que hay una parte de usted mismo de la que usted se fía, por más que haya muchas de las que desconfía. Si es usted, propiamente usted, quien me quiera también es usted, con toda seguridad, y propiamente usted, quien cree en la Iglesia Católica.

Evan permaneció un momento inmóvil y pensativo.

—Hay en mí una parte divina —respondió—, una parte de la que puedo fiarme, pero también hay afectos enteramente animales y fútiles.

—Supongo que usted está completamente seguro —continuó Turnbull— de que si me estimase, esa estimación sería enteramente animal y fútil.

Por la primera vez Maclan se estremeció, como si no esperase lo que acababan de decirle. Al cabo, dijo:

—Lo que nos ha unido, provenga del cielo o de la tierra, es algo que hace imposible la mentira. No; no creo que mi inclinación hacia usted sea... sea una cosa de índole superficial. Puede ser cosa más profunda... una cosa extraña. No puedo comprenderlo. Pero, bien entendido, y a fondo, si yo le quisiese a usted, podría ser con amor divino. Pero le odio a usted, y con toda seguridad mi odio es divino. No; no vamos a batirnos por una bagatela. No es por una superstición, o por un símbolo. Cuando usted

escribió aquellas palabras acerca de Nuestra Señora, era usted en aquel acto un malvado cometiendo una vileza. Si le odio a usted es porque usted ha odiado la bondad. Y si le quiero a usted... es porque es usted bueno.

El rostro de Turnbull tomó una expresión indescifrable.

—Bueno, ¿nos batiremos ahora? —dijo.

—Sí —dijo Maclan, con una súbita contracción de sus negras cejas—, sí, tiene que ser ahora.

Las espadas relucientes se cruzaron, y el primer contacto, corriéndose por la hoja y el brazo, dijo a cada combatiente que el corazón del otro se despertaba. No se cruzaban así las espadas cuando se habían precipitado el uno contra el otro en el jardincillo trasero de la tienda del anticuario.

Hubo una pausa, y luego Maclan hizo un movimiento como para tirarse, pero casi en el mismo instante, Turnbull, de repente y con calma, dejó caer la espada. Evan miró en torno, con desusado desconcierto, y percibió que un hombre alto, vestido de claro y con sombrero Panamá, se adelantaba tranquilamente hacia ellos.

V. El pacificador

Cuando los combatientes, cruzados los aceros, se dieron de súbito cuenta de la aparición de un tercero, hicieron el mismo movimiento. Rápido como un pistoletazo, instantáneamente lo modificaron, recobrando su actitud primera, pero ambos lo habían hecho, ambos lo habían visto y ambos sabían lo que significaba. No fué un movimiento de cólera por verse interrumpidos. Dijeran o pensaran lo que quisieran, fué un movimiento de alivio. Una fuerza interior y, a pesar de eso, enteramente fuera de su alcance, iba poco a poco, implacablemente, disolviendo la dureza de su juramento. Como los amantes engañados acechan el inevitable ocaso del primer amor, estos dos hombres acechaban el ocaso de su primer odio.

Sus corazones sentían crecer la debilidad del uno por el otro. Cuando sus armas retañían en el jardinillo de Londres, de seguro ocurre algo si un tercero les interrumpe. Habría muerto uno de los dos, o habrían matado al intruso. Pero ahora nada podía deshacer o negar aquel hecho fugacísimo: que durante un segundo se habían alegrado de que los interrumpiesen. Una cosa nueva, extraña, ascendía en sus corazones, como la pleamar nocturna. Era algo sumamente despiadado, porque podía acabar siendo inmensa piedad. ¿Existe, acaso, un fatalismo en la amistad, como el que los enamorados ven en el amor? ¿Dispone Dios que los hombres se quieran contra su voluntad?

—Ustedes me dispensarán que les hable, estoy seguro —dijo el extraño, con tono afanoso y suplicante a la vez.

La cortesía del tono rebasaba las buenas maneras. Era incongruente con el desusado espectáculo de los duelistas, que debiera haber sorprendido a un hombre normal. Era también incongruente con el físico repleto y sano, aunque un poco laxo, del que hablaba. Su presencia, a la primera ojeada, era de hermoso animal, rizosos el pelo y la barba de oro, y ojos azules, de brillo insólito. Tan sólo a la segunda ojeada el ánimo se irritaba de repente, tal vez sin intención, ante el modo de curvarse hacia el chaleco la barba de oro, y ante el modo de adelantarse la nariz —de bella hechura— a olfatear el camino. Y acaso a la centésima ojeada solamente, los claros ojos

azules, que antes y después de tal momento parecían brillar de inteligencia, se antojaban brillantes de idiotez. Hombre de aspecto fuerte y sano, parecía mucho más recio a causa del traje suelto y de colores claros que llevaba, de tan extrema levedad y holgura, que había en él algo de tropical. Un examen más detenido habría mostrado que hasta en los trópicos llamaría la atención su atuendo; porque estaba tejido sobre cierta urdimbre higiénica de que ningún ser humano tenía noticia, pero absolutamente necesaria para tener salud siquiera un día. Llevaba, muy derribado hacia el colodrillo, un sombrero de anchas alas, igualmente higiénico; y, como he dicho, chocaba que de un hombre de tipo tan recio y sano saliese una voz tan aguda y obsequiosa.

—Ustedes me dispensarán que les hable, estoy seguro —dijo—. Es cosa de saber si no estarán ustedes disputando por menudencias, que, después de todo, pudiéramos arreglar buenamente juntos. No les importa a ustedes que diga esto, ¿verdad?

El rostro de los combatientes permaneció un tanto opaco a esta invocación. El extraño, tomando probablemente el silencio por síntoma de confusión vergonzosa, prosiguió con cierta alacridad.

—De manera que ustedes son los jóvenes de que hablan los papeles. Bueno, naturalmente, de joven siempre es uno algo romántico. ¿Saben ustedes lo que yo digo siempre a los jóvenes?

Un silencio indeciso siguió a esta pregunta jovial. Después dijo Turnbull, con voz incolora:

—Como he hecho los cuarenta y siete en mi último cumpleaños, probablemente he venido al mundo demasiado pronto para saberlo.

—¡Muy bueno, muy bueno! —dijo el amigable señor— humor escocés puro. Humor escocés puro. Vamos a ver. Entiendo que ustedes dos están decididos a batirse. Parece que no viven ustedes en el mundo moderno. Hemos dejado ya muy atrás el duelo, ¿no lo saben? Por lo demás, Tolstoi nos enseña que pronto dejaremos atrás la guerra, que para él es simplemente un duelo entre naciones. Un duelo entre naciones. Pero no hay duda ninguna en que hemos dejado atrás el duelo.

El extraño se detuvo un momento, radiante, en espera del efecto causado en sus oyentes de palo, y luego prosiguió:

—Bueno. Los periódicos dicen que ustedes quieren de veras batirse por una cosa relativa al Catolicismo Romano. ¿Saben ustedes lo que digo yo siempre a los católicos romanos?

—No —dijo Turnbull, lentamente—. ¿Y ellos?

Parecía un rasgo típico del cordial e higienista desconocido el olvidarse siempre de lo que había dicho el momento anterior. Sin más insistencia sobre la forma determinante de su exhortación a la Iglesia de Roma, se rió cordialmente de la respuesta de Turnbull; después, al cazar sus errantes ojos azules el destello del sol en las espadas, adoptó una gravedad benevolente.

—Ustedes saben que el asunto es grave —dijo, mirando a Turnbull y a Maclan como si hubiesen estado alborotando el cotarro con frivolidades—. Estoy seguro de que si se apelase a vuestra naturaleza superior..., a vuestra naturaleza superior... Todo hombre posee una naturaleza superior y otra inferior. Pues bien; examinemos el asunto llanamente, sin las insensateces románticas acerca del honor y cosas por el estilo. Verter sangre, ¿no es grave pecado?

—No —dijo Maclan, hablando por vez primera.

—¿De veras? ¿De veras? —dijo el pacifista.

—Matar es pecado —dijo el inmovible montañés—. Verter sangre no es pecado.

—Bueno, no disputemos por una palabra —dijo el otro, bromeando.

—¿Y por qué no? —dijo Maclan con súbita aspereza—. ¿Por qué no habíamos de disputar sobre una palabra? ¿De qué sirven las palabras si no tienen importancia bastante para disputar sobre ellas? ¿Por qué escogemos una palabra con preferencia a otras si no difieren entre sí? Si a una mujer le llama usted chimpancé en lugar de ángel, ¿no habría disputa por una palabra? Si usted no quiere discutir sobre palabras, ¿sobre qué va usted a discutir? ¿Pretende usted convencerme moviendo las orejas? La Iglesia y las herejías siempre acostumbraron disputar sobre palabras, porque son las únicas cosas que valen la pena de la disputa. Yo digo que matar es pecado, y que verter sangre no lo es, y que hay tanta diferencia

entre esas palabras como entre la palabra «sí» y la palabra «no»; o más diferencia, porque sí y no pertenecen, al fin y al cabo, a la misma categoría. Matar es un acontecimiento espiritual; verter sangre es un acontecimiento físico. Un cirujano vierte sangre.

—¡Ah! ¡Es usted casuista! —dijo el hombre gordo, meneando la cabeza—. Bueno. ¿Sabe usted lo que yo digo siempre a los casuistas?

Maclan hizo un gesto violento; Turnbull soltó la carcajada. El pacifista no pareció molestarse lo más mínimo, y prosiguió con persistente fruición.

—Bueno, bueno —dijo—. Volvamos a la cuestión. Tolstoi ha demostrado que la fuerza no remedia nada; ya ven ustedes en qué posición me coloco. Hago cuanto puedo para detener una violencia inútil, una violencia enteramente injusta, y estoy seguro de que ustedes no llevarán a mal que la califique así. Pero es opuesto a mis principios llamar a la policía contra ustedes, porque la policía está en un plano moral más bajo, por decirlo así, ya que, en suma, es indiscutible que a veces emplea la fuerza, Tolstoi ha demostrado que la violencia engendra violencia en quien la padece, mientras que Amor, por el contrario, engendra Amor. De modo que ya ven ustedes cuál es mi posición. Sólo puedo emplear Amor para contener a ustedes. Estoy obligado a valerme de Amor.

Prestaba a esa palabra un son indescriptible, de cosa dura y pesada, como si estuviese diciendo: «botas». Turnbull, empuñó con brusquedad la espada y dijo, brevemente:

—Veo muy bien la posición de usted. No quiere usted llamar a la policía. Mr. Maclan, ¿seguiremos el encuentro?

Maclan desclavó su espada del césped.

—Debo y quiero impedir este crimen repugnante —gritó el tolstoyano, enrojecida la faz—. Es contrario a las ideas modernas. Es contrario al principio del Amor. ¿Cómo usted, señor, que pretende ser cristiano...?

Maclan se volvió hacia él, lívido el rostro, la expresión amarga.

—Señor —dijo—, hable usted cuanto quiera del principio del amor. Me parece usted más frío que un pedrusco, pero admito que alguna vez habrá usted querido a un perro, a un gato, a un niño. Supongo que, de pequeño,

habrá usted querido a su madre. Hable usted de amor, pues, hasta que el mundo se hastíe de la palabra. Pero no hable usted del cristianismo. Absténgase usted de decir una palabra, blanca o negra, acerca de eso. El cristianismo, en cuanto a usted le concierne, es un misterio horrible. Apártese de él, guarde silencio sobre él, como si fuese una abominación. Es una cosa que ha inducido a los hombres a matarse y torturarse unos a otros, y usted nunca sabrá por qué. Es una cosa que ha inducido a los hombres a cometer el mal para procurar el bien; usted nunca comprenderá el mal, deje en paz al bien. El cristianismo no serviría más que para hacerle a usted vomitar, hasta que dejase usted de ser como es. No intentaría justificarlo ante usted, aunque pudiese. Aborrézcalo usted, en nombre de Dios, como lo aborrece Turnbull, que es un hombre. Es una cosa monstruosa, por la que se matan los hombres. Y si usted quiere quedarse ahí y hablar todavía del amor durante otros diez minutos, es muy probable que vea usted a un hombre morir por ella.

Cayó en guardia. Turnbull estaba muy atareado arreglando algo que se había soltado en la primorosa empuñadura; el extraño fué quien rompió el silencio.

—Supongamos que llamo a la policía —dijo, colérico el rostro.

—Renegando de su dogma más sagrado —dijo Maclan.

—¡Dogma! —gritó el hombre, con cierto espanto—. ¡Oh! No tenemos dogmas, ¿sabe usted?

Hubo otro silencio, y dijo de nuevo, vivamente:

—Ustedes conocen, creo yo, algo de lo que enseña Shaw: la carencia de fijeza en los principios morales. ¿Han leído la *Quintaesencia del Ibsenismo*? Naturalmente, viene muy equivocado acerca de la guerra.

Turnbull, inclinado, enrojecido el rostro, ataba con un bramante la pieza suelta de la empuñadura. Con el bramante entre los dientes, dijo:

—Tome usted ya una maldita decisión, y ¡váyase!

—Es una cosa grave —dijo el filósofo, meneando la cabeza—. Tengo que considerar a solas cuál es el punto de vista superior. Me inclino a creer que en un caso extremo como este...

Y se alejó lentamente. Al desaparecer entre los árboles, le oyeron murmurar, con una especie de canturreo: «Nueva ocasión exige deberes nuevos»; sacado de un poema de James Rusell Lowell.

—¡Ah! —dijo Maclan, exhalando un suspiro profundo—. Y ahora, ¿no cree usted en la oración? Había pedido un ángel.

VI. Otro filósofo

Entre los altos setos del Hertfordshire, setos tan altos como para formar una especie de bosquecillo, iban corriendo dos hombres. No corrían de manera desatentada y febril, sino con el firme compás del péndulo. A derecha e izquierda del sendero, sobre las extensas planas y los cerros, la vasta onda de luz vespéral se extendía como mar de rubíes, esclareciendo las mesetas de las colinas y arrancando a las escasas ventanas de las aldeas diseminadas, brillantes chispas de color de sangre. Pero la senda misma, abierta en un corte profundo de la colina, yacía en espesa sombra. Los dos hombres que corrían por la senda iban recibiendo una impresión que no es raro experimentar entre esos silvestres y verdes muros ingleses; la de ir entre los muros de un laberinto.

La regularidad de su marcha no menguaba su vigor; relucientes los rostros, tenían la mirada fija, brillante. En el contraste entre la calma de la tarde sobre la campiña desierta y los dos tipos huyendo impetuosamente de nada, había sin duda un punto de locura. Parecían dos lunáticos; posiblemente lo eran.

—¿Va usted bien? —dijo Turnbull cortésmente—. ¿Puede usted seguir a este paso?

—Muy fácilmente, gracias —repuso Maclan—. Corro muy bien.

—Eso, en familia de guerreros, ¿será un mérito? —preguntó Turnbull.

—Sin duda. La rapidez de movimientos es esencial —respondió Maclan, que en su vida entendió de bromas.

Turnbull soltó una breve risa, y el silencio cayó sobre ellos, el silencio acechante de los andarines.

Después dijo Maclan:

—Corremos mucho más que los policías. Están demasiado gordos. ¿Por qué hacen ustedes unos policías tan gordos?

—Por mi parte, no he hecho mucho para que sean gordos —replicó Turnbull, jovialmente— pero quiero creer que ahora estoy haciendo algo para que adelgacen. Verá usted cuando nos cacen cómo se han quedado en los huesos. Se parecerán a su amigo de usted, el cardenal Manning.

—Pero no nos cazarán —dijo Maclan, tomándolo al pie de la letra.

—No; los venceremos en el gran arte militar de la fuga —repuso el otro—. No nos cazarán, a menos que...

Maclan volvió su larga faz caballuna interrogativamente, y dijo:

—¿A menos que...?

Turnbull se había callado de repente y pareció escuchar con ansia mientras corría, como hacen los caballos volviendo las orejas hacia atrás.

—¿A menos que...? —repitió el montañés.

—A menos que hagan... lo que ya han hecho. Escuche.

Maclan aflojó el paso, y se volvió a mirar la ruta que habían dejado atrás. Salvando dos o tres altibajos de la senda, que subía y bajaba, vino por el terreno el inconfundible golpear de los cascos de los caballos.

—Han echado contra nosotros la policía montada —dijo Turnbull, brevemente—. ¡Señor bendito, ni que fuésemos una revolución!

—Lo somos —dijo Maclan con calma—. ¿Qué hemos de hacer? ¿Nos volveremos contra ellos espada en mano?

—Podemos llegar a eso —respondió Turnbull—, aunque, si llegamos, estimo que será la escena final. Debemos eludirlos, si se puede.

Examinó y escrutó los arbustos.

—Si podemos ocultarnos en algún sitio, esos animales pasarán de largo. La policía tiene sus faltas, pero gracias a Dios son ineficaces. Mire, aquí está lo que necesitamos. Dése prisa y calle. Sígame.

De pronto, Turnbull se encaramó por uno de los escarpados bordes de la calleja. Era casi tan alto y liso como una pared; en lo alto, la barda oscura

formaba un saliente, en ángulo, casi como un tejado de bálago sobre el camino. Y el ardiente cielo del ocaso dardeaba a través de la maraña rayitos bermejos, como los ojos de una legión de duendes.

Turnbull se izó hasta lo alto y rompió la barda con el cuerpo. En cuanto su cabeza y sus hombros sobresalieron, pareció arder en plena llama, como iluminado por una inmensa hoguera. Su cabello y su barba, encendidos, se volvieron casi de escarlata, y su rostro descolorido, radiante como el de un niño. Algo de violento, algo que era a la vez amor y odio, surgió en el extraño corazón del gaélico, que permanecía abajo. Tuvo el sentimiento inefable de su importancia épica, como si en algún modo estuviese levantando a la humanidad entera a una región del aire más espléndida y ardiente, y conforme iba subiendo también hacia la luz de la tarde, sentía como si unas alas enormes lo levantasen.

Leyendas de los albores del mundo, que había oído en la infancia o leído en la juventud, vinieron sobre él con melancólico esplendor; rutilantes historias de venganzas y amistades, como las de Rolando y Oliveros, o Balín y Balán, le renovaron la emoción de sus eventos. Hombres que tras de ser buenos amigos se batían; hombres que tras de haberse batido eran los mejores amigos; todo cobraba, juntándose, una significación confusa, prodigiosa, de gran momento. Las ondas carmesíes del poniente le parecieron borbollones de sangre sagrada, como si se hubiese roto el corazón del mundo.

Turnbull no se impresionaba por ningún género de poesía, hablada o escrita; era un espíritu poderoso y prosaico. Pero en aquel momento también sintió alguna cosa, ya viniese de la tierra, ya de los ardientes confines del cielo. Lo evidenciaba su voz, prosiguiendo todavía lo práctico, pero con una pizca más de reposo.

—¿Ve usted allí una que parece casita de verano? —preguntó brevemente—. Va a prestarnos buen servicio.

Soltándose de la maraña de las bardas, atravesó la punta de un huerto sombrío y se acercó a una siniestra casilla, pocos pasos más allá. Era una choza de madera tosca, lacerada por el tiempo, que conservaba en su desolación algún residuo de adornos triviales, bastantes para suponer que había sido una casita de campo, y el terreno de un jardín, probablemente.

—Esto no se ve desde el camino —dijo Turnbull, entrando— y nos cobijará

por esta noche.

Maclan le miró unos momentos gravemente.

—Señor —dijo—, tengo que decirle una cosa. Tengo que decirle...

—¡Chitón! —dijo Turnbull alzando de repente la mano—. ¡Cállese, hombre!

En el repentino silencio, el fragor de los distantes caballos crecía con rapidez inconcebible, y la cabalgata de la policía pasó disparada por debajo de ellos en el camino, casi con el estrépito y estruendo de un tren expreso.

—Tengo que decir a usted —prosiguió Maclan, contemplando todavía tontamente al otro— que es usted un gran jefe, y que da gusto ir a la guerra al mando de usted.

Turnbull, sin decir palabra, se volvió a mirar por las desconcertadas celosías de las ventanillas; luego dijo:

—Lo que nos hace más falta es comer y dormir.

Cuando el último eco de los burlados perseguidores se extinguió en los cerros distantes, Turnbull comenzó a desempaquetar las provisiones con igual desembarazo que si estuviesen de merienda. Acababa de desembolsar los últimos artículos, colocando una botella de vino en el suelo y una lata de salmón en el alféizar de la ventana, cuando el insondable silencio de aquel olvidado rincón se rompió.

Se rompió por tres recios golpes descargados con un palo sobre la puerta.

Turnbull suspendió la apertura de un bote de conservas y miró en silencio a su compañero. La boca de Maclan, rasgada y fina, se cerró apretadamente.

—¿Quién diablos puede ser? —dijo Turnbull.

—Sabe Dios —dijo el otro—. Puede ser Dios.

De nuevo retumbó el sonido del bastón en la puerta de madera. Sonido raro, que, bien considerado, no se parecía al efecto corriente de llamar a una puerta para entrar. Era más bien como si hundiesen repetidamente la

punta del bastón en los cuarterones, con el absurdo diseño de agujerearlos.

En los ojos de Maclan brotó una mirada salvaje, se puso en pie casi atolondrado, como tambaleándose, alargó la mano y empuñó la espada.

—Batámonos al punto —exclamó—. Esto es el fin del mundo.

—Está usted enfermo, Maclan —dijo Turnbull, apartándolo—. Esto es que alguien se divierte en aporrear la puerta. Déjeme, que voy a abrir.

Pero él también, cuando se encaminaba a abrir, recogió una espada.

Se detuvo un momento con la mano en la falleba, y abrió de pronto; la contera de un bastón de bambú corriente se le puso entre los ojos, de tal modo que hubo de parar con la espada desnuda que empuñaba. Al choque, la punta del bastón se abatió precipitadamente, y el hombre del bastón retrocedió muy aprisa.

Sobre el inquieto fondo heráldico de oro carmesí que le brindaba el ocaso expirante, el hombre del bastón apareció al pronto puramente negro y fantástico. Era un hombrecillo con dos largos mechones de pelo rizado sobre las orejas, que vistos en silueta parecían cuernos. Llevaba un lazo de corbata tan grande que las puntas sobresalían por cada lado del cuello, como alas monstruosas atrofiadas. Aun tenía empuñado, como un florete, el largo bastón negro, y medio lo dirigía a la puerta abierta. El ancho sombrero de paja se cayó a sus espaldas, al retroceder de un brinco.

—Por lo que usted decía antes, Maclan —dijo Turnbull con placidez—. Yo creo que esto más parece el diablo.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó el desconocido con voz chillona, blandiendo el bastón a la defensiva.

—Voy a ver —dijo Turnbull mirando a Maclan con la misma dulzura—. ¿Quiénes somos?

—Salgan de ahí —vociferó el hombrecillo del bastón.

—Sí, por cierto —dijo Turnbull, y salió con la espada, siguiéndolo Maclan.

Visto más de lleno, de cara a la luz del poniente, el extraño sujeto se

parecía algo menos a un duende. Llevaba terno de americana, gris claro, correcto, sin más nota de indiscutible afectación que la gran mariposa de su corbata gris. A contraluz del poniente, su figura había parecido exigua; a una luz mejor repartida mostraba ser regularmente recio y conformado. El cabello, castaño tirando a rubio, peinado en dos grandes ondas, semejaba el cabello largo y ligeramente ensortijado de las mujeres en algunos cuadros prerrafaelistas. Pero la faz, enmarcada en esa disposición femenina del pelo, descubría una impudencia inesperada, como de mono.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo con vocecilla aguda.

—Bueno —dijo Maclan, con la pueril seriedad acostumbrada—. Y usted, ¿qué hace aquí?

—¡Este jardín es mío! —replicó el hombre indignado.

—¡Oh! —dijo Maclan, sencillamente—. Le ruego que me dispense.

Turnbull se retorció fríamente el bigote, y el extraño miraba tan pronto al uno como al otro, temporalmente estupefacto por su inocente aplomo.

—¿Pero puedo saber —dijo por último— qué diablos hacen ustedes en mi casa de campo?

—Indudablemente —dijo Maclan—. Nos disponíamos a luchar.

—¡Luchar! —repitió el hombre.

—Lo mejor será que contemos el asunto a este caballero —interrumpió Turnbull.

Volviéndose al desconocido, le dijo con firmeza:

—Lo siento mucho, señor, pero tenemos que hacer una cosa ineluctable. Y para ahorrar tiempo y conversación, he de decir a usted, desde el comienzo, que no podemos admitir ninguna intervención. Íbamos, cabalmente, a tomar un ligero refrigerio cuando usted nos ha interrumpido...

Hubo en la expresión del hombrecillo asomos de que entendía, e inclinándose recogió la botella de vino intacta y la miró con curiosidad.

Turnbull continuaba:

—Pero este refrigerio era la preparación de una cosa que usted, mucho me temo, encontrará menos comprensible, y sobre la cual tenemos tomada una resolución definitiva, señor. Nos vemos forzados a batirnos en duelo. Nos fuerzan a ello el honor y una necesidad intelectual íntima. Por la cuenta que le tiene, no intente usted detenernos. Conozco las cosas excelentes y morales que tendrá usted ganas de decirnos. Conozco lo que se debe esencialmente al orden civil: toda mi vida he escrito artículos de fondo acerca de ello. Conozco lo sagrado de la vida humana: mis amigos están cansados de oírmelo. Examine usted nuestra intención y compréndala. Este hombre y yo somos los únicos que en el mundo moderno piensan que Dios tiene importancia esencial. Yo creo que Dios no existe; de ahí le viene su importancia para mí. Pero este hombre cree que Dios existe, y pensando así, muy atinadamente opina que Dios es más importante que ninguna otra cosa. Por tanto, deseamos hacer una gran demostración y afirmación, una cosa que prenda fuego al mundo, como las primeras persecuciones de los cristianos. Si usted lo prefiere, vamos a intentar un martirio recíproco. Los periódicos han levantado en contra nuestra a todas las poblaciones. Scotland Yard ha reforzado con nuestros enemigos cada puesto de policía: hemos tenido que salvar las bardas de una calleja solitaria y tomarnos, indirectamente, algunas libertades con su casa de campo a fin de prepararnos para...

—¡Alto! —rugió el hombrecillo de la corbata de mariposa—. Saque usted de apuros a mi entendimiento. ¿Son ustedes realmente los dos necios de que hablan los periódicos? ¿Son ustedes los dos individuos que pretendían ensartarse en pleno tribunal de policía? ¿Son ustedes? ¿Son ustedes?

—Sí —dijo Maclan—; esto empezó en el tribunal de policía.

El hombrecillo arrojó la botella de vino a veinte varas de distancia, como una piedra.

—Vengan ustedes a mi casa —dijo—. Tengo algo mejor que esta droga. Tengo el mejor vino de Beaune en cincuenta millas a la redonda. Vamos allá. Tenía yo ganas de ver gente como ustedes.

El propio Turnbull, pese a su impasibilidad típica, estaba algo sobrecogido con aquella hospitalidad borrascosa, casi brutal.

—Pero, señor... —comenzó a decir.

—¡Vamos! ¡Entren! —aullaba el hombrecillo, brincando de gusto—. Les daré a ustedes de cenar. Les daré cama. Les daré una pradera verde bien lisa, y espadas y pistolas a elegir. Sépanlo, grandísimos locos: adoro la lucha. Es la única cosa buena en este mundo de Dios. ¡Lo que yo tengo recorrido este condenado país para ver unas cuchilladas, una muerte, y manar sangre! ¡Ja!, ¡ja!

Y se puso de súbito a tirar estocadas con el bastón al tronco de un árbol contiguo, de suerte que la contera imprimió en la corteza fuertes picaduras.

—Dispéñeme usted —dijo de pronto Maclan, abriendo los ojos con curiosidad infantil—, dispéñeme usted, pero...

—¿Qué? —dijo el exiguo luchador, blandiendo su arma de madera.

—Dispéñeme usted —repitió Maclan—, ¿era eso lo que estaba usted haciendo en la puerta?

El hombrecillo le miró fijamente un momento, y después dijo:

—Sí.

Turnbull soltó una risotada.

—¡Vamos! —gritó el hombrecillo, poniéndose el bastón bajo el brazo y echando a correr—. ¡Vamos! Condenado de mí, voy a ver a ustedes dos comiendo y después veré morir a uno de los dos. El Señor me protege; los dioses existen, ya no lo dudo. Colman una de mis ilusiones. ¡Señor! ¡Un duelo!

Había echado a correr por un sendero tortuoso entre los cuadros del huerto, y en la luz menguante del crepúsculo era tan difícil seguirlo como a una liebre perseguida. Pero el sendero, al cabo de muchos rodeos, descubrió a donde guiaba, y ascendió bruscamente dos o tres escalones hasta la puerta de un *cottage*, pequeño y relimpio. No había nada en su exterior que lo distinguiese de otros *cottages*, salvo su ominoso aseo y otra cosa completamente ajena a las tradiciones y costumbres de todos los *cottages* existentes. En medio del jardín, entre alhelíes y maravillas, surgía, bulto de piedra informe, un ídolo de las islas del mar del Sur. Había

algo de indecoroso, y aun de maligno, en aquel dios forastero y desojado, puesto entre las flores más inocentes de Inglaterra.

—¡Entren! —gritó de nuevo el sujeto—. ¡Entren! Se está mejor dentro.

Estuviesen mejor o peor dentro, a lo menos les aguardaba una sorpresa. En cuanto los dos duelistas empujaron la puerta del inofensivo y bien aljofifado *cottage*, descubrieron un interior cubierto de oro flamígero. Como si entrasen en una sala de *Las mil y una noches*. La puerta, al cerrarse tras ellos, les incomunicó con Inglaterra y con todas las energías de Occidente. Los ornamentos, que brillaban y lucían por doquiera, eran todos orientales, aunque mezclados sutilmente épocas y países. Bajorrelieves asirios, muy crueles, corrían por los costados del pasillo; crueles espadas y dagas turcas les formaban marco; luengos siglos y civilizaciones extinguidas separaban unas de otras cosas. No obstante, parecían simpatizar, siendo todas concordes e inclementes. La casa parecía compuesta de aposentos encajados unos en otros y producían la impresión de cosa soñada, perteneciente también a los cuentos de *Las mil y una noches*. El aposento más interior era como el secreto de un joyel. El hombrecillo, dueño de todo, se dejó caer en un montón de almohadones de carmesí y oro, y dió una palmada. Un negro con túnica blanca y turbante apareció de improviso y sin ruido detrás del amo.

—Selim —dijo el huésped—, estos caballeros van a pasar la noche conmigo. Suba en seguida la cena y el mejor vino que haya. Selim, uno de estos caballeros morirá probablemente mañana. Dispóngalo todo, haga el favor.

El negro se inclinó y desapareció.

A la mañana siguiente, de un día fresco y plateado, Evan Maclan salió al jardinillo, y en aquella luz fría su lengua faz parecía más austera, y sus párpados un poco pesados. Llevaba una espada. Turnbull se había quedado en la casita, destrozando los restos del desayuno y tarareando una canción, que se dejaba oír por la ventana abierta. Momentos después, se puso en pie y salió a la luz del sol, todavía mascando una tostada, y con la espada bajo el brazo, como un junquillo.

Veinte minutos antes, su excéntrico huésped había desaparecido de su vista, haciéndoles un cortés saludo. Le suponían ocupado en algunos quehaceres dentro de la casa, y aguardaban que volviese, hollando el

jardín en silencio el jardín de altas y frescas flores campestres-, en medio de las cuales el monstruoso ídolo del mar del Sur se erguía tan rudo como la proa de un navío cortando un mar de bermellón, de plata y de oro.

No fué corta su sorpresa, por tanto, cuando dieron con el hombre, ya en el jardín. Sorpresa tanto mayor a causa de la sosegada postura en que lo hallaron. Estaba de rodillas, rígido, inmóvil, frente al ídolo de piedra, como un santo en trance o éxtasis. Pero se puso en pie de un brinco cuando Turnbull, al andar, rompió una rama.

—Dispénsenme —dijo, irradiando sonrisas, pero con algún desconcierto—. Siento mucho..., preces de familia..., usos antiguos..., las rodillas maternas... Vamos al campo, ahí detrás.

Y los condujo, rodeando la estatua, a una pradera despejada, al otro lado.

—Esto es lo que más nos conviene, Mr. Maclan —dijo.

Señaló con un ademán la maciza figura de piedra sobre el pedestal, que ahora les volvía la informe y blanca espalda.

—No teman ustedes —añadió—. Todavía nos ve. Maclan volvió los ojos, azules y parpadeantes, que parecían nublados aún por el sueño (o por la vigilia), hacia el ídolo; pero frunció las cejas.

El hombrecillo de los pelos largos fijaba también los ojos en la espalda del dios; ojos húmedos y brillantes, y se frotaba las manos suavemente.

—Sabén ustedes —dijo—, yo creo que de esta manera nos ve mejor. Muchas veces se me antoja que esa porción blanca es su verdadera cara; acecha, sin ser vista. ¡Je!, ¡je! Sí, creo que es más hermoso visto de espaldas; de aspecto más cruel visto de espaldas, ¿no creen ustedes?

—¿Pero qué diablo viene a ser eso? —preguntó Turnbull ásperamente.

—Lo único que existe —respondió el otro—. La fuerza.

—¡Oh! —dijo Turnbull, secamente.

—Sí, amigos míos —dijo el hombrecillo, con animación, agitando las manos—. El venir ustedes a este jardín no ha sido casualidad; seguramente ha sido capricho de algún dios antiguo, de un dios

afortunado y cruel. Quizás lo ha querido así, porque le gusta la sangre, y sobre esa piedra que hay delante de él los hombres han sido sacrificados a cientos en las fiestas atroces de las islas del Sur. Aquí, en este maldito país de cobardes, no me es permitido sacrificar hombres en ese altar. Únicamente conejos y gatos, alguna vez.

En medio del silencio, Maclan hizo un movimiento repentino, y luego recobró su rigidez.

—Pero hoy, hoy —continuó el hombrecillo con voz aguda—, hoy ha sonado su hora. Hoy su voluntad se cumple en la tierra como en el cielo. Unos hombres van a desangrarse hoy delante de él.

Y se mordió el índice, presa de una exaltación febril.

Todavía, ambos duelistas con sus espadas, permanecían firmes como estatuas, y el silencio pareció enfriar al excéntrico y llamarlo a un lenguaje más racional.

—Quizás me expreso demasiado líricamente —dijo con amigable brusquedad—. Mi filosofía conduce a elevadísimos éxtasis, pero quizás ustedes no están preparados para alcanzarlos. Limitémonos a lo indiscutible. Por feliz casualidad han venido ustedes a dar, caballeros, en la casa del único hombre que en Inglaterra (probablemente) se presta a favorecer y proteger un designio, que no puede ser más razonable. Desde Cornwall hasta el cabo Wrath, este país es un bloque macizo, horrible, de humanitarismo. Encontrarán ustedes gentes que aprueben esta o la otra guerra en un continente lejano. La aprobarán por despreciables motivos de comercio o por motivos aún más despreciables de bienestar social. Pero no esperen ustedes encontrar otro como yo capaz de comprender el acto del hombre fuerte que toma en su mano la espada y quita de en medio a su enemigo. Mi nombre es Wimpey, Morrice Wimpey. Yo tenía plaza de agregado en el Colegio de la Magdalena. Pero hube de renunciarla, se lo aseguro, por haber dicho en una conferencia pública cosas que infringían el prejuicio popular contrario a aquellos grandes caballeros, los asesinos de la Italia del Renacimiento. Me dejaban decir esas cosas en la mesa, y en sitios así, y al parecer les gustaban. ¡Pero en una conferencia pública...! Ya ven qué lógica. Pues como iba diciendo, aquí encuentran ustedes su único refugio y un templo del honor. Aquí pueden ustedes recurrir a ese arbitraje patente, terrible, la sola cosa que contrapesa el destino: la violencia silenciosa, continua. *¡Vae Victis!* ¡Abajo los vencidos,

abajo! La victoria es el único hecho culminante. Cartago *fué* destruida, los Pielés Rojas están siendo exterminados: tal es la única certidumbre. De aquí a una hora, este sol brillará todavía, esta yerba seguirá creciendo, y uno de ustedes estará vencido, uno de ustedes será el vencedor. Una vez cumplido eso, nada podrá alterarlo. Héroe: os doy la hospitalidad que conviene a los héroes. Y saludo al que sobreviva. ¡Adelante!

Los dos hombres empuñaron las espadas. Entonces Maclan dijo con firmeza:

—Mr. Turnbull, déme usted su espada un momento.

Turnbull, con mirada interrogante, le alargó el arma. Maclan tomó la arqueada espada en su mano izquierda, y con ademán violento la arrojó a los pies del exiguo Mr. Wimpey.

—¡En guardia! —dijo con voz bronca y tonante—. ¡Ahora se bate usted conmigo!

Wimpey dió un paso atrás, y en sus labios burbujearon palabras sin concierto.

—Recoja esa espada y bátase conmigo —repitió Maclan, oscurecido el entrecejo amenazador.

El hombrecillo se volvió a Turnbull implorando consejo o protección.

—Realmente, señor —comenzó—, este caballero confunde...

—¡Ah! ¡Cobarde asqueroso! —rugió Turnbull, soltando de pronto su cólera—. Bátase usted, si es tan amigo de la lucha. Bátase usted, si es tan aficionado a esa filosofía infecta. ¡Si vencer es todo, ande usted y venza! ¡Si los débiles deben sucumbir, sucumba usted! ¡A batirse, rata! ¡A batirse, o si no... a correr!

Se lanzó hacia Wimpey, chispeándole los ojos.

Wimpey retrocedió unos pasos tambaleándose, como si no le obedecieran sus miembros. Entonces vió venir sobre él, como un tren expreso, al furioso escocés, multiplicándose su tamaño a cada segundo, con ojos tan grandes como ventanas y una espada brillante como el sol. Algo se le rompió dentro, y se encontró corriendo a todo correr, dando saltos de

terror y gritos mientras corría.

—¡A él! —voceó Turnbull, mientras recogía la espada y se sumaba a la persecución—. ¡A él, aunque corramos toda la provincia, aunque sea hasta el mar! ¡Oh, oh, oh!

El hombrecillo desapareció como un conejo entre los macizos de flores, persiguiéndole ambos duelistas. Turnbull le seguía el rastro con feroz deleite, zapeándolo como a un gato. Pero Maclan, al pasar junto al ídolo del mar del Sur, se detuvo un momento y subió sobre el pedestal. Durante cinco segundos empujó la masa inerte, que al fin cedió; y la dejó caer con gran estruendo entre las flores, que la sepultaron por completo. Después salió a brincos en busca del fugitivo.

La misma fuerza del susto permitió al ex agregado del Colegio de la Magdalena saltar la cerca del jardín. Los dos perseguidores fueron tras él como si volaran. Huyó frenéticamente por una larga calleja abajo, yéndole a los alcances los dos terrores, hasta llegar a un portillo en la cerca, y echó a través de una pradera escarpada, ligero como el viento. Los dos escoceses, mientras corrían, berreaban alegremente y blandían las espadas. Así persiguieron al filósofo fugitivo por tres laderas arriba, por otras cuatro abajo, cruzaron otro camino, un brezal enmarañado, un bosque, otro camino, hasta la orilla de una laguna. Pero cuando llegó a la orilla, el filósofo iba tan precipitado que no pudo detenerse, y como poseído de un vértigo, cayó de bruces en el agua cenagosa. Se puso en pie, chorreando, y con agua hasta la rodilla el adorador de la fuerza y la victoria vadeó muy mohíno la laguna y se dejó caer en la otra orilla. Turnbull se sentó en la hierba y rompió en estrepitosas carcajadas. Un segundo después, gestos de lo más extraordinario, comenzaron a deformar el rígido semblante de Maclan, y unos ruidos cavernosos le salieron por la boca. Nunca había practicado la risa y le hacía mucho daño.

VII. La aldea de Grassley-in-the-Hole

A eso de la una y media, bajo un cielo de intenso azul, Turnbull se alzó de la hierba y los helechos en que había estado tendido, y la risa que aun por intervalos le acometía concluyó en una especie de bostezo.

—Tengo hambre —dijo con tono breve—. ¿Y usted?

—No he reparado en ello —contestó Maclan—. ¿Qué vamos a hacer?

—Hay un pueblecito al pie del camino, más allá de la laguna —respondió Turnbull—. Desde aquí se ve. Vea las paredes enjabelgadas de algunos *cottages* y algo así como la esquina de la iglesia, ¡qué alegre parece todo ello! No sé cómo decirlo; parece tan... sensible. No se imagine usted que me forjo ilusiones sobre la virtud de la Arcadia y los aldeanos inocentes. Aquí los hombres se vuelven bestias con la bebida, pero no se pervierten a sabiendas a fuerza de palabras. Matan piezas de caza en los montes, pero no inmolan gatos al dios de la victoria. No...

Se detuvo y de repente escupió en el suelo.

—Dispéñeme usted —dijo—; es de ritual. Quisiera uno quitarse sabor de boca.

—¿Qué sabor? —preguntó Maclan.

—No sé cómo llamarlo exactamente —replicó Turnbull—. Quizás sea el de las islas del mar del Sur, si no es el del Colegio de la Magdalena.

Hubo una pausa larga, y Maclan despegó también del suelo sus recios miembros; sus ojos expresaban desvarío.

—Sé lo que usted quiere decir, Turnbull —contestó—. Pero... siempre he creído que las gentes como usted aceptaban todo eso.

—¿Aceptaban qué? —preguntó el otro.

—Todo eso de hacer cada cual lo que quiera, y lo individual, y que la naturaleza prefiere al más fuerte, y las demás cosas de que hablaba esa cucaracha.

Turnbull abrió mucho sus grandes ojos, de un gris azulado, con grave asombro.

—¿Pretende usted significar con eso, Maclan —dijo—, que en su opinión de usted, nosotros, los librepensadores, con Bradlaugh, o Holyoake, o Ingersoll, creemos en ese misticismo sucio e inmoral de la naturaleza? ¡Condenada naturaleza!

—Yo creía que sí —dijo Maclan con calma—. Me parecía la conclusión última de sus ideas.

—¿Y usted quiere decirme —repuso el otro— que ha roto usted la vidriera, me ha retado a mortal combate, ha amarrado con cuerdas a un tendero, ha corrido usted cinco praderas persiguiendo a un agregado de Oxford, todo ello bajo la impresión de que soy un idiota tan sin letras como para creer en la naturaleza?

—Yo suponía que sí —repitió Maclan con la suavidad habitual—. Pero reconozco que sé pocos detalles acerca de lo que usted cree o deja de creer.

Turnbull dió media vuelta repentinamente y se puso en camino hacia el pueblo.

—Venga usted —exclamó—. Vamos al pueblo. Vamos a la primera taberna decente que encontremos. Esto pide cerveza.

—No acabo de entender —dijo el montañés.

—Sí tal —respondió Turnbull—. Usted se viene conmigo de rondón hasta el parador. Repito que el caso pide cerveza. Antes de dar un paso más, tenemos que esclarecer a fondo este asunto. ¿Sabe usted que acaba de ocurrírseme una idea muy sencilla y de gran fuerza? De ningún modo debemos abandonar el propósito de solventar nuestras disensiones mediante los aceros. ¿Pero no cree usted que con dos jarros de peltre podríamos hacer lo que no hemos pensado hacer aún, o sea descubrir en qué disentimos?

—No se me había ocurrido hasta ahora —respondió Maclan con tranquilidad—. Es una buena inspiración.

Y con paso vivo echaron camino abajo hacia la aldea de Grassley-in-the-Hole.

Grassley-in-the-Hole era un tosco paralelogramo de casas, con dos travesías que, de ser posible llamarlas calles, habría podido decirse que eran dos grandes calles. Como todo el paralelogramo yacía sesgado, por decirlo así, en la vertiente de la colina, las travesías estaban a diferente altura en el declive. La más alta se adornaba con un gran parador, una tabajería, una taberna pequeña, una confitería, una taberna minúscula, y una tablilla de aviso, ilegible. La más baja se jactaba de un abrevadero, de una estafeta, de un jardín particular con cercas muy altas, de una taberna microscópica y de dos *cottages*. Dónde vivía la gente que sostenía todas esas tabernas, era, en éste como en otros muchos pueblos ingleses, un misterio tácito y risueño. La iglesia estaba en las afueras y un poco más alta que el pueblo, dominándolo resueltamente con la torre cuadrada y gris.

Pero la misma iglesia no llegaba a ser una institución tan solemne y capital como el gran parador rotulado «Las armas de Valencourt». Tomaba nombre de una familia ilustre, arrumada desde mucho tiempo atrás, en cuya casa vino a instalarse un hombre que había inventado un descalzador higiénico. Pero el sentimentalismo insondable del pueblo inglés persistía en considerar el parador, el solar y el solariego como partes iguales de una antigüedad pura y durable. En «Las armas de Valencourt» las diversiones mismas tenían cierta solemnidad y decoro; y se bebía cerveza con reverencia, como debe ser. En la pieza principal del establecimiento entraron dos forasteros, que, como ocurre siempre en tales sitios, fueron objeto no de curiosidad inquieta o de preguntas insolentes, sino de una inspección ocular devorante, fija e incansable. Llevaban vestimenta larga hasta las rodillas y debajo un objeto parecido a un bastón. El uno, alto y moreno: el otro, pequeño y rubio. Pidieron sendos jarros de cerveza.

—Maclan —dijo Turnbull alzando el jarro—, el loco que pretendía hacernos amigos nos hizo entrar en ganas de seguir batiéndonos. Es muy natural que nos haya hecho amigos el otro loco que pretendía hacernos pelear. ¡A la salud de usted, Maclan!

Comenzaba a oscurecer, y los rústicos ya salían de la taberna, en grupos de dos o tres, con paso tardo y vacilante, gritando un clamoroso ¡buenas noches!, a un bebedor empedernido que se quedaba solo, antes de que Maclan y Turnbull hubieran llegado al punto verdaderamente importante de la discusión.

Maclan tenía su sólida expresión de tristeza y desconcierto.

—Debo, pues, entender —dijo— que usted no cree en la naturaleza.

—Puede usted decirlo así, en el sentido más propio y absoluto —dijo Turnbull—. No creo en la naturaleza, como no creo en Odin. Es un mito. No es simplemente que no crea en la naturaleza como guía nuestra. Es que no creo que la naturaleza exista.

—¿Exista? —dijo Maclan, con su entonación monótona, posando el jarro en la mesa.

—Sí, en un sentido propio, la naturaleza no existe. Quiero decir que nadie puede descubrir lo que habría sido la naturaleza original de las cosas, si las cosas mismas no hubiesen interpuesto su acción. La primera hoja de hierba comenzó por abrir la tierra y sustentarse de ella; de tal modo, intervenía en la naturaleza, si la naturaleza existe. El primer rumiante silvestre comenzó por arrancar hierba y comérsela; de ese modo intervino en la naturaleza, si es que hay alguna. Por el mismo estilo —prosiguió Turnbull— el ser humano que afirma su dominación sobre la naturaleza, es tan natural como la misma cosa que su dominación destruye.

—Y por el mismo estilo —dijo Maclan como en sueños— lo sobrehumano, lo sobrenatural es exactamente tan natural como la naturaleza a que se opone.

Turnbull alzó la cabeza de sobre su jarro, con muestras de cólera.

—Lo sobrenatural, claro está —dijo—, es cosa completamente distinta; el caso de lo sobrenatural es sencillo. Lo sobrenatural no existe.

—Así es —dijo Maclan con voz un tanto sombría—. Lo mismo dice usted de lo natural. Si lo natural no existe, es obvio que lo sobrenatural no pueda existir.

Y bostezó ligeramente sobre la cerveza. Turnbull, con algún motivo, se

turbó un poco y replicó muy vivamente.

—Esa es una agudeza bien traída, creo yo. Pero todo el mundo sabe que se hace una división de las cosas, según que de hecho ocurren comúnmente o que no ocurren. Las cosas que rompen las leyes evidentes de la naturaleza...

—Que no existe —soltó Maclan, soñoliento.

Turbull descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Dios del cielo! —exclamó.

—Que no existe —murmuró Maclan.

—¡Dios del cielo! —tronó Turnbull, sin hacer caso de la interrupción—. ¿Pretende usted decir, ahí sentado, que usted no reconoce, como reconoce todo el mundo, la diferencia entre un suceso natural y uno sobrenatural, si pudiera haber tal cosa? Si yo volase hasta el techo...

—Se haría usted un chichón en la cabeza —gritó Maclan, poniéndose en pie de repente—. De esas cosas no se puede hablar bajo techado. ¡Salga usted! ¡Salga usted y ascienda a los cielos!

Abrió de un empujón la puerta sobre el abismo azul de la tarde, y en él se sumergieron: sintieron de pronto un frío extraño.

—Turnbull —dijo Maclan—, ha dicho usted cosas tan verdaderas y cosas tan falsas que necesito hablar, y trataré de hablar de modo que me entienda. Porque ahora usted no me entiende en modo alguno. Parece que no significamos las mismas cosas con las mismas palabras.

Guardó silencio un par de segundos y prosiguió.

—Hace un minuto o dos lo he cogido a usted en una verdadera contradicción. En aquel momento yo tenía razón, lógicamente. Y en aquel momento conocí que estaba equivocado. Sí, hay diferencia real entre lo natural y lo sobrenatural; si en este instante ascendiese usted por ese cielo azul, pensaría que iba usted llamado por Dios, o por el diablo. Pero si usted desea saber lo que realmente pienso... Tengo que explicarme.

Se detuvo otra vez, horadando distraídamente el suelo con la punta de la

espada, y continuó:

—He nacido y me han criado y enseñado en un universo completo. Lo sobrenatural no era natural, pero sí perfectamente razonable. Más aún, lo sobrenatural para mí es más razonable que lo natural, porque lo sobrenatural es un mensaje directo de Dios, que es razón. Me enseñaron que unas cosas son naturales y otras cosas divinas. Quiero decir que unas cosas son mecánicas y otras cosas divinas. Pero aquí está la gran dificultad, Turnbull. La gran dificultad es que, conforme a lo que me enseñaron, usted es divino.

—¡Yo! ¿Divino? —dijo Turnbull con truculencia—. ¿Qué quiere usted decir?

—Esa es precisamente la dificultad —continuó Maclan, pensativo—. Me enseñaron que hay diferencia entre la hierba y la voluntad de un hombre; y la diferencia consistía en que la voluntad del hombre es particular y divina. El libre arbitrio de un hombre, me decían, es sobrenatural.

—¡Patrañas! —dijo Turnbull.

—¡Oh! —dijo Maclan pacientemente—, entonces, si el libre arbitrio de un hombre no es sobrenatural, ¿por qué ustedes los materialistas niegan que exista?

Turnbull guardó silencio un instante. Después empezó a hablar, pero Maclan proseguía con la misma voz firme y los ojos tristes:

—De manera que mi sentir es éste: Tenemos la gran creación divina, en que me enseñaron a creer. Comprendo que usted no crea en ella, pero ¿por qué deja usted de creer solamente en una porción de ella? Para mí, era un todo único. Dios tenía autoridad porque era Dios. El hombre tenía autoridad porque era el hombre. Usted no puede probar que Dios sea mejor que un hombre; ni puede usted probar que un hombre sea mejor que un caballo. ¿Por qué permite usted una cosa muy corriente? ¿Por qué permite usted que ensillen a los caballos?

—Algunos pensadores modernos lo desapruaban —dijo Turnbull, un poco dudoso.

—Ya sé —dijo Maclan—. Aquel hombre que hablaba del amor, por ejemplo.

Turnbull hizo un gesto chistoso, y dijo:

—Parece que hablamos por abreviaturas, pero yo no afirmo que no lo entiendo a usted. Lo que usted quiere decir es que usted aprendió cuanto sabe de los santos y de los ángeles, al mismo tiempo que la moral corriente, de las mismas personas y de igual manera. Y usted quiere decir que si puede ponerse en duda lo uno, también lo otro. Bueno, admitámoslo por un momento. Pero déjeme usted hacerle una pregunta: ese sistema suyo, que se tragó usted entero, ¿no contiene muchas cosas meramente locales, el respeto por el jefe del clan, los rencores de familia, los fantasmas del lugar y cosas semejantes? ¿No las recibió usted juntamente con la teología?

Maclan contemplaba la travesía oscura del pueblo, por la cual iba un poco a rastras el último bebedor salido del parador.

—Lo que usted dice no deja de ser razonable —respondió—, pero no es enteramente cierto. La distinción entre el jefe y nosotros existe; pero nada tiene que ver con la distinción entre lo humano y lo divino, o entre lo humano y lo animal. Era más bien como la distinción entre dos animales. Pero...

—¿Qué? —dijo Turnbull.

Maclan guardó silencio.

—Prosiga —repetía Turnbull—. ¿Qué le ocurre a usted? ¿Qué está usted mirando así?

—Estoy mirando —dijo, al cabo, Maclan— al que ha de juzgarnos a los dos.

—¡Ah, sí! —dijo Turnbull con cansancio—. Supongo que se refiere usted a Dios.

—No tal —dijo Maclan, moviendo la cabeza—. Me refiero a ése.

E indicó al rústico medio borracho que iba surcando el camino.

—¿A quién, dice usted? —preguntó el ateo.

—A ése —repitió Maclan con énfasis—. Sale con el alba; cava o ara un campo. Retorna, bebe cerveza, y canta una canción. Comparados con él, la filosofía de usted y sus sistemas políticos son recientes. Las catedrales enmohecidas, y hasta la Iglesia eterna sobre la tierra, son nuevas comparadas con él. Los dioses más carcomidos del Museo Británico son hechos nuevos a su lado. Él ha de juzgarnos a todos al final.

Maclan, con cierta excitación, avivó el paso.

—¿Qué va usted a hacer?

—Preguntarle quién de los dos tiene razón —gritó Maclan.

Turnbull soltó una risotada.

—Preguntar a un tragaberas borracho...

—Sí; quién de nosotros tiene razón —gritó con violencia Maclan—. Usted gasta muchas palabras enrevesadas, y yo también. Yo afirmo que cada hombre es imagen de Dios; usted dice que cada hombre es un ciudadano y con luces bastantes para gobernar. Pero si cada hombre simboliza a Dios, he aquí a Dios; si cada hombre es un ciudadano ilustrado, éste es el ciudadano ilustrado de que usted habla. El primer hombre con quien uno se tropieza, es siempre un hombre. Echémosle mano.

El montañés, largo y flaco, avanzó con zancadas gigantescas en el crepúsculo gris; seguíalo Turnbull profiriendo alegres reniegos.

El rastro del rústico era fácil de seguir, aun en la oscuridad reciente, porque iba adornando con una canción su marcha dudosa. Era un poema interminable, que comenzaba con un indeterminado rey Guillermo, habitante, al parecer, en Londres, y que a la segunda estrofa desaparecía bruscamente de la continuación. Lo restante se refería casi por entero a la cerveza y estaba relleno de topografía local imposible de reconocer. El paso del cantor no era muy rápido ni, por cierto, excepcionalmente seguro; conque sonando la canción cada vez más recio, pronto le dieron alcance.

Era hombre maduro, o más bien sin edad determinada, con escasos cabellos grises, el rostro colorado y flaco, y con la notable fisonomía de los rústicos, en la que, al parecer, cada rasgo es independiente del conjunto de la faz; la tosca nariz bermeja sobresalía como un miembro; los ojos

azules, legañosos, se destacaban como señales.

Les saludó con la complicada urbanidad de quien está ligeramente borracho. Maclan, vibrando con una de sus calladas y violentas decisiones, planteó la cuestión sin demora. Explicó la posición filosófica en términos tan breves y sencillos como le fué posible. Pero el extraño viejo de la faz bermeja y descarnada pareció interesarse desusadamente poco por las palabras sencillas. Se fijó con violenta afición en una o dos de las más complicadas.

—¡Los ateos, los ateos! —repetía con magnífico desprecio—. ¡Los ateos! Sé lo que son, señorito. ¡Los ateos! No me hable usted de eso. ¡Los ateos...!

Los motivos de su desdén parecían algo oscuros y confusos; pero, con toda evidencia, bastantes. Maclan, más animado, prosiguió.

—Usted piensa como yo, me parece. Usted piensa que un hombre debe estar en relación con su Iglesia, con la comunidad de los cristianos...

El viejo apuntó con su palo tembloroso en dirección de una colina distante.

—Allí está la iglesia —dijo con voz estropajosa—. La iglesia antigua de Grassley, está allí. Abajo la echaron en tiempos del otro señor y...

—Quiero decir —explicó Maclan cuidadosamente— que usted piensa que debe haber una religión tipo, unos curas ...

—¿Curas? —dijo el viejo con súbita pasión—. ¿Curas? Los conozco. ¿Qué buscan en Inglaterra? Eso es lo que yo digo. ¿Qué buscan en Inglaterra?

—Le buscan a usted —dijo Maclan.

—Así es —dijo Turnbull—, y a mí; pero no nos encuentran. Maclan, la apelación a la inocencia primitiva me parece que tiene mal éxito. Déjeme usted probar. Lo que usted quiere, amigo mío, son sus derechos. Usted no necesita curas ni iglesias. El voto, el derecho de hablar, eso es lo que...

—¿Quién dice que yo no tengo derecho de hablar? —dijo el viejo, mirando en torno con irracional frenesí—. Tengo derecho de hablar. Soy un hombre, éso es. No necesito votos, ni curas. Digo que un hombre es un

hombre; eso es lo que yo digo. Si un hombre no es un hombre, ¿qué será? Eso es lo que yo digo: si un hombre no es un hombre, ¿qué es? Cuando veo un hombre, veo que es un hombre.

—Exactamente —dijo Turnbull—. Un ciudadano.

—Digo que es un hombre —profirió el rústico furiosamente, deteniéndose y golpeando el suelo con su palo—. No es una ciudad, ni cosa alguna. Es un hombre.

—Tiene usted completa razón —dijo de pronto la voz de Maclan, tajante como una espada—. Y usted está apegado a una cosa que el mundo en nuestros días trata de olvidar.

—Buenas noches.

Y el viejo siguió su camino cantando desentonadamente en la noche.

—Es famoso el viejo —dijo Turnbull—. No es capaz de pasar de este hecho: que un hombre es un hombre.

—¿Ha pasado alguien de ahí? —preguntó Maclan.

Turnbull le miró con curiosidad.

—¿Se ha vuelto usted agnóstico? —preguntó.

—¡Oh, no entiende usted! —exclamó Maclan—. Todos los católicos somos agnósticos. En este sentido, los católicos únicamente hemos llegado a percibir que un hombre es un hombre. Pero los Ibsen, los Zola, los Shaw y los Tolstoi ni siquiera han llegado a tanto.

VIII. Interludio: una controversia

La mañana quebró en fría plata por la llanura gris; y casi al mismo punto, Turnbull y Maclan desembocaban de una arboleda baja y enteca en la planicie desolada y vacía. Habían andado toda la noche.

Habían andado toda la noche y hablado también la noche entera; si el tema hubiese sido capaz de agotarse, ellos lo habrían agotado. Habían discurrido por términos y paisajes no menos cambiantes que su dilatada y variable discusión. Habían discutido de Haeckel, subiendo a tan altas y escarpadas cuestas, que, a despecho del frío de la noche, dijérase que las estrellas podían quemarlas. Habían explicado y reexplicado la degollina de Saint-Barthélemy, recorriendo angostos senderos murados por altas mieses como muros de oro. Habían hablado de míster Kensit en pinedos sombríos, inquietos, en la desconcertante monotonía de los pinos. Salieron a campo abierto cuando Maclan concluía un largo discurso defendiendo calurosamente las conquistas prácticas y la sólida prosperidad de la tradición católica.

Maclan había aprendido mucho y pensado más desde que salió de los brumosos cerros de Arisaig. Había encontrado muchas figuras modernas típicas en circunstancias fuertemente simbólicas; además, se había empapado en lo más denso de la atmósfera moderna con la sola presencia de Turnbull y la oportunidad de sus dichos, como ocurre siempre con la presencia y la conversación de gentes de gran vitalidad mental. Al cabo empezó a comprender plenamente los fundamentos que tenía la masa del mundo moderno para desaprobar sólidamente su credo; y se arrojó a refutarlos con ardiente júbilo intelectual.

—Empiezo a entender uno o dos de sus dogmas de usted, Mr. Turnbull —había dicho con solemnidad cuando remontaban penosamente una colina arbolada—. Y yo los niego a medida que voy entendiéndolos. Tomemos el que usted quiera. Usted sostiene que los herejes y los escépticos han favorecido la marcha del mundo y mantenido la lámpara del progreso. Lo niego. Nada más claro en la verdadera historia sino que cada hereje inventó un cosmos completo, que el hereje siguiente hizo

pedazos. ¿Quién sabe ahora exactamente lo que pensaba Nestorio? ¿A quién le importa? Sólo dos cosas sabemos con certidumbre acerca de él. La primera, que Nestorio, como hereje, enseñaba una doctrina completamente opuesta a la de Arrio, el hereje anterior a él, y completamente inservible para Jaime Turnbull, hereje venido después. Le desafío a usted a que encuentre en los librepensadores del pasado un refugio que le valga. Le desafío a usted a que lea a Dodwin o Shelley o los deístas del siglo XVIII o los humanistas del Renacimiento, adoradores de la naturaleza, sin descubrir que disiente usted con ellos dos veces más que del Papa. Usted es un escéptico del siglo XIX, y siempre está diciéndome que ignora la crueldad de la naturaleza. Si usted hubiese sido un escéptico del siglo XVIII me habría usted dicho que ignora la bondad y benevolencia de la naturaleza. Es usted ateo, y alaba a los deístas del siglo XVIII. Léalos, en vez de alabarlos, y encontrará que todo su universo se sostiene o se cae con la divinidad. Es usted materialista, y tiene a Giordano Bruno por un héroe de la ciencia. Vea usted lo que dice y le tendrá usted por un místico demente: No: el gran librepensador, con probidad y capacidad peculiares, no destruye prácticamente el cristianismo. A quien destruye es al librepensador que le ha precedido. El libre-pensamiento puede ser sugestivo, puede ser alentador, puede tener los méritos que usted quiera por la vivacidad y variedad. Pero hay una cosa que el libre-pensamiento no tiene probabilidad de ser: el libre-pensamiento no puede ser progresivo. No puede ser nunca progresivo, porque no acepta nada del pasado; cada vez comienza de nuevo desde el principio; y cada vez se encamina en distinta dirección. Todos los filósofos racionalistas han ido por diferentes caminos, de modo que es imposible decir quién ha avanzado más. ¿Quién puede discutir si Emerson era más optimista que no fué pesimista Schopenhauer? Sería como preguntar si estas mieses son tan amarillas como es alta la colina. No: solamente dos cosas progresan de veras, y ambas aceptan acumulaciones de autoridad. Pueden progresar hacia arriba o hacia abajo; pueden crecer para mejorar o empeorar; pero han crecido regularmente en ciertos puntos bien definidos; han avanzado regularmente en una dirección bien definida; son las dos únicas cosas, parece ser, que *pueden* siempre progresar. La primera es la ciencia estrictamente física. La segunda es la Iglesia Católica.

—¡La ciencia física y la Iglesia Católica! —dijo Turnbull sarcásticamente—. Y sin duda la primera debe mucho a la segunda.

—Si usted apurase la cuestión, podría responderle que es muy probable

—respondió Maclan con calma—. Muy a menudo me imagino que las generalizaciones históricas que usted hace descansan frecuentemente en ejemplos dudosos; no me sorprendería que las vagas nociones de usted acerca de la persecución de la ciencia por la Iglesia fuesen una generalización del caso de Galileo. No me sorprendería nada que, si contase usted las investigaciones científicas y los descubrimientos hechos desde la caída de Roma, encontrara que una gran masa de ellos se debe a los monjes. Pero este asunto no hace ahora al caso. Lo que yo digo es que si usted busca un ejemplo de algo que haya progresado en el mundo moral por el mismo método que la ciencia en el mundo material, por adiciones continuas sin deshacer lo que ya había, digo que encontrará un solo ejemplo. Es decir, nosotros.

—Con esta enorme diferencia —dijo Turnbull—, que por muy complicados que sean los cálculos de la ciencia física, su resultado preciso puede comprobarse. Admito que ha costado millones de libros, que nunca he leído, y millones de hombres, de los que nada sé, el descubrimiento de la luz eléctrica. Con todo, puedo ver la luz eléctrica. Pero no puedo ver la virtud suprema que resulta de todas vuestras teologías y de vuestros sacramentos.

—La virtud católica es a menudo invisible porque es lo normal —respondió Maclan—. El cristianismo está siempre fuera de moda porque siempre es cuerdo, y todas las modas son insanias agradables. Cuando Italia enloquecía por el arte, la Iglesia parecía demasiado puritana; cuando Inglaterra enloquecía por el puritanismo, la Iglesia parecía demasiado artística. Cuando ustedes disputan ahora con nosotros nos clasifican con la monarquía y el despotismo; pero cuando ustedes disputaron con nosotros la primera vez fué porque no queríamos aceptar el despotismo divino de Enrique VIII. La Iglesia parece siempre retrasada en el tiempo, cuando en realidad se halla al cabo del tiempo; aguarda a que se consume la marchitez del último estío. Tiene la llave de una virtud permanente.

—¡Oh! He oído ya todo eso —dijo Turnbull con jocosos desdén—. He oído decir que el cristianismo guarda la llave de la virtud y que si ustedes leen a Tom Paine se harán cortar el cuello en Montecarlo. Tamaña necedad no vale la pena de incomodarse. Dice usted que el cristianismo es el apoyo de la moral; pero ¿por qué no lo practican así? Cuando un médico le visita a usted, y puede envenenarle con una pulgarada de polvos, ¿le pregunta usted si es cristiano? Usted le pregunta si es persona honorable, si tiene

título de médico, y nada más. Cuando un soldado se alista para morir por su patria o deshonrarla, ¿le pregunta usted si es cristiano? Más probable es que usted le pregunte si es de Oxford o de Cambridge, en las regatas. Si ustedes piensan que su credo es esencial para las costumbres, ¿por qué no hacen de él una prueba para esas cosas?

—En otro tiempo así lo hicimos —dijo Maclan sonriendo— y entonces decían ustedes que imponíamos por la fuerza una fe que no se basaba en razones. Parece un poco duro que habiéndonos dicho primero que nuestro credo tenía que ser falso porque lo usábamos como prueba, se nos diga ahora que, como no lo hacemos así, tiene que ser falso. Creo saber que los argumentos más anticristianos son tan incongruentes como ése.

—Esa respuesta estaría muy bien en una controversia pública —dijo jovialmente Turnbull—, pero la cuestión subsiste. ¿Por qué no se limitan ustedes más a relacionarse con los cristianos, si los cristianos son los únicos que practican la moral?

—¿Quién dice locura semejante? —preguntó Maclan desdeñosamente—. ¿Supone usted que la Iglesia Católica ha sostenido jamás que los cristianos sean los únicos que siguen la moral? ¡Cómo! Los católicos de la católica Edad Media aburrieron a la humanidad hablando de las virtudes de todos los paganos virtuosos. No; si usted quiere saber realmente lo que significamos al decir que el cristianismo posee, una fuerza especial para la virtud, voy a explicarlo. La Iglesia es la única cosa en la tierra que puede perpetuar un tipo de virtud y hacer de él algo más que una moda. La cosa es tan llana y tan histórica que me cuesta trabajo pensar que usted la niegue. No puede usted negar que es perfectamente posible que mañana por la mañana, en Irlanda o en Italia, aparezca un hombre no sólo tan bueno, pero bueno de la misma manera que San Francisco de Asís. Pues bien; tome usted ahora otros tipos de virtud humana, espléndidos muchos de ellos. Los nobles ingleses del tiempo de Isabel eran caballeroscos e idealistas. Pero ¿puede usted estar aquí, en esta pradera, y un caballero inglés del tiempo de Isabel? El austero republicano del siglo XVIII, con su rígido patriotismo y su vida sencilla, era un hermoso tipo. Pero ¿lo ha visto usted nunca? ¿Ha visto usted nunca un republicano austero? Han pasado cien años solamente, y aquel volcán de la verdad y el valor revolucionarios está tan frío como las montañas de la luna. Así ocurre y ha de ocurrir con la ética que en estos momentos se esparce en Fleet Street. ¿Qué concepto puede hoy alentar a un obrero, a un empleado de Londres?

Acaso que es hijo del Imperio británico, en el que nunca se pone el sol; acaso que es un apoyo de sus Trade-Unions, o un proletario consciente de su clase, u otra cosa cualquiera; acaso simplemente que es un caballero, no siéndolo, con toda evidencia. Todos esos nombres y nociones son honorables; pero ¿cuánto durarán? Los imperios se hunden; cambian las condiciones de la industria; los suburbios no han de durar siempre. ¿Qué permanecerá? Yo se lo diré a usted. Permanecerá el santo católico.

—Suponga usted que el santo me place —dijo Turnbull.

—En mi teoría la cuestión consiste más bien en saber si usted le place a él; o más probablemente, si ha oído nunca hablar de usted. Pero concedo que su pregunta es razonable. Tiene usted derecho, si habla usted como el hombre corriente, a preguntar si le placirá el santo. Pero sí le place, como al hombre corriente. Se regocija usted en él. Si no le gusta es, no porque usted sea cabalmente un hombre corriente, sino por ser (si me permite decirlo) un fatuo sofisticado por las ediciones de Fleet Street. Esto es lo chistoso del caso. La raza humana ha admirado siempre las virtudes católicas, por más que las haya practicado muy poco: y para mayor rareza, ha admirado más aquellas que el mundo moderno discute con mayor aspereza. Ustedes se quejan de que el catolicismo establezca el ideal de la virginidad; pero no ha hecho nada de eso. Toda la raza humana puso como un ideal la virginidad; los griegos en Atenea, los romanos en el fuego de la Vestal, establecían el ideal de la virginidad. ¿Cuál es, pues, la querrela de ustedes contra el catolicismo? Únicamente puede ser, y así sucede en realidad, que el catolicismo ha *logrado* un ideal de virginidad, que ya no es un simple tema de poesía nebulosa. Pero si usted, y unos pocos hombres febriles, con sombreros de copa, afanándose en una calle de Londres, prefieren separarse, en cuanto al ideal mismo, ño sólo de la Iglesia, sino del Partenón, cuyo nombre significa virginidad, del Imperio Romano salido de la llama virginal, de toda la leyenda y tradición de Europa, del león que no toca a las vírgenes, del unicornio que las respetó, ambas fieras tenantes de nuestro escudo nacional; de los más animados y licenciosos de sus poetas, de Massinger, que escribió la *Virgen Mártir*; de Shakespeare, que escribió *Medida por medida*, si ustedes los de Fleet Street disienten de toda esta experiencia humana, ¿no se les ocurre a ustedes nunca que Fleet Street puede estar en un error?

—No —respondió Turnbull—, confío lo bastante en la rectitud de mi entendimiento para considerar y discutir la idea; pero habiéndola

considerado, pienso que Fleet Street tiene razón, sí: aunque el Partenón esté en un error. Pienso que, a medida del progreso del mundo, se engendran otras atmósferas psicológicas, y en estas atmósferas es posible hallar delicadezas y combinaciones que en otros tiempos habrían sido representadas por algún símbolo grosero. Todo hombre siente la necesidad de un elemento de pureza en lo sexual; y tal vez no pueden alcanzar un tipo de pureza más que en la ausencia de lo sexual. Se reirá usted si le digo que en Fleet Street hemos creado una atmósfera en la cual un hombre puede ser tan apasionado como Lancelot y tan puro como Galahad. Después de todo, en el mundo moderno hemos formado muchas atmósferas como éstas. Por ejemplo, tenemos un aprecio nuevo e imaginativo de los niños.

—Ciertamente —replicó Maclan con singular sonrisa—. Y muy bien que lo ha mostrado uno de los más brillantes escritores jóvenes del bando de ustedes, cuando dice: «A menos que seáis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Pero tiene usted razón completamente; hay un culto moderno por los niños. ¿Y qué es, pregunto yo, el culto moderno por los niños? ¿Qué es ello, en nombre de todos los ángeles y diablos, sino el culto de la virginidad? ¿Rendiría nadie culto a ser alguno solamente porque fuese pequeño o en ciernes? No: ustedes han querido huir de este ideal, y el mismo punto que habían señalado como meta de la huida, resulta ser el mismo ideal de que huyen. ¿Me equivoco al decir que estas cosas parecen eternas?

En el momento de decir estas palabras llegaban a la vista de las grandes planicies. Caminaron un poco en silencio, y después Jaime Turnbull dijo de pronto: «Pero yo *no puedo* creer en ello». Maclan no respondió nada a este dicho; quizás es incontestable. Lo cierto es que en lo restante del día apenas cambiaron más palabras.

IX. Una señora rara

La luna en creciente se alzó sobre todos aquellos llanos, haciéndolos parecer más vastos y lisos, convirtiéndolos en lago de luz azul. Los dos compañeros caminaron durante media hora por la planicie iluminada, guardando silencio. De pronto, Maclan se detuvo e hincó la punta de la espada en el suelo, como quien planta el palo de la tienda para pasar la noche. Dejándola así enhiesta, con los grandes garfios de sus manos se agarró el cráneo poblado de pelo negro, según su costumbre cuando quería avivar el paso de su caletre. Luego dejó caer las manos y habló.

—Estoy seguro de que usted piensa lo mismo que yo —dijo—. ¿Cuánto tiempo tendremos que seguir en este condenado vaivén?

El otro no respondió, pero su silencio parecía un asentimiento firme; y Maclan continuó en tono familiar. Ninguno de los dos reparó en que instintivamente se habían quedado inmóviles ante el signo de la espada, fija y enhiesta.

—Cuesta mucho adivinar lo que Dios se propone en este asunto. Pero Él se propone una cosa..., o la contraria, o ambas. Siempre que hemos intentado batirnos, algo nos ha detenido. Siempre que hemos intentado reconciliarnos, algo nos ha detenido de nuevo. Siempre surgía alguna cosa de entre las matas.

Turnbull cabeceó gravemente y miró en torno la vasta pradera que sin setos ni vallas se alargaba hacia el horizonte, hasta una carretera muy blanca.

—En todo caso, aquí no surgirá nada de entre las matas —dijo.

—Eso quería yo decir —repuso Maclan.

Miró fijamente la pesada empuñadura de la espada enhiesta, que con el viento leve se balanceaba en el templado acero como un gran cardo en su tallo.

—Eso quería yo decir —continuó—. Aquí estamos completamente solos. Desde hace muchas millas no se oyen las herraduras de los caballos, ni paso de gente, ni el silbato de un tren. Creo, pues, que podemos detenernos aquí y pedir un milagro.

—¡Oh! ¿Pedir eso? —dijo el editor ateo, con tono disgustado.

—Dispéñeme usted —dijo Maclan con dulzura—. Me olvidaba de sus prejuicios.

Consideró, sumido en meditación triste, el puño de la espada moviéndose en el aire, y prosiguió:

—Quiero decir que en este lugar tan solitario podemos averiguar si sobre nuestro designio pesa un destino, un mandamiento contrario. Por mi parte me comprometo, como Elias, a aceptar un testimonio del cielo. Turnbull, desenvainemos la espada aquí, a la luz de la luna, en esta soledad monstruosa. Y si aquí, en esta soledad y con esta luz ocurre que nos interrumpen (sea un rayo que caiga en nuestras espadas, sea un conejo que se nos meta entre los pies), lo tomaré como aviso de Dios y nos estrecharemos la mano para siempre.

La boca de Turnbull hizo una mueca colérica bajo el bigote rojizo.

—Aguardaré —dijo— avisos de Dios hasta que tenga aviso de su existencia; pero Dios, o el Destino, prohíben que un hombre de cultura científica se niegue a ningún experimento.

—Muy bien, entonces —dijo Maclan, con tono breve—. Aquí estamos más tranquilos que en ninguna parte; nos batiremos. —Y arrancó su espada del suelo.

Turnbull lo miró segundo y medio con rostro burlón, casi negro contra la claridad; después se llevó bruscamente la mano al costado y en su espada brilló la luna.

Como los veteranos jugadores de ajedrez abren siempre el juego con un gambito clásico, así ellos comenzaron el asalto con un bote y una parada ortodoxa, y hasta francamente ineficaces. Pero en el alma de Maclan se acumulaban disformes tormentas, y tiró una o dos estocadas con violencia bastante para sorprender primero y enfurecer después a su adversario.

Turnbull apretó los dientes, dominó su temperamento, y en acecho de una tercera y más peligrosa estocada, tenía casi ensartado al diestro cuando un grito débil y agudo sonó a su espalda, un grito que no podía ser de un bicho en trance de muerte.

Turnbull debía ser algo más supersticioso de lo que aparentaba, porque en el acto se contuvo de seguir adelante, Maclan, descaradamente supersticioso, dejó caer la espada. Después de todo, había emplazado al universo para que les interrumpiese; y allí estaba la interrupción, fuese lo que fuese. Un instante después se repitió el grito débil, agudo. Aquella vez, seguramente era un grito humano, y lo profería una hembra.

Maclan revolvía su grandes ojos azules de gaélico, que contrastaban con su cabello negro.

—Es la voz de Dios —dijo cada vez.

—Poca voz tiene Dios —repuso Turnbull, que no perdía ocasión de soltar irreverencias fáciles—. En realidad, Maclan, no es la voz de Dios, pero el suceso es feliz y de mayor importancia. Es la voz del hombre, mejor dicho, de la mujer, Más vale explorar en esa dirección.

Maclan, sin decir palabra, recogió la espada caída en tierra, y los dos corrieron hacia el sitio del distante camino de donde los gritos partían ya sin cesar.

Tenían que correr por terreno en comba, al parecer liso, y en realidad muy áspero; campo inculto lleno de hierbas altísimas y de profundas conejeras, como echaron de ver pronto. Además, el declive del terreno, que visto desde arriba parecía lento y suave, resultó ser extremadamente rápido al poner en él los pies; Turnbull estuvo dos veces a punto de caerse de narices. Maclan, aunque pesaba mucho más, se libró de las caídas tan sólo por la agilidad imponderable de sus piernas de montañés; cuando saltaron al camino, a los dos les pareció que habían descendido por entre peñascos.

La luna ponía su luz en el blanco camino con brillo más puro y eléctrico que en la altura gris verdosa de donde venían, y aunque les reveló una escena complicada, no les fué difícil percibir sus rasgos generales de una ojeada.

Un automóvil negro y amarillo, pequeño pero muy bonito, estaba tontamente quieto, un poco hacia la izquierda del camino. Un coche algo mayor, verde claro, estaba medio volcado en una zanja del mismo borde, y cuatro hombres en traje de etiqueta, tambaleantes, se habían caído de él. Tres de ellos, en el camino, daban opiniones a la luna con vaga pero resonante violencia. El cuarto se había adelantado hacia el chófer del automóvil negro y amarillo, y le amenazaba con un bastón. El chófer se había levantado para defenderse. A su lado iba una señora joven.

Sentada, erguía derecha como un huso la figura esbelta y rígida, agarrándose a los bordes del asiento; había cesado de gritar. Llevaba vestido oscuro muy ajustado; la masa abundante del cabello, castaño encendido, le caía en dos ondas a los lados de la frente; y aun a tal distancia se alcanzaba a ver que el perfil era del tipo aquilino y fogoso, como de cría de halcón recién escapado del nido.

Turnbull albergaba en alguna parte de su ser cierta provisión de sentido común y conocimiento del mundo, de que ni él mismo ni sus mejores amigos apenas se habían dado cuenta. Era de los que presencian las cosas que ocurren, ausente el pensamiento, perdidos en un ensueño. Plantado en la puerta de su oficina editorial de Ludgate Hill y meditando en la inexistencia de Dios, había absorbido en silencio una buena y variada porción de conocimientos acerca de la vida y de los hombres. Había llegado a conocer los tipos por instinto, y los aprietos a la primera ojeada; vió el nudo de la situación en el camino y lo que vió le hizo redoblar el paso.

Conoció que los hombres eran ricos; conoció que estaban borrachos; y conoció —lo peor de todo— que estaban profundamente asustados. Y conoció también esto: que nunca un malandrín vulgar (de los que atacan a las damas en las novelas) es tan bárbaro y despiadado como cierto género de señores de baja extracción cuando tienen verdadero miedo. La razón no es recóndita; es que los tribunales de policía no son tan amenazadora novedad para el malandrín pobre como para el rico. Cuando llegaron al alcance de la voz y los oyeron, Turnbull se confirmó en sus suposiciones. El hombre que estaba en medio del camino gritaba con voz bronca y avinada que el chófer les había roto el coche de propósito; que aquella misma noche tenían que estar de vuelta en Londres y que lo mejor sería que de buen grado los llevase él mismo.

El chófer objetó suavemente que llevaba a una señora. «¡Oh, ya nos

encargaremos de la señora!»), dijo el joven rubicundo, soltando una risotada gutural y casi senil.

En el momento de llegar los dos campeones, las cosas empeoraban. La borrachera del hombre que hablaba con el chófer había pasado de saltos gatunos descompuestos a puros aullidos de rabia y despecho. Alzó el bastón y golpeó al chófer, que hizo presa en el palo, y el borracho se cayó de espaldas arrastrándolo fuera del coche. Otro de aquellos perdidos se abalanzó berreando con excitación idiota sobre el chófer, se le cayó encima, y, fuese por casualidad o de propósito, le dió un puntapié según estaba tendido. El borracho se levantó de nuevo, pero no el chófer.

El hombre que lo había herido conservaba una especie de torpe conciencia, o tuvo miedo, porque permaneció contemplando el cuerpo inmóvil, murmurando incongruentes palabras de justificación y manoteando como si disputara con alguien. Pero los otros tres, con gritería y alaridos de triunfo, acometían el coche por tres partes a la vez. Cabalmente en tal momento, Turnbull surgió entre ellos como llovido del cielo. Echó atrás a uno de los asaltantes agarrándolo por el cuello, y de un vigoroso empujón lo envió, dando tumbos, a caer de narices en la zanja de la cuneta. Uno de los dos restantes, demasiado lejos para enterarse de nada, continuó esforzándose infructuosamente por subir a la trasera del coche, acoceando el aire y soltando el chorro de un soliloquio sin fin. El otro varió de propósito al verse interrumpido, se fué sobre Turnbull y comenzó un redoble de puñetazos. En el mismo momento, el de la zanja se alzaba enmascarado de fango y se arrojó por la espalda sobre su enemigo. No había durado todo ni un segundo; y un instante después, Maclan se hallaba en medio de ellos.

Turnbull había arrojado lejos la espada aún sin desenvainar, prefiriendo con mucho usar de los puños, a no ser en la etiqueta recibida para los desafíos; había aprendido a valerse de los puños en las antiguas batallas callejeras por Bradlaugh. Para Maclan, la espada, aun envainada, era una arma más natural, y empezó a golpear con ella en todas direcciones como si manejase un palo. El hombre que blandía el bastón de calle sintió parados sus golpes con prontitud; y un segundo después, con gran asombro, vió volar el bastón en el aire, como por arte de magia, a un sencillo movimiento de la muñeca del esgrimidor. Otro de los juerguistas recogió el bastón en la zanja y corrió sobre Maclan llamando en su ayuda al compañero.

—No tengo bastón —gruñó el que estaba desarmado, mirando vagamente a la zanja.

—Acaso —dijo Maclan cortésmente— le guste a usted ése.

Al oír estas palabras del borracho, sintió de pronto retorcida y vacía la mano con que empuñaba el bastón, el cual fué a caer a los pies del compañero, en la otra orilla del camino. Maclan sintió moverse algo a sus espaldas; la joven se había puesto en pie y se inclinaba hacia adelante para contemplar a los combatientes. Turnbull estaba aún empeñado en su cachetina con el tercero de aquellos jóvenes. El cuarto continuaba todavía enredado consigo mismo, batiendo las piernas en inútiles giros desde la trasera del coche y profiriendo razones melodiosas.

Al cabo, el adversario de Turnbull comenzó a retroceder ante el asalto de sus recios puños, sin dejar la pelea, porque era el más sereno y valiente de los cuatro. Sí estos son fastos de gloria militar, es de justicia decir que no estaba en trance de romper forzosamente el combate; sólo que, habiendo retrocedido hasta el borde de la zanja, se le enredó un pie en la hierba y tomó una posición horizontal muy cómoda, de la que tardó bastante en levantarse. Cuando se levantó, Turnbull ya había socorrido a Maclan, que, apurado y todo, maltrataba lindamente a los enemigos. La llegada de una reserva de refresco, fué para ellos como la de Blucher en Waterloo; ambos tocaron retirada, trotando de firme camino abajo, y dejando a su espalda, abandonado en la claridad de la luna, el bastón. Maclan arrancó de la trasera del coche, como a gato sin dueño, al terco y ambicioso idiota, y lo dejó desorientado y titubeando en la luna. Entonces, con ademán un tanto embarazado, se acercó a la delantera del coche y se quitó el sombrero.

Durante unos segundos muy densos, la señora y él no hicieron sino mirarse, y Maclan tuvo la impresión irracional de ser parte de un cuadro pendiente de la pared. Esto es, que estaba inmóvil, hasta sin vida, y con todo, miraba expresivamente, como un retrato. La luz blanca de la luna en el camino, por más que no lo mirase, le dió la visión de un camino blanco de nieve. El automóvil, por más que no lo mirase, le dió la impresión brutal de una diligencia asaltada en los antiguos tiempos del bandidaje. Y él, cuyo alma toda estaba por las espadas y las maneras ceremoniosas del siglo XVIII; él, jacobita surgido de la tumba, tuvo la sensación abrumadora de hallarse otra vez integrando ese cuadro, cuando hacía tanto que estaba

fuera de él.

En aquel breve y compacto silencio devoró a la señora de pies a cabeza. En realidad, durante toda su vida, nunca había mirado a un ser humano. Vió primero el rostro y los cabellos; después, que llevaba largos guantes de Suecia; después, que había sobre los cabellos castaños, echado atrás, un gorro de piel. Quizás merezca disculpa su atención devorante. Había suplicado un signo del cielo; y después de un análisis casi feroz, llegaba a la conclusión de que el signo había venido. La repentina mudez de la señora sería más larga de explicar; aunque bien pudiera hallarse aturdida por el grosero ataque y la brusquedad del socorro. Con todo, ella se recobró la primera, y exclamó horrorizada, como acusándose:

—¡Oh! ¡Ese pobre, ese pobre hombre!

Ambos se volvieron bruscamente; Turnbull, recuperada ya y puesta bajo el brazo la espada, levantaba al chófer para subirlo al coche. Sólo tenía un desmayo, y se recobraba poco a poco, temblándole débilmente el brazo izquierdo.

La señora de los guantes largos y el gorro de piel saltó al suelo y corrió hacia ellos, pero Turnbull, que (a diferencia de muchos de su escuela) conocía de veras algo de las ciencias que invocaba para redimir el mundo, la tranquilizó.

—Todo va bien —dijo—. No se ha roto nada. Pero temo que no pueda conducir en media hora lo menos.

—Yo puedo conducir el coche —dijo la joven del gorro de piel con firme seguridad.

—¡Oh! En tal caso... —comenzó a decir Maclan, torpemente.

La timidez paralizante que forma parte de lo novelesco lo indujo a un movimiento de retroceso, como abandonándola a su suerte. Pero Turnbull fué más razonable, siendo más indiferente.

—Yo creo que no debe usted volver a casa sola, señora —dijo hoscamente—. Al parecer, en este camino hay más de una partida de sinvergüenzas, y este hombre no servirá para nada hasta dentro de una hora. Si quiere usted decirnos a dónde va, la pondremos en salvo y

después le daremos las buenas noches.

La joven mostró la violenta turbación de una persona que de ordinario no se turba. Con cierta aspereza, pero con evidente sinceridad, dijo:

—Por supuesto, estoy profundamente agradecida a ustedes y a cuanto han hecho... Hay sitio de sobra, si quieren venir.

Turnbull, con la inocencia completa de sus motivos, absolutamente sanos, saltó inmediatamente al coche; pero la joven echó una ojeada a Maclan, que permaneció un instante en el camino, arraigado como un árbol. Luego metió también sus largas piernas en el coche, con la misma impresión de zambullirse indignamente en el cielo que sienten muchos en tantas mansiones de este mundo, donde les permiten tomar el té o les admiten a cenar. El chófer, que se reanimaba despacio, fué puesto en el asiento trasero; Turnbull y Maclan cayeron en el de en medio; la señora, con frialdad de acero, ocupó el sitio del conductor y se hizo cargo del manejo de la impetuosa máquina. Un momento después, el mecanismo arrancó, con estremecimientos y saltos nada familiares para Turnbull, que sólo había ido en automóvil una vez, en campaña electoral, y totalmente desconocidos para Maclan, que, en tal estado de ánimo, creyó inminente el fin del mundo. Casi en el mismo instante de despegarse el coche del fango y lanzarse por la carretera, el hombre caído en la zanja se puso de pie, tambaleándose. Al ver escaparse el coche, corrió tras él y gritó algo que la creciente distancia impidió oír. Es terrible pensar que, si su observación era valiosa, el mundo la haya perdido para siempre.

El coche iba disparado, subiendo y bajando por los caminos fulgurantes de luz de luna, y no había más ruido que el de la marcha; porque merced a causas distintas, a ninguna de aquellas almas se le ocurría decir palabra. La señora representaba sus sentimientos, cualesquiera que fuesen, acelerando la máquina más y más, hasta que los dispersos bosquecillos pasaron a su lado formando un borrón negro, y las duras cuestas y los valles se redujeron bajo las ruedas a la ondulación de unas simples olas. Poco después, su ánimo pareció cambiar, y la señora adoptó una marcha más ordinaria, pero aun no hablaba. Turnbull, con aprecio más claro y corriente de la situación que los otros, hizo algunas observaciones sobre la luz de la luna, pero una causa indescriptible le hizo recaer también en el silencio.

Todo ese tiempo estuvo Maclan sumido en una especie de monstruoso

delirio, como un héroe fabuloso transportado a la luna. La diferencia entre esta experiencia y sus experiencias corrientes equivalía a la diferencia entre la vigilia y el ensueño. Pero no sentía, ni mucho menos, como si estuviese soñando; más bien el extremo contrario; pues así como la vigilia es más real que el ensueño, esta experiencia le parecía en algún grado más real que la vigilia misma. Era otra existencia, por completo; un cosmos con una nueva dimensión.

Sentíase precipitado en una encarnación nueva: en lo recio de nuevas relaciones, buenas o malas, con responsabilidades imponentes y alegrías casi trágicas, que no había tenido hasta ahora tiempo de escrutar. El cielo no le había enviado un mensaje simplemente; el cielo mismo se había abierto en torno y concedíndole una hora de su antigua, peculiar, energía, sembradora de estrellas. Nunca antes se había sentido tan vivo; y, sin embargo, estaba como en éxtasis. Si le hubiesen preguntado de qué pendía su felicidad palpitante, sólo habría podido decir que estaba pendiente de cuatro o cinco hechos visibles, como una cortina cuelga de cuatro o cinco clavos. El hecho de que la señora llevase al cuello una pequeña piel; el hecho de que la curva de su mejilla fuese delgada y suave, y que la luz de la luna flechase lo alto del pómulos; el hecho de que sus manos breves se mantuviesen, en la opresión de los guantes, asidas a la rueda directriz; el hecho de haber en el camino mágica luz blanca; el hecho de que el aire vivo de la marcha moviese y ondease un poco, no solamente los cabellos castaños de su cabeza, sino la piel negra del gorro. Tales hechos, en sentir de Maclan, eran ciertos e increíbles como sacramentos.

Cuando llevaban recorrida media milla más, una sombra enorme se atravesó en el camino, seguida de su abultado dueño, que, puesta en el coche una mirada escrutadora, lo dejó pasar. Los rayos plateados de la luna hirieron una o dos piezas de metal, adorno de su uniforme azul; y pasando a su lado conocieron que era sargento de policía. Trescientas yardas más lejos, otro policía dió unos pasos hacia el centro del camino, como para detenerlos; después pareció dudar de su propia autoridad y retrocedió. La joven pertenecía a la clase rica; y la sospecha policíaca (bajo la que vive el pobre noche y día), la indujo a hablar por primera vez.

—¿Qué significa esto? —exclamó con alguna irritación—. El coche lleva paso de tortuga.

Tras un breve silencio, Turnbull dijo:

—Verdaderamente, la cosa es rara; conduce usted bastante despacio.

—Conduce usted noblemente —dijo Maclan, y sus palabras (carentes de sentido) sonaron en sus propios oídos muy groseras y sin gracia.

Corrieron la siguiente milla y media fácil y rápidamente; pero entre las muchas cosas que dejaron atrás, en su carrera, se contó un grupo de celosos policías parados en un cruce de caminos. Cuando pasaron, un policía gritó algo a los otros; pero nada más ocurrió. Ochocientas yardas más lejos, Turnbull se puso de pie repentinamente en el coche en marcha.

—¡Dios mío! ¡Maclan! —exclamó, emocionándose por vez primera aquella noche—. No creo que sea por la velocidad; no puede ser por la velocidad. Creo que es por nosotros.

Maclan permaneció inmóvil unos segundos y luego volvió hacia su compañero el rostro, blanco como la luna.

—Puede que tenga usted razón —dijo, al fin—. Si es así, debo decírselo.

—Se lo diré yo a la señora, si a usted le parece —dijo Turnbull con inquebrantable buen humor.

—¡Usted! —dijo Maclan, con instintivo y sincero asombro—. ¿Por qué usted?... No..., he de ser yo, naturalmente... —Y se echó hacia adelante para hablar a la señora del gorro de piel.

—Temo mucho, señora, que vayamos a causar a usted alguna molestia —dijo, y según iba diciéndolo, le sonaba mal, como todo lo que decía a la singular persona de los guantes largos.

—El hecho es —prosiguió, a la desesperada—, el hecho es que la policía nos persigue.

Entonces, sobre el embarazo de Maclan cayó el último martillazo aplastante; porque la linda cabeza morena con gorro de piel no se desvió ni una línea para mirarle.

—Nos persigue la policía —repitió Maclan, enérgicamente; y añadió, como empezando una explicación—: Yo soy católico, sabe usted...

El viento echaba atrás un rizo del cabello castaño, así como para necesitar una nueva teoría estética acerca de la línea del pómulo; pero la cabeza no se volvió.

—Sabe usted —comenzó Maclan, perdiendo otra vez el tino—; este señor escribió en su periódico que Nuestra Señora fué una mujer cualquiera, una mujer mala, y convinimos en batirnos; batiéndonos estábamos, hace poco tiempo..., pero eso fué antes de ver a usted.

La joven que conducía el coche había vuelto a medias la cara para escuchar; pero su rostro no expresaba respeto ni paciencia. Su nariz normanda dardeaba una pizca demasiado alta con respecto al fino tallo del cuello y del cuerpo. Cuando Maclan vió el arrogante y levantado perfil dibujarse netamente a contraluz, aceptó su derrota definitiva. Había supuesto que los ángeles lo despreciarían, si erraba; no que lo despreciasen tanto.

—Sabe usted —dijo, mascullando las palabras—, me encolericé con él cuando insultó a la Madre de Dios, y le pedí que se batiese conmigo; pero la policía quiere impedirlo a todo trance.

Nada se estremeció ni alteró en el bello perfil de halcón nuevo; únicamente abrió los labios para decir, tras un silencio:

—Yo tenía por cosa admitida que en nuestro tiempo cada cual respeta la religión de los demás.

Bajo el misterio del rostro arrogante, Maclan sólo acertó con esta respuesta obvia:

—¿También su irreligión?

La faz respondió tan sólo:

—Bueno; debió usted ser magnánimo.

Si otro cualquiera hubiese dicho tales palabras, Maclan guardó silencio, y la joven prosiguió, en tono más débil, como aplacada momentáneamente, y entristecida también un poco:

—Sabe usted, haciendo eso no dará usted con la verdad. Hay muchedumbre de iglesias y gentes que piensan de distinto modo hoy en

día; ¡y todos se creen en lo cierto! Mi tío era swedenborgiano.

Maclan se contentó con bajar la cabeza, escuchando ávidamente su voz, apenas sus palabras, y viendo el gran drama del mundo disminuir de tamaño hasta reducirse al bulto de un sainete para teatro de niños.

—Eso no es ya de nuestro tiempo —continuó la joven. Nunca encontraría usted la realidad de las cosas..., si hay realmente algo que encontrar...

Suspiró con alguna tristeza; porque como muchas mujeres de nuestra clase rica, era madura y curtida de pensamiento, aunque joven, y bastante candorosa en las emociones.

—Nuestro propósito —dijo Turnbull brevemente— es hacer una demostración vigorosa.

Dicho esto, Maclan consideró nuevamente su quimera, encontrándola más pequeña que nunca.

—Saldría en los periódicos, naturalmente —dijo la joven—. La gente lee periódicos, pero no cree en ellos, ni en cosa alguna, me parece.

Suspiró de nuevo. Durante un tercio de milla condujo en silencio, y añadió después, como si completase su opinión:

—En todo caso, esta cuestión es completamente absurda.

—Yo creo —empezó a decir Turnbull— que usted no percibe bien... ¡Eh!, ¡eh! ¿Qué pasa?...

El chófer de afición se había visto obligado a parar de repente, porque una hilera de gordos policías azules barreaba el camino. Un sargento se acercó y se llevó la mano al casco.

—Usted dispense, señorita —dijo con cierto embarazo, porque la conoció, y era hija de una familia poderosa—. Tenemos motivo para suponer que estos caballeros son...

Vacilaba buscando una frase cortés.

—Yo soy Evan Maclan —dijo el caballero poniéndose en pie con cierta vanidad tétrica, algo parecida al mal humor de un colegial.

—Sí, nos apearemos, sargento —dijo Turnbull con más desembarazo—. Me llamo Jaime Turnbull. No debemos molestar a esta señora.

—¿Por qué los detiene usted? —preguntó la joven, mirando en derechura la perspectiva del camino.

—Por el nuevo decreto —dijo el sargento, casi disculpándose—. Perturbadores incorregibles de la paz pública.

—¿Qué les espera? —preguntó, con la misma precisión glacial.

—El Reformatorio de Adultos, en Westgate —replicó, brevemente.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se curen —dijo el policía.

—Muy bien, sargento —dijo la joven, abundando en lo que parecía de buen sentido—. Es seguro que no tengo intención de proteger a los delincuentes ni de infringir la ley; pero debo decir a usted que estos señores me han prestado un servicio considerable. ¿No querrá usted llevarse su gente un poco más lejos del coche, mientras nos despedimos? Podrían interpretarlo mal.

El sargento, profundamente inquieto desde el comienzo ante la sola idea de arrestar a los acompañantes de una gran señora, no tuvo ánimo para negarle una petición minúscula. La policía se retiró a unas pocas yardas detrás del coche. Turnbull recogió las espadas que constituían todo su equipaje; las espadas que, después de tantos conatos de duelo, habría que rendir por fin. Maclan, zumbándole la sangre en el cerebro de sólo pensar en el instante de la despedida, se inclinó, tanteó la falleba y abrió la portezuela para apearse.

Pero no se apeó. No se apeó porque es peligroso saltar de un coche cuando va lanzado a toda marcha. Y el coche iba lanzado porque la dama, sin volver la cabeza ni proferir siquiera un sílaba, había bajado una palanca que hizo dar al coche una embestida, como un búfalo, y después volar sobre el terreno como un galgo. La policía dió una arrancada para seguirlos, pero abandonó luego una persecución grotesca y sin esperanza. Perdiéndose ya lejos en la distancia, pudieron ver al sargento que tomaba notas furiosamente.

La portezuela abierta, moviéndose suelta en los goznes, se balanceaba y aporreaba, desvencijándose, según iban disparados, arriba y abajo por los caminos. Maclan no se sentó; estupefacto, asombrado, parecía haber oído la trompeta del juicio final. Una mancha negra en la lejanía engrosaba hasta ser un opulento bosque negro, que se los tragaba y los escupía al otro lado. Un puente de ferrocarril, ensanchándose más y más, saltaba sobre sus cabezas, bramando, y a su vez lo dejaban atrás. Las avenidas de álamos a cada lado del camino se perseguían como figuras de caleidoscopio. De vez en cuando atravesaban con estruendo y trepidación una aldea dormida a la luz de la luna, cortando su sueño un momento, como el paso de un terremoto fugaz. Alguna vez, en una casa desperdigada, la luz en una ventana inesperada, errante, les daba un barrunto sin nombre de los cien secretos humanos que iban dejando atrás con el reguero de polvo. Alguna vez también un campesino lerdo, parado en el camino, les siguió con la vista, como si viese volar un fantasma. Pero Maclan seguía en pie, contemplando cielos y tierra; y la portezuela que había abierto, continuaba suelta, restallando como una bandera. Turnbull, después de unos minutos de mudo estupor, se sometió al elemento más sano de su natural, abandonándose a un acceso de risa indomable. La joven no se había movido ni una pulgada.

Recorrieron otra media milla, que pasó como un relámpago, y Turnbull se inclinó para cerrar la portezuela. Evan se dejó al fin caer en el asiento, y ocultó entre las manos su cabeza febril; el coche seguía corriendo y su conductora inflexible y silenciosa. Ya se había puesto la luna, y la tiniebla total se perturbaba débilmente con el fulgor del crepúsculo y los primeros movimientos de bestias y aves. Era el momento misterioso del primer albor, en que la luz parece cosa desconocida cuya naturaleza no se adivina..., simple alteración en cada cosa. Miraron al cielo, y les pareció tan oscuro como antes; luego vieron la forma negra de una torre, de un árbol, contra el cielo, y advirtieron que ya era gris. Salvo que iban hacia el sur, y que habían pasado seguramente la longitud de Londres, no sabían cosa alguna de su dirección; pero Turnbull, que de joven había vivido un año en la costa de Hampshire, comenzó a reconocer las aldeas inconfundibles, pero indescritibles, del sur de Inglaterra. Después, un hadado fulgor blanco se encendió entre los troncos negros de los abetos; y, como tantas cosas en la naturaleza, aunque no en los libros sobre la evolución, el alba, cuando llegó, llegó mucho más veloz de lo que podría pensarse.

El cielo sombrío se desgarró y arrolló como un telón, revelando esplendores, en tanto el coche subía roncando la pendiente de un gran cerro; encima, negro contra la luz creciente, estaba un árbol fantástico, rastrero, primer anuncio del mar.

X. Vuelta a las espadas

No es mucho decir que en remontando el cerro y al descender la otra vertiente, todo el universo de Dios se abrió sobre ellos, y bajo ellos, como cosa que se amplía hasta cinco veces su tamaño. A sus pies, en el fondo de un valle escarpado, sumergido en una ensenada, se abría el enorme mar; y allá abajo el mar resplandecía casi con tanto lustre y tan vacío como el cielo. La salida del sol determinó en las alturas como una explosión cósmica, desgarrándose en añicos y resplandores, pero en silencio, como si el mundo se hiciese pedazos, sin ruido. En torno a los rayos del sol victorioso se desplegaba una especie de arco iris de dudosos colores, ya extenuados: pardo, azul, verde y rosa flamígero; como si el oro se llevase por delante todos los colores del mundo. Descendían veloces a un paisaje de líneas simples, netas, pero huidizas como las de un caudal impetuoso, de modo que les parecía, o poco menos, bajar absorbidos por un remolino enorme y tácito. Algo de esto sentía Turnbull cuando rompió el silencio, pasadas muchas horas.

—Si bajamos a esta marcha, iremos de un salto al mar —dijo.

—¡Qué hermoso! —dijo Maclan.

Sin embargo, cuando llegaron a la vasta oquedad en que concluía la cuesta, el coche tomó una curva graciosa y tranquila al borde del mar, traspuso un bosquecillo y con asombrosa suavidad se detuvo. Una luz trasnochada ardía, en plena mañana, tras la ventana de una casilla de guarda a la entrada de un *cottage*; la joven se puso de pie en el coche y volvió hacia el sol su espléndido rostro.

Evan pareció sorprenderse del silencio, como persona hecha al ruido y la celeridad. Al ponerse en pie le temblaron las piernas; quiso dominarse y el resultado fué temblar de pies a cabeza. Turnbull había abierto la portezuela y saltado a tierra.

Al momento, la extraña joven puso otra vez en marcha y llevó deliberadamente el coche unas cuantas yardas más lejos. Después se

apeó con frialdad casi cruel y empezó a quitarse los guantes, silbando muy quedo.

—Pueden ustedes dejarme aquí —dijo con desgaire, como si se hubieran encontrado cinco minutos antes—. Esta es la entrada de la finca de mi padre. Hagan el favor de pasar, si quieren..., pero les he oído que están muy ocupados.

Evan miró el altivo rostro y le pareció sencillamente hermoso; en su atolondramiento, Evan no acertó a ver cómo el cansancio mortal la trabajaba, ni que su severidad provenía de su angustia. Todavía fué lo bastante tonto para preguntar:

—¿Por qué nos ha salvado usted? —dijo muy humildemente.

La joven se arrancaba un guante como si se arrancara la mano.

—¡Oh, no lo sé! —dijo amargamente—. Ahora que pienso en ello, no puedo adivinarlo.

Los pensamientos de Evan, ya elevados hasta la estrella matutina, le dejaron de pronto caer con estrépito en las propias cuevas del universo emocional. Buen rato permaneció aturdido, en silencio; era, y así debiera haberlo comprendido, lo más cuerdo que podía hacer en tal momento.

Seguramente, el silencio y la salida del sol causaron efecto saludable, porque el tono de la extraordinaria señora, al hablar otra vez, fué más amistoso, como de excusa.

—No me crean ustedes ingrata —dijo—. Se han portado ustedes muy bien conmigo salvándome de aquellos hombres.

—¿Pero por qué —repitió el terco y ciego Maclan— nos salvó usted de los otros hombres? Quiero decir de los polizontes.

Los grandes ojos garzos de la joven se iluminaron con una centella expresiva de su desesperación mortal y del abandono de su secreta y ardiente reserva.

—¡Oh, Dios sabe! —exclamó— Dios sabe que, si existe un Dios, ha vuelto sus recias espaldas a todas las cosas. Dios sabe que no he conocido los goces de la vida, aunque soy joven y bonita, y mi padre esté lleno de

dinero. Con eso, la gente viene y me dice que debo hacer cosas, y las hago, y todo son chocheos. Quieren que haga algo por los pobres, lo cual significa leer a Ruskin y sentirse una muy virtuosa en la habitación mejor de una vivienda miserable. O que ayude a esta o la otra obra, lo cual significa desalojar a la gente de las casas enrevesadas, donde han vivido siempre, y llevarla a casas geométricas, donde suelen morir. A toda hora no encuentra una dentro de sí más que la horrible ironía de un corazón y de una cabeza vacíos. He de dar a los infortunados, cuando mi propio infortunio consiste en no tener qué dar. He de enseñar, cuando no creo en nada de lo que enseño. He de salvar a los niños de la muerte, y ni siquiera estoy segura de que no me valdría más morir. Si yo viese ahora, es un suponer, ahogarse un niño, lo salvaría. Pero sería por el mismo motivo que me indujo a salvarles a ustedes, o a perderlos, pues no sé bien lo que he hecho.

—¿Por qué motivo? —preguntó Evan en voz baja.

—Un motivo demasiado grande para mi espíritu —respondió la joven.

Luego, tras una pausa, encendiéndose la tez según contemplaba el mar rutilante, dijo:

—No puede describirse, y, sin embargo, trato de describirlo. Me parece, no sólo que soy desgraciada, sino que no hay medio de ser feliz. Padre tampoco es feliz, aunque es miembro del Parlamento.

Calló un momento, y añadió, con la sombra de una sonrisa:

—Tampoco tía Mabel, aunque un hombre de la India le reveló el secreto de todos los credos. Pero tal vez me equivoque; tal vez haya una salida. Por un momento fugaz de insania, sentí que, después de todo, usted ha encontrado la salida, y que por esto lo aborrece el mundo. Mire usted, si hubiese salida, tendría que ser seguramente algo de apariencia muy extraña.

Evan se llevó la mano a la frente y comenzó a balbucir.

—Sí, supongo que parecemos...

—¡Oh! Sí. El aspecto es muy extraño —dijo con sinceridad jovial—. Están ustedes pidiendo un remojón, y una bruza.

—Se olvida usted de nuestro pleito, señora —dijo Evan, con voz temblorosa—. Sólo nos importa matarnos.

—Bueno. Yo que ustedes, no me gustaría que me matasen en tal estado —replicó con lealtad cruel.

Evan se irguió, mostrando en el movimiento de los ojos un desconcierto varonil. Entonces se operó el cambio final de aquel Proteo; la dama tendió abiertas ambas manos un instante, y dijo en tono confidencial, del que estuvo viviendo Maclan días y noches.

—¿No comprende usted que no me he atrevido a detenerlos? Lo que están ustedes haciendo es tan insensato que pudiera ser la razón misma. En todo caso, nunca se consigue ser verdaderamente ateo.

Turnbull contemplaba el mar, pero sus hombros denotaban que les oía, y un minuto después volvió la cabeza. Pero la joven se había limitado a rozar con las suyas la mano de Maclan, y trasponiendo la puerta se escapó por el umbrío paseo arriba.

Evan se quedó arraigado en el camino, literalmente como una gravosa estatua que hubiesen labrado allí en tiempos de los druidas. Parecía imposible que nunca se moviese. Turnbull se impacientó de tanta rigidez, y al cabo, tras de llamar a su compañero dos o tres veces, fué a él y descargó una palmada en uno de sus recios hombros. Evan reculó, y se apartó de un brinco, con repulsión que no era odio al objeto impuro o temor al ser peligroso, sino espasmo de terror y apartamiento respecto de una cosa de que le escindía la espada de Dios. No aborrecía al ateo; es posible que lo amase. Pero Turnbull era ya algo de más temible que un enemigo; era una cosa marcada, consagrada, una cosa inexorablemente destinada a ser cadáver o verdugo.

—¿Qué le sucede a usted? —preguntó Turnbull, todavía en el aire su mano vigorosa; pero él sabía del caso mucho más de lo que denotaba su inocente acción.

—Jaime —dijo Evan, hablando como quien padece un recio dolor físico—. Yo pedía al cielo una respuesta, y la he recibido... hasta lo profundo de mi ser. Él sabe lo débil que soy, y que puedo olvidar el peligro de la fe, y olvidar el rostro de Nuestra Señora..., sí, incluso con el bofetón que usted

le ha dado. Pero es honor de esta tierra criar hombres de corazón duro como el hierro. Yo vengo de los Señores de las Islas, y no me atrevo a ser un puro desertor. Por tanto, Dios me aherroja con la cadena de mi posición en el mundo y de mi palabra, y no hay que hacer sino batirnos.

—Creo comprender —dijo Turnbull—, pero usted dice las cosas empezando por el final.

—Ella lo quiere —dijo Evan con voz sofocada por la pasión—. Se ha comprometido para que podamos conseguirlo. Ha dejado su buen nombre, su reposo, todos sus hábitos y su dignidad perdidos o en entredicho al otro borde de Inglaterra, con la esperanza de oír hablar de nosotros y saber que hemos abierto brecha en el cielo.

—Ya había caído yo en lo que usted pretende —dijo Turnbull mordiéndose la barba—. Parece como si tuviéramos obligación de hacer algo, después de lo que ella ha hecho esta noche.

—Nunca le he querido a usted tanto —dijo Maclan con amarga tristeza.

Hablando estaba, cuando tres solemnes lacayos salieron por la puerta de la casilla y se juntaron para llevar al chófer a su habitación. Sólo con verlos los dos vagabundos huyeron, como espantados de una inconveniencia, y, sin saber a dónde iban, se encontraron de lleno en la alta ribera herbosa de Inglaterra que da vista al estrecho. Evan dijo de repente:

—¿Me dejarán verla en los cielos una vez cada mil años?

Se lo preguntaba al director de *El Ateísta*, como si tuviese especial autoridad o gusto para contestar. No obtuvo respuesta; el silencio cayó sobre ambos.

Turnbull se encaminó resuelto al borde del acantilado, y se puso a observar, siguiéndole su compañero, más conmovido por su reciente emoción.

—Si usted ve así el asunto —dijo Turnbull—, y no pretendo que esté usted equivocado, creo conocer un sitio que vendrá bien para el caso. Por casualidad conozco al dedillo esta parte de la costa sur. Si no me equivoco, de aquí baja un camino por el cantil y nos llevará a una punta de arena firme donde no es probable que nos siga nadie.

El montañés asintió con el gesto y se llegó casi al borde del precipicio. El amanecer se dilataba por la costa y el mar, uno de esos amaneceres espléndidos, raros, en que no aparecen brumas ni incertidumbres, y sólo una clarificación universal, cada vez más completa. Todos los colores, transparentes. Parecía el vaticinio triunfal de un mundo perfecto donde cada cosa, siendo inocente, sería inteligible; mundo en que basta nuestros cuerpos, por decirlo así, podrían ser como de cristal flamante. Tal mundo se representa por modo imperfecto aunque con arrebatos en las vidrieras de la arquitectura cristiana. El mar, yacente ante sus ojos, era un pavimento de esmeralda, brillante, casi quebradizo; el cielo de que pendía su estricto horizonte era casi absolutamente blanco, salvo que en lo rayano con el mar, como adornos escarlata en la guarnición de un ropaje, sartas de nubes vedijosas bogaban, de tan fulgurante y magnífico rojo que parecían sacadas de algún peregrino metal celeste color de sangre, al que imita deslucidamente en amarillo el oro puro de esta tierra.

—Todavía se nos muestra la mano del cielo —rezongó el hombre de superstición—. Y ahora está roja de sangre.

La voz fría de su compañero cortó el monólogo, llamándole desde un poco más lejos en el borde del cantil, para decirle que había encontrado la bajada. Comenzaba en sendero escarpado y un poco escurridizo, que después descendía veinte o treinta pies por un derrumbadero formado con toscos escalones de piedra. Después de esto, había que dejarse caer, no sin peligro, sobre un saliente de la roca, y luego el viaje era ya fácil y hasta agradable por los restos de una escalera monumental que pudo haber pertenecido a una estación balnearia abandonada desde mucho tiempo atrás. Todo el tiempo que los dos viajeros emplearon en bajar los peldaños de su jornada descendente, sentían junto a su cabeza puentes y cavernas del más variado follaje, lleno de vida, y cuyos tonos, verde, rojo y oro, se acentuaban en la luz creciente de la mañana. La vida, además, en sus formas más ágiles, se levantaba con el sol por todos lados. Los pájaros revoloteaban y gorjeaban bajo la fronda como prisioneros en jaulas verdes. Otros pájaros volaban en espesos bandos desde la copa de los árboles como si fuesen flores segadas y desparramadas hacia el cielo. Animales que, ni Turnbull, por ser muy de Londres, ni Maclan, por ser muy del Norte, conocían, se deslizaban entre la maleza o trepaban por los troncos. Los dos hombres, de acuerdo con su respectivo credo, sentían en su fragosa plenitud el salmo de la vida como nunca lo habían sentido; Maclan sentía a

Dios Padre, benigno en todas sus energías, y Turnbull aquella última energía anónima, aquella *Natura naturans* que es todo el tema de Lucrecio. Por esta clamorosa escala de la vida descendían a morir.

Salieron a un semicírculo de arena oscura, tan limpia de huella humana como para justificar el ofrecimiento de Turnbull. Dieron unas cuantas zancadas en la arena, clavaron en ella las espadas, y hubo un reposo cuya importancia no les consentía hablar. Turnbull miró la costa un momento con curiosidad, como quien aviva memorias de la niñez; luego dijo de repente, como un hombre que recuerda el nombre de alguien: «Ahora que caigo, estaremos mucho mejor dando la vuelta a Cragness Point; allí nunca va nadie». Y, recogiendo otra vez la espada, se encaminó a paso largo hacia un gran peñasco en escarpa, situado a su izquierda. Maclan rodeó en su seguimiento la punta de las rocas, y se halló en un terreno seguramente más adecuado para la liza, llano, de arena firme, cerrado en tres de sus lados por blancos murallones de roca, y en el cuarto por la barrera verde de la marea ascendente.

—Aquí estamos completamente seguros —dijo Turnbull, y, con gran sorpresa del otro, se dejó caer, sentándose en la playa morena.

—Sabe usted —explicó Turnbull—, yo me he criado cerca de aquí. Me enviaron de Escocia a vivir con mi tía. Es sumamente probable que haya de morir aquí. ¿No le importa a usted que me fume una pipa?

—Claro que no. Haga usted lo que quiera —dijo Maclan con voz temblorosa; y, apartándose, se paseó solo por la arena húmeda y reluciente.

Diez minutos después volvió de nuevo, densamente pálido a causa del huracán de sus emociones; Turnbull estaba de muy buen humor, y sacudía las cenizas de la pipa.

—Mire usted, no hay remedio —dijo Maclan—. Ella nos lo impone.

—Claro que sí, mi querido amigo —dijo el otro, y se puso en pie de un brinco, ágil como un mono.

Tomaron posición gravemente en el centro del gran cuadro de arena, como si estuviesen ante miles de espectadores. Antes de saludarse, Maclan, que como místico estaba una pulgada más próximo a la

Naturaleza, echó una ojeada en tomo al enorme marco de su heroica locura. Los tres murallones de roca se inclinaban un poco hacia adelante, si bien formando ángulo distinto; pero esta impresión se exageraba en la senda de lo increíble por la grave carga de viviente maleza y arboleda que cada murallón llevaba en lo alto, como un enorme enmarañamiento de pelo. En toda aquella cimera exuberante de vida, el sol naciente y victorioso dardeaba, bruñéndolo todo como el oro, y cada pájaro, estrella de aquel amanecer, captaba un rayo al vuelo, como la paloma del Espíritu Santo. La vida imaginativa nunca había asaltado con tanta abundancia a Maclan. Sintió que podría escribir libros enteros acerca de los sentimientos de un solo pájaro. Sintió que lo menos en dos siglos no se cansaría de ser conejo. Estaba en el Palacio de Vida, en el que hasta los tapices y cortinas viven. Después se recobró, y recordó sus asuntos. Ambos hombres se saludaron, y el hierro chocó con el hierro. Exactamente en tal momento, Maclan percibió que el tobillo izquierdo de su enemigo estaba rodeado de un anillo de agua salada que había subido hasta sus pies.

—¿Qué pasa? —dijo Turnbull, deteniéndose un instante, porque ya estaba enseñado a los cambios de fisonomía de su extraordinario compañero de viaje.

Maclan miró otra vez el tobillo plateado por el agua del mar y después el próximo promontorio, en torno del cual la mar gruesa hervía y brincaba. Luego miró hacia atrás y vió vivas espumas lanzarse al cielo al chocar con la base de Cragness Point.

—El mar nos cierra la salida —dijo brevemente.

—Lo he notado —dijo Turnbull con igual sobriedad—, ¿qué piensa usted del caso?

Evan arrojó el arma, y según costumbre, se aprisionó la cabezota con las manos. Luego las dejó caer, y dijo:

—Sí, comprendo lo que esto significa; y creo que es cosa justísima. El dedo de Dios —rojo como la sangre— se muestra otra vez; pero ahora señala dos tumbas.

Medió un espacio colmado por el estruendo del mar, y después habló Maclan de nuevo, refrenando la emoción de su voz.

—Mire usted, los dos la hemos salvado, y ella nos dijo que luchásemos; no sería justo que uno solo perdiese y cayese, mientras el otro...

—¿Quiere usted decir —dijo Turnbull, con voz de sorprendente dulzura y amabilidad— que le parece hermoso batirse en un sitio en que hasta el vencedor hay de morir?

—¡Oh! ¡Lo ha entendido usted muy bien! —exclamó Maclan con gozo pueril extraordinario—. ¡Oh! ¡Estoy seguro de que cree usted en Dios!

Turnbull, sin responder palabra, se limitó a recoger su espada.

Por tercera vez Maclan miró a los tres costados del cantil decorados con su rumorosa carga de vida. No había atinado a comprender la magnificencia casi irónica de todas aquellas fecundas criaturas, colores tropicales, y aromas que ascendían felizmente al cielo. Pero ahora conoció que estaba en el cercado de la muerte, selladas todas las puertas.

Y como hombre que apura hasta el fondo un vaso de buen vino, así Maclan sorbió en el último verde, el último rojo, el último oro, aquellas únicas e indescriptibles cosas de Dios. Después se volvió y saludó a su enemigo una vez más, y los dos se mantuvieron firmes y lucharon hasta que la espuma fluyó entre sus rodillas.

Entonces Maclan dió un paso atrás repentinamente, chapoteando, y alzó la mano.

—Turnbull —exclamó—. No puedo remediarlo: la lealtad en el combate es antes que las promesas. Esto no es batirse lealmente.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó el otro mirándole con fijeza.

—Hasta ahora no había pensado en ello —exclamó Evan, entrecortadamente—. Somos tal para cual...; esto puede durar un buen rato..., la marea sube muy de prisa..., y yo soy pie y medio más alto que usted. Se lo llevará a usted el mar, como a un alga, antes de que a mí me llegue a la cintura. Yo no cometo una acción desleal ni por todas las jóvenes y los ángeles del universo.

—¿Quiere usted hacerme el favor —dijo Turnbull, fijos los ojos grises y acento de forzada cortesía—, quiere usted hacerme el favor de ocuparse de sus propios asuntos? Póngase en guardia, y adelante; ya veremos a

quién se lleva el mar como a un alga. Usted quería concluir el duelo y lo concluirá usted, si no quiere que le acuse de cobarde ante todo este concurso reunido.

Evan, dudoso, presentaba un hierro titubeante; pero la punta de la espada de su adversario, que tiró a pasarlo, y no le tocó un hombro por un pelo, le devolvió rápidamente a la realidad. En este tiempo, las olas llegaban al muslo de Turnbull, y, lo que era peor, comenzaban a reventar en torno.

Maclan paró el primer ataque perfectamente; el inmediato, menos perfectamente; el tercero, según toda probabilidad humana, no lo habría parado en modo alguno; el campeón cristiano habría sido ensartado como una mariposa, y el campeón atea se habría ahogado como una rata, llevando por consuelo el que sus ideas sobre el cosmos le suministraban. Pero cabalmente cuando Turnbull le tiraba el golpe más recio, el mar, en el cual se hundía hasta las caderas, le descargó a él otro más recio todavía. Una ola se rompió persiguiendo a otras y lo golpeó pesadamente como martillo de agua. Una pierna cedió, y fué envuelto y sorbido por el mar al retirarse, todavía agarrando la espada.

Maclan tomó la suya con los dientes y se zambulló en pos de su enemigo en perdimiento. Y con tal fuerza lo aporreaban las altaneras olas, que tenía la sensación de llevar sobre sí el universo entero. Le parecía hallarse en pleno derrumbamiento cósmico, como si todos los siete cielos fueran cayendo sobre él uno tras otro. Pero había asido la pierna izquierda del atea y no la soltaba.

Después de unos diez minutos de espuma y frenesí, en que todos los sentidos a la vez parecían destruidos por el mar, Evan se halló nadando trabajosamente en agua menos alborotada y verde, todavía con la espada entre los dientes y el director de *El Ateísta* bajo el brazo. No tenía siquiera vislumbre de lo que iba a hacer; se limitaba a no soltar la presa y a nadar como podía con un brazo.

Bajó instintivamente la cabeza al abultarse sobre él una corpulenta ola negra, más alta que todas cuantas había visto. Después vió que aquello tenía apenas la forma posible de una ola. Luego vió que aquello era una barca de pesca y, de un estirón, alcanzó a asirla por la proa. La barca se inclinó hacia adelante y se levantó de popa justo el tiempo necesario para ver que no había nadie dentro. Tras unos instantes de desesperado gatear, hubo en ella dos personas: Maclan, anhelante, chorreando, y

Jaime Turnbull, extraordinariamente próximo a la asfixia. Pasados diez minutos de rodar de una parte a otra de la barca vacía, se recobró, se movió, se estiró y miró las olas agitadas en torno.

Después, sin hacer caso de los chorros de agua salada que le salían del pelo, de la barba, de las botas, de la chaqueta y del pantalón, enjugó cuidadosamente la hoja de la espada para preservarla del herrumbre.

Maclan encontró dos remos en el fondo de la barca abandonada y comenzó a remar un poco tristemente.

Un amanecer lluvioso blanqueaba con fría plata el mar gemebundo cuando la azotada barca, tras de errar a la deriva, casi a la ventura toda la noche, llegó a la vista de tierra, aunque de tierra que parecía casi tan revuelta y adusta como las olas. Durante la noche, estuvo muy poco movido el mar, como de plomo; sólo de vez en cuando, la barca se levantaba como impelida por un hombro enorme que se hubiese metido debajo; este sacudimiento del mar venía probablemente de la ondulación levantada por algún vapor con el que se habían cruzado en las tinieblas; en lo restante, las olas, aunque inquietas, eran inofensivas. Pero el frío era penetrante, y de vez en cuando, descargaba un estruendoso aguacero que parecía congelarse al caer. Maclan, más en su centro que su compañero en este género de aventura elemental y bárbara, había remado penosamente con los pesados remos siempre que veía algo semejante a tierra; pero la mayor parte del tiempo se confió con torvo providencialismo al viento y a la marea. De las provisiones primeramente acopiadas, sólo les quedaba el aguardiente, y Maclan dió tales raciones a su congelado compañero, que el sobrio londinense se alarmó mucho; pero Maclan venía de mares y nieblas frías, en que un hombre puede beber un jarro de *wiskey* fuerte en su barca sin novedad alguna.

Cuando el montañés comenzó a tirar con fuerza de los remos, Turnbull asomó por la borda la cabeza roja y chorreante para ver la meta de sus esfuerzos. Erasobradamente desapacible; hasta donde alcanzaba la vista se descubría una margen pedregosa, escarpada, formada por esas menudas pedrezuelas de que gustan los niños, y de un desnivel más alto que una casa. En el cabo del dique, contra la raya del cielo, se alzaba el negruzco esqueleto de alguna obra de defensa o rompeolas arruinado. Con la claridad gris y lluviosa que rastreada a su espalda, realmente el rompeolas parecía decir a nuestros filósofos aventureros que habían llegado por último al otro confín de ninguna parte.

Forzado por la necesidad a trabajar, Maclan gobernó la pesada barca con verdadera fuerza y habilidad, y cuando al fin abordó en un sitio bajo de la escarpa, pudieron agarrarse y gatear, sin hundirse en el agua y en el guijo más que hasta las rodillas. Un pie o dos más arriba ya pisaron terreno firme, y pocos momentos después se recostaban en el destrozado rompeolas y volvían la vista hacia el mar de que se habían librado.

Antes de que pudiesen descubrir siquiera campos o caminos que denotasen al hombre, tuvieron que andar trabajosamente a través de terrenos baldíos, cubiertos de guijo, gris como la luz del alba; ni tenían la menor noción de los campos y caminos que tal vez encontrarían. Empezaban a rompérseles las botas, y el revoltijo de piedras les sometía a una prueba dura, de suerte que les venía muy bien apoyarse en las espadas, como si fuesen báculos de peregrino. Maclan pensaba vagamente en una balada hechicera de su país natal, en que se pinta a un alma del Purgatorio caminando por un llano cubierto de piedras afiladas, y que se salva únicamente por las caridades que había hecho sobre la tierra.

Turnbull no tenía meditaciones tan líricas; estaba de mucho peor temple.

Al cabo llegaron a la pálida cinta de un camino, bordeado por una cuneta de hierbas ásperas, casi sin color; y unos cuantos pies más alto, en la ladera, se alzaba, maculada por las intemperies, una de las enormes cruces que suelen encontrarse a orilla de los caminos en los países católicos.

Maclan se llevó la mano a la cabeza, y halló que había perdido el sombrero. Turnbull echó una ojeada al crucifijo, una ojeada simpática a la par que amarga, en la que se concentraba el poema de Swinburne sobre el mismo tema:

«¿De qué aprovechan al hombre, si de verdad lo amabas, tu sangre o tu amor? Tu sangre, los curas la envenenan, y con tu amor, acuñan sidos de oro».

Dejando a Maclan en su actitud orante, Turnbull comenzó a mirar a derecha e izquierda con mucha atención, como quien busca una cosa. De pronto la vió, y con un leve grito se precipitó sobre ella. Pocas yardas más allá, camino adelante, se acababa miserablemente una especie de cercado enteco, mezquino. Prendido en una esquina puntiaguda estaba un

pedazo de papel, muy pequeño y muy sucio, que podía llevar allí algunos meses, desde que alguien lo perdió al rasgar una carta o hacer un envoltorio con un periódico. Turnbull se bajó a recogerlo y halló ser un trozo de una página impresa, de impresión muy basta, como de novela barata, y con la anchura precisa para contener estas palabras: «*et c'est elle qui...*».

—¡Hurra! —gritó Turnbull, agitando el papel—. Por fin estamos en salvo. Por fin estamos libres. Estamos en un sitio mejor que Inglaterra, que el Edén o el Paraíso. ¡Maclan, estamos en el País del Duelo!

—¿Dónde dice usted? —preguntó el otro, mirándole tristemente y fruncido el entrecejo, casi como si lo deslumbrasen los grises barruntos del desolado amanecer y el mar tempestuoso.

—¡Estamos en Francia! —gritó Turnbull, con voz de clarín—, en la tierra donde suceden las cosas. *Tout arrive en France*, Llegamos a Francia. Vea usted este breve mensaje —y le tendió el pedazo de papel—. Aquí hay un presagio para un montañés supersticioso como usted. *C'est elle qui... Mais oui, mais oui, c'est elle qui sauvera encore le monde..*

—Francia —repetía Maclan, y sus ojos, de nuevo despiertos, iluminaron su faz como dos lámparas.

—Sí, Francia —dijo Turnbull, y toda la porción retórica de su ser vino a la superficie, mientras su rostro se ponía tan colorado como su barba—. Francia, que siempre se ha rebelado por la libertad y la razón. Francia, que siempre ha combatido la superstición con la clava de Rabelais o el estoque de Voltaire. Francia, en la mesa de cuyo primer consejo se posa la figura sublime de Julián el Apóstata. Francia, donde hace pocos días un hombre ha dicho estas palabras espléndidas e incontestables —añadió con soberbio gesto—: Hemos apagado en el cielo algunas luminarias que nunca más se encenderán.

—No —dijo Maclan, con voz temblorosa de pasión contenida— sino Francia, instruida por San Bernardo y guiada en la guerra por Juana de Arco. Francia, la de las Cruzadas. Francia, salvadora de la Iglesia, debeladora de herejías por la boca de Bossuet, de Masillon. Francia, ejemplo presente de la marcha triunfal del catolicismo, donde los entendimientos se le someten uno tras otro: Brunetiere, Coppée, Huyssmans, Barres, Bourget, Lemaitre.

—Francia —afirmó Turnbull, con amplificación tumultuosa, verdaderamente desusada en él—. Francia, espléndido torrente de escepticismo, desde Abelardo a Anatole France.

—Francia —dijo Maclan—, catarata de pura fe, desde San Luis a Nuestra Señora de Lourdes.

—Francia —gritó Turnbull, echando por alto la espada con el alborozo de un colegial—, donde al menos se piensan estas cosas y se lucha por ellas. Francia, donde la razón y la religión chocan en torneo perpetuo. Francia, sobre todo, donde los hombres comprenden el orgullo y la pasión que han hecho a nuestras espadas salir de la vaina. Aquí, al menos, no nos espiarán ni nos perseguirán clérigos enclenques y policías gordos porque queramos jugarnos la vida. Ánimo, amigo mío, hemos llegado al país del honor.

Maclan no reparó siquiera en las incongruentes palabras: «amigo mío», pero moviendo la cabeza una vez y otra, sacó la espada y arrojó la vaina lejos, al camino detrás de él.

—Sí —clamó con voz de trueno—, nos batiremos aquí y Él nos verá.

Turnbull echó una mirada al crucifijo con una especie de buen humor amenazante, y dijo:

—Que mire, y puede que vea la derrota de su cruz.

—La cruz no puede ser derrotada —dijo Maclan—, porque es ya la Derrota.

Un segundo después, las dos armas relucientes, sedientas de sangre, hacían el signo de la cruz en una parodia horrible.

Con todo, no se habían tocado dos veces cuando en la cima de la colina, sobre el crucifijo, apareció otra parodia horrible de su forma: la figura de un hombre que se presentó un momento agitando los brazos abiertos. Al punto se desvaneció; pero Maclan, que se batía de frente hacia aquella parte, había visto su forma un momento, y la retuvo como fotografiada. Y al mismo tiempo que una repetición cómica de la cruz, era también, en tales sitio y hora, algo más increíble aún. Lo había tenido sólo un instante en la retina; pero a menos que sus ojos y su espíritu estuviesen desatinados, la figura aquella era la de los policías que se usan en

Londres.

Trató de concentrar sus sentidos en el juego de la espada; pero una mitad de su cerebro luchaba con aquel acertijo: la apocalíptica y casi seráfica aparición de un *constable* muy recio, venido de Clapham, en la cima de una triste y deshabitada colina de Francia. Con todo, no tuvo que discurrir mucho rato. Antes que los duelistas cambiasen media docena de estocadas, el gordo policía azul apareció otra vez en lo alto del cerro, palpable monstruosidad a los ojos del cielo. Ahora agitaba un solo brazo, y parecía estar dictando instrucciones. En el mismo instante, una masa azul cerró el camino detrás de la pequeña y fina figura de Turnbull, y un corto pelotón de policías con uniforme inglés se desplegó militarmente.

Turnbull vió la mirada de consternación en el rostro de su enemigo y dió media vuelta para enterarse de la causa. Cuando vió aquello, frío como era, dió un traspié.

—¿Qué diablos hacen ustedes aquí? —preguntó con voz aguda y alta, y acento imperioso, como quien se encuentra a un ladrón en su despensa.

—Me parece, señor —dijo el sargento que mandaba, con la urbanidad un poco exagerada que se emplea tan sólo con los manifiestamente culpables—, que somos nosotros quienes pueden preguntárselo a ustedes.

—Estamos solventando una cuestión de honor —dijo Turnbull como la cosa más razonable del mundo—. Si la policía francesa quiere intervenir, déjenla hacer. Pero ustedes, ¿por qué se mezclan en esto, almas de cántaro?

—Temo, señor —dijo el sargento reprimiéndose—, temo no haber comprendido bien.

—Quiero decir, ¿por qué la policía francesa no se ocupa de este asunto, si vale la pena? Siempre he oído decir que es bastante expedita en sus modos.

—Bueno, señor —dijo el sargento, reflexivamente—. Sabe usted, señor, la policía francesa no tiene que ocuparse de esto, bueno, porque sabe usted, señor, que esto no es Francia. Esto es de los dominios de Su Majestad, lo mismo que Hampstead.

—¿No es Francia? —repitió Turnbull, con cierta incredulidad obtusa.

—No, señor —dijo el sargento—, aunque casi toda la gente habla francés. Esta es la isla llamada Saint Loup, señor, una isla del estrecho. Nos han enviado especialmente desde Londres, porque ustedes son delincuentes especialmente distinguidos, si me permite usted decirlo así. Esto me hace advertirle a usted que cualquier cosa que usted diga podrá aducirse en contra suya en el juicio oral.

—No más ni menos —dijo Turnbull, y al descuido se arrojó sobre el sargento y lo tiró encima de la cerca del camino, dándole un porrazo contra las piedras. Después, dejando a Maclan y a los policías instantánea e igualmente clavados en el camino, corrió por él un corto trecho, saltó a una parte de la costa que había encontrado más firme a su llegada, y continuó por ella con gran ruido de gujarros. Su rápido cálculo salió acertado; la policía, ignorante de los varios niveles del movedizo terreno, trató de alcanzarlo por lo más corto, y aquellos hombres tan pesados se encontraron metidos casi hasta las rodillas en bancos de guijo escurridizo. Dos que anduvieron más lentos de cuerpo, fueron más rápidos de espíritu, y viendo la treta de Turnbull, corrieron tras él a lo largo de la cerca del camino. Entonces Maclan acabó de despabilarse, y dejándose media manga entre las uñas del único hombre que trataba de sujetarlo, atacó a los dos polizontes por la cintura con el ímpetu de una bala de cañón, y, enviándolos también a aplastarse contra las piedras, siguió precipitadamente en pos de su mellizo insultador de las leyes.

Como eran ambos buenos andarines, la delantera que habían sacado fué decisiva. Treparon a un elevado rompeolas, algo más lejos en la costa, dieron media vuelta velozmente, escalaron una barrera de rocas, coronadas por una espesura, la atravesaron, arañándose manos y cara, y salieron a otro camino; allí se dieron cuenta de que podían amenguar su celeridad, poniéndose a un trote sostenido. En toda esta desesperada carrera de obstáculos, aun conservaban empuñadas las espadas desnudas, que, según la vigorosa frase de Bunyan, parecían verdaderamente brotarles de las manos.

Como media milla más habrían recorrido, cuando se hizo patente que entraban en una especie de aldea desparramada. Uno o dos *cottages* bien blanqueados y hasta una tienda aparecieron al borde del camino. Entonces, por primera vez, Turnbull, recogiendo la barba roja para echar una ojeada a su compañero que iba un paso detrás, dijo bruscamente:

—Mr. Maclan, hasta ahora hemos venido haciéndolo muy mal. En todas partes nos descubren porque todo el mundo nos conoce. Es como si alguien hubiese salido con la barba de Kruger la noche de Mafeking.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Maclan, inocentemente.

—Quiero decir —añadió Turnbull con firme convicción— que necesitamos algo de diplomacia, y que voy a comprar un poco en la tienda.

XI. Escándalo en la aldea

En la de Haroc, isla de Saint Loup, habitaba un hombre que, aun viviendo bajo la bandera inglesa, era absolutamente típico de la tradición francesa. En su persona nada llamaba la atención, pero en eso precisamente consistía su carácter peculiar. No era extraordinariamente francés; pero el ser extraordinariamente francés es contrario a la tradición francesa. Los ingleses más comunes le habrían encontrado solamente un poco anticuado; los ingleses imperialistas le habrían de fijo confundido con el viejo John Bull de las caricaturas. Muy recio; falto de toda distinción; usaba patillas, un poco más crecidas que las de John Bull. Su nombre, Pierre Durand; de profesión, tratante en vinos; en política, republicano conservador; católico de educación, había pensado y obrado siempre a lo agnóstico; tornaba poco a poco a la Iglesia en sus últimos años. Tenía el genio (si puede usarse siquiera palabra tan indómita en relación con persona tan domesticada) de decir las cosas convencionales a propósito de todos los temas imaginables; o más bien, lo que en Inglaterra llamarían cosas convencionales. Porque en él no era convención, sino convicción viril y firme. La convención implica disimulo o afectación, de lo cual no tenía ni barruntos. Era sencillamente un ciudadano ordinario con opiniones ordinarias; si se lo hubiesen dicho así, lo habría tomado por un cumplido ordinario. Si le hubiesen preguntado de las mujeres, habría dicho que se debe proteger su vida doméstica y su decoro; habría usado términos muy añejos, pero reservándose argumentos poderosos. Si le hubiesen preguntado del gobierno, habría dicho que los ciudadanos son libres e iguales, sabiendo muy bien lo que decía. Si le hubiesen preguntado de la educación, habría dicho que debe inculcarse en los jóvenes el hábito del trabajo y el respeto a los padres. Incluso les habría puesto el ejemplo de su trabajo, y habría sido uno de los padres a quienes se debe respetar. Un estado de ánimo tan desesperadamente regular, deprime el instinto inglés. Pero es que en Inglaterra el hombre que proclama tamañas vulgaridades es generalmente imbécil, e imbécil despavorido, que las proclama por servilismo social. Durand era muy otra cosa; había leído todo el siglo XVIII y podía defender sus vulgaridades agotando los argumentos de aquel siglo. No tenía nada de cobarde: grueso y sedentario como era, habría

derribado de un golpe, con la violencia instantánea de una máquina automática, a quien le llegase al pelo de la ropa; morir vestido de uniforme le hubiera parecido una eventualidad con la que se debe contar a veces. Mucho me temo que este monstruo sea inexplicable para las sectas ampulosas y los clubes excéntricos de mi país. Era, simplemente, un hombre.

Vivía en una pequeña villa bien abastecida de mesas y asientos cómodos, y de pinturas y medallones clásicos, extremadamente desapacibles. En su casa, el arte no conocía término medio entre los rígidos y pobres dibujos de cabezas griegas y togas romanas, y las vulgarísimas imágenes católicas, de colores chillones; las más de éstas en el aposento de su hija. Había perdido recientemente a su mujer, a quien quiso de corazón y un poco sombríamente, en silencio completo, y sobre cuya tumba tenía el hábito constante de poner coronitas feas hechas de sartas de abalorios blancos y negros. Era también muy afecto a su hija única, aunque la cohibía bastante con una especie de alarma teórica por su inocencia; alarma propiamente innecesaria, primero, porque la joven era de una religiosidad y un recato excepcionales, y segundo, porque en la aldea no había casi nadie.

Magdalena Durand era físicamente una joven indolente, y con facilidad se hubiera supuesto que era desidiosa en lo moral. Pero es lo cierto que los quehaceres de su casa de alguna manera se hacían, y es aun mucho más fácil de comprobar que ninguna otra persona los cumplía. Por tanto, la lógica lleva a suponer que los hacía Magdalena, de donde su personalidad cobra interés misterioso desde el comienzo. Tenía las cejas muy anchas, bajas y rectilíneas, y aun parecían más bajas porque hasta ellas descendía la masa de cabellos de un rubio encendido; tenía las mejillas lo bastante rollizas para no parecer tan enérgica como era. Los rasgos pesados de su semblante, se aligeraban de pronto merced a la luz de sus grandes ojos, azul de China; se aligeraban de golpe como si dos grandes mariposas azules los levantasen en el aire. El resto de su persona, menos que de tamaño medio, agradable y sin pretensiones; se diferenciaba de las jóvenes por el estilo de la del automóvil, en que no inducía a fijarse en toda su persona, sino en su cabeza tan sólo, ancha, leonina e inocente.

El padre y la hija eran de esas personas que normalmente se sustraen a la observación; es decir, a la observación de este mundo moderno extraordinario, que lo descubre todo, menos la fuerza. Ambos poseían

fuerzas no aparentes; como tranquilos aldeanos que poseyesen magníficas minas sin explotar. El padre, con su cara cuadrada y sus patillas grises; la hija, con su cara cuadrada y el cerco dorado de sus cabellos, eran más fuertes de lo que se imaginaban; más fuertes de lo que nadie suponía. El padre creía en la civilización, torre de pisos erigida para desafiar a la naturaleza; esto es, el padre creía en el Hombre. La hija creía en Dios, y era aún más fuerte. Ninguno creía en sí mismo, que es debilidad decadente.

La hija pasaba por devota. Producía en la gente común la impresión —un poco irritante— que producen tales personas; sólo comparable a la sensación de un poderoso caudal de agua vertiéndose perpetuamente en un abismo. Hacía con facilidad el trabajo doméstico; cumplía con dulzura sus deberes sociales; nunca negligente, nunca adusta. Esto respondía a lo suave, no a lo duro de su condición. El andar firme, como si fuese siempre a alguna parte; un modo de volver la cabeza, como desafiando algo; pocas discusiones y, sin embargo, frecuente expresión de pelea en los ojos. El hombre moderno se preguntaría, confuso, dónde paraba tanta energía silenciosa. Mayor sería su confusión si le dijese que paraba en oraciones.

Las convenciones de la isla de Saint Loup eran necesariamente una transacción o confusión entre las de Francia e Inglaterra; y no le estaba vedado a una joven honesta tener pretendientes declarados, en un modo imposible entre la burguesía francesa. Un hombre, en particular, había destacado su inconfundible figura en el séquito de la joven cuando iba a la iglesia. Bajo, de buen aspecto, con espesa barba negra y un tosco paraguas negro que le hacían parecer más viejo y pequeño de lo que realmente era; pero sus ojos, grandes, enérgicos, y el andar, que martillaba el suelo, le daban carácter juvenil y patente.

Su nombre, Camilo Bert; viajante de comercio, ocioso en la isla desde una semana antes de comenzar a seguir los pasos de Magdalena Durand. Como en lugar tan pequeño todo el mundo se conoce, Magdalena lo conocía seguramente para hablarle, pero no es muy seguro que Magdalena hablase nunca. Bert la rondaba, sin embargo; especialmente en la iglesia, uno de los pocos sitios donde se la encontraba con seguridad. En su casa tenía por costumbre hacerse invisible, unas veces por su incansable laboriosidad, otras por su también incansable afición a la soledad. Bert no daba la impresión de ser hombre piadoso, aunque diese, especialmente con los ojos, la de ser hombre honrado. Iba a misa con

sencilla puntualidad, inconfundible con la afectación y con el fanatismo vulgar. Esta puntualidad en lo religioso acaso indujo a Magdalena a fijarse en él. Por lo menos, es seguro que le habló dos veces, con su sonrisa franca y cuadrada, en el pórtico de la iglesia; y en la aldea eran humanos en grado suficiente para hacer del caso comidilla.

Pero el interés verdadero surgió repentinamente, como un ciclón, con el suceso extraordinario acaecido cinco días después. Como a un tercio de milla, pasada la aldea de Haroc, había un hotel, grande y solitario, dispuesto a la manera de Londres o de París, pero casi enteramente vacío de ordinario. Entre el grupo accidental de huéspedes llegados aquella temporada, había un hombre cuya nacionalidad nadie podía decir y que llevaba el nombre, poco de fiar, de conde Gregorio. Trataba a todo el mundo con exquisita urbanidad y con las menos palabras posibles. Las pocas veces que hablaba, lo hacía en francés, en inglés, y una vez (al cura) en latín; en opinión común, todo lo hablaba mal. Era hombre alto y flaco, encorvado como águila vieja, y de nariz aquilina, para mayor parecido; usaba patillas a la antigua moda militar y bigote teñido de un amarillo ostentoso, de todo punto increíble. Las ropas, como de caballero rico, y el porte como de caballero arruinado; parecía (con cierta simplicidad) que quisiese pasar por *dandy*, cuando era ya demasiado viejo incluso para darse cuenta de que era viejo. No obstante, su presencia era hermosa, decididamente, con el pelo amarillo rizado y el rostro flaco y desdeñoso; gastaba levita de hechura particular, azul turquí, adornada con una condecoración desconocida, y llevaba un bastón enorme, muy pesado. A despecho del silencio, de las patillas y del atavío elegante, la isla pudo no saber de él, si no fuese el suceso extraordinario ya mentado, que ocurrió de la siguiente manera:

En climas tan inseguros, únicamente los entusiastas van a la Salve; y cuando el azul intenso del crepúsculo descendía sobre las lucecitas de la iglesia y del pueblo, la hilera de devotos que volvían de la primera al segundo, camino de su casa, se aclaraba hasta desaparecer. En la tarde aquella, por lo menos, no había en la iglesia nadie más que la tranquila e indomable Magdalena, cuatro viejas, un pescador y, claro está, el terco de Camilo Bert. Todos parecieron disolverse luego en los colores de pavo real de la hierba, de un verdor sombrío, y del cielo azul oscuro. El mismo Durand permaneció invisible, en vez de mostrarse, como solía, reverentemente distanciado, y Magdalena avanzó sola por el trozo de bosque sombrío. No tenía miedo a la soledad, porque no se asustaba de

los demonios. Creo yo que los demonios se asustaban de ella.

En un raso del bosque, sin embargo, alumbrado por los últimos vestigios del crepúsculo expirante, avanzó de pronto hacia ella alguien más sorprendente que un demonio. El incomprensible conde Gregorio, de cabello amarillo, semejante a una llama, y la faz como ceniza blanca de la llama; se acercaba a Magdalena, descubierta la cabeza y agitando los brazos y sus largos dedos con ademán frenético.

—Aquí estamos solos —gritó— y estaría usted a mi mandar, si no estuviese yo al de usted.

Dejó caer a lo largo de los costados sus manos frenéticas y miró a lo alto, fruncido el entrecejo, con expresión adecuada a su aliento jadeante. Magdalena Durand se detuvo con pueril sorpresa al pronto; después, con un dominio de sí más que viril, dijo, como para ganar tiempo:

—Me parece que conozco esa cara, señor.

—Y yo nunca olvidaré la de usted —dijo el otro, y extendió los brazos sin gracia, con ademán forzado. Después, dió suelta de repente a un raudal de frases desordenadas y pomposas.

—Lo mejor es que lo sepa usted todo: lo bueno y lo malo. Yo soy un hombre que no admite freno; soy el criminal más empedernido; el pecador más impenitente. En mis dominios no hay hombre tan vil como yo. Mis dominios se extienden desde los olivares de Italia a los pinedos de Dinamarca, y no hay rincón en ellos donde yo no haya cometido un pecado. Pero cuando la rapte a usted cometeré mi primer sacrilegio y también mi primer acto virtuoso.

De pronto la sujetó por los codos; Magdalena, sin gritar, forcejeó por soltarse. Aunque no había gritado, alguien errante por el bosque debió de oír la disputa. Un tipo menudo pero ágil acudió por la senda entre los árboles, zumbando como una bala, y descargó al conde Gregorio un golpe en la cara sin darle tiempo a que conociese la suya. Cuando la hubo reconocido, resultó ser la de Camilo, de negra barba prolecta y ardientes ojos juveniles.

Hasta el momento en que Camilo pegó al conde, Magdalena no abrigaba duda de que el conde era sencillamente un loco. Ahora, su cordura

desusada la sorprendió; porque el hombre alto de patillas y bigotes amarillos, comenzó por devolver el golpe a Bert, como quien cumple una obligación, y luego retrocedió un paso, con leve reverencia y sonrisa natural.

—No es menester que esto pase aquí a más, señor Bert —dijo—. No necesito advertir a usted hasta dónde va a llegar en otro sitio.

—Cierto, no necesita usted advertirme nada —repuso Camilo, con flema—. Celebro mucho que la pillería de usted no sea tanta que impida a un caballero batirse con usted.

—Estamos deteniendo a la señora —dijo el conde Gregorio con urbanidad, y haciendo un ademán para significar que, de llevarlo, se habría quitado el sombrero, se retiró a paso largo remontando la avenida entre los árboles, y a poco desapareció. Era tan cabal aristócrata, que dándole la espalda mientras remontaba el camino, su espalda no denotó ningún desasosiego.

—Me permitirá usted que la acompañe a su casa —dijo Bert a la joven, con voz áspera y casi ahogada—. Creo que hay muy poco camino.

—Muy poco camino —dijo ella, y sonrió una vez más aquella noche, a pesar del cansancio y del miedo, a pesar del mundo, del demonio y de la carne. Tiempo hacía que el azul fulgurante y traslúcido del crepúsculo se había sumido en el aire opaco y pizarroso de la noche, cuando se dieron la mano dentro de liá casa, alumbrada por la lámpara. Bert salió a la oscuridad con paso firme, pero tirándose de la negra barba.

Todos los notables, franceses o semifranceses, del distrito, juzgaron que en tal caso el duelo era natural e inevitable, y ninguno de los contendientes, por más que fuesen forasteros, tuvo dificultad paría encontrar padrinos. Dos pequeños terratenientes, católicos escrupulosos y practicantes, se prestaron de buen grado a representar a Camilo Bert, riguroso frecuentador de la iglesia; mientras que el conde Gregorio, hombre importante, al parecer, aunque corrompido, encontró para padrinos un médico de la localidad, muy enérgico, dispuesto a subir en la estimación social, y un turista californiano dispuesto a todo. Como retrasarlo no servía para nada útil, se acordó que el encuentro se verificase tres días después. Y cuando estuvo así convenido, la colectividad entera dió, como quien dice, otra vuelta en la caima y no pensó más en el asunto. Pero uno cuando menos de los vecinos pareció

inquietarse, y fué el que comúnmente solía ser más tranquilo. A la noche siguiente, Magdalena Durand fué a la iglesia como de costumbre; y como de costumbre, el rondador Camilo estaba allí. Menos usual fué que al hallarse a tiro de ballesta de la iglesia, Magdalena se volviese, dirigiéndose a Bert.

—No hago nada malo hablando con usted, señor —comenzó diciendo Magdalena.

Estas palabras le sonaron a inesperada verdad, porque, según las novelas que había leído, debió haber comenzado diciendo: «Hago mal en hablarle a usted». Magdalena continuó, muy serios sus grandes ojos, como los de un animal:

—No hago nada malo hablando con usted, porque su alma, y el alma de cualquiera, importa mucho más que cuanto el mundo pueda decir. Tengo que hablar con usted acerca de lo que van a hacer.

Bert vió ante sí la inevitable heroína de novela que pretende estorbar el derramamiento de sangre; y su pálida y tranquila faz se mostró implacable.

—Yo haría por usted todo menos eso —dijo—. Un hombre debe portarse como tal.

Ella le miró un instante con expresión de evidente desconcierto, y luego desplegó una media sonrisa, bella, extraña.

—¡Oh! No quiero decir eso —contestó—. No hablo de lo que no entiendo. Nadie me ha pegado nunca, y si me pegasen no sentiría lo mismo que un hombre. Estoy segura de que lo mejor de todo no es batirse; lo mejor es perdonar, si realmente se perdona. Pero cuando los que van a comer con mi padre dicen que el duelo es un homicidio, claro está, yo veo que no tienen razón. Es cosa completamente distinta: tener un motivo... y hacérselo saber al otro... y dejarle usar las mismas armas..., todo ello delante de amigos. Mi estupidez es terrible; sin embargo, conozco que hombres como ustedes no son homicidas. Pero no es esto lo que quería decir...

—¿Qué quería usted decir? —preguntó el otro, mirando pensativamente al suelo.

—¿No sabe usted —dijo— que ya no celebran más que una vez? Yo creía que, como va usted tanto a la iglesia..., yo creía que comulgaría usted esta mañana.

Bert retrocedió con ímpetu desconocido en él. Toda su persona parecía cambiada.

—Podrá estar bien, podrá estar mal que se juegue usted la vida —dijo la joven sencillamente—. Las pobres mujeres de nuestro pueblo se la juegan cada vez que tienen un niño. Ustedes los hombres son la otra mitad del mundo. No sé cuándo debe tocarles a ustedes morir. Pero seguramente si usted se pone a esa prueba y encuentra a Dios más allá de la tumba y recurre a Él... debe usted salir a su encuentro cuando Él viene todas las mañanas a estar en nuestra iglesia.

Con toda placidez, Magdalena apoyó el argumento en un breve ademán cuyo patetismo oprimía el corazón.

Camilo Bert había perdido la calma. Ante aquel ademán esbozado, ante aquel rostro abogado abiertamente, retrocedió como ante las fauces de un dragón. Junto a la palidez sorprendente de sus mejillas, la barba y el pelo negros parecían de todo punto antinaturales. Al cabo pudo decir algo:

—¡Oh, Dios! ¡No puedo sufrir esto!

No lo dijo en francés. Ni, hablando estrictamente, lo dijo en inglés. La verdad (interesante para los antropólogos solamente) es que lo dijo en escocés.

—En cuestión de ocho horas habrá otra misa —dijo con solícito ahínco y vigor— y puede usted hacer lo que le digo antes del desafío. ¡Usted me perdonará, pero me asustaba tanto que no lo hiciese usted!

Bert apretó los dientes, como para rompérselos, y acertó a decir entre ellos:

—¿Por qué suponía usted que yo no haría como usted dice... que no lo haría, en absoluto?

—Usted va siempre a misa —respondió la joven abriendo sus grandes ojos azules—, pero la misa es muy larga y cansada cuando no hay amor a Dios.

Entonces Bert estalló con una brutalidad que podía haber sido del conde Gregorio, su criminal adversario. Se acercó a Magdalena echando chispas por los ojos, y casi la tomó por los hombros.

—Yo no amo a Dios —gritó, hablando francés con acento escocés muy marcado—. No quiero encontrarme con Él, no creo que se le encuentre ahí. Se acabó la farsa; debo y quiero decirlo todo. Usted es el ser más dichoso y más honrado que he visto nunca en este mundo sin Dios; y yo soy el más vil y malvado.

Magdalena, un momento suspensa, le miró, y luego dijo con súbita sencillez y jovialidad:

—¡Oh! Pues si se encuentra usted triste de verdad, está muy bien. Si se encuentra terriblemente triste, mejor aún. No tiene usted más que ir a decírselo al cura, y de sus propias mancos recibirá usted a Dios.

—Aborrezco al cura y niego a Dios —gritó el hombre— y le digo a usted que Dios es una mentira, una fábula, una máscara. Por vez primera en mi vida no me siento superior a Dios.

—¿Qué significa esto? —dijo Magdalena, abrumada de sorpresa.

—Yo también soy una fábula y una máscara —dijo el hombre.

En todo este tiempo no había cesado de mesarse los negros cabellos y barba; de pronto, se los arrancó de un tirón y los arrojó al barro, como si pelechase. Tan extraordinario despojo sacó a la luz la misma cara, pero una cabeza mucho más joven, con espesos rizos y barba corta de color de castaña.

—Ahora ya sabe usted la verdad —respondió, conduro mirar—. Yo soy un zopenco que, por motivos puramente personales, ha jugado una mala pasada a una mujer decente en este pueblo tranquilo. Podía haber hecho lo mismo con cualquier otra mujer, y salirme bien; he ido a dar con la única mujer a quien no debía engañar. Así es mi maldita suerte. La pura verdad es...

Cuando llegó a la pura verdad, titubeó y se embrolló como Maclan había hecho al hablar con la joven del automóvil.

—La pura verdad es —dijo por fin— que yo me llamo Jaime Turnbull, el

ateo. La policía me persigue; no por el ateísmo, sino porque quiero batirme en su defensa.

—He visto algo respecto a usted en un periódico —dijo la joven, con una sencillez que ni la sorpresa conseguía desequilibrar.

—Evan Maclan dice que hay Dios —prosiguió el otro, tercamente— y yo digo que no lo hay. Y he venido a batirme por sostener que no hay Dios; tal es el motivo de haber visto esta isla maldita y la bendita cara de usted.

—Usted pretende de veras hacerme creer —dijo Magdalena, entreabiertos los labios— que usted piensa...

—Quiero que me aborrezca usted —gritó Turnbull, con agonía—. Quiero que mi solo nombre le dé a usted náuseas. Estoy seguro de que no hay Dios.

—Sí hay —dijo Magdalena, muy tranquila, y más bien con el aire de quien estuviese explicando a un niño cómo es un elefante—. Esta misma mañana he tocado su cuerpo.

—Ha tocado usted un pedazo de pan —dijo Turnbull, mordiéndose los nudillos—. ¡Oh! Quisiera decir algo que la enfureciese a usted.

—¿Cree usted que sólo es un pedazo de pan? —dijo la joven, y sus labios se crisparon un poco.

—Sé que es únicamente un pedazo de pan —dijo Turnbull, con violencia.

Magdalena echó hacia atrás su rostro franco, y sonrió:

—Entonces, ¿por qué se niega usted a comerlo? —dijo.

Jaime Turnbull retrocedió un pasito, y por vez primera en su vida pareció que en su cabeza brotaban y brillaban pensamientos distintos de los suyos.

—¡Vaya! ¡Qué estúpida gente! —exclamó Magdalena, enteramente con la alegría de una chichuela—. ¡Qué estúpida gente! ¡Decir que es *usted* un sacrílego! ¡Y ha echado a perder todo su asunto solamente por no cometer un sacrilegio!

El hombre, a pie firme, hacía una figura algo cómica en medio de su

trágico desconcierto, con la honrada, cabeza rubia de Jaime Turnbull saliendo del rico disfraz de Camilo Bert. Pero el dolor pasmoso reflejado en su rostro tenía bastante fuerza para borrar aquella rareza.

—De modo que caen ustedes aquí —continuó la dama, con énfasis femenino, fulminante en la conversación e inofensivo en una reunión pública—, caen aquí usted y su Maclan, y se ponen barbas o narices postizas para poder batirse. Usted se hace pasar por viajante de comercio, católico, llegado de Francia. El pobre Mr. Maclan tiene que hacerse pasar por un noble disoluto, que no viene de parte alguna. El plan triunfa; escogen ustedes una disputa verosímil; arreglan un duelo completamente respetable; el duelo que llevan ustedes planeado desde hace tiempo, va a ser mañana, con absoluta certeza y seguridad. Y en tal momento usted se quita la peluca, renuncia a su plan, se aparta de su compañero, porque le pido a usted que entre en un edificio y coma un pedazo de pan. Y entonces se atreve a decirme que está seguro de que nadie vela sobre nosotros. Entonces dice usted que en el altar de que huye no hay nada. Usted sabe...

—Sé únicamente —dijo Turnbull— que he de huir de usted. Esto no es ya para hablarlo.

Y salió precipitado hacia el pueblo, dejando caídas en el camino la barba y la peluca negras.

Al llegar a la entrada de la plaza del mercado, vió al conde Gregorio, el distinguido forastero, arrimado a la esquina del (café local, fumando, en elegante actitud meditabunda. Inmediatamente se encaminó hacia él, con rapidez, considerando urgente una consulta. Pero no había cruzado apenas la mitad de aquel cuadrángulo de piedra, cuando se abrió una ventana por la que se asomó una (cabeza, voceando. El hombre estaba en camiseta de lana, pero Turnbull reconoció la cabeza enérgica y apoplética del sargento de policía, el cual señaló furiosamente hacia Turnbull y gritó su nombre. Un policía salió corriendo de un porche y trató de agarrarlo. Dos vendedores de hortalizas dejaron caer los cestos y se juntaron a la persecución. Turnbull esquivó al policía, sentó a uno de los verduleros en su misma canasta, y abalanzándose hacia el distinguido conde extranjero le gritó ruidosamente:

—¡Vamos, Maclan! ¡Otra vez nos dan caza!

La réplica inmediata de Maclan fué arrancarse sus largas patillas gualdas y tirarlas al aire con notable expresión de alivio. Después alcanzó a Turnbull en su fuga, al paso que, torciéndolo con sus poderosas manos, rajó y partió el extraño y grueso bastón que usaba. Dentro había una espada de antigua hechura, desnuda. Ambos sacaron buena ventaja en el camino primero que la población toda se soliviantase tras ellos; y en mitad del camino una transformación semejante se operó en el singular paraguas de Turnbull.

Les quedaba un buen trecho que correr hasta la rada; pero los policías ingleses eran pesados, y los moradores franceses indiferentes. En todo caso, se hicieron a la noción de que el camino estaba libre; de ahí la inequívoca sorpresa con que Maclan, justamente al llegar al acantilado, tropezó con otro caballero. Cómo pudo conocer que el otro era un caballero, sólo con tropezárselo, es un misterio. Maclan era un caballero escocés, pobre y sobrio. El otro era un caballero inglés, muy borracho y muy rico. Pero en las excusas titubeantes y a todas luces embrolladas, que se dieron, había algo que les hizo comprenderse con tanta seguridad y prontitud como dos hombres hablando francés en medio de la China. El rasgo más literal de estos tipos es que dan puñetazos o excusas; en este caso, ambos se dieron excusas.

—Parece que lleva usted prisa —dijo el inglés desconocido, reculando uno o dos pasos, para reírse con forzada cordialidad.

—¿Qué es ello?

Antes que Maclan pudiese dejarlo atrás, el inglés renqueante, tambaleándose, se le acercó de nuevo y dijo con una especie de hipo, rompiéndole los oídos a voces:

—Oiga usted, me llamo Wilkinson. Sabe usted, mi abuelo, Cumplido Wilkinson. Yo no puedo beber cerveza... El hígado...

Y movió la cabeza con sagacidad extraordinaria.

—En efecto tenemos mucha prisa, como usted dice —respondió Maclan, evocando una sonrisa suficientemente amable—. De modo, que si nos deja usted pasar...

—Les diré a ustedes, camaradas —dijo el insistente caballero,

confidencialmente, mientras Evan se angustiaba al oír a su espalda los primeros pasos de los perseguidores—. Si de veras tienen prisa, como dicen, y yo sé lo que es tener prisa; si de veras tienen ustedes prisa —y parecía reforzar la voz con cierta solemnidad—, no hay nada como un buen yate para un hombre con prisa.

—Tiene usted razón, sin duda —dijo Maclan; y de un salto lo dejó atrás, a la desesperada. La cabeza de la hueste perseguidora acababa de aparecer en lo alto del cerro, a sus espaldas. Turnbull se había ya escabullido por debajo) de un codo del caballero borracho y corría delante de ellos.

—Fíjese usted —decía Mr. Wilkinson, corriendo entusiasmado detrás de Maclan y sujetándolo por un faldón del chaqué—. Si tiene usted que ir de prisa, debería usted tomar un yate, y en tal caso —dijo con un reventón de sensatez, como quien de un brinco se pone en un punto lógico más distante—, si usted necesita un yate, puede usted tener el mío.

Evan cejó bruscamente y se volvió a mirarlo.

—Verdaderamente, tenemos una prisa de todos los demonios —dijo— y si es cierto que tiene usted un yate, la verdad es que nos dejaríamos cortar las orejas por conseguirlo.

—Lo encontrará usted en la rada —dijo Wilkinson, luchando con las palabras—. Lado izquierdo de la rada... Se llama *Gibson Girl*...; no comprendo por qué, camarada, no se lo he prestado a usted antes.

Con estas palabras, el benévolo Mr. Wilkinson se cayó de bruces cuan largo era en el camino, pero continuó riendo dulcemente, vuelto hacia el fugitivo compañero el rostro singularmente benigno y tranquilo. El espíritu de Evan entró en una crisis de casuismo instantánea, en la que acaso tomó una decisión torcida; pero acerca de lo que decidió, el biógrafo no profesa duda alguna. Dos minutos después había alcanzado a Turnbull y le contaba el cuento; diez minutos más tarde, él y Turnbull habían saltado como pudieron al yate llamado *Gibson Girl*, y como pudieron desatracaban de la isla de Saint Loup.

XII. La isla desierta

Aquellos que por ventura opinan (entre ellos Maclan, vivo y satisfecho) que algo de sobrenatural, la benevolencia insólita de un dios o de un hada, guió a nuestros aventureros a través de sus absurdos peligros, acaso encontrarían el argumento más fuerte en el gobierno o desgobierno del yate de Mr. Wilkinson. Ninguno tenía la menor preparación para dirigir la nave, pero Maclan poseía un conocimiento práctico del mar en barcos completamente distintos y más pequeños, en tanto que Turnbull tenía, cosa mucho peor, conocimientos abstractos de la ciencia y de alguna de sus aplicaciones a la navegación. La presencia de un dios o de un hada se deduce con sólo considerar que en definitiva no chocaron con ninguna cosa, fuese lancha, roca, arenas movedizas o buque de guerra. No siendo en esta forma negativa, su viaje sería difícil de describir. Duró lo menos una quincena, y Maclan, sin duda el más avisado navegante de los dos, percibió que daban la vela hacia el oeste del Atlántico, y que probablemente habían ya pasado de las islas Sorlingas. Imposible conjeturar cuánto más habían penetrado en el mar occidental. Pero al menos tenían la firme persuasión de haber penetrado tanto en el pavoroso seno que nos separa de América que no esperaban ver tierra en mucho tiempo. Así, pues, con legítima emoción, una madrugada lluviosa, poco después de rayar el alba, vieron la forma de una isla solitaria recortarse distintamente en el curvo listón de plata que corría en torno de la línea del horizonte, separando el gris y verde de las olas del gris y malva de las nubes matutinas.

—¿Qué puede ser eso? —exclamó Maclan, seca la garganta por la emoción—. Yo no sabía que hubiese otras islas en el Atlántico, más allá de las Sorlingas. ¡Santo Dios! ¡No será la isla de Madera!

—Yo creía que a usted le gustaban las leyendas, las fábulas, los cuentos —dijo Turnbull muy torvo—. Quizás sea la Atlántida.

—Claro que podría ser —repuso el otro con toda inocencia y gravedad—. Pero no he creído nunca que la historia de la Atlántida tuviese fundamento sólido.

—Sea como quiera, nos echamos encima —dijo Turnbull sin alterarse— y vamos a naufragar por segunda vez.

El desnudo promontorio, semejante a una nariz, que se destacaba de la isla desconocida iba haciéndose cada vez más grande, como la trompa de un elefante terrible en marcha. Nada de particular se ofrecía a la vista, por lo menos en aquel lado de la isla, excepto bancos de conchas marinas en tales montones que recordaban un poco las grutas que los niños se divierten en construir al borde del mar. En un sitio, sin embargo, la costa brindaba una bahía de arena baja y fina, de suerte que incluso al rudimentario arbitrio de los dos marineros de ocasión le fué fácil virar el barquito, con la proa en la orilla y el bauprés apuntando a lo alto, con cierta expresión de necio triunfo.

Saltaron a tierra y comenzaron a descargar el barco, colocando las provisiones en hileras sobre la arena con algo de la solemnidad de unos mozalbetes jugando a los piratas. Allí estaban las cajas de cigarros de Mr. Wilkinson, la docena de botellas de champaña de Mr. Wilkinson, y los botes de salmón, de lengua y de sardinas de Mr. Wilkinson, y tanto género de conservas como puede encontrarse en los repuestos del Ejército y de la Armada...

Después Maclan se detuvo y, con un bote de encurtidos en la mano, dijo bruscamente:

—No sé por qué hacemos todo esto. Supongo que nuestro deber consiste en terminar el asunto.

Luego añadió más pensativo:

—Esta isla parece desierta, y, claro está, el vencedor...

—La cuestión es —dijo Turnbull, discurriendo jovialmente— si el sobreviviente estará en la disposición de ánimo adecuada a los langostinos en conserva.

Maclan bajó la mirada hacia las botellas y cajas, y el velo de la duda se adensó en su rostro.

—Me permitirá usted que me tome dos libertades —dijo por fin Turnbull—. La primera, abrir esta caja y encender uno de los excelentes cigarros de

Mr. Wilkinson son que me ayudarán a meditar, estoy seguro; la segunda, ofrecer un penique por los pensamientos de usted; mejor dicho, alborotar las finanzas de esta isla, ya complicadas, apostándome un penique a que los adivino.

—¿Qué habla usted ahí? —preguntó Maclan con indiferencia, como un niño distraído.

—Sé lo que piensa usted, Maclan —repitió Turnbull riendo—. En todo caso, sé lo que pienso yo. Y me imagino que es lo mismo.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Evan.

—Pienso, y también usted —dijo Turnbull—, que no tiene maldita la gracia desperdiciar todo este champaña.

Algo como la sombra de una sonrisa apareció en la faz impasible del gaélico; y no dió, al menos, ninguna señal de disenso.

—Fácilmente podemos beber todo el vino y fumar todos los cigarros en una semana —dijo Turnbull— y eso sería morir en un festín como héroes.

—Sí; y además hay otra cosa —dijo Maclan con leve vacilación—. Como usted ve, estamos en una roca casi desconocida, perdida en el Atlántico. La policía no nos prenderá; pero tampoco el público oirá hablar de nosotros; y ésta es una de las cosas que necesitamos.

Luego, tras una pausa, dijo arañando en la arena con la punta de la espada:

—Ella no sabrá nunca nada de esto.

—¿Y entonces? —preguntó el otro, chupando el cigarro.

—Entonces —dijo Maclan— podríamos ocupar un día o dos en componer una relación completa, y a fondo de lo que hemos hecho y por qué, todo ello desde nuestros dos puntos de vista. Después, podríamos dejar un ejemplar en la isla, sea de nosotros lo que sea, y poner el otro en una botella vacía y arrojarla al mar, como cuentan en los libros.

—Buena idea —dijo Turnbull—. Ahora, acabemos la descarga.

Cuando Maclan, tan largirucho, casi fantasmal, se paseaba por el borde de la arena que corría en torno de la isleta, el elemento poético, suntuoso, aunque brumoso, que constituía el fondo de su natural, se acumuló más denso que nunca en el seno de su alma. La isla solitaria y el inacabable mar levantaban su aventura al rango épico. No había allí señora ni policías para indicarle que pudiera ser también bufonada o tragedia.

—Acaso, después de crear las estrellas de la mañana —se dijo—, Dios sacó del seno del mundo esta isla, para que fuese cobijo y teatro de la lucha entre el Sí y el No.

Trepó luego a lo más elevado de la roca, donde había un rellano de piedra. Media hora después, Turnbull lo encontró quitando la arena suelta de aquella meseta y haciéndola más lisa y rasa.

—Nos batiremos aquí arriba, Turnbull —dijo Maclan—, cuando llegue el momento. Y hasta que el momento llegue, éste será lugar sagrado.

—Yo pensaba que hubiésemos almorzado aquí —dijo Turnbull, que tenía en la mano una botella de champaña.

—No, no; aquí arriba, no —dijo Maclan, y descendió de lo alto con premura. Antes de descender, sin embargo, fijó las dos espadas verticalmente, una en cada extremo de la meseta, como si fuesen centinelas humanos custodiándola bajo las estrellas.

Una vez abajo, almorzaron copiosamente en un cobijo formado de rocas sueltas. En el mismo lugar, cenaron aún más copiosamente aquella noche. El humo de los cigarros de Mr. Wilkinson, y su fuerte aroma ascendían sin cesar como sacrificio pagano; el áureo esplendor del champaña de Mr. Wilkinson se les subía a la cabeza, fluyendo luego en destellos filosóficos y de fantasía. Y tales veces levantaban la visita a considerar el fulgor de las estrellas y la roca, y veían el espacio guardado por las espadas con su guarnición de cruz, semejantes a dos cruces negras en los extremos de una sepultura.

En esta tregua primitiva y homérica transcurrió una semana, ocupada casi por completo en comer, beber, fumar, hablar y, de vez en cuando, cantar. Escribieron su relación y la arrojaron all mar en una botella. Nunca subieron a la meseta ominosa; y no habían vuelto allí desde el difícil momento primero, en que les faltó tiempo para enterarse del horizonte

marino y del contorno de tierra. Ni siquiera exploraron la isla, porque Maclan estaba casi consagrado a la oración y Turnbull enteramente al tabaco, y de ambas formas de inspiración pueden disfrutar el solitario y aun el sedentario. En un atardecer de oro, periclitando el sol en el mar, radiante como la misma cabeza de Apolo, Turnbull se sorbió el último medio cuartillo de las agotadas botellas wilkinsonianas, lanzó la botella al mar con energía incontrastable y subió a la altura donde estaba aguardándole su espada. Maclan se encontraba ya tristemente junto a la suya, inclinada la cabeza, fijos los ojos en el suelo. No se había molestado siquiera en echar una mirada al contorno de la isla ni al horizonte. Pero Turnbull, espíritu más activo, con ligereza de pájaro, dirigió una mirada a los alrededores. La consecuencia fué que casi se cayó de la roca.

Por tres lados de la isla de arena y conchas, el mar se dilataba azul e infinito, sin señales de tierra ni velas; lo mismo que Turnbull lo había visto primeramente, salvo que, estando baja la marea, se veían algunas yardas más de la pendiente arenosa por bajo de la base de las rocas. Pero en el cuarto lado, la isla ostentaba un rasgo extraordinario. Ostentaba el rasgo extraordinario de no ser isla, en modo alguno. Una manga de arena, larga y curva, lisa y húmeda como el cuello de la serpiente de mar, corría por el agua enlazando la roca con una línea de dunas, bajas, ondulantes, brillantes, que el mar, retirándose, acababa de sacar a luz. Si eran de arena firme o movediza, con dificultad podía apreciarse; pero al menos no había duda en que estaban en la margen de una tierra más vasta, porque tras ella aparecían débilmente unos montículos incoloros, y más allá no se veía el mar.

¡Por vida de...! —exclamó Turnbull, desorbitando los ojos—. Esto no es una isla del Atlántico. Hemos topado en el continente americano.

Maclan volvió la cabeza; su rostro, ya pálido, palideció un poco más. En aquel momento, peregrinaba por un mundo de presagios y enigmas, y no acertaba a leer sino cosas amenazadoras y hostiles en el oscuro y gigantesco brazo de tierra que se dilataba por el mar para venir a aprehenderlo.

—Maclan —dijo Turnbull con su manera tranquila—, sea que nuestros *tête-à-têtes*, perpetuamente interrumpidos, nos hayan enseñado algo, o nada, al menos no tenemos que temer que nos tachen de miedosos. Si ello es esencial para sus emociones de usted, de muy buena gana

terminaré aquí y ahora nuestro desafío; pero tengo que confesar que si usted me mata aquí, moriré con la curiosidad en extremo excitada acerca de un punto de geografía secundario.

—No tengo ganas de esperar más —dijo el otro con su simplicidad elefantina—, pero debemos detenernos un momento, porque esto es un aviso, quizás un milagro. Debemos ver lo que hay al final de ese camino de arena; Dios puede haber construido un puente sobre el mar.

—Desde el momento que acepta usted mi petición —dijo Turnbull riendo, mientras volvía la hoja a la vaina— no me importa por qué motivo prefiere usted esperar.

Se descolgaron de la península de rocas entrándose por el istmo de arena adelante, con la afanosa decisión de unos hombres que parecían resignados a peregrinar por toda la faz de la tierra. Turnbull, a despecho de su aparente curiosidad científica, era, realmente, el menos apasionado de los dos; y el montañés iba muy adelante de él a paso vivo. Cuando hubieron caminado como media hora, subiendo y bajando por las tristes arenas, la distancia entre los dos había crecido, y pronto Maclan no fué sino una larga silueta, que un momento se recortó en la cresta de la duna y desapareció tras ella. Esto vino a reforzar en Turnbull la semejanza que sentía con Robinsón Crusoe, y buscó en torno, casi desconsoladamente alguna señal de vida. Qué muestras de vida esperaba que apareciesen, no lo sabía con claridad. Después ha confesado que, a su parecer, en lo subconsciente, esperaba un aligátor.

Sin embargo, el primer signo de vida que se le presentó fué una cosa mucho más extraordinaria que el aligátor más descomunal. Era nada menos que el famoso Mr. Evan Maclan que desandaba el camino, brincando sobre los montones de arena, sin aliento, sin sombrero, y conservando la espada en la mano únicamente por obra de un hábito empedernido.

—¡Cuidado, Turnbull! —gritó desde lejos, sin dejar de correr—. ¡He visto un indígena!

—¿Un indígena? —repitió su compañero, que últimamente no veía sino conchas marinas—. ¡Qué diablo! ¿Querrá usted decir una ostra?

—No —dijo Maclan, deteniéndose jadeante—. Digo un salvaje. Un negro.

—¡Cómo! ¿Dónde lo ha visto usted? —preguntó el editor asombrado.

—Hacia allá, detrás de esa colina —dijo el anheloso Maclan—. Ha asomado la cabeza y me ha hecho burla.

Turnbull se hundió las manos en la roja cabellera, como quien se desentiende del absurdo enigma del mundo.

—¡Dios nos asista! ¿Será esto Jamaica?

Después, mirando ceñudamente a su compañero y poseído de sospechas, dijo:

—Oiga usted, no me lo tome a mal, pero usted es un sujeto de la clase de visionarios..., y además hemos bebido mucho, ¿quiere usted esperar aquí mientras voy a ver por mí mismo?

—Grite usted si se ve en un apuro —dijo el celta con calma—. Verá usted como es verdad lo que digo.

Turnbull salió corriendo, ahora con más velocidad que su rival, y pronto desapareció detrás de la duna sospechosa. Pasaron luego cinco minutos; después, siete minutos, y Maclan se mordió el labio, blandió la espada, y el otro no reaparecía. Por último, Evan soltó un juramento gaélico, y se adelantó en socorro de su amigo, y casi en tal momento la breve figura del ausente apareció en la cima, destacándose sobre el cielo.

Aún a tal distancia se advertía una cosa extraña en su actitud: tan rara, que Maclan continuó avanzando en aquella dirección. Parecía estar herido, o, mejor aún, enfermo. Se tambaleaba al descender la pendiente, y adoptaba posturas de singular violencia. Hasta que no estuvo a tres pasos del rostro de Maclan, este observador de la humanidad no se dió plena cuenta de que Mr. Turnbull se reía a carcajadas.

—Tiene usted completa razón —sollozó el periodista, perdido por completo el freno—. Es negro. ¡Oh! No hay duda de que es perfectamente negro... hasta donde le alcanza lo negro.

Y de nuevo entró en convulsiones causadas por el ataque de risa.

—¿Qué le ocurre a usted? —preguntó Maclan, con cruda impaciencia—.

¿Ha visto usted al negro?...

—He visto al negro —suspiró Turnbull—. He visto al espléndido jefe bárbaro. He visto al emperador de Etiopía. ¡Oh! Le he visto perfectamente. La cara y las manos son de un color hermoso... y el negro...

De nuevo le interrumpió la risa.

—¿Y qué, qué, qué? —dijo Evan, marcando cada monosílabo en la arena—. ¿Qué hay con el negro?

—Pues la verdad es —dijo Turnbull, de repente, tomando una seriedad y una concisión alarmantes— que el negro es un negro de Margate, y estamos ahora al canto de la isla de Thanet, a pocas millas de Margate.

Le sobrevino luego un nuevo ataque de hilaridad, y añadió:

—¿Sabe usted, amigo mío, que me gustaría ver la carta de nuestra navegación de quince días en el yate de Wilkinson?

Maclan no respondió ni con una sonrisa, pero sus labios se entreabrieron como sedientos de verdad.

—Quiere usted decir... —comenzó.

—Sí; quiero decir —dijo Turnbull— y diré una cosa todavía más chusca. El músico, parcialmente negro, que usted vió me ha enterado de todo lo que necesitaba saber; el noble salvaje, que ha hecho una excursión con sus afeites de guerra para reunirse con un amigo en una taberna tranquila de la costa, me lo ha contado todo. La botella que contenía nuestras declaraciones, doctrinas y sentimientos postrimeros, ha ido a dar en la playa de Margate, ayer, delante de un alderman, dos bañeros, tres policías, siete médicos y unos ciento trece empleados de Londres, en vacaciones, a todos los cuales, ya directa, ya indirectamente, nuestra composición les ha proporcionado enorme placer literario. En suma, amigo mío, este asunto nuestro es como una montaña rusa. Ya empiezo a entender el compás y el pulso que lleva; tan pronto nos sube a una catedral, tan pronto nos baja a un teatro donde sólo se representan bufonadas. Vamos, pues; me avengo a ello; divirtámonos con la bufonada.

Pero Maclan no respondió, y un momento después el propio Turnbull exclamaba con voz enteramente demudada.

—¡Oh! ¡Qué condenación! ¡Esto no se puede sufrir!

Maclan dirigió la mirada hacia las dunas. Vió algo que parecía ser la figura dudosa y fugaz del ministril negro, y luego vió un policía enorme que, a la carrera, tomaba la curva de la duna con la suave solemnidad de un tren en sus carriles.

XIII. El jardín de la paz

Hasta ese momento, Evan Maclan no había, realmente, entendido nada; pero todo lo comprendió al ver al policía. Vió a sus enemigos, las potestades y príncipes de la tierra. De súbito pasó de ser la estatua de la sorpresa a montañés saltarín.

Tenemos que escaparnos por aquí —gritó con tono breve—, y se lanzó como el viento sobre el brazo de arena, en línea recta, manteniéndose en un ángulo determinado. Cuando el policía concluyó de describir su curva admirable, halló que un muro de arena movediza le separaba de los perseguidos. En el tiempo que empleó en escalarlo tres veces, resbalándose dos hasta abajo, y coronarlo al tercer intento, los dos sujetos en fuga se habían adelantado mucho. Más lejos encontraron arena firme, recubierta a trechos de manchas de hierba, y a los pocos momentos corrían holgadamente sobre las hierbas lozanas de una pradera abierta. Con todo, su designio no era fácil; porque la botella, tan inocentemente enviada a la esclusa principal de Thanet, había azuzado sobre sus huellas a la policía de media provincia. Por todas partes, en el verdor gris del campo, se veían correr formas inconfundibles que les daban caza; y únicamente cuando Maclan quebrantó con su recio cuerpo la enmarañada barrera de un bosquecillo, como se echa abajo una puerta de un empujón; únicamente cuando se perdieron con chasquido de ramas, en el mundo subterráneo del umbrío bosque, sus ojeadores perdieron al instante el rastro.

Arriesgándose a luchar algún tiempo más como mariposas prendidas en aquella negra urdimbre de ramas y troncos, Evan (que tenía instinto de cazador, o de caza) dió un rodeo incalculable por el bosque, que los llevó junto a una salida, completamente olvidada por los directores de la persecución. Todavía corrieron una milla o dos siguiendo el linde del bosque hasta llegar a otra salida semejante. Entonces Maclan, en silencio profundo, escuchó, como escuchan los animales, cada ruido del universo. Después dijo:

—Nos hemos librado de ellos.

Y Turnbull:

—¿A dónde iremos ahora?

Maclan consideró en el poniente de plata el sol cayendo en su ocaso, entre perfiles purpúreos de nubes de pluma; miró las cimas de los árboles que captaban las últimas luces, y los pájaros que tornaban lentamente al nido, como si todas estas cosas fuesen fragmentos de consejos escritos que él pudiese leer. Después dijo:

—El mejor sitio a donde podemos ir es a la cama. Si podemos echar un sueño en este bosque, ahora que se han ido todos, tendríamos una gran ventaja mañana.

Turnbull, que conservaba un porte excepcionalmente animado y risueño, daba zapatetas como un colegial y decía que no necesitaba dormir. Andaba sin cesar y hablaba con brillantez. Y cuando al cabo se tendió en el duro suelo, el sueño le quitó el sentido como de un martillazo.

Necesitaba dormir lo más profundamente que pudiese; porque la tierra aun estaba envuelta en tinieblas y en una especie de neblina matinal cuando su compañero de fuga lo sacudió para despertarlo.

—Basta de dormir, tengo miedo —dijo Maclan con voz grave, y sumisa, como excusándose—. Nos han adelantado lo menos treinta millas; pero ya habrán conocido su equivocación y habrán dado la vuelta.

—¿Está usted seguro? —dijo Turnbull incorporándose, y restregándose las rubias cejas con la mano.

Un instante después, sin embargo, se había puesto en pie de un brinco, como hombre alanceado por un chorro de agua fría, e iba corriendo tras de Maclan por el bosque adelante. La silueta de su antiguo amigo el *constable* acababa de desatacarse contra el perla y el rosa del amanecer. Siempre era una silueta chusca, vista a contraluz en la amanecida.

El alba quebraba sobre el campo con asomos de luz endeble, y las tierras y los caminos se cubrieron de bruma blanca, esa bruma blanca que se cuelga de todas las puntas como copos de lana. El camino desierto, por donde había ido la persecución, estaba sombreado en uno de sus bordes por una pared alta, desvaída de color, mancillada y rayada de verde, como

con algas marinas, aventajado guardián, sin duda, de los dominios de un gran señor. A uno o dos metros de la pared, y en dirección paralela, corría una fila de tilos trabados y enredados unos con otros, formando bóveda a lo largo del borde del camino. Bajo esta frondosa columnata volaban los fugitivos, casi ocultos de sus perseguidores por la luz dudosa, la bruma y la movilidad de las sombras. Sus pies, aunque herían el suelo con furia, hacían muy débil ruido, porque se habían despojado de los zapatos en el bosque; sus armas anticuadas, largas, no levantaban retintín, ni tañido alguno, porque se las habían atado atravesadas a la espalda, como guitarras. Tenían todas las ventajas que la invisibilidad y el silencio pueden añadir a la rapidez.

Como a ciento cincuenta yardas detrás de ellos venía por el centro del camino abajo el primero de sus perseguidores, anheloso, aplastante; un policía grueso, pero fuerte, que se había adelantado a los demás. Dada su corpulencia, traía un portante maravilloso; pero como todos los cuerpos pesados en movimiento daba la impresión de que le sería más fácil acelerar la marcha que disminuirla de repente. Habría hecho falta un muro de ladrillo para detenerlo bruscamente. Turnbull volvió un poco la cabeza y tuvo aliento para decir algo a Maclan. Maclan asintió.

Perseguidor y perseguidos conservaban la distancia en la carrera durante un cuarto de milla, cuando llegaron a un sitio donde dos o tres árboles, más juntos y entrelazados, daban sombra más espesa. El policía que les daba caza rebasó tonante aquel sitio, sin preocupación ni duda. Pero ya no perseguía más que a su sombra o al viento; porque Turnbull había puesto un pie en una hendidura del árbol y trepó con la rapidez y la soltura de un gato. Algo más trabajosamente, pero en igual silencio, las largas piernas del montañés siguieron; y, cobijados en el denso silencio de la nube de hojas, vieron pasar la fuerza entera de sus perseguidores y perderse en el polvo y la bruma de la lejanía.

La bruma blanca se extendía, como suele, en delgados y densos lechos, de suerte que la copa del árbol sobresalía en la media luz, como navío verde bogando en mar de espuma. Pero más alto aún, detrás de ellos, y más próximo a recibir el primer rayo de sol, corría el caballete del muro, que les pareció, en su afán de escaparse, indispensable y al mismo tiempo inaccesible, como el cercado del cielo. Aquí, sin embargo, le llegó a Maclan el turno de sacar ventaja a su compañero; pues, aunque menos suelto de remos y menos felino, tenía brazos más largos y potentes. En

dos segundos se izó hasta asomar la barba por encima del muro, como si fuese una barra fija; al siguiente, se puso a horcajadas en él, como en un caballo de piedra. Con su ayuda, Turnbull se encaramó a la misma percha, y ambos comenzaron con mucho tiempo a desandar por el muro el camino que habían traído, retrocediendo sobre sus huellas para despistar a los perseguidores. Maclan no podía desechar la fantasía de ir cabalgando un corcel; el largo caballete gris del muro se estiraba ante él como el pescuezo largo y gris de un Rocinante de pesadilla. Tuvo la singular ocurrencia de que Turnbull y él eran los dos caballeros sobre el mismo corcel del antiguo blasón de los Templarios.

La pesadilla del caballo de piedra se reforzó con la niebla blanca, que parecía más espesa del muro adentro que afuera. No podían descubrir nada de la finca que parcialmente habían ya asaltado, excepto que las ramas verdes y retorcidas de un opulento manzano se insinuaban hacia ellos de entre la niebla, como los tentáculos de un calamar verde. Cualquier cosa era útil, sin embargo, con tal que sirviese para borrar sus huellas, así es que, sin necesidad de hablar, ambos decidieron valerse del árbol como de una escalera, una escalera de descenso. Cuando desde la rama más baja se dejaron caer al suelo, sintieron en la planta de los pies descalzos la dureza de la arena gruesa.

Se habían apeado en medio de un ancho paseo, en un jardín, y la bruma, al atenuarse, les permitió ver el borde de un prado bien segado. Aunque el vapor blanco todavía velaba las cosas, era como el velo de gasa puesto para mudar la decoración de una pantomima; a través del velo, relucían informes masas de color, masas que podían ser las nubes del amanecer, o mosaicos de oro y escarlata, o mujeres con mantos de rubíes esmeralda. Cuando la niebla se adelgazó más, vieron que sólo había flores; pero flores en tan insolente masa y magnificencia como rara vez pueden verse fuera de los trópicos. Los rododendros de púrpura y carmesí se alzaban con arrogancia, como animales heráldicos rampantes, sobre el encendido fondo de oro intenso. Las rosas eran de un rojo ardiente; las clemátides eran, por decirlo así, de un azul ardiente. Sin embargo, la simple blancura de las lilas parecía el color más violento de todos. Como el oro del sol naciente dominaba poco a poco la niebla, había cierta impresionante suavidad, como si muy despacio se abriesen las puertas del Edén. Maclan, en cuyo espíritu rondaban siempre tales semejanzas, seráficas o titánicas, hizo una observación así a su compañero. Pero Turnbull se limitó a soltar un juramento y dijo que estaban en el jardín de un maldito ricacho.

Cuando los últimos jirones de niebla desaparecieron de los bien trazados senderos, de las praderas y de los flamígeros canastillos de flores, los dos percibieron que no estaban solos en el jardín, lo que les llevó bruscamente a recapitular su situación.

Por el paseo central del jardín abajo, precedido de la nube azul salida de un cigarro, caminaba un caballero que evidentemente comprendía todo el hechizo de un jardín en hora temprana. La figura delgada, pero ufana; vestía un traje de estambre gris claro, tan gastado que el dibujo apenas se percibía; un traje pobre pero sin desaliño. El rostro, reflexivo y asaz refinado, era de hombre francamente viejo, aunque los espesos cabellos y el bigote fuesen amarillos todavía. Unos lentes con ancha cinta negra, querían caerse de su nariz aguileña, y sonreía, hablándose solo, satisfecho de sí mismo, hasta un extremo raro y casi irritante. El panamá de paja que llevaba en la cabeza estaba mucho más raído que la ropa, como si se lo hubiera puesto por equivocación.

Necesitó recibir la impresión de la sombra enorme de Maclan, cayendo a través del paseo soleado que seguía, para salir de su risueña ensoñación. Cuando la sombra cayó sobre él, alzó un poco la cabeza y miró a los intrusos con benevolencia miope, pero con mucha menos sorpresa de la que podía suponerse. Era un caballero; es decir, que tenía presencia de ánimo en sociedad, fuese para la insolencia o la bondad.

—¿Puedo servirles de algo? —dijo por fin.

Maclan hizo una reverencia.

—Puede usted concedernos su perdón —dijo, porque él también venía de linaje de caballeros, de caballeros sin camisa que ponerse—. Temo haber cometido una infracción. Hemos entrado saltando la pared.

—¿Saltando la pared? —repitió el anciano caballero sonriendo, sin manifestar sorpresa.

—No creo equivocarme, señor —continuó Maclan— al suponer que es usted el dueño de los terrenos cercados por esa pared.

El hombre del panamá miró al suelo y fumó pensativamente durante unos instantes, después de lo que, con madura convicción, dijo:

—Sí, efectivamente; los terrenos de este lado de la pared son míos, y los del otro lado también.

—Un gran propietario, por lo que se ve —dijo Turnbull, con mirada truculenta.

—Sí —respondió el anciano caballero, mirándole con firme sonrisa—. Un gran propietario.

Los ojos de Turnbull se hicieron aún más agresivos, y comenzó a morderse la roja barba; pero Maclan creyó haber encontrado un tipo con quien se podía tratar, y continuó con todo desembarazo.

—Estoy seguro de que a un caballero como usted no es necesario decirle que uno ve y hace cosas que no cuentan los periódicos. Cosas que, en suma, es mejor que no salgan en los periódicos.

La sonrisa del gran propietario se dilató un momento bajo su bigote lacio y ligero, y el otro continuó con crecida confianza:

—A veces, es necesario desafiar a un hombre. La policía no lo consiente en la calle; tampoco lo consentiría la administración provincial; y en los campos sólo se permite poner anuncios. Pero en el jardín de un caballero...

El singular caballero sonrió de nuevo, y dijo con mucho sosiego:

—¿Quieren ustedes batirse? ¿Por qué causa?

Hasta ese momento, Maclan había entendido muy bien al hombre; un instinto común a todos los que tienen tradición aristocrática en Europa lo había guiado. Comprendió que un tipo de hombre que se paseaba en su jardín bien vestido y lo echaba a perder con un mal sombrero, no podía ser de los que en abstracto se horrorizan de los hechos ilegales, de la violencia, o de huir de la policía. Pero un hombre podía comprender ciertas infracciones y estar aún muy lejos de comprender el furor religioso. El que parecía darles hospitalidad podría comprender un encuentro entre el marido y el amante, o un enredo por cosas del juego, o incluso huir de la persecución de un sastre; pero era dudoso si sentiría temblar la tierra bajo sus plantas en el instante catastrófico de oír comparar a la Virgen con una diosa de Mesopotamia. Evan Maclan, por tanto (aunque el tacto no era su

fuerte), sintió necesidad de ciertos rodeos para llegar a entenderse. Al cabo, y con alguna vacilación, dijo:

—Nos batimos por causa de Dios: ninguna más importante.

Los lentes, ya ladeados, del anciano caballero, se le desprendieron bruscamente de la nariz, y echó tan adelante su aristocrático mentón que el flaco pescuezo pareció alargarse como un telescopio.

—¿Por causa de Dios? —preguntó, completamente cambiado el tono.

—Mire usted —gritó Turnbull, tomando vez bruscamente—. Yo le diré a usted de qué se trata. En mi opinión, Dios no existe. Pongo que esto no le importa a nadie sino a mí, o a Dios mismo, si le hay. A este joven caballero, llegado de las montañas de Escocia, se le ocurre tomar la cuestión como cosa suya. En consecuencia, lo primero que hace es agarrar un bastón y demolerme el escaparate; después, con el mismo bastón, intenta demolerme a mí. A eso me opongo, naturalmente. Le bago observar que, puestas así las cosas, los dos deberíamos tener bastón. Entonces, mejorando mi observación, propone que nos hagamos con bastones de punta de acero. La policía (con su típica sinrazón) no acepta ninguna de nuestras proposiciones; el resultado es que corremos de un lado para otro queriendo despistar a la policía, y hemos entrado en este magnífico jardín saltando la tapia para acogernos, a la magnífica hospitalidad de usted.

El rostro del anciano caballero había ido enrojeciendo cada vez más durante este discurso, pero aun sonreía; y cuando rompió a hablar lo hizo con una especie de gargarismo.

—¿De modo que, en efecto, ustedes quieren batirse a estocada limpia —preguntó— por si hay o no hay Dios?

—¿Y por qué no? —dijo Maclan, con su incomparable simplicidad de discurso—. Todo el culto del hombre comenzó al fundarse el Jardín del Edén.

—Sí —dijo Turnbull con un juramento— y concluyó al fundarse los jardines zoológicos.

—¡En este jardín! ¡En mi presencia! —exclamó el desconocido, pateando

la arena y ahogándose de risa—. ¡Por si hay o no hay Dios! Y comenzó a pasear arriba y abajo por el jardín, despertando al eco con su risa inextinguible. Después se acercó a ellos, más tranquilo y enjugándose los ojos.

—¡Vamos! ¡Qué pequeño es el mundo! —dijo por fin—. Yo puedo zanjar la cuestión. Yo soy Dios.

Y de pronto empezó a menear las bien vestidas piernas y a dar zapatetas por la pradera.

—¿Es usted qué? —repitió Turnbull con acento indescriptible.

—¡Cómo! Soy Dios, claro está —repuso el otro, sumamente regocijado—. Es chusco pensar que han saltado ustedes una pared para venir a caer precisamente junto a la persona debida. Podían ustedes haber ido rodando de aquí para allá, por iglesias, capillas, colegios y escuelas de filosofía buscando una prueba de la existencia de Dios. Pues bien; no hay prueba alguna, como no sea verle. Y ahora ya lo han visto ustedes. Le han visto ustedes bailar.

Y el amable viejo se puso al instante sobre un pie, sin perder nada de la gravedad y benigna finura de su expresión.

—Yo creía que este jardín... —comenzó a decir el desconcertado Maclan.

—Eso es, eso es —dijo el hombre, puesto en un pie, cabeceando gravemente—. Dije que este jardín me pertenecía, y las tierras de alrededor. Y así es. Lo mismo que el campo allende, y el mar allende el campo y todo lo restante de la tierra me pertenecen. También la luna. También el sol, y las estrellas.

Y añadió, con sonrisa de excusa:

—Ya usted ve: soy Dios.

Turnbull y Maclan lo miraron un instante con la vaga noción de que acaso no era tan viejo que no pudiera permitirse la broma de fingirse loco. Pero mirándolo fijamente un breve rato, Turnbull vió tras aquella animación sin objeto, cierta dura y horrible ansiedad asomarse a sus ojos. Después consideró gravemente los acicalados senderos de arena, los alegres lechos de flores y la gran fábrica rectangular, de ladrillo rojo, que se

manifestó al disiparse la niebla. Después miró a Maclan.

Casi en el mismo momento, otro hombre venía con paso vivo dando la vuelta al suntuoso macizo de rodondedros. Su aspecto era de banquero adinerado, traía sombrero de copa muy bueno, y era hombre de tal corpulencia que casi se le saltaban los botones de su elegante levita; pero venía hablando solo, y uno de sus codos, con singular impulso, se echaba hacia afuera de la línea del cuerpo.

XIV. Museo de almas

El hombre del sombrero nuevo y el codo saliente pasaba de largo muy rápidamente; pero el hombre del sombrero viejo, que creía ser el mismo Dios, salió en su busca. Corrió tras él, saltando sobre un macizo de geranios para darle alcance.

—Perdóneme Vuestra Majestad —le dijo con burlona humildad—; aquí ha surgido una disputa que corresponde resolver a Vuestra Majestad.

Y luego de conducir hasta el grupo al hombre gordo y enchisterado, tomó de una oreja a Maclan para susurrarle:

—Este pobre caballero está loco; cree que es Eduardo VII.

En éstas, el Creador de nombramiento propio, guiñó levemente los ojos:

—Claro está —prosiguió— que no deben ustedes fiarse mucho de él; para todo lo que ocurra, cuenten conmigo. Pero en mi posición ¡hay que tratar a tanta gente! Es menester amplitud de espíritu.

El obeso banquero de la chistera y la levita negra permanecía en el césped, muy digno, muy grave, salvo las ligeras sacudidas del codo; y no parecía indigno, ni mucho menos, del cargo con que el otro le investió inmediatamente.

—Mi querido compañero —dijo el hombre del sombrero de paja—, estos dos caballeros van a batirse en duelo por cosas de altísima importancia. La posición regia de Vuestra Majestad, y la mía, mucho más modesta, nos designan seguramente para servir de testigos. Testigos, sí, testigos... —Y aquí le sacudió una vez más su inveterado ataque de risa.

—Sí, nosotros dos serviremos de testigos, y estos dos caballeros pueden sin inconveniente batirse en nuestra presencia. Usted, ¡ji, ji!, es el rey. Yo soy Dios. Lo que es testigos, difícilmente los habrían encontrado mejores. Han caído ustedes en buen lugar.

Entonces Turnbull, que ceñudamente había estado mirando al fresco césped, estalló en una risotada un tanto amarga, y exclamó, irguiendo en el aire su rubia cabeza:

—¡Sí, por Dios! Creo que hemos caído en buen lugar, Maclan.

Y Maclan respondió, con su diamantina estupidez:

—Cualquier lugar es bueno, con tal que nos dejen acabar.

Hubo después un silencio largo, e involuntariamente contemplaron el paisaje, como les había ocurrido con todos los lugares de su combate perdurable: el luminoso jardín a espaldas de la tienda; la vista desde la ladera de Hampstead Heath; el jardinillo del decadente, atascado de flores; el cuadrilongo de arena ribereño del mar, al salir el sol. Ambos sintieron en el mismo momento la vasta y floreciente hermosura de aquel paraíso, el colorido de los árboles, los sosegados rincones que brindaba y la gran muralla de piedra —más pavorosa que la muralla de la China— que nadie podía salvar.

Turnbull, irritado, balanceaba la espada con una mano mientras habló el otro. Después se estremeció, porque una boca cuchicheaba enteramente junto a su oído. Con sutileza que envidiaría un gato, el recio, corpulento señor del sombrero y la levita negros se deslizó por la pradera hasta llegar a su lado y decirle al oído:

—No se fíe usted de su testigo, Está loco, pero tampoco mucho; da miedo lo marrullero y agudo que es. Todo lo que le diga a usted de que le odio es mentira. Ya sé lo que le va a contar; lo oí por casualidad cuando el administrador hablaba con el cartero. Es demasiado largo para que lo hablemos ahora y me parece que nos espían, pero...

De pronto, Turnbull sintió ganas de vomitar en el césped; por simple horror, sano y bárbaro, de lo sucio; por simple odio inhumano al estado inhumano de locura. Le pareció oír en torno los ociosos cuchicheos del lugar, innumerables como hojas susurrantes en el viento, y diciendo cada uno con ansia algún mal nunca sucedido, algún secreto terrorífico que no era verdad. Todo su ser de racionalista y de hombre normal se rebeló contra el acatamiento, siquiera fuese momentáneo, a tal selva de imposturas y tenebroso egotismo. Le entraron ganas de volar con dinamita aquel alcázar del engaño; y en cierta manera feroz, que no podemos

defender, trató de hacerlo.

Miró de través a Maclan y dijo:

—¡Oh! ¡No puedo sufrir esto!

—¿Qué no puede usted sufrir? —preguntó su contrario, mirándolo dudoso.

—¿Podremos decir la atmósfera? —replicó Turnbull—. No hay que emplear expresiones groseras, ni siquiera contra... una deidad. El caso es que no me gusta tener por testigo a Dios.

—¡Señor! —dijo aquel ente, muy ofendido—, en mi posición no estoy habituado a que desdeñen mis favores. ¿No sabe usted quién soy?

El director de *El Ateísta* se volvió contra él, como quien pierde la paciencia, y estalló:

—¡Sí: usted es Dios!, ¿no es así? —dijo rudamente—. ¿Por qué tenemos dos juegos de dientes?

—¿Dientes? —farfulló el amable lunático—. ¿Dientes?

—Sí —gritó Turnbull, acercándose a él rápidamente y con vivos ademanes—. ¿Por qué duele la dentición? ¿Por qué duele parir? ¿Por qué es contagioso el sarampión? ¿Por qué tiene espinas la rosa? ¿Por qué el rinoceronte tiene cuernos? ¿Por qué tiene el cuerno en lo alto de la nariz? ¿Por qué no tengo yo un cuerno en lo alto de la nariz?

Y se golpeaba vivamente el puente de la nariz con el índice para marcar el sitio de la omisión, y después amenazaba con el dedo al Creador.

—Muchas ganas tenía yo de encontrarme con usted —prosiguió, ásperamente, tras una pausa— para pedirle cuentas de todas las idioteces y crueldades de este mundo puerco y sin sentido de su invención. Hace usted un millón de semillas y una sola lleva fruto. Hace usted un millón de mundos y uno solo parece habitado. ¿Qué quiere usted decir con esto, eh? ¿Qué quiere usted decir con esto?

Ante una forma de ataque nueva por completo, el infeliz lunático retrocedió, y alzaba la boquilla de fumar casi como quien para un golpe. Turnbull continuó, como un torrente:

—Ayer murió un hombre en Ealing. Usted lo mató.

En Croydon, una muchacha tenía dolor de muelas. Usted se lo dió. Cincuenta marineros se ahogaron en Selsey Bill. Usted echó a pique el barco. ¿Qué tiene usted que alegar en su defensa?

El representante de la omnipotencia parecía haber confiado las más de aquellas cosas a los subordinados; se pasó una mano por el fruncido entrecejo y dijo con acento de mayor cordura que la empleada por él hasta entonces:

—Bien, si a usted no le agrada mi asistencia, es claro... quizás el otro caballero...

—El otro caballero —gritó Turnbull con desprecio— es un caballero sumiso, leal y obediente. Le gusta la gente que usa coronas, sean de brillantes o de estrellas. Cree en el derecho divino de los reyes, y es lo más propio que tenga al rey por testigo. Pero a mí no me cuadra que Dios sea mi testigo. Dios no es bueno. Aborrezco y niego el derecho divino de los reyes. Pero aborrezco más y niego más el derecho divino de la divinidad.

Tras una pausa, durante la que se tragó su cólera, dijo a Maclan.

—En todo caso, el de usted es buen testigo.

El montañés, sin contestar, permanecía inmóvil, como anonadado por un pensamiento grave y difícil. Al cabo se volvió bruscamente al testigo del sombrero de copa y dijo:

—¿Quién es usted?

El hombre del sombrero de copa guiñó los ojos y levantó la cabeza afectando sorpresa, como quien en realidad está habituado a que no le crean.

—Soy el rey Eduardo VII —dijo con arrogancia insegura—. ¿Duda usted de mi palabra?

—No lo dudo en lo más mínimo —respondió Maclan.

—Entonces —dijo el gordo del sombrero de copa, temblando de pies a cabeza—, ¿por qué tiene usted puesto el sombrero delante del rey?

—¿Y por qué había de quitármelo —replicó Maclan con igual calor— delante de un usurpador?

Turnbull giró sobre sus talones.

—Bueno —dijo—; la verdad es que yo le creía a usted un súbdito fiel.

—Soy el único súbdito fiel, porque soy el único rebelde —respondió el gaélico—. Durante cerca de treinta años he recorrido islas y no he encontrado ninguno más.

—Siempre es usted difícil de entender —observó Turnbull alegremente—. A veces lo es usted tanto que casi no vale la pena de entenderle.

—Yo soy el único fiel —insistió Maclan— porque soy el único rebelde. Estoy pronto en cualquier momento a restaurar a los Estuardos. Y a retar a la ralea hannoveriana; y ahora la reto, puesto que estoy cara a cara con el dueño actual del enorme Imperio británico.

Y cruzando los brazos, echando atrás su flaco rostro de halcón, se encaró altanero con el hombre de la solemne levita y del codo saledizo.

—¿Qué derecho tenían ustedes, míseros hidalgüelos alemanes —exclamó— para mezclarse en una contienda entre caballeros escoceses, ingleses e irlandeses? ¿Quién les hizo a ustedes, cuyos padres no acertaban a farfullar el inglés cuando andaban por Whitehall, quién les hizo a ustedes jueces entre la república de Sidney y la monarquía de Montrose? ¿Qué tenían que ver con Inglaterra vuestros jefes, para que se regalasen con la impura ofrenda de la sangre de Derwentwater y el corazón de Jimmy Dawsson? ¿Dónde están los muertos de Culloden? ¿Dónde la sangre de Lochiel?

Maclan se adelantó hacia su contrario alargando un dedo huesudo y afilado, como si indicase en qué bolsillo estaba guardada, probablemente, la sangre del clan de Cameron; y Eduardo VII retrocedió unos pocos pasos sumamente confuso.

—¿Qué bienes nos han traído ustedes? —prosiguió con tono cada vez más áspero, obligando al otro a retroceder hasta el macizo de flores—.

¿Qué bienes nos han traído ustedes, casita de salchichas alemanas? Bárbaras etiquetas de Corte, para reprimir la libertad de la aristocracia. Gases de metafísica septentrional, para inflar como globos a los obispos de la Iglesia. ¡Malas pinturas, malas maneras, el panteísmo y el monumento al príncipe Alberto! ¡Vuélvanse a Hannover, embusteros! ¡Váyanse a...!

Antes de concluirse esta rociada, la arrogancia del monarca había cedido por completo; dió media vuelta suavemente y se precipitó por el paseo abajo. Maclan corrió tras él sermoneándole todavía, agitando sus grandes y flacas manos. Los otros dos continuaban en medio de la pradera. Turnbull, retorciéndose de risa; el lunático, retorciéndose de disgusto.

Casi en el mismo momento un tercer personaje se presentó, avanzando con presteza por el césped.

El sujeto que venía andaba encorvado; pero, no se sabe cómo, su barba, estrecha y en punta, se echaba hacia adelante. La barba rubia, cuidadosamente cortada y aguda, era sin duda lo más expresivo de su persona. Cuando se echaba las manos a la espalda, juntándolas bajo los faldones de la levita, dijérase que se divertía en apuntar a su interlocutor con la barba, como con un dedo muy grueso. Con la barba cumplía casi todos sus gestos; era de más monta que los chispeantes lentes por los cuales miraba y que el encantador balido de su voz al hablar. El rostro y el cuello, de rojo encendido, pero flacos y fibrosos. Llevaba siempre sus costosos lentes de montura de oro ligeramente de través en la nariz aguileña; y mostraba siempre bajo el bigote dos incisivos brillantes, en una sonrisa tan perenne como para ganar fama de burlón. No siendo sus lentes torcidos, el atuendo era esmerado; y pese a la sonrisa, estaba perfecta y perpetuamente deprimido.

—¿No creen ustedes —dijo el recién llegado con una especie de ruego altanero— que haríamos mejor todos en ir a desayunarnos? Es un gran error retrasar el desayuno. Predispone al mal humor.

—Es cierto —dijo Turnbull, seriamente.

—Parece que ha habido aquí una ligera contienda —dijo el hombre de la barba de chivo.

—Es una historia algo larga —dijo Turnbull sonriendo—. Por su origen

podríamos decir que es una fase de la contienda entre la religión y la ciencia.

El recién llegado mostró un poco de asombro y Turnbull respondió a la pregunta que leía en su rostro:

—¡Ah!, sí —dijo—. La ciencia soy yo.

—Le felicito a usted de corazón —contestó el otro—. Soy el doctor Quayle.

Turnbull, sin desviar la mirada, comprobó que el hombre del panamá había perdido su soltura de gran terrateniente y se había esquivado, poniéndose como a treinta varas de distancia, donde permanecía echando miradas de miedo y de odio, encogido como un gato que bufa.

Maclan, con algún desconsuelo, estaba sentado en el tronco de un árbol, medio sepultada la gran cabeza negra en sus anchas manos atezadas, cuando Turnbull vino a él, mordisqueando un cigarrillo. Maclan no levantó la vista, pero su camarada y enemigo le habló como quien desea desfogar sus sentimientos.

—¡Bueno! Supongo que ahora estará usted contento de su preciosa religión. Supongo que le gustará a usted la compañía de este pobre diablo que ha perdido el juicio por culpa de tantos rezos, himnos y clérigos malditos. Me dicen que hay en esta casa cinco individuos que hubieran podido ser padres de familia y que se imaginan ser Dios Padre. Por mucho que usted diga de la fealdad de la ciencia, todavía no hay aquí nadie que se crea el Protoplasma.

—Prefieren, como es natural, un papel más brillante —dijo Maclan con tedio—. No vale la pena volverse loco por el Protoplasma.

—Por lo menos —dijo Turnbull brutalmente—, su Jesucristo de ustedes fué el que inauguró esa locura de creerse Dios.

Por un instante, Maclan miró con aire de pelea; después sus apretados labios sonrieron de mala gana y dijo con calma:

—No: la idea es más antigua. Satanás fué el primero en decir que era Dios.

—Entonces —preguntó muy pausadamente Turnbull, mientras cortaba despacio una flor—, ¿qué diferencia hay entre Cristo y Satanás?

—Muy sencillo —replico el montañés—: Cristo descendió al infierno; Satanás cayó en él.

—¿Tanto va de lo uno a lo otro? —preguntó el librepensador.

—Como que no puede ser más —dijo el otro—. Uno quiso subir y fué derrocado; el otro quiso descender y fué ensalzado. Un Dios puede ser humilde; un diablo, solamente humillado.

—¿Por qué ese empeño en humillar siempre al hombre? —preguntó Turnbull, frunciendo las cejas—. Me parece poca generosidad.

—¿Por qué se empeña usted en humillar a un dios al encontrárselo usted en este jardín? —preguntó Maclan.

—Era un caso extremo de imprudencia —dijo Turnbull.

—Aunque concediésemos a ese hombre sus pretensiones de omnipotente, le creo muy modesto —dijo Maclan—. Arrogantes, nosotros, que nos reconocemos únicamente hombres. El hombre ordinario de la calle tiene más de monstruo que ese pobre individuo; porque el hombre de la calle se trata a sí mismo como un Dios Todopoderoso, sabiendo que no lo es. Espera que el universo gire en torno suyo, aunque su centro no es él, y lo sabe.

—Bueno —dijo Turnbull, sentándose en el césped—; sea lo que quiera, esto es una digresión. Lo que me importa notar es que la fe conduce al manicomio, y la ciencia no.

—¡Cómo que no! —exclamó Maclan con desprecio—. Aquí hay unos pocos que han perdido el juicio por la Biblia y unos pocos que lo han perdido por Dios. Pero apuesto a que hay muchos más que simplemente lo han perdido por la locura.

—¿De veras cree usted eso? —preguntó el otro.

—Docenas y docenas, diría —contestó Maclan—. Individuos que han leído libros de medicina, o cuyos padres y tíos tenían en el cerebro una tara hereditaria... respiran un ambiente de locura.

—Con todo —dijo Turnbull malignamente—, apuesto a que no ha

encontrado usted un loco de esa especie.

—¡Apuesto a que sí! —gritó Evan, con animación desusada—. Toda la mañana me he paseado por el jardín hablando con un pobre hombre extravagante. La maldita ciencia lo ha trastornado y delira. Hablar de uno que se cree Dios, ¡bueno!; es una conseja agradable para contada al amor de la lumbre, comparado con las cosas que ese individuo cree. Cree que hay Dios, pero que él es mejor que Dios. Dice que Dios no se atreve a encararse con él. Dice que se progresa continuamente allende lo mejor. Tomándome del brazo, me susurró al oído, como si me dijese el Apocalipsis: «No se fíe nunca de un Dios a quien no pueda usted mejorar».

—¿Qué ha querido decir? —dijo el ateo, despertándosele la lógica—. Es obvio que no podría uno fiarse de un Dios susceptible de mejora.

—Pues eso decía —dijo Maclan, casi indiferente—. Y cosas aún más extrañas. Dice que el médico debe decidir con qué mujer debe casarse cada hombre, que a los chicos no deben criarlos sus padres, porque la parcialidad física deforma el juicio del educador.

—¡Oh, querido amigo! —dijo Turnbull riendo—. Ha ido usted a dar con un caso pintiparado para servirle de prueba. Admito que algunos pierdan el juicio por causa de la ciencia, como otros lo pierden por causa del amor o cosa semejante.

—Y dice —prosiguió Maclan, con monotonía— que no puede comprender cómo hay quien suponga que un triángulo es una figura de tres lados. Dice que en un plano más alto...

Turnbull brincó, como si recibiese una descarga eléctrica.

—Nunca hubiese creído —gritó— que tuviese usted bastante humor para decir mentiras. Ha ido usted un poco lejos, compadre, con la bromita. Ni en un manicomio puede haber nadie que, si ha pensado en el asunto, crea que el triángulo no tiene tres lados. Si existe, abre una nueva era en la psicología humana. Pero no existe.

—Voy a traerlo —dijo Maclan con calma—. El pobrecillo se quedaba junto al macizo de lepidios.

Maclan desapareció y a los pocos momentos volvía, trayendo en pos al

lunático que había descubierto, hombre enclenque, de sonrisa perenne y la cabeza inquieta moviéndose de un lado para otro. Tenía barba de chivo, lo bastante larga para que el viento fuerte la sacudiese. Turnbull dió un salto, y pareció quedarse sin habla por el esfuerzo de contener un ataque de risa.

—¡Cómo! ¡Grandísimo asno! —exclamó por la bajo, atronándole el oído—. Este no es un enfermo. Es uno de los doctores.

Evan volvió la vista hacia la sonriente cabeza de la barba en punta, y repitió la frase, inquiriendo:

—¿Uno de los doctores?

—¡Oh, usted sabe lo que quiero decir! —contestó Turnbull impaciente—. Las autoridades médicas de la casa.

Evan permaneció vuelto con curiosidad hacia el sujeto barbudo y brillante que venía tras él.

—Los locos médicos, según usted —dijo Turnbull, brevemente.

—Así es —dijo Maclan.

Tras un silencio inquieto, Turnbull tomó a Maclan por el codo y se lo llevó aparte.

—Por lo que más quiera —dijo—, no ofenda usted a ese individuo; estará loco como una cabra, si usted se empeña, pero nos tiene en su mano. Es la hora que nos ha dado para hablar de nuestra..., ¡bueno!, de nuestra salida.

—¿Y eso que importa? —preguntó sorprendido Maclan—. No puede guardarnos en el manicomio. No estamos locos.

—¡Pedazo de tonto! —dijo Turnbull, cordialmente—, claro es que no estamos locos. Y es claro que si nos someten a un examen médico y el asunto se mueve encontrarán que no estamos locos. Pero usted no ve que en cuanto remuevan el asunto empezarán a ir y venir telegramas y cartas; y en cuanto sospechen quiénes somos nos llevarán de la casa de locos, donde podemos fumar, a una cárcel, donde no fumaremos. No, si lo llevamos con tino, concluiría esto con ponernos en la puerta como a unos

perdidos. Pero si empiezan las averiguaciones, a la media hora nos fríen.

Maclan frunció el entrecejo, miró al césped unos momentos, y luego digo con voz nueva, débil e infantil:

—Soy terriblemente estúpido, Mr. Turnbull; necesita usted tener paciencia conmigo.

Turnbull tomó de nuevo a Evan por el codo, con ademán enteramente distinto:

—Venga usted —exclamó con la voz ronca de quien esconde su emoción—; venga usted y tengamos tacto los dos.

El doctor de la barba en punta la proyectaba ya hacia adelante, formando un ángulo más agudo que de ordinario, y su sonrisa denotaba expectación.

—Supongo que no les estorbo, caballeros —dijo, con leve alusión burlona a su rápido aparte—, pero creo que deseaban ustedes verme a las once y media.

—Lo siento infinito, doctor —dijo Turnbull con estudiada amabilidad—; si le he hecho a usted esperar ha sido sin intención; pero el ridículo accidente que nos ha traído a este jardín puede tener consecuencias algo serias para nuestros amigos, y sobre ello estaba este amigo llamándome la atención.

—¡Perfectamente, perfectamente! —dijo el doctor, con prisa—. Si en efecto tienen ustedes que preguntarme algo, puedo concederles unos momentos en la sala de consultas.

Los condujo rápidamente a un aposento pequeño pero imponente, que parecía construido y amueblado únicamente de madera roja barnizada. Había un bufete ocupado por papeles cuidadosamente apilados, y varias sillas de madera roja barnizada, pero de formas diferentes. A lo largo de la pared corría algo que pudiera ser una estantería, sólo que no estaba llena de libros, sino de unas cajas planas y oblongas del mismo material rojo oscuro bruñido. Qué eran aquellas cajas planas de madera, no podían adivinarlo.

El doctor se sentó, cortés pero impaciente, en el sitial de su profesión; Maclan se estuvo de pie, y Turnbull se arrojó con deleite en un duro sillón

de madera.

—Nuestro asunto es de lo más absurdo, doctor —dijo—, y me da vergüenza robar el tiempo a un facultativo atareado, como usted, con extravagancias de este género. El hecho es sencillamente que este amigo y yo, con un grupo de gente alegre, amigos y amigas, hemos organizado por estos sitios un juego, que viene a ser una combinación de la caza de liebres y del escondite. Supongo que usted lo conoce de oídas. Nosotros dos éramos las liebres, y al ver los muros tan altos de este jardín, que parecían brindarnos un escondite, los saltamos, y, naturalmente, nos sorprendimos un poco con lo que encontramos al otro lado.

—En efecto —dijo el doctor, dulcemente—, comprendo el asombro de ustedes.

Turnbull esperaba que le preguntase dónde estaba el cuartel general de aquel juego tan divertido y quiénes eran los hombres y las mujeres entusiastas que lo habían traído a tal perfección; Turnbull se ocupaba en elaborar todos esos detalles personales y geográficos. Como el doctor no le hizo pregunta, Turnbull sintió un ligero malestar y se arriesgó a decir:

—Espero que acepta usted mi afirmación de que el venir aquí ha sido un accidente y no una intrusión deliberada.

—¡Oh, sí, señor! —replicó el doctor, sonriendo—. Acepto todo lo que usted dice.

—En tal caso —dijo Turnbull, levantándose alegremente—, no debemos estorbarle a usted más tiempo en sus importantes obligaciones. Supongo que habrá alguien para franquearnos la salida.

—No —dijo el doctor, perseverando en su placentera sonrisa—, nadie les franqueará la salida.

—¿Entonces podemos salir solos? —preguntó Turnbull, con alguna sorpresa.

—Naturalmente que no —dijo el brillante científico—. Piense usted que eso sería peligroso en una casa como ésta.

—¿Pues cómo diablos hemos de salir de aquí? —gritó Turnbull, perdiendo los modales por primera vez.

—Es cuestión de tiempo, de receptividad y de tratamiento —dijo el doctor, arqueando las cejas con indiferencia—. Ninguno de los dos casos me parece incurable.

Estas palabras dejaron mudo al hombre según el mundo, y, como ocurre en las situaciones intolerables, la palabra acudió al hombre ajeno al mundo.

Maclan dió una zancada hasta la mesa, se inclinó sobre ella y dijo:

—No podemos quedarnos aquí; no somos locos.

—Nosotros no empleamos términos tan crudos —dijo el doctor, sonriendo a sus botas de buena piel.

—Pero usted *no puede* pensar que estemos locos —tronó Maclan—. Usted no nos ha visto nunca. No sabe usted nada de nosotros. Ni siquiera nos ha reconocido.

El doctor echó hacia atrás la cabeza y la barba.

—¡Oh, sí! —dijo—. Muy a fondo.

—Pero usted no puede encerrar a un hombre por mera impresión personal, sin documentos, o certificados, o lo que sea.

El doctor se puso en pie lánguidamente.

—Así es —dijo—. Debe usted ver los documentos.

Se dirigió hacia la curiosa librería fingida y sacó una de las cajas planas de caoba. La abrió con una primorosa llave pendiente de la cadena del reloj, y descorriendo la tapa exhibió una hoja de papel de marca cubierta de una escritura apretada pero muy clara. Las tres primeras palabras estaban en letras de copiar tan gruesas, que entraban por los ojos aun a distancia. Eran éstas: «Maclan, Evan Stuart».

Evan inclinó sobre la hoja su colérica faz aguileña; pero algo emborronaba el escrito, y no podría jurar que lo vió claramente. Vió algo que empezaba así. «Influencias prenatales predisponentes a la manía. El abuelo creía en la restauración de los Estuardos. La madre llevaba un hueso de Santa Eulalia con el que tocaba a los niños enfermos. Manía religiosa acentuada

desde la primera edad...».

Maclan reculó, y las palabras le faltaron.

—¡Oh! —prorrumpió al fin—. ¡Oh! ¡Si todo el mundo por donde he andado hubiese estado tan cuerdo como mi madre!

Con las manos se oprimió las sienes, como para despachurrarlas. Y luego alzó súbitamente una cara que parecía fresca y joven, como si la hubiese bañado en un manantial sagrado.

—Muy bien —gritó—. Tomaré con lo dulce lo amargo. Pagaré la pena de haber gozado de Dios en este monstruoso mundo moderno que no puede gozar ni del hombre ni de la bestia. Moriré feliz en esta casa de locos, solamente porque he llegado a saber lo que sé. Que conste, pues: Maclan es un místico; Maclan es un maniático. Pero a este honrado tendero y editor, a quien he arrastrado en mis correrías inhumanas, no puede usted retenerlo. Se irá libre; gracias a Dios, no consta en ningún maldito documento. Su antepasado, estoy seguro, no murió en Culloden. Su madre, lo juro, no tenía reliquias. Ponga usted a mi amigo en la calle, y en cuanto a mí...

El doctor ya se había dirigido a los cargados estantes, y tras de escudriñar a lo miope unos pocos minutos, sacó otro paralelogramo de madera roja oscura.

Lo abrió también sobre la mesa, y uno de los presentes vió, con el ojo infalible del que se siente en peligro estas palabras escritas con letras grandes: «Turnbull, Jaime».

Hasta aquí, Turnbull, un poco desdeñosamente, había renunciado a representar su papel en aquel negocio; pero era demasiado leal y sincero para no estremecerse al ver su nombre. Después del nombre, el escrito corría en estos términos: «Único caso de Eleuteriomanía. Parentela, como es frecuente en casos tales, prosaica y sana. Los síntomas eleuteriomaníacos se presentaron pronto, sin embargo, llevándole a adherirse al individualista Bradlaugh. Recientes accesos de pura anarquía...».

Turnbull cerró de golpe la caja, que casi se deshizo, y dijo reventando de risa feroz:

—¡Oh, venga usted, Maclan! No me importa tanto marcharme del manicomio con tal de salir de este cuarto. Tenía usted harta razón, Maclan, cuando hablaba usted... de los médicos locos.

Cuando se encontraron fuera, en el verde y fresco jardín, Turnbull, tras un silencio grave, dijo:

—Ahora comprendo una cosa que me tenía perplejo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Evan.

—Nadie, por voluntad y astucia que tenga —respondió Turnbull—, puede salir de este jardín, y, sin embargo, nosotros entramos sencillamente saltando la pared. Ahora, se explica todo con bastante facilidad. Ese muro indefenso era una trampa abierta. Era una trampa tendida a dos lunáticos célebres. Nos vieron entrar por el buen camino, y verán que no salimos.

Evan miró gravemente más de un minuto al muro del jardín, y después movió la cabeza sin proferir palabra.

XV. El sueño de Maclan

El espionaje del manicomio era un sistema tan eficaz y completo que en la práctica los enfermos podían a menudo disfrutar la sensación de soledad casi completa. En el jardín, sin vigilancia aparente, podían vagar tan cerca del muro como para llegar a creer que les sería fácil salvarlo. Pero si lo hubiesen intentado, pronto habrían visto lo erróneo de su cálculo.

Bajo tal libertad ultrajante, en esa soledad artificial, Evan Maclan tenía la costumbre de escurrirse en silencio al jardín después del oscurecer, especialmente en noches de luna. La luna, en efecto, ejercía sobre él un poder magnético, por manera difícil de explicar a quien tenga disposición menos sensible. Evidentemente, Apolo es tan poético como Diana; pero aquí no se trata de poesía, en el sentido acabado e intelectual de la palabra. Se trata de una ilusión pueril auténtica. El sol es invisible, en sentido estricto y literal; es decir, que no podemos propiamente verlo con los ojos del cuerpo. Pero la luna es cosa mucho más sencilla; sin complicación, como para niños. Está colgada en el cielo, maciza, toda de plata, inútil del todo; enorme bola de nieve celestial. Tales eran, cuando menos, los casos e imaginaciones pueriles que conducían una y otra vez a Evan, durante su inhumano encierro, a salir, como si quisiese disparar contra la luna.

Una de esas noches luminosas, espectrales, estaba en el jardín, a tiempo que el inmenso fulgor de la luna rebajaba los colores tanto que los más fuertes eran el suave y profundo azul del cielo y el amarillo de limón del astro. Maclan, de rostro a la luna, se adelantaba en aquella disposición medio enajenada que pudiera disculpar el error de sus guardianes; y así, contemplando, percibió un objeto pequeño, reluciente, que volaba junto al orbe luminoso, como astilla arrancada de la luna. Al pronto pensó que sería un centelleo de su propia vista; parpadeó, se restregó los ojos. Después pensó que sería una estrella errante; pero la estrella no se corría. Daba sacudidas torpes por manera desconocida en los meteoros, que recordaba singularmente las obras del hombre. Un momento después, el objeto atravesó en derechura por delante de la luna, y de ser plata sobre

azul, fué de pronto negro sobre plata; y aunque cruzó el campo de luz como una centella, su forma se delineó inconfundible, aunque insólita. Era una nave aérea.

La nave tomó una larga y vigorosa curva en el cielo y se fué acercando a Maclan, como una locomotora describe una vuelta en pendiente. Era de puro acero blanco, y a la luna brillaba como la armadura de sir Galand. No es inapropiado compararla con tal virginidad, porque, según bajaba y su tamaño crecía, Maclan vió que la única persona a bordo estaba vestida de blanco de pies a cabeza y coronada de cabellos blancos como la nieve, en los que el fulgor de la luna se derramaba como una bendición. El viajero estaba tan quieto que fácilmente se le podía tomar por una estatua. Eso pensaba Maclan, en efecto, hasta que le oyó hablar.

—Evan —dijo la voz, y hablaba con la sencilla autoridad de un padre olvidado que vuelve a ver a sus hijos—, ya has permanecido aquí bastante tiempo y tu espada es necesaria en otra parte.

—¿Necesaria para qué? —preguntó el joven, aceptando el monstruoso suceso con naturalidad extraña y burda—. ¿Para qué necesitan mi espada?

—Para todo lo que te es caro —dijo el hombre, enhiesto en el claro de luna—. Para los tronos de autoridad y para la antigua lealtad a la ley.

Evan miró otra vez al orbe lunar, como en imploración irracional; un ternerrillo de la luna balando por su madre la luna. Pero la faz de la luna permaneció tan inexpresiva como la suya propia; contra lo sobrenatural no presta ayuda la naturaleza; y de nuevo miró a la aventajada figura marmórea, que parecía hecha de luz de luna solidificada.

Después dijo con recia voz: ¿Quién es usted?, y al momento le sobrecogió el terror de que su pregunta quedase sin respuesta. Pero el desconocido guardó impenetrable silencio durante largo rato y respondió únicamente:

—No debo decir quién soy basta el fin del mundo; pero puedo decir lo que soy. Yo soy la ley.

Y alzó la cabeza tanto que la luna le hirió de lleno en su hermosa y antigua faz.

Su faz era la faz de un dios griego que hubiese envejecido, sin debilitarse ni afearse; nada rompía la regularidad de sus rasgos, salvo el mentón, un poco largo y hendido, pero eso aumentaba su distinción sin mengua de su belleza. Sus ojos, grandes, impresionantes y muy luminosos, eran incoloros por completo, como el acero.

Maclan era de esos para quienes la reverencia y la sumisión ceremoniosas son cosas fáciles y corrientes. Sin afectación alguna, se inclinó levemente ante la solemne aparición y bajó la voz para decir:

—¿Me trae usted un mensaje?

—Traigo un mensaje —respondió el hombre de luna y mármol—. El rey ha vuelto.

Evan no exigió aclaraciones ni preguntó más.

—Supongo que me lleva usted a la guerra —dijo—. La silenciosa figura de plata se limitó a inclinar otra vez la cabeza. Maclan se encaramó a la nave de plata, que puso rumbo a las estrellas.

Decir que se remontaba a las estrellas no es simple metáfora, porque el cielo, aclarándose, había llegado a esa fortuita y asombrosa transparencia que permite ver netamente y al mismo tiempo la luna y las estrellas.

Según iba ascendiendo en su carro, el personaje de la blanca vestidura dijo a Evan con toda calma:

—Aquí está la respuesta a todas las locuras que se dicen respecto de la igualdad. Algunas estrellas son grandes, otras son pequeñas; unas están quietas, otras giran en torno de ellas. Están bien ordenadas, pero no son iguales.

—Todas son muy hermosas —dijo Evan con cierta duda.

—Todas son hermosas —respondió el otro—, porque cada una está en su puesto y reconoce a su superior. Ahora Inglaterra será bella por el mismo estilo. La tierra será bella como los cielos, porque nuestros reyes han vuelto a nosotros.

—El Estuardo... —comenzó Maclan con ansia.

—Sí —respondió el anciano—, el que ha vuelto a nosotros es Estuardo, pero también más antiguo que los Estuardos. Es Capeto y Plantagenet y Pendragon. Nos trae toda aquella antigua era de que hablan los proverbios, aquel reinado de oro de Saturno contra el que se rebelaron dioses y hombres. Nos trae todo lo que la insolencia dejó perder o fué aplastado por la rebeldía; tu antepasado, un Maclan, rota su espada, desangrándose sin esperanza en Culloden; Carlos, rehusando contestar el interrogatorio de un tribunal de rebeldes; María, la de rostro hechicero, afrontando a los tetricos y codiciosos pares y la tosca moralidad de Knox; Ricardo, el último Plantagenet, dando su corona a Bolingbroke, como a un salteador de caminos; Arturo, abrumado en Lyonesse por los ejércitos paganos y muriendo entre brumas, con la duda de si jamás volvería.

—Pero ahora... —dijo Evan en voz baja.

—Pero ahora —dijo el anciano— ha vuelto.

—¿Todavía arde la guerra? —preguntó Maclan.

—Arde sin tregua, al otro lado del mar, a donde vamos —contestó el otro—. Pero en Inglaterra, el rey ya goza otra vez de lo suyo. De nuevo se enseña y se gobierna al pueblo para su bien; hay caballeros dichosos, hidalgos dichosos, sirvientes dichosos, siervos, si se quiere, dichosos. Pero todos libres de esa carga de vejaciones y de esa vanidad solitaria que se llamaba ser ciudadano.

—¿Inglaterra está tranquila, en efecto? —preguntó Maclan.

—Asómate y mira —dijo el guía—. Me figuro que este sitio ya lo has visto antes.

Gobernaban a través del aire hacia una región del cielo en que el cóncavo de la noche era más tenebroso y sin ninguna estrella. Pero sobre este fondo negro surgieron, sacadas en fulgente plata, una cúpula y una cruz. Parecía que, en efecto, las hubiesen revestido nuevamente de plata, que en el intenso fulgor de la luna era como llama blanca. Con todo, fuese revestimiento o pintura, Evan reconoció sin dificultad el sitio. Vió la populosa avenida que se remontaba en declive hasta la base del gran pedestal escalonado. Y se preguntó si la tiendecilla estaría aún allí cerca y si habrían recompuesto el escaparate.

Como la nave aérea surcaba en torno del cimborrio, observó otras alteraciones. El cimborrio había sido decorado de nuevo, para darle un aspecto más solemne y un poco más eclesiástico; la bola había desaparecido o la habían disimulado, y en torno de la galería, bajo la cruz, se desarrollaba un anillo de estatuas de plata, como las menudas imágenes de plomo que rodeaban el sombrero de Luis XI. En torno a la segunda galería, en la base del cimborrio, corría otra fila de estatuas semejantes, y Evan pensó que habría otra más abajo. Cuando se acercaron más, vió que las figuras llevaban armadura completa, de acero o de plata, con sendas espadas desnudas, la punta en alto; y luego vió que una de las espadas se movía. No eran estatuas, sino una orden de caballería puesta en tres círculos alrededor de la cruz. Maclan contuvo el aliento como hacen los niños ante lo que les parece hermoso en extremo. No podía imaginar nada que respondiese por modo tan cabal a sus propias visiones de arte pontifical y caballeresco, como el blanco cimborrio colocado sobre Londres, gran tiara de plata, circundado por triple corona de espadas.

Cuando bogaron más bajo sobre Ludgate Hill, Evan vió que el estado de la calle respondía plenamente a la afirmación de su compañero sobre el restablecimiento del orden. El antiguo gentío de vestimenta negra, con su vivacidad callejera y su vulgaridad, había desaparecido. Grupos de labradores, pacíficos, pintorescamente vestidos, pasaban arriba y abajo en gran número; pero unos pocos hombres a caballo bastaban para mantener el orden en la calle. Los de a caballo no eran policías corrientes, sino caballeros de espuela y airón, cuya espléndida armadura bruñida chispeaba como diamantes, más que como acero. Tan sólo en un sitio —la esquina de Bouverie Street— se produjo un momento de confusión, y fué debida a la prisa más que a la resistencia. Pero a un viejo gruñón que no se dió bastante prisa a dejar el paso libre, uno de los hombres a caballo le descargó, sin dar fuerte, un sablazo de plano en la espalda.

—El soldado no tenía por qué intervenir —dijo Maclan vivamente—. El viejo no podía ir más de prisa.

—Nosotros concedemos gran importancia a la disciplina en la calle —dijo el hombre de blanco, con leve sonrisa.

—La disciplina es menos importante que la justicia —dijo Maclan.

El otro no contestó. Luego, tras un breve silencio, durante el cual pasaron

sobre el parque de St. James, dijo:

—El pueblo debe estar enseñado a obedecer; debe reconocer su propia ignorancia. Y no estoy propicio a aceptar —continuó, volviendo la espalda a Maclan y explorando las tinieblas desde la proa de la nave—, no estoy muy propicio a aceptar esa pequeña máxima acerca de la justicia. La disciplina, para el conjunto de la sociedad, es, seguramente, más importante que la justicia para el individuo.

Evan, que también estaba asomado a la borda, se volvió con asombrosa rapidez, y se le quedó mirando a la espalda.

—¿La disciplina para la sociedad —repetía, recalcando— es más importante... que la justicia para el individuo?

Tras un largo silencio, exclamó:

—¿Quién y qué es usted?

—Un ángel —dijo el del ropaje blanco, sin volverse.

—Usted no es católico —dijo Evan.

El otro, como si no le hubiese oído, volvió al tema principal:

—En nuestros ejércitos celestiales, sabemos infundir en los subordinados un temor saludable.

Maclan tendía el cuello hacia adelante con ansiedad extraordinaria e inexplicable.

—¡Prosiga! —gritó, enlazando y desenlazando sus largos y huesudos dedos—. ¡Adelante!

—Por otra parte —continuó el otro, en la proa—, debe usted admitir en los tipos superiores cierta altivez y elevación de ánimo.

—¡Prosiga! —dijo Evan, ardiéndole los ojos.

—Lo mismo que la vista del pecado ofende a Dios —dijo el desconocido—, la vista de lo feo ofende a Apolo. Lo bello y lo egregio se impacientan necesariamente con lo mezquino y...

—¡Cómo, grandísimo loco! —gritó Maclan, enderezándose en toda su tremenda estatura—. ¿Piensa usted que solamente he dudado a causa de ese golpe con la espada? Bien sé que órdenes muy nobles tienen malos caballeros, que buenos caballeros tienen mal carácter, que la Iglesia tiene curas brutos y cardenales groseros; lo sé desde que nací. ¡Loco! Con que hubieses dicho: «Sí, es una vergüenza», habría yo olvidado ese asunto. Pero vi en tu boca la huella de una sofística infernal; conocí que había algo malo en ti y en tus catedrales. Algo de malo; todo es malo. No eres un ángel. Es decir, no eres una iglesia. El rey que ha vuelto no es el rey legítimo.

—Es una lástima —dijo el otro, con voz tranquila, pero ruda—, porque vamos a ver a Su Majestad.

—No —dijo Maclan—; a donde voy es a saltar por la borda.

—¿Deseas morir?

—No —dijo Evan, con entera calma—. Deseo un milagro.

—¿A quién se lo pides? ¿A quién acudes? —dijo su compañero, severamente—. Has sido traidor al rey, renegado de la cruz en la catedral e insultado a un arcángel.

—Recurro a Dios —dijo Evan, y de un salto se puso en pie sobre la borda de la nave, que se bamboleaba.

El ser que estaba en la proa se volvió lentamente; miró a Evan con ojos que parecían dos soles, y se tapó la boca con una mano, un poco tarde para ocultar una sonrisa horrible.

—¿Y cómo sabes —dijo— que yo no soy Dios?

Maclan dió un grito.

—¡Ah! —exclamó—. Ahora ya sé quién eres, en efecto. No eres Dios. No eres un ángel de Dios. Pero lo has sido.

El ser dejó caer la mano de la boca, y Maclan cayó fuera del navío.

XVI. El sueño de Turnbull

Una tarde tempestuosa Turnbull se paseaba con cierta furia por el jardín arriba y abajo, mordiéndose el cigarro, y en ese estado de ánimo que hace al hombre tragar saliva. En general, no era propenso a las cóleras. Las borrascas e iluminaciones súbitas del alma de Maclan, pasaban ante él como panorama impresionante, pero falto de significación; tal la perspectiva anárquica de las montañas de Escocia. Turnbull era de los hombres en quienes la voracidad y el trabajo continuo del intelecto hacen más sencillas y estables las emociones. Tenía el corazón en su sitio, pero le contentaba dejarlo estar allí, lo que le tenía a mal traer era la cabeza. Impulsos, sedientos deseos, esperanza ni desánimo no ocupaban sus mañanas ni sus noches; las llenaba al pensar en las falacias que había descubierto, en problemas que había resuelto, las teorías adversas que había combatido y derrocado, las grandes generalizaciones que había demostrado. Pero hasta la placentera vida interior de un lógico puede trastornarse en una casa de locos, sin contar el recuerdo de la mujer aquella de la isla. El exiguo señor de la barba bermeja estaba aquel atardecer de borrasca en una disposición de ánimo peligrosa.

Positivo y despejado como era, puede que el cielo y la tierra influyesen sobre él más de lo que creía; y el temporal que surcaba el mundo en tal momento era de rojez tan viva y tan furioso como Turnbull. Grandes jirones de nubes leonadas, rotas, bajaban arrastradas al poniente, igual que si arrastrasen guiñapos de vestidos bermejos. El viento, despiadado y recio, expulsaba a latigazos fragmentos de arbustos con flores rojas, o de hojas cobrizas, y los impelía dentro del jardín, remolino de hojas rubicundas, como hojas de otoño, parodia de los arrebatados jirones rojos de las nubes.

Toda cosa en cielo y tierra parecía a punto de hacerse pedazos, y cuanto de revolucionario había en Turnbull se regocijaba de que se despedazasen. El viento desgajaba los árboles, todavía en pleno vigor de floración; las nubes se desgarraban, perdiendo sus grandes formas heráldicas. Harapos de nubes cobrizas se desprendían sin cesar y flotaban

solos; una de esas nubecillas galopantes atrajo la mirada truculenta de Turnbull, pareciéndole que la nube corría de un modo exagerado. Además, conservaba su forma, cosa inverosímil dada la agitación de las nubes; además, su forma era muy extraña.

Turnbull continuó mirando fijamente, y muy en breve llegó el instante decisivo en que una cosa, por muy increíble que sea, ha de aceptarse como hecho. La nube de cobre se precipitaba hacia la tierra, como la hoja gigantesca desprendida de una encina roja. Y cuando estuvo más cerca fué evidente, primero, que no era nube, y segundo, que no era de color de cobre; sólo que, bruñida como un espejo, había reflejado los colores leonados de las nubes flamígeras. Y cuando el objeto bajaba girando, como una hoja barrida por el viento, hacia el muro del jardín, se vió claro que era una especie de nave aérea de metal, batiendo el aire con sus enormes aletas de acero. Cuando llegó a un centenar de pies sobre el jardín, se irguió en la nave una figura velluda y flaca, casi negra, contrapuesta al bronce y escarlata del ocaso, y largando una especie de arpón o ancla, lo prendió en el manzano verde pegado al muro; sujeta en ese fondo, la nave se meció en la roja borrasca, como un globo cautivo.

Mientras nuestro amigo permaneció un instante congelado de asombro, el extraño tripulante de la nave aérea la inclinó mucho de un lado poniéndose de un salto en la borda, se deslizó o dejó caer por la cuerda como un mono, y se puso, con precisión y suavidad increíbles, en lo alto del muro, sentándose, agitando las piernas y mirando burlón a Turnbull. El viento bramaba en los árboles, aún más fatídico y desolado, los rastros rojos del ocaso periclitaban, como dragones rojos absorbidos por un abismo de muerte, y en lo alto del muro del manicomio continuaba el siniestro personaje haciendo muecas y balanceando los pies al compás de la tormenta; en tanto que sobre su cabeza, en el extremo de la cuerda, ya floja, ya tirante, la enorme nave de hierro flotaba tan leve y poco notable como un globo de niño en la punta de un hilo.

El primer movimiento de Turnbull, pasados sesenta segundos de inmovilidad, fué volverse a mirar el vasto y suntuoso paralelogramo del jardín y el edificio rectangular, largo y bajo, del fondo. No había nadie en lo que alcanzaba la vista, ni asomos de vida. Turnbull recibió la sensación incomprensible de que, en efecto, allí nunca había habido nadie, excepto él, desde el comienzo del mundo.

Concentró en sí el valor viril, pero sin alegría, del ateo, y se acercó un

poco más al muro, con lo que, tomando al hombre en un ángulo de la luz vespertina algo distinto, pudo ver con claridad su rostro y talla. Dos notas en su persona se destacaban como en las estampas de colores chillones que ilustran las historias de piratas para niños de la escuela. La primera, que su cuerpo, atezado y flaco, estaba desnudo hasta el cinturón de sus amplios pantalones blancos; la segunda, que por higiene, afectación u otra causa llevaba ceñidas fuertemente las sienes con un pañuelo escarlata, un poco ali sesgo. Después de notar estos dos hechos claramente, aparecieron otros asaz importantes. Uno, que bajo el lienzo escarlata, aparecía una cabellera muy poblada, pero blanca como las nieves últimas de la vida. Otro, que bajo la mata de cabello blanco y senil, el rostro era fuerte, bello y sonriente, de perfil bien cortado y el mentón largo y hendido. La longitud de la parte inferior del rostro, y su extraña hendidura (que le daba, en sentido por completo distinto del vulgar, una doble barba), frustraban ligeramente las pretensiones de absoluta regularidad del rostro, pero le favorecían mucho para sostener la expresión de arrogancia semisonriente, semidesdeñosa, con que reparaba en las piedras, en las flores y, especialmente, en el solitario Turnbull.

—¿Qué busca usted? —clamó Turnbull.

—Te busco a ti, Jaimito —dijo el excéntrico personaje del muro, y con las mismas, se dejó caer de un brinco en medio del césped, donde rebotó literalmente como pelota de goma, y se quedó en pie, despatarrado, haciendo muecas a Turnbull. Solamente tres hechos pudo añadir ahora Turnbull a su inventario: que el hombre llevaba pendiente del cinturón un cuchillo disforme; que sus pies morenos estaban desnudos, como el torso y los brazos atezados, y que sus ojos despedían brillo singular, frío, sin color alguno.

—Dispénsame si no vengo vestido de etiqueta —dijo el recién llegado con sonrisa cortés—. Nosotros, los hombres de ciencia, ya se sabe... Yo mismo fabrico mis máquinas... Ingeniero electricista... Trabajo muy duro.

—Mire usted —dijo Turnbull, apretando los puños dentro de los bolsillos del pantalón—. Tengo que aguantar a los locos dentro de estas cuatro paredes, pero prohíbo que vengan de fuera, caídos de las nubes del poniente.

—Sin embargo, Jaimito, también tú vienes de fuera —repuso el desconocido, con voz casi afectuosa.

—¿Qué busca usted? —preguntó Turnbull, con una explosión de cólera, repentina como un pistoletazo.

—Ya lo he dicho —dijo el hombre, bajando la voz y hablando con evidente sinceridad—. Te busco a ti.

—¿Para qué me necesita?

—Necesito exactamente lo que tú necesitas —dijo el recién llegado con gravedad nueva—. Necesito la Revolución.

Turnbull miró al cielo barrido por llamaradas, a las arboledas sacudidas por el huracán, y se detuvo a repetirse interiormente, sin pronunciarla, la palabra que expresaba, en efecto, y tan por completo, su cólera como las nubes rojas y las oscilantes cimas de los árboles.

—¡Revolución! —se dijo—. La Revolución... sí, la deseo muchísimo... cualquier cosa, mientras sea una revolución.

Por causas que nunca pudo explicar, se encontró al terminar esa frase en lo alto del muro, habiendo seguido hasta allí automáticamente al desconocido. Pero cuando éste, en silencio, le indicó la cuerda que conducía a la máquina, Turnbull se detuvo y dijo:

—No puedo dejar a Maclan en esta caverna.

—Vamos a exterminar al Papa y a los reyes todos —dijo el recién llegado—. ¿Sería prudente llevarlo con nosotros?

Como quiera que fuese, Turnbull, rezongando, se encontró también en la nave voladora, que se remontó en el ocaso.

—Todos los grandes rebeldes han sido muy pequeños rebeldes —dijo el hombre del cachirulo rojo—. Han sido como escolares de cuarto año que alguna vez se atreven a reñir con los de quinto. Ese es todo el mérito de la Revolución francesa y sus regicidios. Los chicos nunca se han atrevido a desairar de veras al maestro de escuela.

—¿A quién llama usted el maestro de escuela? —preguntó Turnbull.

—Tú sabes lo que quiero decir —respondió el singular personaje, al

tenderse en unos almohadones y escrutar el cielo enfurecido.

Parecía, según iban subiendo, que ganaban una luz más y más fuerte, como si amaneciese, en vez de anochecer. Pero en mirando a la tierra la vieron entenebrecerse más y más. El manicomio, en su área rectangular, se mostraba, debajo de los viajeros, recortado en un plano pueril, y por primera vez apareció lo grotesco que era. Pero los colores vivos del plano se oscurecían por momentos. Las masas de rosas o rododendros se hundían del carmesí al violeta. El laberinto de los senderos enarenados se degradaba del oro al pardo. En cuanto subieron otros cuantos centenares de pies, ya nada pudieron ver del paisaje más y más obscuro, excepto las hileras de ventanas iluminadas, cada una de las cuales, por lo menos, era la luz de una inteligencia perdida. Cuando se remontaron más, el viento arreció embravecido, y los rubíes de la luz vespertina dieron en ellos y les salpicaban, como el zumo de las uvas de Dionysos. Abajo, las luces del suelo eran literalmente estrellas de servidumbre, caídas. Y en lo alto, las nubes impetuosas, inflamadas, semejabán los trémulos estandartes de la libertad.

El hombre del mentón hendido parecía poseer la rara virtud de adivinar los pensamientos; porque cuando Turnbull sintió el universo entero ladearse y girar en torno de su cabeza, el desconocido dijo exactamente la palabra justa.

—¿Verdad que parece como si todas las cosas se trastornasen? —dijo—. Y si una vez se trastornan todas las cosas también Él lo será en lo sumo de ellas.

Después, como Turnbull no dió respuesta, el huésped continuó.

—Esto es lo verdaderamente hermoso del espacio. Que no hay arriba ni abajo. No hay más que remontarse lo bastante hacia la estrella de la mañana para sentir que va uno bajando hacia ella. No hay más que echarse por el abismo profundo abajo para sentir que va uno subiendo. Tal es la única gloria del universo: que es vertiginoso.

Después, como Turnbull prosiguiera callado, añadió:

—Dos cielos están llenos de revolución, de revolución verdadera. Todas las cosas altas se rebajan; todas las cosas grandes se empequeñecen. La gente que se imagina ir subiendo, se encuentra con que se cae de cabeza.

Y la gente que se imagina que desciende, se encuentra con que trepa por un precipicio. Tal es la embriaguez del espacio. Tal es el único júbilo de la eternidad: la duda. En eso consiste únicamente el placer que pueden tener los ángeles cuando vuelan, que no saben si van cabeza arriba o cabeza abajo.

Después, ante el pertinaz mutismo de su compañero, cayó en una meditación risueña y tranquila, al cabo de la cual dijo de repente:

—¿De modo que Maclan te ha convertido?

Turnbull se alzó con brío, como si quisiera apartar de bajo sus pies la nave de acero:

—¿Convertirme? —gritó—. ¿Qué diablos quiere usted decir? Lo conozco hace un mes, y no he retractado ni una sola...

—Eso del catolicismo es asunto curioso —dijo el hombre del mentón hendido, sin interrumpir sus reflexiones, y poniéndose elegantemente de codos en la borda de la nave— agota y debilita a los hombres sin que lo noten, como me temo que te haya agotado y debilitado.

Turnbull permanecía en una actitud que podía muy bien significar el designio de arrojar al otro hombre fuera de la nave.

—Yo soy ateo —dijo con voz ahogada—. Siempre lo he sido. Lo soy todavía.

Luego, encarándose con las espaldas indolentes e indiferentes del otro, gritó:

—En nombre de Dios, ¿qué quiere usted decir?

El otro, sin volverse, respondió:

—No quiero decir nada en nombre de Dios.

Turnbull escupió por encima de la borda y se dejó caer furioso en su asiento.

El otro continuaba tranquilo, observando perezosamente desde la nave, como un pescador de caña mira el paso de la corriente.

—La verdad es que nunca habíamos pensado que pudieran cazarte —dijo—. Contábamos contigo como el único revolucionario al rojo que queda en el mundo. Pero, es claro, hombres como Maclan son de una agudeza terrible, especialmente cuando pretenden pasar por estúpidos.

Turnbull brincó otra vez con violenta furia, y gritó:

—¿Qué tengo yo que ver con Maclan? Creo todo lo que he creído siempre, y niego lo que siempre he negado. ¿Qué significa todo esto, y para qué me ha traído usted aquí?

Entonces, por vez primera, el otro se apartó de la borda y dió la cara.

—Te he traído aquí —respondió— para tomar parte en la última guerra del mundo.

—¡La última guerra! —repitió Turnbull, que, no obstante su ofuscación, se conmovió al oír ese dogma—. ¿Cómo sabe usted que será la última?

El hombre se arrellanó en su actitud reposada y dijo:

—Es la última, porque si no cura para siempre al mundo, lo destruirá.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo mismo que tú —respondió el desconocido, con voz tranquila—. ¿Qué has pretendido tú decir saliendo un millón y una noches de tu tienda de Ludgate Hill para amenazar al cielo con el puño?

—Todavía no entiendo —dijo Turnbull, con terquedad.

—Pronto será —dijo el otro, y bruscamente bajó una manivela de hierro de su enorme máquina.

El aparato se detuvo, se inclinó, y se zambulló casi con la resolución de un nadador; en su precipitado descenso pasaron volando a menos de cincuenta yardas de un enorme cuerpo de piedra que Turnbull conocía demasiado bien. La última cólera roja del ocaso se había extinguido, la cúpula del cielo estaba negra; las hileras de luces vacilantes de la calle apenas alumbraban la base del edificio. Pero vió que era la catedral de San Pablo, y vió que en la cima permanecía la bola, pero la cruz había

recibido un golpe y estaba caída de través. Sólo entonces se le ocurrió escudriñar abajo en las calles, y vió que las inflamaban pasiones violentas y tumultuosas.

—Llegamos en un buen momento —dijo el conductor de la nave—. Los insurrectos bombardean la ciudad y una bala de cañón acaba de acertar en la cruz. Muchos de los insurrectos son gente sencilla y naturalmente miran esto como un presagio feliz.

—Así es —dijo Turnbull con voz algo incolora.

—Sí —repuso el otro—. He pensado que te alegraría ver satisfecha tu plegaria. Dispénsame si empleo esta palabra.

—No se hable de eso —dijo Turnbull.

La nave había descendido siguiendo una curva y ahora se remontaba de nuevo. Cuanto más alto subía más y más vastos se hacían los cuadros de desolación y de incendio abajo.

Ludgate Hill era, a la verdad, una altura todavía no conquistada por los insurrectos, y relativamente tranquila, alterada tan sólo por la asombrosa coincidencia de la caída de la cruz. Las demás avenidas, por todos los lados de la colina, latían con el pulso y el esfuerzo de la batalla, se llenaban de teas amenazadoras y rostros clamantes. Cuando por fin se elevaron lo bastante para alcanzar todo el cuadro a vista de pájaro, Turnbull ya estaba embriagado. Había olido pólvora, el incienso de su religión revolucionaria.

—¿De veras que se ha sublevado el pueblo? —preguntó jadeante—. ¿Por qué es la batalla?

—El programa es algo complicado —dijo su interlocutor con alguna indiferencia—. Creo que lo ha trazado el doctor Hertz.

Turnbull arrugó la frente.

—¿Está con la Revolución toda la gente pobre? —preguntó.

El otro se encogió de hombros.

—Toda la parte instruida y con conciencia de clase, sin excepción

—replicó—. Cierto que había unos pocos distritos que... Precisamente pasamos ahora por encima.

Turnbull bajó la mirada y vió que la bruñida nave se iluminaba por la quilla con las encrespadas hogueras del suelo. En lo hondo, plazas enteras, barrios densos eran pura llama, como praderas o bosques ardiendo.

—El doctor Hertz —dijo el cicerone de Turnbull con voz mansa— ha convencido a todo el mundo de que realmente no se podía contar para nada con los barrios pobres. Ha prevalecido enteramente su célebre máxima. Quiero decir, las tres afirmaciones famosas: Nadie debe estar desocupado. Dése ocupación a los capaces. Destruyamos a los ineptos.

Tras una pausa, Turnbull dijo con voz algo forzada:

—¿Significa eso que tan buena obra está cumpliéndose ahí abajo?

—Cumpliéndose por modo espléndido —replicó su compañero con acento cordial—. Ya ves, esa gente estaba demasiado débil, demasiado cansada, incluso para unirse a la guerra social. Era un estorbo manifiesto.

—¿Y por eso los quemáis, simplemente?

—Ello tiene que parecer de una sencillez absurda —dijo el hombre, con radiante sonrisa—, si se piensa en la fastidiosa palabrería corriente sobre la protección a los desvalidos, siendo así que el porvenir clamaba por que lo desembarazasen de ellos. Criaturas más felices, no nacidas aún, irrumpirán en la vida tan pronto como todos los derechos desaparezcan.

—¿Me permite usted decir —repuso Turnbull, después de reflexionar— que no me agrada nada de esto?

—¿Y me permites decir —contestó el otro, tajante— que no me agrada Mr. Evan Maclan?

No sin alguna sorpresa del interlocutor, estas palabras no enojaron al susceptible escéptico. Parecía meditar profundamente, y dijo después:

—No, yo no creo que eso me lo haya enseñado mi amigo Maclan. Creo haber dicho siempre que esto me desagrade. Esa gente tiene derechos.

—¡Derechos! —repitió el desconocido, con acento indescriptible. Y añadió,

sin disimular la mofa:

—¡Quizás tienen también almas!

—¡Tienen vidas! —dijo Turnbull, severamente—. Eso es harto bastante para mí, Le he oído a usted decir que la vida es sagrada.

—Sí, por cierto —gritó su mentor con una especie de fervor idealista—. Sí, por cierto. La vida es sagrada, pero las vidas no son sagradas. Nosotros mejoramos la vida suprimiendo vidas. ¿Puedes, en cuanto librepensador, oponer alguna objeción?

—Sí —dijo Turnbull con breve acento.

—Sin embargo, tú apruebas el tiranicidio —dijo el extraño, con jovialidad de racionalista—. ¡Qué inconsecuencia! El resultado viene a ser éste: Apruebas que se quite la vida a quien triunfa y se goza en ella. Pero no quieres quitársela a quien sólo le trae cargas y trabajos.

Turnbull se puso en pie con notable resolución, cubierto el rostro de palidez extremada. El otro proseguía con entusiasmo:

—¡La vida, sí, la Vida es sagrada, sin duda! —exclamaba—. Pero vidas nuevas a cambio de las viejas. Vidas buenas a cambio de las malas. En ese mismo sitio, por donde ahora se arrastra el despojo borracho de un artista del arroyo, más o menos deseoso de morir; en el mismo sitio lucirá en lo futuro un cuadro de vida sana: niños y niñas rubios como el oro jugando a pleno sol.

Turnbull, todavía en pie, abrió los labios:

—¿Me permite usted apearme? —dijo con toda calma, como quien manda parar el ómnibus.

—¿Apearte? ¿Qué quieres decir? —exclamó su conductor—. Te llevo al frente de la guerra revolucionaria, donde serás uno de los primeros jefes revolucionarios.

—Gracias —dijo Turnbull, dominándose con el mismo trabajo. Ya sé bastante de la guerra revolucionaria, y, a mi entender, estaré mejor en cualquier otra parte.

—¿Quieres que te lleven a un monasterio —gruñó el otro— con Maclan y sus *Madonnas*?

—Quiero que me lleven a un manicomio —dijo Turnbull claramente, señalando la dirección con cierta exactitud—. Quiero volver, precisamente, a la misma casa de locos de donde vengo.

—¿Por qué? —preguntó el desconocido.

—Porque necesito sociedad de alguna cordura, y saludable.

Siguió un silencio largo, singular, y el conductor de la máquina voladora dijo con una gran frialdad:

—No te llevo.

Turnbull, no menos fríamente, repuso:

—Entonces, me tiraré de la barquilla.

El desconocido se irguió cuan largo era y en sus ojos asomó una expresión hecha, al parecer, de ironías sobre ironías, como dos espejos frente a frente se reflejan hasta el infinito. Al cabo dijo, gravemente:

—¿Piensas que soy el diablo?

—Sí —dijo Turnbull con violencia—. Porque creo que el diablo es un sueño, y eso eres tú. No creo en ti, ni en tu nave voladora, ni en tu última guerra. Todo es una pesadilla. Afirmo como hecho dogmático y matemático de fe que todo esto es una pesadilla. Y quiero ser mártir de mi fe, ni más ni menos que Santa Catalina, porque voy a tirarme del barco, arriesgándome a despertar sano y salvo en mi cama.

Se balanceó dos veces con los balanceos de la nave, y se arrojó de cabeza, como quien se tira al mar. Durante unos segundos increíbles, las estrellas, el espacio y los planetas parecían brotar a su paso como chispas remontándose en vuelo; y con todo, en tal caída enloquecedora, le poseía una felicidad sobrenatural. No podía relacionarlo con ninguna idea, excepto una que medio se le escapaba lo que Evan había dicho de la diferencia entre Cristo y Satanás: que por su propia elección Cristo bajó al infierno.

Cuando pudo de nuevo percibir alguna cosa, se halló, apoyado en un codo, yacente en el césped de la casa de locos, y aun no se había extinguido el último carmín del ocaso.

XVII. El idiota

Evan Maclan, en pie a pocas yardas, lo observaba guardando absoluto silencio.

No tuvo ánimo para preguntar a Maclan si lo había traído allí algún suceso sorprendente, ni Maclan, por su parte, pareció tener que preguntarle nada, o quizás ninguno necesitaba preguntárselo. Los dos hombres se aproximaron despacio y hallaron la misma expresión en el rostro de cada cual. Entonces, por vez primera desde que se conocían, se estrecharon las manos.

Como si eso fuera una señal involuntaria, salió botando el doctor Quayle, y atravesó el pradecillo a la carrera.

—¡Oh! ¿Están ustedes ahí? —exclamó con acentuada mofa—. ¿Quieren hacerme el favor de entrar? Tengo que hablarles.

Le siguieron al despacho de madera barnizada donde tenía archivados sus pícaros antecedentes. El doctor Quayle se sentó en el sillón giratorio, y se volvió de cara hacia los dos hombres. Había desaparecido, de repente, la sonrisa grabada en el semblante del doctor.

—Voy a ser muy claro con ustedes, caballeros —dijo bruscamente—. Ustedes saben muy bien que aquí hacemos por todos cuanto podemos. Los casos de ustedes han sido objeto de consideración especial, y el director mismo ha dispuesto que se les someta a un tratamiento distinto y... en condiciones más sencillas.

—Quiere usted decir que nos tratarán peor, supongo —refunfuñó Turnbull.

El doctor no replicó, y Maclan dijo:

—Lo esperaba.

Sus ojos empezaron a llamear. El doctor respondió, mirando a la mesa y jugando con una llave:

—Bien. En ciertos casos inquietantes..., casi siempre vale más...

—¡Inquietantes! —dijo Turnbull, enfurecido—. ¡Hase visto la insolencia! ¿Qué nos cuenta usted? Tiene usted encerrados en una casa de locos a dos hombres perfectamente cuerdos, sólo porque ha inventado usted una palabra muy larga. Lo toman por las buenas, pasean y hablan en el jardín, como si se hubiesen descubierto vocación de monjes, y son corteses incluso con usted, ¡maldito matasanos! ¡Se conducen, no sólo más cuerdamente que los pacientes, sino más que la mitad de los que andan sueltos, y tiene usted el descaro de decir que nuestros casos le inquietan!

—El jefe del manicomio lo ha dispuesto así —dijo el doctor Quayle, sin alzar la vista.

Maclan dió una de sus inmensas zancadas, y dominando al doctor dijo, llameantes los ojos:

—Si el jefe lo ha dispuesto así, que nos lo comunique el jefe mismo. No queremos saberlo por usted. Me parece usted un ruin, un degenerado embaucador. Queremos ver al jefe de la casa.

—¿Ver al jefe? —repitió el doctor Quayle—. No por cierto.

El talludo montañés se inclinó sobre el doctor y le puso una mano en el hombro con interés paternal.

—Me parece que no se da cuenta usted de las ventajas propias de mi condición de lunático —dijo—. Puedo matarlo a usted con la mano izquierda antes de que una rata como usted dé un chillido siquiera. Y no me ahorcarían por eso.

—Estoy de completo acuerdo con Mr. Maclan —dijo Turnbull con sobriedad y muy respetuoso— en que sería mejor para usted dejarnos ver al jefe de esta institución.

El doctor Quayle se puso en pie, con mezcla de agitación nerviosa y de presencia de ánimo.

—¡Oh, ciertamente! —dijo, con una risita—. Pueden ustedes ver al jefe, si se empeñan.

Salió del aposento casi corriendo, y ambos siguieron vivamente los flotantes faldones de la levita. Llamó a una de tantas puertas barnizadas del corredor. Cuando una voz contestó: «¡Adelante!», el aliento de Maclan se le volvió, silbando al pasar entre los dientes, hasta el pecho.

Turnbull, más impetuoso, abrió la puerta.

Era un aposento limpio y bien amueblado enteramente guarnecido de estantes con libros de medicina. En el extremo opuesto a la puerta había una mesa barnizada y muy maciza; sobre ella, una lámpara incandescente, cuya luz alcanzaba a dejar ver un tipo delgado, de buena presencia, vestido de levita negra, como usan los médicos, y cuya cabeza, del todo plateada por la edad, se inclinaba sobre montones de notas. Este caballero levantó un instante la vista cuando los otros entraron, y la luz de la lámpara cayó sobre sus lentes chispeantes, y sobre su rostro, largo, bien rasurado; rostro que pudiera haber sido simplemente el de un aristócrata a no ser por cierta gravedad leonina de la cabeza y por el mentón profundamente hendido, que le asemejaba a una hermosa máscara de actor. Mostrarse así aquel rostro duró un relámpago. Después inclinó otra vez la cabeza sobre las notas, y dijo, sin mirar de nuevo:

—Le he dicho a usted, doctor Quayle, que esos hombres han de ir a las celdas B y C.

Turnbull y Maclan se miraron, diciéndose más que pudieran haberse dicho con palabras. Entre otras cosas se dijeron que apelar a un jefe tan particular era perder tiempo, y siguieron al doctor Quayle fuera de la habitación.

En el momento de poner la planta en el corredor, cuatro robustos mocetones se les acercaron por los cuatro costados, los amarraron y los condujeron galería adelante. Si hubiesen tenido ganas de resistir, es probable que hubiesen echado a rodar a sus agresores, pero por una razón sin nombre más ganas tenían de reír. Una mezcla de ironía insensata y de pueril curiosidad los inclinaba decididamente a ver qué nuevo giro iba a tomar su imbécil fortuna. Los llevaron por incontables galerías yertas, guarnecidas de azulejos lustrosos, sin más diferencia de una a otra que la longitud y la orientación. Eran tantas y tan monótonas, que desandar el camino para evadirse habría sido tan difícil como escaparse del laberinto de Hampton Court. Tan sólo el hecho de que las ventanas, cada vez más raras, aparecían con intervalos más largos, y el

de que, al aparecer cada ventana estaba más en sombra y daba menos luz, mostraban que iban penetrando en el fondo o en las entrañas de un edificio enorme. Pasado un poco de tiempo, los corredores vidriados aparecieron alumbrados con luz eléctrica.

Al cabo, cuando llevaban recorrido cerca de una milla por aquellos blancos y lustrosos túneles, llegaron al extremo de un callejón sin salida, que por su misma trivialidad les sorprendió. Toda aquella blanca y fatigosa caminata concluía de súbito en un espacio oblongo y un muro blanco y desguarnecido. En el muro blanco, dos puertas de hierro, pintadas de blanco, ostentaban, respectivamente, escritas con mayúsculas negras, una B y una C.

—Usted entrará aquí, señor —dijo el jefe de los guardianes, con mucho respeto—, y usted aquí.

Pero antes de que las puertas rechinasen detrás de las asombradas víctimas, Maclan pudo decir a Turnbull, balbuciendo de un modo extraño y significativo:

—¿Quién podrá ser A?

Turnbull, automáticamente, luchó un poco antes de consentir que lo arrojasen en la celda. De aquí resultó que fué el último en quedar encerrado, y todavía estaba lleno del regocijo causado por su aventura cinco minutos después de extinguirse el eco del chirrido de la puerta.

Después, en el silencio profundo, y no habiendo sucedido nada en dos horas y media, se le ocurrió que era llegado el fin de su vida. Le habían escondido y cerrado en aquella pequeña hendidura de piedra hasta que la carne se le cayese de los huesos. Él estaba muerto, y el mundo había vencido.

La celda, oblonga, era muy larga en comparación de la anchura. Tenía el ancho justo para extender del todo los brazos con las poleas colgadas en la pared de la izquierda, muy polvorientas. Y era lo bastante larga para que un hombre, recorriéndola enteramente, anduviese la trigésima quinta parte de una milla. También por higiene, una hilera de agujeritos, muy juntos, traían del exterior a la celda, mediante unos tubos, lo que se suponía fuera aire fresco. Porque aquellos grandes organizadores científicos insistían en que un hombre, aunque desdichado, ha de estar en buena salud. Le

procuraban un paseo bastante largo para que hiciese ejercicio, y agujeros bastante anchos para darle oxígeno. Concluía de pronto su interés por la naturaleza humana. Al parecer, nunca se les había ocurrido que las ventajas del ejercicio no son sino parte de las ventajas de la libertad. No habían tenido en cuenta que el aire libre es solamente una de las ventajas del cielo libre. Administraban aire en secreto, pero en dosis suficiente, como si nunca el hombre hubiese tenido deseos de andar. Sobre todo, las autoridades del asilo insistían en que la limpieza fuese extraordinaria. Todas las mañanas, mientras Turnbull estaba aún medio dormido en la cama de hierro, elevada a media altura de la pared y sujeta a ella con cuatro hierros, cuatro trampillas o bocas de metal se abrían en lo alto de los cuatro rincones del aposento y lo lavaban de toda suciedad. El alma solitaria de Turnbull se sublevaba contra aquella solemnidad diaria tan fastidiosa.

—¡Estoy enterrado vivo! —gritaba amargamente—. Me han sepultado debajo de una montaña. Estaré aquí hasta que me pudra. ¿Qué puede importarles que esté limpio o sucio?

Mañana y tarde se abría en la celda oblonga una escotilla de hierro, y una o dos manos morenas y velludas metían por ella un plato de lentejas bien cocidas y un tazón de cacao. No le menguaban el alimento, ni le privaban de ejercicio ni aire. Tenía espacio bastante para andar, aire bastante y bastante nutritivo alimento. La única objeción era que no tenía a dónde dirigirse, nada por qué darse un festín y ninguna razón para aspirar el hálito de vida.

La forma misma de la celda lo irritaba especialmente. Era un paralelogramo largo, estrecho, que tenía un muro plano en uno de los extremos y debía haber tenido otro muro igual en el frontero; pero éste se hallaba cortado en cuña o ángulo, como la proa de un barco. Pasados tres días de silencio y cacao, aquella esquina del extremo comenzó a enfurecer a Turnbull. Le enloquecía pensar que dos líneas se juntasen para no apuntar a ninguna parte. Pasado el quinto día recobró la indiferencia, y encajaba la cabeza en el rincón. A los veinticinco días, casi se rompió la cabeza contra él. Después, entró en calma y en una manera de estupor, y comenzó a escudriñar el sitio como un Robinsón Crusoe.

Casi inconscientemente, por instinto, examinaba las salidas, y llegó a prestar atención muy especial a la fila de agujeros por donde entraba el aire en la última morada de su vida. Pronto descubrió que los respiraderos

eran término y boca de otros tantos largos tubos de plomo que, sin duda, traían el aire de alguna apartada playa, próxima a Márgate. Una tarde, cuando por quinta vez se hallaba empeñado en su investigación, advirtió en una de aquellas bocas mudas algo que, por comparación con la tiniebla de las otras, parecía un albor. Introdujo un dedo en el tubo todo lo posible, y tropezó con un roto de borde maleable. Lo desgarró, y al instante vió luz detrás; era seguro, por lo menos, que había agujereado en otra celda.

Lo característico de todas las cosas que llaman ahora «eficientes», es decir, mecánicas y calculadas, es que si salen mal en algo salen enteramente mal. No hay poder que baste a purgar sus defectos, como sucede en organismos más sencillos y con más vida. Un cañón puede dar cuenta de un elefante poderoso, pero un elefante herido domina fácilmente a un cañón roto. La monarquía prusiana del siglo XVIII o de ahora, puede formar un ejército muy fuerte infundiendo miedo en los soldados. Pero tiene que contar con la posibilidad permanente de que un día los soldados tengan más miedo al enemigo que a sus propios oficiales. El alcantarillado de las ciudades, mientras se conserva firme, es una seguridad para todos, pero si se agrieta, implica una concentración de venenos, una explosión de gérmenes mortales como la dinamita, una pestilencia. Así, evidentemente, la mejor maquinaria, muy útil para ahorrar trabajo humano, es también más inútil para resistir una intervención humana. Podrá ser más fácil obtener chocolate de balde de un tendero que de una máquina automática. Pero si alguien se las arregla para robar el chocolate, es muy poco probable que la máquina automática corra en pos del ladrón.

Turnbull no tardó en descubrir esa verdad respecto de la maquinaria fría, colosal, del manicomio. Había pasado por muchos estados de espíritu desde el instante que lo arrojaron de cabeza en la celda secreta, destinada a ser su morada secreta hasta la muerte. Había sentido un fuerte estallido de orgullo y de lirismo, que refluyó después, dejándolo mortalmente frío. Había conocido un período de pura curiosidad científica, durante el cual examinó todos los azulejos de la celda con la lisonjera conclusión de que todos eran iguales de forma y tamaño; pero le desconcertó grandemente el ángulo en que terminaba el muro, y también una clavija de hierro, hincada en la pared, y cuyo destino desconocía aún. Después tuvo un período de franca locura que no es para descrito por hombres decentes, sino por aquellos pocos novelistas sucios a quienes azuza el cazador infernal para abatir y humillar la naturaleza humana. También esto pasó, dejando tras sí una aversión febril hacia muchos de los objetos que le rodeaban. Mucho

después de haber recobrado la cordura y cierta jovialidad desesperada, como podría sentirla un hombre en una isla desierta, aborrecía los cuadrados regulares cortados en la pared y el suelo, y el ángulo en que terminaba su corredor. Sobre todo, tenía un odio profundo, como el infierno en que no creía, a la clavija de hierro, sin empleo conocido, puesta en la pared. Pero en todos sus raptos de humor, cuerdo o loco, intolerante o estoico, nunca dudó de esto: que aquella máquina lo retenía tan sin esfuerzo y tan sin remedio como desde su nacimiento pertenecía irremediabilmente al cosmos de su credo filosófico. Conocía bien los crueles e inagotables recursos de nuestra civilización científica. No esperaba evadirse de un certificado médico más fácilmente que del sistema solar. Muchas veces, cuando se creía un Robinsón Crusoe, pensaba cariñosamente en Maclan, como en un camarada de escuela, pependenciero, muerto hacía mucho tiempo. Pensó dejar en la celda, cuando muriese, una relación precisa de sus opiniones, y se quedó asombrado cuando empezó a escribirlas en pedazos de sobres que halló en sus bolsillos, al descubrir lo mucho que habían cambiado. Después, acordándose de la torre de Beauchamps, trató de escribir su ardiente escepticismo en la pared, y descubrió que toda era de bruñidos azulejos en los que no podía escribirse ni probarse nada. Por un momento vino sobre él, rompiendo como una ola enorme, el horror de la prisión científica, que se las compone para privar a un hombre, no sólo de libertad, sino de los fortuitos alivios de su encierro. En las inmundas mazmorras antiguas, los hombres podían grabar en la piedra sus plegarias o sus protestas. Aquí, los muros blancos, escurridizos, se negaban incluso a servir de testimonio. Los presos, antiguamente, podían domesticar una mosca o un escarabajo salido de un agujero. Aquí, todas las mañanas, una compuerta automática lavaba los muros imperforables. No había corrupción natural ni consunción piadosa mediante las que pudiese penetrar en la celda una cosa viva. Entonces Jaime Turnbull consideró y vió el grande e invencible odio de la sociedad en que vivía, y vió el odio de otra cosa además, que no era, como se dijo a sí mismo muchas veces, el cosmos en que creía. Pero en todo ese tiempo, ni una vez sola dudó de que los cinco lados de su celda constituían para él, en adelante, los límites del mundo; de modo que se estremeció de sorpresa al descubrir una claridad tenue en la rotura del tubo de ventilación. Es que se había olvidado de que la eficacia de un mecanismo pide una apretada conexión de cada cosa, y que, por tanto, es muy fácil que un tubo, aquí o allá, reviente.

Turnbull introdujo el dedo índice en el boquete, y al cabo se las arregló

para hacer un poco mayor la rotura. La claridad que venía del otro lado era muy débil y, al parecer, indirecta, como si cayese de algún hueco o ventana más altos. Y cuando se esforzaba en perforar con la vista aquella turbia claridad, quedó pasmado de ver que otro dedo humano, largo y flaco, venía sobre el conducto roto y lo enganchaba en alto. El boquete por donde entraba la claridad quedó de pronto obstruido y tenebroso, probablemente por un rostro y una boca, porque un sonido humano salió del tubo, aunque no se pudiese distinguir las palabras.

—¿Quién está ahí? —preguntó Turnbull, temblando de emoción, pero serena y firmemente resuelto a no desperdiciar ninguna coyuntura.

Tras unos pocos sonidos confusos, oyó que decían con fuerte acento de Argyleshire:

—Oiga usted, Turnbull, no podemos batirnos a través de este agujero. ¿Verdad que no?

Sentimientos inefables surgieron en Turnbull y lo dejaron sin habla el tiempo suficiente para que el silencio fuese penoso. Luego, dijo con su jovialidad de siempre:

—Opino que hablemos primero un poco. No tengo gana de matar al primer hombre que encuentro después de diez millones de años.

—Comprendo lo que usted dice —contestó el otro—. Ha sido horrible. Durante un mes mortal he estado sólo con Dios.

Turnbull se estremeció y tuvo en la punta de la lengua esta respuesta: «¿Sólo con Dios? Entonces no sabe usted lo que es la soledad». Pero, al fin, respondió en su modo provocativo:

—¿Estaba usted sólo con Dios? Supongo que la compañía de Su Majestad será un poco monótona.

—¡Oh, no! —dijo Maclan, temblándole la voz—. Era demasiado impresionante.

Tras un silencio largo, la voz de Maclan dijo:

—¿Qué cosa detesta usted más en la celda?

—Si lo dijese, pensaría usted que estoy loco de veras —respondió Turnbull, amargamente.

—Entonces, será la misma que yo detesto —dijo la otra voz.

—Estoy seguro de que no es la misma —dijo Turnbull—, porque no tiene pies ni cabeza. Quizás he perdido el juicio, pero lo que detesto, sobre todo, más que el maldito cacao, más que la desolación maldita, es la barra de hierro clavada en la pared de la izquierda. ¿Tiene usted otra igual en su celda?

—Ahora no —replicó Maclan con serenidad—. La he arrancado.

Su compañero de prisión no pudo más que repetir esas palabras.

—La arranqué el otro día, que tuve perdida la cabeza —prosiguió el montañés con voz tranquila—. ¡Parecía una cosa tan inútil!

—Debe usted tener una fuerza espantosa —dijo Turnbull.

—Cuando uno está loco, es fuerte —respondió sin darse importancia—. Además, se movía un poco. Ni aun después de quitarla he descubierto para qué servía. Pero he encontrado una cosa mucho más sorprendente.

—¿Qué dice usted? —preguntó Turnbull.

—He encontrado dónde está A —dijo el otro.

Tres semanas después Maclan había conseguido abrir una comunicación que aclaró el sentido de sus palabras. En ese tiempo, los dos cautivos descubrieron y demostraron plenamente la debilidad inherente a la naturaleza misma de la maquinaria moderna, a que ya hicimos referencia. El hecho mismo de estar aislados de toda suerte de compañeros, implicaba estar libres de espías, y al no haber carceleros a quienes corromper, tampoco los había quienes burlar. La maquinaria les servía el cacao y les limpiaba la celda; esta maquinaria era tan incorregible como implacable.

Un pequeño trabajo, pacientemente guiado un día tras otro por sus indicaciones mutuas, abrió en la pared un boquete irregular, en el mismo punto donde habían estado los agujeritos de la ventilación, de suficiente anchura para que pudiese pasar un hombre de poca talla. Turnbull saltó

como pudo al aposento de Maclan, y a la primera ojeada vió que la clavija de hierro había sido arrancada de su alvéolo, dejando además un boquete irregular que se abría sobre una oquedad existente al otro lado. Fuera de esto, la celda de Maclan era la repetición cabal de la de Turnbull: un largo cuadrilongo terminado en cuña y forrado de fríos azulejos relucientes. El agujerillo que se formó al arrancar la clavija estaba en uno de los muros oblicuos del extremo, el más próximo a la celda de Turnbull. Éste lo miraba confuso.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—Otra celda —repuso Maclan con brevedad.

—¿Pero dónde estará la puerta? —dijo su compañero más desconcertado aún—. Las puertas de nuestras celdas están en el otro extremo.

—No tiene puerta —dijo Evan.

En la pausa que siguió, impuesta por la perplejidad, Turnbull advirtió que, a pesar suyo, sentimientos siniestros invadían su alma inquebrantable. La idea del aposento sin puerta lo congelaba, despertándole esa curiosidad sin discernimiento que se siente al empezar a comprender una cosa horrible.

—Jaime Turnbull —dijo Maclan en voz baja y temblorosa—, esta gente nos aborrece más que Nerón a los cristianos, y nos teme más que hombre alguno temía a Nerón. Han cubierto toda Inglaterra de gentes que corrían frenéticas para capturarnos y suprimirnos, para matarnos. Y nos han matado, porque esto que hemos hecho usted y yo no es más que un agujero en nuestros ataúdes. Pero aunque el odio que sienten por nosotros sea más grande que el que sentían por Bonaparte y tan manifiesto y práctico como el que sentirían por Jack el Destripador, todavía no somos nosotros a quienes aborrece más la gente de esta casa.

Turnbull seguía sintiendo tal impaciencia que le daban calambres y escalofríos en la espina dorsal; nunca se había visto tan próximo de la superstición y del supernaturalismo, que tampoco era una superstición agradable.

—Hay otro hombre más temido y aborrecido —prosiguió Maclan, en voz baja y monótona— y lo han sepultado aún más hondo. Dios sabe cómo lo

han hecho, porque no lo han entrado aquí por puerta ni ventana, ni lo han descolgado por una abertura del techo. Me imagino que las clavijas de hierro, a que hemos tomado odio usted y yo, han sido parte de alguna maldita maquinaria para emparedarlo. Ahí está. Lo he mirado por ese agujerillo; pero no puedo mirarlo mucho tiempo, porque vuelve la cara hacia otro lado y no se mueve.

Turnbull dió salida a sus insólitos y truncados sentimientos precipitándose a la abertura y mirando el aposento ignoto.

Era una tercera celda oblonga, exactamente como las otras dos, excepto que no tenía puerta y excepto que en una de las paredes estaba pintada una A mayúscula negra, como la B y la C en la parte exterior de las puertas. En este caso, la letra no estaba pintada en la parte exterior, porque el encierro no tenía exterior.

Sobre un solado del mismo género de azulejos, cuyos monótonos cuadros habían enloquecido los ojos y el cerebro de Turnbull, se sentaba un individuo de sorprendente pequeñez, incluso viéndolo en aquella postura. Había sin duda algo de infantil en su apariencia, sólo que su enorme cabeza estaba cubierta de pelo canoso. Se envolvía, con tanta escasez como inseguridad, en lo que pudieran ser restos de una bata de franela oscura; una taza de cacao, vacía, posaba en el suelo, junto a él; y la criatura pendía su enorme cabeza gris en una actitud reveladora de atención y examen, que, en medio de tal acumulación de misterios y melancolías, chocaba por su comicidad.

Turnbull estuvo quieto seis segundos, y no pudiendo resistir más, llamó al exiguo ser... el cielo sabe con qué palabras. El objeto aquel se irguió con la prontitud de un bicho, y, volviéndose, descubrió dos ojos de lechuza y una barba enorme, gris y blanca, no muy desemejante del plumaje de una lechuza. Esta barba descomunal lo cubría materialmente hasta los pies (que no estaban muy lejos), y quizás era esto lo mejor que podía pasar, porque en cuanto se movía, jirones del residuo de su ropa se le caían al suelo. Se habla comúnmente de un rostro de pergamino, pero el rostro del viejo estaba tan arrugado que parecía un pergamino cubierto de jeroglíficos. Las rayas del rostro eran tan profundas y complicadas que podían contarse cinco o diez rostros diferentes, además del verdadero, como sucede con las líneas de un papel de empapelar de dibujo complicado. En cambio, si su rostro parecía un escrito más antiguo que los diosas, sus ojos eran muy brillantes, azules, y miraban asombrados como

los de un pequeñuelo. Parecía que los hubiesen colocado en la cabeza un momento antes.

Todo pendía, por modo tan obvio, de que el monstruo hablase, que Turnbull no supo o no le importó si él mismo había hablado. Quizás dijo algo, quizás nada. Y aguardó la voz exigua que tenían escondida bajo las montañas del mundo. Al fin, la voz habló, y en inglés, con un acento ni latino ni teutón. Desplegó de pronto un dedo índice, largo y sucio, y gritó con la voz de un niño que hace un descubrimiento.

—Eso es un agujero.

Digirió durante unos segundos el descubrimiento, chupándose el dedo, y después gritó con un cacareo de risa:

—Y eso es una cabeza que se asoma.

La enérgica hilaridad del idiota en su actitud, produjo náuseas a Turnbull. Se había habituado a tolerar a los tristes locos, farfullantes, que se arrastraban por el hermoso jardín del manicomio. Pero la combinación de una firmeza tan jovial con un cuerpo sin seso era algún tanto nueva y subversiva del universo.

—¿Por qué lo han puesto a usted en este sitio? —preguntó al fin con embarazo.

—Buen sitio. Sí —dijo el viejo, moviendo la cabeza muchas veces y radiante como un propietario halagado en su vanidad—. Buena forma. Largo y estrecho, con punta. Así.

Y deleitándose, trazó en el aire con las manos el mapa del aposento.

—Pero esto no es lo mejor —añadió confidencialmente—. Los cuadrados, muy buenos; tengo una vacación muy larga y puedo contarlos. Pero esto no es lo mejor.

—¿Qué es lo mejor? —preguntó Turnbull muy acongojado.

—Lo mejor, la barra de hierro —dijo el viejo, abriendo sus llameantes ojos azules—. Se desclava.

Las palabras que habló después Turnbull le brotaron por pura piedad:

—¿Podemos hacer algo por usted?

—Estoy muy contento —dijo el otro, como si delectase—. Es usted muy bueno. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No; me parece que no puede usted, señor —dijo Turnbull con acerba emoción—. Me alegro de que por lo menos esté usted contento.

El portentoso viejo abrió sus grandes ojos azules y miró a Turnbull con una fijeza extraordinariamente grave.

—¿Está usted enteramente seguro —dijo— de que no puedo ayudar a usted?

—Enteramente seguro, gracias —dijo Turnbull con brevedad cortada—. Buenos días.

Se volvió luego a Maclan, que estaba pegado a sus espaldas, y cuyo rostro, ya familiar a Turnbull en todas sus expresiones, le dijo fácilmente que Evan había oído todo el extraño coloquio.

—¡Malditas sean esas fieras crueles! —gritó Turnbull—. Enterrándolo vivo, le han vuelto imbécil. Tiene el cerebro como la punta de un alfiler.

—¿Está usted seguro de que es un lunático? —dijo Evan lentamente.

—Lunático, no —dijo Turnbull—; idiota. Todo lo que hace es señalar las cosas y decir que se desclavan.

—Tiene como una idea de que podría ayudarnos —dijo Maclan tristemente, y encaminó sus pasos hacia el otro extremo de la celda.

—Sí; era un poco patético —asintió Turnbull—. Tal ser, ofreciéndonos ayuda, y además... Pero ¡eh!, ¡eh!, ¿qué pasa?

—¡Dios omnipotente nos guíe! —dijo Maclan.

En pie, sombrío y silencioso al otro extremo de la celda, contemplaba la puerta que durante treinta días los había guardado herméticamente del sol. Turnbull, siguiendo la mirada del otro, se fijó también en la puerta, y soltó igualmente una exclamación. La puerta de hierro se había

entreabierto cosa de pulgada y media.

—Decía —comenzó Evan temblándole la voz—, ofrecía...

—¡Vámonos, loco! —vociferó Turnbull con energía repentina y furiosa—. Ahora lo comprendo todo; tenemos la suerte mejor del mundo. Cuando usted ha arrancado la clavija de hierro que mantenía cerrada esa celda, se ha descompuesto algo en la maquinaria y las puertas se han abierto.

Tomando a Maclan por el codo lo sacó en volandas al pasillo franco y echaron a correr hasta que en una ventana medio obstruida vieron claridad del día.

De todos modos —dijo Maclan, como si prosiguiera una conversación— nos preguntó si podía ayudarnos en algo.

Todo el desierto de pasadizos sin ventanas estaba construido tan en lo hondo de aquel alcázar del miedo que, al parecer, transcurrió más de una hora antes de que los fugitivos vislumbrasen el mundo exterior. No sabían siquiera en qué hora del día estaban; y cuando al revolver una esquina vieron que el túnel liso del corredor concluía de pronto en una luminosa plazoleta del jardín, el césped como inflamado por el sol poniente, que le hace parecer de oro más que verde, se les antojó que la repentina salida a la tierra era un boquete abierto en el cercado del cielo. Tan sólo una o dos veces en la vida puede un hombre ver así el universo desde fuera y contemplar la existencia misma como una aventura adorable todavía sin empezar. Al descubrir la salida luminosa de aquel laberinto informe, ambos tuvieron simultáneamente la sensación de ser niños nonatos, y que Dios les preguntaba si querían vivir en la tierra. La contemplaban desde una de las siete puertas del Edén.

Turnbull fué el primero en saltar al jardín, de un salto tan despegado de la tierra como de quien realmente despliega las alas y vuela. Maclan, que le siguió un instante después, estaba menos poseído de puro gusto animal, y lleno solamente del gozo tímido, tembloroso, que le daba el claro e inocente color de las flores y los árboles altaneros y santos. De un bote se pusieron en aquel luminoso y fresco paisaje, y cabalmente junto a la salida encontraron al caballero del traje negro y del mentón hendido, que les

miraba sonriendo; y su mentón parecía más y más largo conforme sonreía.

XVIII. ¿Dónde he visto esa cara?

Detrás de él estaban los otros dos médicos; uno, el acostumbrado doctor Quayle, el de los ojos miopes y la voz balante; el otro, de tipo más vulgar, pero mucho más enérgico, era un médico joven, corpulento, de pelo corto bien alisado y el rostro redondo y resuelto. Al darse cuenta de la fuga, los dos subordinados lanzaron un grito y salieron corriendo, pero el jefe permaneció quieto, sonriente, y la falta de su apoyo los contuvo, como si los congelase en la actitud misma de perseguir.

—¡Déjenlos! —gritó con voz que cortaba como una hoja de hielo, pero de un hielo terrible y primordial que nunca hubiese sido agua—. No necesito paladines celosos —prosiguió la voz cortante—. Hasta el ardimiento de los propios amigos concluye por cansarnos. No supondrán ustedes que iba a dejar a esos lunáticos fuera de sus celdas sin buenas razones para ello. Tengo la mejor, la más decisiva de las razones. Hoy se les puede dejar fuera de su celda, porque hoy el mundo entero se les ha convertido en una celda. Se acabó la mascarada medieval de cadenas y portones. Que anden por la tierra, como antes por este jardín, y seguiré siendo con facilidad su dueño. Que tomen las alas de la mañana y habiten los más remotos confines del mar; allí estoy yo. ¿Dónde podrán esquivar mi presencia, dónde podrán huir de mi genio? Valor, doctor Quayle, y no se desanime. Los días de verdadera tiranía en la tierra no han hecho más que empezar.

Con esto, el jefe se echó a reír y dió media vuelta separándose de ellos, como si su risa fuese cosa mala de ver por la gente.

—¿Podría hablar con usted un momento? —dijo Turnbull adelantándose con respetuosa determinación. Pero los hombros del maestro, que prosiguió su camino, denotaron con su movimiento mayor e inesperada burla.

Turnbull se volvió con gran brusquedad a los otros dos médicos, y les dijo duramente:

—¿Qué diantres quiere decir eso...? ¿Y ustedes, quiénes son?

—Me llamo Hutton —dijo el más pequeño y robusto— y soy... ¡bueno!, uno de los que se ocupan en sostener este establecimiento.

—Me llamo Turnbull —dijo el otro— y soy uno de los que se ocupan en demolerlo hasta los cimientos.

El médico más pequeño sonrió, y Turnbull se sintió de pronto fortificado por su propia cólera.

—Pero no es eso de lo quiero hablar —prosiguió con calma—. Únicamente deseo saber qué pretende decir el director del manicomio.

La sonrisa del doctor Hutton se dilató en una risa que por su misma brevedad, permitía sospechar su apuro.

—Supongo que no da usted importancia a su pregunta —dijo.

—Es una pregunta sincera —dijo Turnbull— que merece ser contestada sinceramente. ¿Por qué nos ha tenido el director encerrados como en frascos de conserva durante todo un mes, y por qué ahora nos deja pasear en libertad por el jardín?

—Si no lo entiendo mal —dijo Hutton, arqueando las cejas—, su queja de usted consiste en que le dejan andar libre por el jardín.

—Mi queja consiste —dijo Turnbull porfiadamente— en que si ahora estoy bueno para andar suelto, no lo estaba menos hace un mes. Nadie me ha reconocido, nadie se me ha acercado. Su jefe de usted dice que estoy libre únicamente porque ha tomado otras disposiciones. ¿Cuáles?

El médico joven carirredondo bajó los ojos un momento, y fumaba con aire reflexivo. El otro médico, el más viejo de los dos, se había escabullido y medía nerviosamente y a pasitos cortos la pradera. Al cabo, la cara redonda se alzó de nuevo, mostrando dos ojos azules, redondos, con cierta expresión de franqueza.

—Bueno; no veo qué daño puede haber en decírselo a usted ahora —dijo—. Han estado ustedes encerrados todo ese tiempo porque precisamente durante ese mes el maestro estaba realizando su plan. Procuraba que el Parlamento aprobase su proyecto de ley y organizaba la

nueva policía médica. Pero, claro está: no ha oído usted hablar de nada de esto; en realidad, no le concierne.

—¿Oído hablar de qué? —preguntó el impaciente investigador.

—Ahora hay una ley nueva, y los poderes del manicomio se han extendido mucho. Aunque se fugase usted, cualquier policía en la población más próxima lo prendería, como no exhibiese usted un certificado de salud mental expedido por nosotros. El maestro ha presentado ante las dos Cámaras del Parlamento la verdadera objeción científica contra toda la legislación vigente sobre la demencia. Como dijo con mucha razón, el error consistía en suponer que la insania es simplemente una excepción o un caso extremo. La insania, como la inatención, es sencillamente una cualidad en que participan más o menos todos los seres humanos; y en la práctica es más necesario conocer qué espíritu se halla realmente en estado normal que no los ataques de alteraciones accidentales. Por lo tanto, hemos vuelto del revés el método que existía, y ahora la gente tiene que acreditar que está cuerda. En la primera aldea a que usted llegase, el alguacil del lugar vería que no llevaba usted en la solapa izquierda la pequeña S de metal que ahora necesitan todos para circular fuera de los límites del manicomio, o pasadas las horas que fija su reglamento.

—¿De modo que, según usted? —dijo Turnbull—, ¿eso es lo que el director ha defendido ante la Cámara de los Comunes?

El doctor Hutton inclinó la cabeza gravemente.

—¿Y, según usted —gritó Turnbull, bufando—, esa proposición ha triunfado en una asamblea que se llama democrática?

El doctor sonrió, mostrando toda la dentadura.

—¡Oh! La asamblea se llama ahora socialista —dijo— pero nosotros le hicimos ver que era una cuestión para hombres de ciencia.

Turnbull dió un pisotón en la arena, y recogiendo sus fuerzas prosiguió:

—¿Pero por qué su infernal médico-director nos ha encerrado en celdas separadas mientras convertía a Inglaterra en casa de locos? Yo no soy el primer ministro; tampoco éramos la Cámara de los Lores.

—No tenía miedo del primer ministro —replicó el doctor Hutton—. No tiene

miedo de la Cámara de los Lores. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Turnbull, dando otro pisotón.

—Tiene miedo de ustedes —dijo Hutton, con sencillez—. ¡Cómo! ¿No lo sabían ustedes?

Maclan, que aún no había hablado, se adelantó de una zancada, temblándole los miembros, brillantes los ojos.

—¡Tenía miedo! —comenzó a decir, rápidamente—. Quiere usted decir que...

—Quiero decir la pura verdad, ahora que el peligro ha pasado —dijo Hutton con calma—. Con toda certeza, ustedes eran las dos únicas personas a quienes tenía miedo.

Después añadió en voz baja, pero audible:

—Excepto una, a quien temía más, y la ha sepultado más hondo.

—Vámonos —gritó Maclan—. Esto merece pensarse.

Turnbull le siguió en silencio según se alejaba, pero un momento antes de perderse de vista se volvió y habló de nuevo a los doctores.

—¿Cómo ha podido manejar al pueblo? —preguntó bruscamente—. ¿Es que toda Inglaterra se ha vuelto tonta a propósito de una tontería?

El doctor Hutton sonrió de nuevo abiertamente, e hizo una inclinación leve.

—Se envanecería usted demasiado...

Turnbull dió media vuelta sin más palabras, y él y su compañero se perdieron en la brillante fronda del jardín. No encontraron nada nuevo y notable en el lugar, salvo que el jardín parecía más exquisito en el oscurecer y que había mucha más gente, fuesen enfermos o servidores, paseando en él.

Según estaban los dos médicos de las levitas negras en la pradera, apareció por detrás de ellos y se les adelantó con paso vivo otro individuo vestido a su semejanza, también de pelo entrecano y levita abierta

flotante. Tanto su resuelto andar como su vestimenta negra estaban diciendo que era médico también, o, por lo menos, hombre de autoridad, y Turnbull, al verle pasar a su lado, recibió, con una sacudida, la fuerte impresión de haberlo visto antes en alguna parte. No era persona a quien conociese mucho, pero estaba seguro de haber estado mirándola fijamente en otra ocasión. No era el rostro de un amigo ni el de un enemigo, no suscitaba irritación ni ternura; sin embargo, el rostro aquel había tenido, ignoraba por qué razón, gran importancia en su vida. Volviéndose una vez y otra, y a fuerza de dar rodeos por el jardín, se las arregló para estudiar repetidamente el rostro de aquel hombre, rostro un poco militar, con bigote y monóculo, uno de esos rostros de corte aristocrático pero sin distinción. En su existencia, de inquebrantable salud, Turnbull no recordaba médico alguno. ¿Sería un pariente perdido de vista desde mucho antes, o sencillamente un individuo que se había sentado con frecuencia frente a él en los trenes? En tal momento, el hombre dejó caer el monóculo con un gesto de fastidio; Turnbull recordó el gesto, y la verdad surgió palpable ante él. El hombre de los bigotes era Cumberland Vane, aquel juez de Londres ante quien Maclan y Turnbull habían comparecido en cierta ocasión para ser juzgados. Sin duda, lo habían trasladado a otras funciones oficiales, a un puesto relacionado con la inspección de los manicomios.

El corazón de Turnbull saltó, con emoción que era casi de esperanza. Como magistrado, Mr. Cumberland Vane había sido un poco negligente y superficial, pero benigno sin duda alguna, y accesible al sentido común en cuanto se lo representaban en el estricto lenguaje convencional. Y era, cuando menos, autoridad más humana y reparadora que el extravagante sujeto de la barba cabruna o que el demonio del mentón hendido.

Se fué en derechura al magistrado y le dijo:

—Buenas tardes, Mr. Vane. No sé si se acordará usted de mí.

Cumberland Vane se atornilló un momento el monóculo en su faz ceñuda, y dijo con tono breve, pero sin descortesía:

—Sí, señor; me acuerdo de usted; una agresión... una riña..., ¿no fué eso? Un individuo le rompió a usted la vidriera. Un sujeto alto... Mac... no sé cuántos. Después ha dado mucho que hablar.

—Se llama Maclan, señor —dijo Turnbull, respetuosamente—. Está aquí

conmigo.

—¡Ea! —dijo Vane, tajante—. ¡El diablo lo lleve! ¿Tenía por qué meterse en este enredo?

—Mr. Vane —dijo Turnbull, pacíficamente—, no pretendo que ni él ni yo nos condujésemos muy correctamente en aquella ocasión. Fué usted muy indulgente con nosotros, y aunque pudo usted tratarnos como a criminales, no lo hizo. Por eso estoy seguro de que se dignará usted atestiguar que, aun siendo delincuentes, no estamos locos, ni en el sentido médico ni en el sentido legal. Estoy seguro de que interpondrá su influencia en nuestro favor.

—¡Mi influencia! —repitió el magistrado con leve sobresalto—. No le entiendo a usted bien.

—No conozco las funciones que desempeña usted aquí —continuó Turnbull, gravemente—, pero con seguridad son importantes, dada la autoridad de que está usted investido legalmente. Sea que haya usted venido a visitar e inspeccionar la casa, o que esté usted agregado a ella como asesor jurídico permanente, la opinión de usted puede...

Cumberland Vane estalló en ruidosos juramentos; el furor y el desprecio transfiguraron su rostro y, sin embargo, por extraño caso, su cólera no parecía recaer especialmente sobre Turnbull.

—¡Qué Dios nos ampare! —dijo por fin, anhelante—. No estoy aquí como funcionario. Estoy aquí como paciente. El maldito hatajo de droguistas pincharratas se empeña en que he perdido el juicio.

—¡Usted! —dijo Turnbull con énfasis terrible—. ¡Usted! ¡Perder usted el juicio!

Impulsado por su sincero asombro ante una inverosimilitud tan pronunciada, Turnbull iba a añadir: «¡Pero qué! ¡Si no tenía usted ninguno que perder!». Afortunadamente, le acudieron los residuos de su diplomacia escarmentada.

—Eso no puede durar —dijo posteriormente—. Hombres como Maclan y yo podemos padecer injustamente toda la vida; pero un hombre como usted ha de tener influencia.

—Ahora no hay más que un hombre que tenga alguna influencia en Inglaterra —dijo Vane, y su voz alterada recobró de pronto una calma probante.

—¿A quién se refiere usted? —preguntó Turnbull.

—Me refiero a ese maldito sujeto del mentón hendido —dijo el otro.

—¿Es verdad —preguntó Turnbull— que le han dejado adquirir una posición tan fuerte y predominante? ¿Quién ha puesto al país en tal estado?

Mr. Cumberland Vane soltó la carcajada.

—¿Quién ha puesto al país en tal estado? —preguntó—. Pues, ustedes mismos. Después de todo, al ser usted bastante loco para aceptar un duelo con Maclan, todo el mundo estaba dispuesto a creer que el Banco de Inglaterra iba a pintar su casa de color de rosa con lunares blancos, o cualquier otra extravagancia.

—No comprendo —respondió Turnbull—. ¿Por qué les sorprendía a ustedes tanto mi desafío? He luchado siempre, me parece.

—Pues, verá usted —dijo Cumberland Vane, vivamente—. Usted no cree en la religión; de ahí que todos pensásemos que la sensatez quedaría a salvo. Llegó usted con sus palabras más allá de los límites que casi todos aceptábamos; no es bueno lastimar los sentimientos íntimos de nadie, a mi entender. Pero claro es que todos le dábamos a usted la razón, y, de hecho, confiábamos en usted.

—¿De veras? —dijo el director de *El Ateísta*, acongojado—. Deploro que no me dijese usted eso a tiempo.

Se alejó con mucha rapidez, y fué a dejarse caer en un banco rústico; durante unos seis minutos, sus propios errores le ocultaron el hecho enorme e hilarante de que Cumberland Vane hubiese sido encerrado por loco.

La traza del jardín del manicomio era tan perfecta y respondía con tal primor a cada momento de la luz que casi permitía imaginar que los rayos del sol, prisioneros, estaban enredados a los árboles de viva coloración,

como los magos de Gotham intentaron encadenar la primavera a un arbusto. Dijérase que este paraíso irónico guardaba para sí un albor sin semejante, un poniente especial, mientras el resto del globo terráqueo giraba surcando sus horas ordinarias. Hubo, en particular, un anochecido de que Maclan se acordará hasta el instante mismo de su muerte. Era un cielo que los artistas llaman de asfódelo, pero incluso esta referencia al asfódelo es grosera. El tono era de ese amarillo inocente y solitario, que nunca ha oído hablar del naranja, por más que pueda, con plena inconsciencia, mudarse en verde. Las cimas, pudiera decirse los torreones, de los árboles recortados y alineados, se diseñaban contra el cielo con veladuras del violeta sombrío que tiñe la sumidad del espliego. La luna nueva blanca era perceptible apenas en la tenuidad del amarillo. Maclan, repito, se acordará de este anochecer transparente y suave, en parte por su oro y plata virginales, y en parte por haber transcurrido en los instantes más horribles de su vida.

Turnbull continuaba en su asiento, sobre el césped, y el atardecer dorado hacía mella incluso en su natural positivista, como de seguro habría impresionado a unos bueyes pastando. De su abandono contemplativo y pavoroso salió bruscamente viendo a Maclan romper por entre los arbustos y cruzar a la carrera el prado, con agitación no vista en él hasta entonces, a pesar de la experiencia que Turnbull tenía de los excéntricos arranques del celta. Maclan se derrumbó en el banco, sacudiéndolo hasta hacerlo rechinar y apretándolo con las rodillas, como quien está aquejado de un terrible dolor. Carrera y caída tan singulares son típicas de un hombre atacado de un mal repentino e incurable, mordido por una víbora, condenado a la horca. Turnbull abrió los ojos sobre el rostro blanco de su amigo y enemigo, y lo que vió en él casi le dejó helado. Había visto otras veces los ojos azules, pero sombríos, del montañés, turbados por tales tempestades como las que agitan los mares de su país nativo, en la Escocia occidental, pero siempre, a través de la tormenta, transparecía la estrella fija de su fe. Ahora, la estrella había desaparecido, y quedaba no más que el padecer.

Con todo, Maclan tuvo fuerzas para contestar a la pregunta que Turnbull, dominado por la sorpresa, no tenía fuerza para formular.

—¡Tienen razón! ¡Tienen razón! —gritó—. ¡Oh, Dios mío! ¡Tienen razón, Turnbull! Este es mi sitio.

Prosiguió hablando con abundancia informe, como si ya no tuviese ánimo

para escoger una palabra, o dominarla.

—Debía haberlo sospechado hace mucho tiempo... Todos mis sueños y proyectos enormes... y todo el mundo en contra nuestra... Pero yo estaba ofuscado...

—Dígame usted qué le sucede —exclamó el ateo, que ante la abrasadora pena del otro no advirtió su propio acento de afecto paternal.

—Estoy loco, Turnbull —dijo Evan, con voz apagada, y echándose atrás en el banco.

—¡Disparate! —dijo el otro, apelando al recurso de afectar una brusquedad afectuosa—. Está usted en una de tantas crisis.

Maclan movió la cabeza:

—Me conozco lo bastante —dijo— para saber a dónde llego con mis crisis, ya me abran el cielo o el infierno. Pero ver cosas... verlas corporalmente al sol, donde no pueden estar..., eso no les ocurre a los verdaderos místicos, Turnbull.

—¿Qué cosas? —preguntó el otro, incrédulo.

Maclan bajó la voz.

—La he visto —dijo— hace tres minutos... Era *ella*... paseándose en este patio del infierno.

Entre el esfuerzo por parecer burlón y el desconcierto verdadero que sentía, el rostro de Turnbull expresó confusión bastante para impedirle decir ni una palabra, en tanto que Evan proseguía con monótona sinceridad.

—La he visto pasear por detrás de aquellos árboles benditos, contra el santo cielo de oro, con tanta claridad como la veo siempre que cierro los ojos. Los cerré, los abrí de nuevo, y ella estaba aún..., es decir, no estaba, ¡claro...! Lleva todavía al cuello una piel pequeña, pero el vestido era un poco más claro que cuando la vi realmente.

—Querido cofrade —exclamó Turnbull, recobrando una risa cordial—, las quimeras se apoderan de usted. La confunde usted con alguna pobre

muchacha encerrada aquí.

—Confundirla con otra... —dijo Maclan, y las palabras le faltaron del todo.

Se reposaron unos momentos en el suave silencio del jardín vespertino, silencio sofocante para el ateo, enteramente vacío y mortal para el hombre de fe. Al cabo, prorrumpió en estas palabras:

—Bueno; en todo caso, si estoy loco, me alegro de que sea de este modo.

Turnbull murmuró alguna deprecación baja, y, fumando distraídamente, trataba de coordinar sus pensamientos; un instante después, empeñaba todos sus nervios en el esfuerzo de continuar sentado.

Por el espacio libre que un boquete entre los acebos dejaba en el cielo, de fríos tonos de plata y tenue limón, pasaba una silueta oscura, esbelta, el perfil y el garbo de una cabeza morena, de corte de pájaro, que lo clavó en el asiento, de pura sorpresa. Con trabajo se puso en pie, y dijo fingiendo indiferencia.

—¡Por vida de...! Maclan, se parece extraordinariamente...

—¡Cómo! —gritó Maclan, dando un brinco con ansiedad dolorosa—. ¿También usted la ve?

La antigua llama tornó a brillar en el fondo de sus ojos.

Las cejas leonadas de Turnbull se frunció, con muestras peculiares de curiosidad, y al mismo tiempo se lanzó con paso vivo pradera adelante. Maclan se estuvo quieto, secos y entreabiertos los labios, siguiéndole con la vista. Lo que vió le probaba o que él estaba cuerdo o que todo el universo se había vuelto loco; vió al hombre de carne y hueso acercarse al bello fantasma, vió sus ademanes al reconocerse, y les vió, contrapuestos al ocaso, darse la mano.

No pudiendo resistir más, echó a correr por el sendero, y al tomar una vuelta, vió en pie, palpable en la luz del anochecer, hablando con desenvuelta gracia a Turnbull, la propia forma y el rostro mismo de aquella cuyos rasgos pavorosamente relevados, o ya borrosos para mayor tristeza, habían poblado sus insomnios. Ella le salió al encuentro con serenidad y agrado, y le tendió la mano. En el momento de tocarla, Maclan conoció que estaba cuerdo, aunque el sistema solar estuviese loco.

La elegancia y el desembarazo de la dama eran perfectos. Una cosa terrible en las mujeres es que rehúsan conmoverse en los momentos conmovedores, porque alguien puede verlas o por otro pretexto risible. Pero Maclan estaba en peor situación para la crítica que la generalidad de los hombres, porque, realmente, la sucesión de tantos enigmas le tenía desconcertado.

Evan no recuerda hoy la pregunta que hizo, pero recuerda vivamente lo que ella contestó, y cada línea y movimiento de su rostro al contestar.

—¡Oh! ¿No lo sabe usted? —dijo, sonriente, y enarcando de pronto las cejas morenas—. ¿No ha sabido usted las noticias? Estoy loca.

Tras una breve pausa, añadió con cierto orgullo:

—Tengo un certificado.

Sus maneras, gracias al incomparable estoicismo social de su sexo, eran propias de un salón; pero la respuesta de Evan se quedó un poco corta, respecto de ese nivel, puesto que dijo únicamente:

—¿Qué diablos significan esos disparates?

—¿Nada menos? —dijo la joven, riendo.

—Dispéñseme usted —dijo el infeliz joven, con cierta aspereza—. Lo que quiero decir es ¿por qué está usted en el manicomio?

La joven soltó de nuevo una de esas risas femeninas, enloquecedoras y misteriosas; compuso luego sus facciones y replicó con adecuada dignidad:

—Bueno; si a eso vamos, ¿por qué está usted?

El hecho de que Turnbull se hubiese apartado para examinar los rododendros puede atribuirse a que el otro mundo hubiese oído las plegarias de Evan, o posiblemente a su propia y poco dichosa experiencia del mundo terreno. Pero aunque se encontraran tan solos como nuevos Adán y Eva en su Edén bonito, la dama no aflojó ni una pulgada el rigor de su tono chancero.

—Estoy encerrado en un manicomio —dijo Evan con cierto orgullo terco—,

por haber querido cumplir la promesa que hice a usted.

—Así es —respondió la incomprensible señora, que movió la cabeza, iluminado el rostro por una sonrisa—. Y yo estoy encerrada por haberme hecho usted esa promesa.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Evan—. Eso es imposible.

—¡Oh! Puede usted ver el certificado, si gusta —replicó ella con alguna altivez.

Maclan la contempló fijamente, luego se miró los zapatos, después miró al cielo, y luego a ella otra vez. Ahora tenía ya la seguridad de no estar loco, y este hecho casi aumentaba su perplejidad.

Se acercó más a ella, y dijo con voz seca y terrible:

—¡Oh! No vaya usted a jugar a los locos con un loco como yo. ¿De veras está usted aquí encerrada por enferma... porque nos ayudó a fugarnos?

—Sí —respondió ella, todavía sonriente, pero con un estremecimiento en su firme voz.

Evan, cubriéndose la frente con el codo, rompió a llorar.

El cielo, de puro color de limón, se desleía en un blanco más puro a medida que el enorme sol poniente periclitaba en silencio. Los pájaros retornaban a los árboles, la luna comenzó a lucir con brillo propio. Mr. Turnbull continuaba sus investigaciones botánicas acerca de la estructura del rododendro. Pero la dama no se movió ni una pulgada hasta que Evan no alzó de nuevo el rostro, y cuando lo hizo, el último destello de luz le dejó ver otro rostro humedecido.

Mr. Turnbull había profesado toda su vida profundo interés por la ciencia física, y observar los fenómenos de un jardín tan hermoso le recreaba verdaderamente; pero al cabo de unos tres cuartos de hora, el propio apóstol de la ciencia, empezó a encontrar fastidioso el rododendro, y sintió cierto alivio cuando el inesperado curso de los sucesos le obligó a trasladar sus investigaciones al tema no menos interesante de las malvas reales, que crecían unos cincuenta pies más lejos, siguiendo el paseo. La causa ostensible de su alejamiento fué la imprevista reaparición de sus dos conocidos, andando y hablando afanosamente por el paseo, muy

próxima la cabeza cetrina a la cabeza morena. Incluso las malvas reales entretuvieron poco tiempo a Turnbull. Estudiados rápidamente todos los principios importantes relativos al crecimiento de esas plantas, saltó por encima de un macizo de flores y se retiró a la casa. Los otros dos proseguían el sesgo curso del sendero, habla que habla. Nadie, sino Dios, sabe lo que dijeron (porque ellos lo han olvidado, de fijo), y si yo lo recordase, no lo contaría. Cuando se separaron en el término del sendero, ella alargó la mano de nuevo, con el mismo estilo de buena crianza, aunque la mano temblaba; Evan pareció reprimir un movimiento al soltarla.

—Si esto hubiese de continuar así siempre —dijo él con premura— no importaría nada que nunca saliésemos de aquí.

—Cuatro veces ha querido usted matarse por mí —dijo ella, titubeando— y yo estoy encerrada y declarada loca por causa de usted. La verdad es que después de esto...

—Sí, ya sé —dijo Evan en voz sumisa, los ojos bajos—. Después de eso, somos el uno para el otro. Somos cada uno el premio del otro... hasta que se hundan las estrellas.

Alzó de repente los ojos, y dijo:

—A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Beatriz Drake —respondió ella, con toda gravedad—. Puede usted verlo en mi certificado de demencia.

XIX. Último coloquio

Turnbull se retiraba esforzándose por encontrar la explicación de que estuviesen allí presentes dos conocidos suyos tan distintos como Vane y la joven. Iba bordeando un seto de laurel bajo, cuando un joven de estatura enorme lo salvó de un brinco, se plantó delante de Turnbull y casi se le derrumbó sobre los hombros, como si tratara de abrazarlo.

—¿No me conoce usted? —dijo casi sollozando el joven, que estaba muy excitado—. ¿No me lleva usted grabado en el corazón, camarada? Dígame, ¿qué ha hecho usted de mi yate?

—¡Suélteme usted el cuello! —dijo Turnbull, colérico—. ¿Está usted loco?

El joven se sentó en el paseo enarenado y prorrumpió en arrebatadas risas.

—No; eso es lo chistoso del caso... No estoy loco replicó. —Me han encerrado aquí, pero no estoy loco.

Y de nuevo dió suelta a su inocente alegría.

Turnbull, que ya no podía sorprenderse de nada, abriendo mucho sus redondos ojos grises, dijo:

—¿Es Mr. Wilkinson, me parece?

No encontró otra cosa que decir.

El buen mozo, sentado en la arena, hizo una inclinación de cabeza y repuso:

—Para servir a usted. No confundirse con los Wilkinson de Cumberland. Pues como decía, camarada: ¿qué ha hecho usted de mi yate? Ya ve usted, me han encerrado aquí..., en este jardín..., y el yate sería una distracción para un soltero.

—Crea usted que estoy horriblemente apenado —comenzó a decir Turnbull, en el último grado de desconcierto y exasperación—, pero en realidad...

—¡Oh! Ya veo que no puede usted llevarlo consigo en este momento —dijo Mr. Wilkinson, con magnánima comprensión.

—Bueno; el caso es... —empezó de nuevo Turnbull, y al punto la frase se heló en sus labios, porque desembocando de una revuelta del paseo aparecieron el rostro de chivo y los lentes chispeantes del Dr. Quayle.

—¡Ah, mi querido Mr. Wilkinson! —dijo el doctor, como si le deleitase el encuentro—. Y Mr. Turnbull, además. Bueno, tengo que hablar con Mr. Turnbull.

Mr. Turnbull hizo un movimiento, más de sumisión que de asenso, y el doctor lo recogió con finura, mostrando algunos dientes más que los dos incisivos del centro.

—Estoy seguro de que Mr. Wilkinson nos dispensará por un momento.

Y revolándosele la levita, se llevó a Turnbull rápidamente a la vuelta de un sendero.

—Mi querido señor —dijo con tono de lo más afectuoso—, no tengo reparo en decir a usted... como su caso da tantas esperanzas..., usted comprende tan bien el punto de vista científico..., y no me gusta verle a usted importunado por los casos realmente desesperados. Son monótonos, enloquecedores. Ese con quien hablaba usted ahora, pobre muchacho, es de los casos más típicos de pura *idée fixe* que tenemos aquí. Es muy triste, y temo que completamente incurable. Se mantiene en decir a todo el mundo —y el doctor bajó la voz confidencialmente—, dice a todo el mundo que dos individuos le han quitado el yate. El relato que hace de su pérdida es de lo más incoherente.

Turnbull descargó un pisotón en el paseo enarenado y exclamó:

—¡Oh! Esto no se puede sufrir. Verdaderamente...

—Ya sé, ya sé —dijo el psicólogo, apesadumbrado—, es caso de lo más lastimoso, y por fortuna, caso muy raro. Tan raro es, en efecto, que en la clasificación de estas enfermedades, ha venido a encabezar la serie a que

da nombre: Perdinavitis, inflamación mental que produce al enfermo la impresión de haber perdido un navío. En realidad —añadió con cierto rubor—, es un timbre de gloria para mí. Yo he descubierto el único caso existente de perdinavitis.

—Pero eso no puede ser, doctor —dijo Turnbull, casi mesándose el cabello—. No puede ser, de ningún modo. Ese hombre ha perdido de veras el yate. Yo se lo quité. Porque es verdad lo digo.

El Dr. Quayle se revolvió en su levita forrada de seda, que crujía, y clavó en Turnbull una mirada singular. Luego, con amable solicitud, dijo:

—Pues claro está, usted se lo quitó. Eso es, eso es.

Y con ademanes corteses se fué, paseo adelante. Se detuvo bajo el primer árbol que encontró, y sacando el lápiz y el cuaderno de notas escribió febrilmente: «Singular complicación en el eleuteriomaníaco Turnbull. Súbita manifestación de Rapiñavitis, ilusión de haber robado un navío. Caso nunca visto hasta ahora».

Turnbull estuvo un instante dudando en silencio. Después corrió rabioso por el jardín, en busca de Maclan, igual que un marido, incluso un mal marido, correría rabioso en busca de su mujer con el ansia de hacerle una pregunta a quemarropa. Encontró a Maclan meditabundo, que se paseaba por el jardín penumbroso, después de su extraordinario encuentro con Beatriz. Nadie que le viese caminar lentamente y cabizbajo hubiera creído que su alma estaba en el séptimo cielo. No pensaba, no sentía siquiera un deseo definido. Se sumergía simplemente en los recuerdos, más que nada, en recuerdos materiales: palabras dichas con cierta inflexión, tal movimiento común del cuello, o de la muñeca. En medio de este deleite, extático y enajenado, irrumpieron el codo y la roja barba saledizos de Turnbull. Maclan dió un corto paso atrás, y a las ventanas de sus ojos acudió el alma muy despacio. Ni aun cuando tuvo la chispeante punta del acero de su adversario cerca del pecho, había estado Turnbull en tanto peligro. Porque en los tres segundos que siguieron a la interrupción, Maclan estaba de un humor como para matar a su padre.

Con todo, su cólera cedió por completo al ver el rostro de Turnbull, en el que los ojos parecían querer salirse de las órbitas. El fuego y el perfume de su joven y noble amor se desvanecieron un momento ante aquella recia agonía interrogadora.

—¿Está usted herido, Turnbull? —preguntó ansiosamente.

—Estoy muriéndome —respondió el otro con toda calma—. Estoy lo que se dice muriéndome por saber una cosa. Quiero saber lo que puede significar todo esto.

Maclan no contestó, y el otro proseguía con aspereza:

—Usted está pensando todavía en esa joven, pero yo le digo a usted que toda esta historia es increíble: Están aquí otras personas conocidas. He encontrado a Wilkinson, el dueño del yate que perdimos. He encontrado al propio juez ante quien comparecimos cuando me rompió usted los cristales. Reunir nuevamente a todas estas personas, ¿qué puede significar? Tantos antiguos amigos nunca los ve uno reunidos, como no sea en sueños.

Tras un silencio, exclamó con sinceridad desgarradora:

—¿Está usted aquí de veras, Evan? ¿Ha estado usted aquí siempre? ¿O estoy soñando?

Maclan había escuchado con vigilante silencio cada palabra, y su faz se iluminó con una de sus extraordinarias revelaciones interiores.

—No, ¡oh, buen ateo! —exclamó—. No, ¡oh, blasfemo empedernido! ¡Pío, reverente, puro, cortés blasfemo! No; no está usted soñando; está usted despertándose.

—¿Qué quiere usted decir?

—En dos estados solamente se vuelve a ver juntos a tantos amigos antiguos —dijo Maclan—. Uno es el sueño; el otro, el fin del mundo.

—Y usted dice...

—Digo que esto no es un sueño —repuso Evan con voz retumbante.

—Y quiere usted dar a entender... —comenzó a decir Turnbull.

—¡Silencio! O lo diré todo mal —dijo Maclan, anhelante—. De todos modos, es difícil de explicar. Un apocalipsis es lo opuesto a un sueño. Un

sueño es más falso que la vista exterior. Pero el fin del mundo es más real que el mundo mismo que se acaba. Yo no digo que esto sea el fin del mundo, pero es una cosa parecida... es el fin de algo. Toda la gente se va reuniendo en el mismo lugar. Cada cosa llega a punto de conclusión.

—¿Cuál es? —preguntó Turnbull.

—No puedo verlo —dijo Evan—, por su magnitud y por su misma sencillez.

Tras un silencio, añadió:

—No puedo verlo, pero trataré de describirlo. Turnbull, hace tres días vi de repente que nuestro desafío no era justo, después de todo.

—¡Hace tres días! —repitió Turnbull—. ¿Cuándo y por qué tuvo usted esa iluminación?

—Conocí que yo no estaba en lo justo —respondió Evan— en el momento de ver los ojos redondos de aquel viejo de la celda.

—¡Aquel viejo de la celda! —repitió su maravillado compañero—. ¿Dice usted aquel pobre viejo idiota que le gusta desclavar clavos?

—Sí —dijo Maclan, tras una pausa breve—. Digo el pobre viejo idiota que le gusta desclavar clavos. Al verle los ojos, al oírle hablar con aquel acento arcaico y chillón, comprendí que no habría sido justo matarlo a usted. Habría sido pecado venial.

—Muy agradecido —dijo Turnbull, refunfuñando.

—Déjeme usted continuar —dijo Maclan, con toda paciencia— porque estoy tratando de decir toda la verdad. Trato de decir más aún de lo que yo sé. Como usted ve —prosiguió, esforzándose por ser claro—, confieso que toda la gente que calificaba de locura nuestro desafío tenía razón hasta cierto punto. Así se lo confesaría al vejestorio de Cumberland Vane y a su monóculo. Se lo confesaría, incluso, al asno viejo, vestido de franela parda, que nos habló del Amor. Sí; todos tenían razón hasta cierto punto. Estoy un tanto loco.

Se detuvo y se enjugó la frente, como si literalmente estuviese haciendo un trabajo muy duro. Después, prosiguió:

—Estoy un tanto loco; pero después de todo, es locura leve. Cientos de personas, de espíritu superior, se han batido en duelo por haberles tropezado con el codo, o por el as de espadas; de suerte que el mundo entero no tenía por qué perder el seso a causa de mi ligera demencia. Cantidad de gente se ha dado muerte, antes y ahora. Pero toda Inglaterra ha caído en cautividad por el propósito de prendernos. Toda Inglaterra se ha vuelto casa de locos por el designio de probar que lo somos nosotros. Comparado con el público en general, puede decirse positivamente que estoy cuerdo.

Se detuvo otra vez, y prosiguió, en el tono de estar pariendo la verdad:

—Al ver esto, vi todas las cosas; vi la Iglesia y el mundo. Es cierto que la Iglesia, en su acción terrena, se ha contaminado de cosas mórbidas: torturas, visiones sangrientas, ráfagas de exterminio. La Iglesia ha tenido sus locuras, y yo soy una de ellas. Soy la degollina en la jornada de San Bartolomé. Soy la Inquisición de España. Yo no digo que no hayamos perdido nunca el juicio, pero afirmo que valemos para loqueros de nuestros enemigos. Matar es inicuo, aunque medie provocación, como en la jornada de San Bartolomé. Pero vuestro Nietzsche, tan moderno, os dirá que matar sin provocación, podría ser laudable. El tormento debería impedirse violentamente, aunque la Iglesia lo aplicase. Pero vuestro Tolstoi, no menos moderno, os dirá que el tormento no debe impedirse violentamente, sea quienquiera el que lo aplique. Al fin y al cabo, ¿quién es más loco, la Iglesia o el mundo? ¿Quién es más loco, el cura español que permite la tiranía o el sofista prusiano que la admira? ¿Quién es más loco, el sacerdote ruso que disuade de una rebelión justa, o el novelista ruso que la prohíbe? Esta es la experiencia final, aplastante. El mundo abandonado a sí mismo se torna más feroz que cualquier creencia. Hace pocos días, usted y yo éramos los hombres más locos de Inglaterra. Ahora, ¡santo Dios!, creo que somos los más cuerdos. La única cuestión verdadera es ésta: si la Iglesia es más loca que el mundo. Prosigan los racionalistas su carrera y veamos dónde paran. ¡Si el mundo puede hallar un equilibrio estable fuera de Dios, que lo encuentre! ¿Lo encuentra? ¡Pues vaya suelto el mundo! —gritó con gesto feroz—. ¿Está el mundo firme en su quicio? ¿Está firme o se tambalea?

Turnbull permanecía en silencio, y Maclan le dijo, mirando otra vez al suelo:

—Se tambalea, Turnbull. No puede sostenerse solo; usted sabe que no

puede. Y eso le amarga a usted la vida. Turnbull, este jardín no es un sueño, sino el cumplimiento de un apocalipsis. Este jardín es el mundo que se ha vuelto loco.

Turnbull ni movió la cabeza, aunque había estado escuchando todo el tiempo; con todo, el otro conoció que por vez primera escuchaba seriamente.

—El mundo se ha vuelto loco —dijo Maclan—, y se ha vuelto loco por nosotros. El mundo se toma el trabajo de cometer un error enorme por cada pequeño error que comete la Iglesia. Por eso ha convertido diez provincias en casas de locos; por eso, muchedumbre de gentes cabales se ven arrojadas a este innoble crisol. Ahora va a ser el juicio de este mundo. El Príncipe de este Mundo será juzgado, y lo será precisamente porque juzga. Al cabo, ésta es una solución sencilla de la disputa entre la esfera y la cruz...

Turnbull, por vez primera, se estremeció.

—La esfera y... —repitió.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Maclan.

—He tenido un sueño —dijo Turnbull, atropellada y oscuramente— en que veía la cruz doblada de un golpe, y la esfera intacta...

—Yo he tenido un sueño que representaba la cruz enhiesta y la esfera invisible. Ambos sueños venían del infierno. Tiene que haber un mundo redondo para hincar la cruz encima. La disparidad terrible consiste en que el mundo redondo no consentirá en seguir siendo redondo. Los astrónomos nos están diciendo siempre que tiene la forma de una naranja, o de un huevo, o de una salchicha alemana. Manejan este mundo viejo como si fuese una vejiga, y lo oprimen en mil formas sin forma. Turnbull, no podemos fiar en que la esfera sea siempre una esfera; no podemos fiar en que la razón sea razonable. Al final, el gran globo terrestre, estará desmochado, y únicamente la cruz se mantendrá en pie.

Hubo un silencio largo, y después dijo Turnbull titubeante:

—¿Ha reparado usted en que desde... desde esos dos sueños, o lo que fuesen...?

—¿Qué? —murmuró Maclan.

—Desde entonces —prosiguió Turnbull, en la misma voz sumisa—, desde entonces no hemos vuelto a requerir las espadas.

—Tiene usted razón —contestó Maclan, en voz casi inaudible—. Hemos encontrado una cosa que ambos aborrecemos mucho más que nos aborrecíamos antes el uno al otro, y creo saber cómo se llama.

Turnbull frunció las cejas y pareció vacilar un momento.

—Poco importa el nombre que usted le dé —contestó—, con tal de que no vaya usted por su camino.

A su espalda, las ramas crujieron de repente y se abrieron dando paso a un personaje que por su gran estatura señoreaba a Turnbull; con una inclinación arrogante y un mentón prominente, un mentón cuya forma se señalaba por modo extraño incluso en la sombra que hacía sobre el sendero.

—Ya ve usted que no es tan fácil —dijo Maclan entre dientes.

Ambos miraron al director en los ojos, un instante no más. Ojos llenos de cólera helada, glacial; especie de odio absolutamente inexorable. Por vez primera, su voz estaba desprovista de ironía. No era más sarcástica que puede serlo una clava de hierro.

—Antes de tres minutos estarán ustedes dentro de casa —les dijo con arrolladora precisión—, o hará fuego sobre ustedes la artillería de las ventanas. Se habla demasiado en este jardín; lo cerraremos. Allá dentro se ocuparán de ustedes.

—¡Ah! —dijo Maclan, con un largo suspiro de satisfacción—, entonces, tenía yo razón.

Y volviéndole la espalda se encaminó, obediente, al establecimiento. Turnbull pareció, durante unos minutos, dar vueltas en sus adentros al propósito de aporrear al director, y después cayó en el mismo fatalismo

casi mágico de su compañero. Por extraña manera, a los dos les parecía que cuanto más blandamente se sometiesen, con tanta mayor rapidez correrían los sucesos a un cataclismo.

XX. «Dies irae»

Al acercarse al manicomio levantaron la vista hasta las filas de ventanas superpuestas, y comprendieron la grave amenaza del director. Mediante la complicada y oculta maquinaria que corría como red nerviosa por todo el edificio, aparecieron asestados bajo el alféizar de las ventanas, formando otras tantas filas, sendos tubos de acero bruñido, frío prodigio de la artillería moderna. Dominaban el jardín entero, y la tierra comarcana, y habrían podido destrozar un cuerpo de ejército.

Esta silenciosa declaración de guerra había producido, evidentemente, pleno efecto. Cuando Maclan y Turnbull se encaminaban con paso firme, pero lento, al vestíbulo principal del establecimiento, vieron que los más, o en todo caso muchos de los pacientes, estaban ya reunidos allí, igual que el cuerpo de médicos y el regimiento completo de enfermeros y guardianes. Pero en cuanto penetraron en el vestíbulo, alumbrado con luz artificial, y tras ellos cerraron las grandes puertas de hierro y echaron los cerrojos, una nueva sorpresa les asaltó, y al vigoroso Turnbull le faltó poco para caerse. Porque tenía ante su vista un cuadro que, ciertamente, como había dicho Maclan, era el Día del juicio, o un sueño.

A pocos pasos de él, en una de las esquinas del cuadro formado por la gente, estaba Magdalena Durand, la joven que había conocido en la isla. Le miraba de frente, y su sonrisa tranquila iluminaba aquella escena de sombría locura con un recatado fulgor de hogar. Tenía, como de costumbre, echados atrás la cara cuadrada y el cuello, y en la jovialidad de sus ojos se notaba como una veladura letárgica. Turnbull vió a Magdalena, y durante unos momentos, a ella tan sólo; después, su vista abarcó todo el grupo estupefacto, y vió las caras que había visto en las semanas y los meses pasados. Allí estaba el tolstoyano del traje de franela, con su barba amarilla curvada hacia dentro y sus ojos y su nariz saltones, como si curioseasen un acertijo. Hablaba calurosamente con Mr. Gordon, el corpulento tendero judío a quien habían amordazado en su misma tienda. Allí estaba el rústico viejo y borracho de Hertfordshire hablándose solo con mucha energía. No solamente estaba Mr. Vane el juez, sino el secretario

de Mr. Vane. No solamente miss Drake la del automóvil, sino el chófer de miss Drake. Ninguna cosa desusada o fantástica hubiera producido en Turnbull tal impresión de pesadilla como aquel corro de caras conocidas. Con todo, sufrió una conmoción intelectual que sobrepujó a las demás. Se adelantaba con vivo impulso hacia Magdalena, cuando una especie de humildad rara le hizo vacilar. En tal punto vió detrás de Magdalena otra cara cuadrada, cara de luengas patillas grises y mirar austero. Era Durand, el padre de la joven; verlo Turnbull, fué la última y pésima maravilla de aquella noche monstruosa. Se acordaba de Durand; de su lucidez monótona, perdurable; de la estupefaciente sensatez de sus opiniones sobre cada cosa, de su colosal satisfacción con los axiomas, únicamente porque son verdad.

—¡Es espantoso! —exclamó para sí Turnbull—. Si él está en el manicomio, ya nadie queda fuera.

Se acercó más a Magdalena, titubeando aún, sobre todo porque ella le sonreía. Maclan había ya ido a reunirse con Beatriz, como quien usa de un derecho.

En esto, todas aquellas efusiones, desconcertantes aunque en parte amistosas, las cortó una voz cruel, que no siempre corrompía la sangre en las venas. El director, de pie, en medio del aposento, observaba la escena como un gran artista contemplaría el cuadro que acabase de terminar. De hermosa presencia, nunca los circunstantes habían percibido con tanta claridad lo que en su rostro era de verdad odioso, y, aun entonces, sólo podían expresarlo diciendo que las cejas arqueadas y el largo y enfático mentón le hacían parecer como iluminado desde abajo, igual que el rostro de un actor infernal.

—¡Es muy agradable esta reunión, sin duda! —dijo, chispeándole los ojos.

El director se proponía, evidentemente, decir más, pero antes que pudiese añadir cosa alguna, M. Durand había avanzado hacia él y estaba hablando.

Estaba hablando exactamente como un burgués de Francia habla al encargado de un restaurante. Esto es, hablaba con rapidez, con voz sonora, sin tomar aliento, pero sin incoherencia alguna, y, por tanto, sin emoción. Era una presteza firme, monótona, que no provenía aparentemente de la pasión, sino tan sólo de la razón corriendo a todo galope. Decía algo parecido a esto:

—Usted me rehúsa la media botella de Medoc, bebida saludable, a que estoy acostumbrado. Usted me rehúsa la compañía y la obediencia de mí hija, que la naturaleza misma impone. Usted me rehúsa la carne de vaca y de carnero, sin la disculpa de que estemos en Cuaresma. Ahora me prohíbe usted el paseo, cosa necesaria a una persona de mi edad. Es inútil decirme que todo eso lo hace usted en virtud de una ley. La ley descansa en el contrato social. Si al ciudadano se le despoja de las facultades y goces que tendría incluso en el estado de naturaleza, el contrato social queda anulado.

—No conduce a nada tanto hablar, señor —dijo Hutton, porque el director callaba—. Las ametralladoras dominan el establecimiento. Nosotros hemos obedecido las órdenes que teníamos. Usted debe hacer lo mismo.

—La maquinaria es perfectísima —asintió Durand, un poco fuera de propósito—, movida por petróleo, a lo que creo. Lo que pido a usted, únicamente, es que admita que si tales cosas caen por bajo del nivel de la barbarie, el pacto social queda anulado. Es un bonito punto de doctrina.

—¡Oh! ¡Estamos de acuerdo! —dijo Hutton.

Durand inclinó muy cortésmente la cabeza y se retiró.

—Muy agradable reunión —prosiguió el director, desdeñosamente—. Sin embargo, creo que algunos de ustedes están en duda acerca de cómo nos hemos reunido aquí todos. Lo explicaré, señoras y señores; explicaré todas las cosas. ¿A quién he de dirigirme especialmente? A Mr. Turnbull. Tiene espíritu científico.

Una protesta repentina se ahogó en la garganta de Turnbull. El director, tras una tosecilla de pura cortesía, prosiguió:

—Mr. Turnbull estará conforme conmigo cuando afirmo que desde hace mucho tiempo habíamos percibido en los círculos científicos el grave daño causado por la leyenda de la Crucifixión.

Turnbull refunfuñó algo que podría pasar por un asentimiento. El director continuó dulcemente.

—En vano alegábamos que el suceso no probaba nada; que de tales fanáticos hubo muchos, y muchas ejecuciones. Nos vimos obligados a

tomar el asunto por nuestra cuenta, a investigarlo con el espíritu de la historia científica, y ayudados por Mr. Turnbull y por otros, tuvimos la fortuna de poder anunciar que la pretendida Crucifixión no había ocurrido nunca.

Maclan alzó la cabeza y miró fijamente al director; pero Turnbull no levantó los ojos.

—Hemos descubierto que éste es el único modo de tratarlas supersticiones —continuó el orador—. Negarlas históricamente, y lo hemos hecho así, con buen resultado, en el caso de los milagros y otros por el estilo. Ahora, en nuestros mismos días, se ha movido un alboroto desdichado que amenazaba (como diría Mr. Turnbull) galvanizar el cadáver del cristianismo con una vida ficticia; me refiero al pretendido caso de un excéntrico que quería batirse por la Virgen.

Maclan, densamente pálido, dió un paso adelante, pero el orador no perdió su actitud llana ni detuvo el flujo de sus palabras.

—De nuevo insistimos en que nadie tenía por qué admirar ese duelo, que era una vulgar camorra, pero la gente es ignorante y novelesca. Dieron muestras de tratar al supuesto escocés y a sus adversarios como a héroes. Probamos a detener por todos los demás medios este culto reaccionario al héroe. Obreros que habían apostado sobre el duelo fueron a la cárcel por jugar a los prohibidos. Obreros que brindaban a la salud de uno de los duelistas fueron a la cárcel por embriaguez. Pero la excitación popular respecto del supuesto duelo, continuaba, y hemos tenido que volver a nuestro antiguo método histórico. Hemos investigado, con rigor científico, la historia del reto de Maclan, y tenemos la fortuna de poder informar a ustedes que la trama completa del duelo en proyecto es una fábula. Nunca ha habido tal reto. Nunca ha existido un hombre llamado Maclan. Es un mito melodramático, como el Calvario.

Ni un alma se movió, salvo Turnbull, que alzó la cabeza; pero cundió la sensación de un estallido tácito.

—La historia entera del reto de Maclan —continuó el director, dardeando a su auditorio con benignidad siniestra— proviene, como hemos demostrado, de las obsesiones de unos pocos tipos patológicos, que ahora ya tenemos a nuestro cuidado, por fortuna. Hay aquí, por ejemplo, una persona llamada Gordon, que tenía una tienda de antigüedades. Es

víctima de una enfermedad llamada Vínculomanía, o sea, la impresión de haber estado liado y atado. Tenemos también un caso de Fugacidad (Mr. Wimpey), que se imagina haber sido perseguido por dos hombres.

El tendero judío y el graduado magdalenense se destacaron del concurso, mostrando en el rostro la indignación que les movía, pero el orador continuó.

—Tenemos con nosotros una pobre mujer —dijo, con acento compasivo—, que cree haber ido en automóvil con los dos duelistas; es la ilusión de rapidez, tan conocida que no necesito explicarla. Otra infeliz mujer tiene simplemente la manía egoísta de haber sido la causa del duelo. Magdalena Durand pretende, efectivamente, que por ella se han batido Maclan y su enemigo, siendo así que, si ha existido el desafío, es seguro que empezó mucho tiempo antes. Pero no ha existido nunca. Nos hemos hecho cargo de todos cuantos pretendían haber visto tal cosa, y resulta que todos están desequilibrados. Por eso están aquí.

El director, exaltado un momento por la enorme sencillez de su triunfo, paseó una mirada por el ámbito, mostrando sus dientes perfectos, con una sonrisa de perfecta crueldad artística, y cruzando luego el vestíbulo desapareció por una puerta interior. Sus dos tenientes, Quayle y Hutton, permanecieron a la cabeza del gran ejército de enfermeros y guardianes.

—Espero que ya no tendremos dificultades —dijo el Dr. Quayle, bastante jovial, dirigiéndole a Turnbull, que se apoyaba con todo su peso en el respaldo de una silla.

Con los ojos bajos todavía, Turnbull levantó la silla una o dos pulgadas del suelo. Después, súbitamente, blandiéndola sobre su cabeza, la disparó contra el inquisitivo doctor, y dió tan terrible chasquido que una de las patas de madera salió rodando por el piso y el doctor, anhelante, se embutió en un rincón. Maclan dió una gran voz, recogió la pata rota de la silla, y precipitándose sobre el otro médico lo derribó de un golpe. Veinte enfermeros se lanzaron a capturar a los rebeldes; Maclan derribó a tres, y Turnbull se iba sobre otro cuando detrás de ellos resonó un grito denotando que alguna novedad pavorosa sucedía.

Dos de los tres pasadizos por donde se salía del vestíbulo se ahogaban de humo azul. Al momento siguiente, el vestíbulo estaba invadido por la humadera, y empezaron a volar chispas rojas, como abejas escarlata.

—¡Se quema la casa! —gritó Quayle, con un chillido de terror indecente—. ¡Oh! ¿Quién puede haber hecho esto? ¿Qué ha sucedido?

Un relámpago brilló en los ojos de Turnbull.

—¿Cómo se produjo la Revolución francesa? —preguntó.

—¡Oh! ¡Yo qué sé! —gimió otro.

—Pues yo se lo diré a usted —dijo Turnbull—. Se produjo porque a ciertas gentes se les antojó que un tendero francés era tan respetable como parecía por su aspecto.

Aún estaba hablando, cuando M. Durand, como para corroborar esas palabras, reapareció en el humoso vestíbulo, enjugándose con un pañuelo las manos manchadas de petróleo. Había pegado fuego a la casa, en estricto acuerdo con los principios del contrato social.

En tanto, Maclan dió un paso adelante, y se detuvo, agitado y terrible.

—Ahora —gritó, palpitante— es el juicio de este mundo. Los médicos se irán de aquí; los guardianes se irán de aquí. Nos dejarán encargados de la maquinaria y de las ametralladoras de las ventanas. Pero nosotros, los lunáticos, aguardaremos a perecer abrasados, con tal de que podamos verlos marcharse.

—¿Cómo sabe usted que nos iremos? —preguntó Hutton, furioso.

—Ustedes no creen en nada —dijo Maclan, sencillamente— y no pueden soportar el miedo a la muerte.

—Pero eso es un suicidio —dijo con burla el doctor—, señal dudosa de cordura.

—De ningún modo; es una venganza —respondió Turnbull con toda calma—, cosa enteramente normal.

—¿Cree usted que los médicos se irán? —dijo Hutton con rabia.

—Los guardianes ya se han ido —dijo Turnbull.

Hablando estaban cuando las puertas principales se abrieron al empujón

de un pánico brutal, y todos los funcionarios y dependientes del manicomio corrieron por el jardín adelante, persiguiéndolos el humo. Pero en el apretado grupo de los maníacos, nadie, ni hombre ni mujer, se movió.

—Aborrecemos la muerte —dijo Turnbull con aplomo—, pero más les aborrecemos a ustedes. Así triunfa una revolución.

Sobre sus cabezas se descorrió el cuarterón del techo mostrando un jirón de cielo, iluminado por las estrellas, y un objeto enorme, de metal brillante, con la hechura y las aletas de un pez, balanceándose como si estuviese anclado. En el mismo instante, una escala de acero se deslizó por el boquete hasta tropezar en el suelo, asomándose también el mentón hendido del misterioso director.

—Quayle, Hutton —dijo—, salgan ustedes conmigo.

Ambos treparon por una escala como muñecos movidos por un hilo.

Bastante después de haberse encaramado los médicos a la nave, el hombre del mentón hendido continuaba mirando de través a la muchedumbre afligida por el humo. Al cabo, con voz sedena y sonrisa de acabada satisfacción, dijo:

—A propósito, me asusta ser tan distraído. Hay un hombre, particularmente, de quien me olvido siempre, no sé cómo. Siempre me lo dejo en alguna parte. Una vez lo perdí en la cruz de la catedral de San Pablo. ¡Necio de mí! Ahora lo he olvidado en una de esas celditas a que habéis prendido fuego. Muy lastimoso... sobre todo para él.

Y haciendo un saludito jovial, trepó a su nave voladora.

Maclan estuvo inmóvil dos minutos, y después se lanzó por uno de los corredores asfixiantes, hasta que se encontró con las llamas. Turnbull echó una mirada Magdalena y le siguió.

Maclan, chamuscado el pelo, humeantes los vestidos, desolladas manos y cara, había adelantado lo bastante a través de los primeros obstáculos que ofrecían las maderas incendiadas como para situarse al alcance de voz, respecto de las celdas que ya conocía. Era imposible, sin embargo, ver el sitio donde, muerto o vivo, yacía el viejo; no ya a causa de la oscuridad, sino de la luz abrasadora e insufrible. El lugar de la celda del viejo idiota

era ya el centro de un bosque de fuego, con llamas tan espesas y amarillas como las mieses de un trigo. Los silbidos y chasquidos incesantes recordaban los clamores de una muchedumbre aullando contra un orador. Con todo, a través de aquella espesura ensordecedora Maclan creyó percibir un ruido más débil y distinto. Al oírlo, se lanzó adelante, como si fuera a sumergirse en aquel horno, pero Turnbull lo detuvo por el codo.

—¡Déjeme usted! —gritó Evan, con agonía—, es la voz de ese pobre mendigo viejo...; vive aún, y pide socorro.

—¡Escuche usted! —dijo Turnbull, desplegando un dedo la mano cerrada.

—¡Serán gritos de dolor! —protestó Maclan—. No puedo sufrirlo.

—¡Escuche usted! —repitió Turnbull, ceñudo—. ¿Ha oído usted a alguien pedir socorro o quejarse de dolor en ese tono?

Los débiles sonidos, penetrantes, que se oían a través del estrépito de la conflagración, eran, en efecto, de índole rara, y Maclan se volvió a su compañero, el rostro interrogativo y confuso.

—Está cantando —dijo Turnbull, sencillamente.

Un muro, todavía de pie, se derrumbó, aplastando el fuego, y al disminuir el estruendo, la voz del viejecito lunático se oyó más clara. En el corazón de aquel infierno al rojo blanco, estaba cantando como un pájaro. No era fácil seguir su canción, pero trataba, al parecer, de alegres esparcimientos en una pradera dorada.

—¡Bendito Dios! —dijo Turnbull, amargamente—. Cualquiera diría que es ventajoso ser idiota.

Después, acercándose al borde del fuego, gritó, por si acaso, al invisible cantor:

—¿Puede usted salir? ¿No tiene usted escape?

—¡Dios nos perdone! —dijo Maclan, estremeciéndose—. Ahora se ríe.

El invisible cantor, sin importarle la distancia a que se encontrara de perecer abrasado vivo, lanzaba el repique argentino y alegre de sus risas.

Al escucharlo, los ojos de Maclan empezaron a relucir, como si le hubiese acudido una idea maravillosa.

—¡Loco, salga de allí y sálvese! —llamó Turnbull.

—¡No, por el cielo! Esa no es la manera —gritó de repente Maclan—. ¡Padre —vociferó—, salga usted y sálvenos a todos!

El fuego, aunque había cedido en uno o dos sitios, era, en conjunto, más violento e indomable que nunca. Altas llamas brotaban por separado y se abrían sobre sus cabezas formando como las arcadas ígneas de una catedral del infierno, o como un bosque de árboles tropicales rojos, en el jardín del diablo. Más recias aún en la oscuridad purpúrea de la noche, la sumidad de las llamas brincaba una y otra vez, en vano, hacia las estrellas, como dragones de oro encadenados pero furiosos. Las torres y cúpulas del humo asfixiante subían y se alargaban lo bastante para sumir, al parecer, en una niebla como la de Londres a los planetas remotos. Pero si agotásemos todos los símiles desaforados para aquella escena desaforada, la impresión dominante respecto del fuego seguiría siendo el inflexible y ordenado rigor con que subían las llamas, y una especie de calma estrepitosa. Literalmente, era un muro de fuego.

—¡Padre! —gritó Maclan una vez más—, salga usted y sálvenos a todos.

Al dar Maclan tales gritos, Turnbull lo miraba fijamente.

Aquel bosque de fuego, tan alto y espeso, tenía que ser ya un portento visible en todo el contorno, por tierra y mar. Su fluencia roja iluminaba el largo bordo blanco de los navíos, aguas adentro en el mar del Norte, y revelaba como rubíes dardeantes las ventanas de las aldeas en las alturas lejanas. Los aldeanos o los marineros que estuviesen mirándolo, pudieron ver un espectáculo insólito cuando Maclan gritó por tercera vez.

La selva de fuego vaciló y quedó hendida por el centro, y entonces, toda una mitad se ladeó hacia una parte, como un trigal se ladea bajo el gravamen del viento. En efecto, parecía como si se hubiese levantado un viento fuerte que empujaba al fuego de través. El humo ya no ascendía a sofocar estrellas, sino que, humillado, se arrastraba por las tierras comarcanas, igual que la bandera ominosa de una derrota.

Pero no era el viento; o, si era el viento, es que había dos, soplando en

direcciones opuestas. Porque mientras una mitad de la enorme hoguera se vencía de un lado hacia las alturas de tierra adentro, la otra mitad, con una inclinación exactamente igual, se vencía al Este, hacia el mar. Así es que la tierra y el océano podían ver, donde sólo había habido una masa ígnea, una cosa dividida como una V, una lengua de fuego bífida. Si esto fué prodigio para los que estaban distantes, para los que estaban próximos hubo una cosa inefable. Cuando los ecos del último llamamiento de Evan sonaron y murieron en el estruendo universal, la bóveda de fuego sobre sus cabezas se abrió por en medio y, arrollándose en dos grandes olas de oro quedó suspensa a cada lado, y tan abultada, tan inofensiva, como dos colinas escarpadas flanqueando un valle. Por el centro de aquel barranco o cortadura, corría un senderillo, donde sólo quedaban cenizas, y por el senderillo adelante caminaba un viejecito cantando, como si se paseara a solas por una floresta en primavera.

Cuando Turnbull lo vió, alargó una mano, de súbito, y la puso en uno de los robustos hombros de Magdalena Durand, como si buscase apoyo. Tras un momento de vacilación, apoyó la otra mano en el hombro de Maclan. Sus ojos azules cobraron extraordinario brillo y hermosura. Muchos periódicos y revistas escépticos le han reprochado después de mala manera el abandono de las certidumbres del materialismo. Toda su vida, hasta aquel momento, había tenido por cierto, con la mayor probidad, que el materialismo era un hecho. Pero se diferenciaba de los que escribían en tales papeles precisamente en esto: que prefería un hecho, incluso al materialismo.

Conforme se fué acercando el cantor pequeñín, Evan cayó de hinojos, y un instante después, Beatriz lo imitó; luego Magdalena Durand cayó de hinojos, y, tras un momento bien cumplido, Turnbull la imitó. Entonces el viejecito pasó junto a ellos, cantando por el pasadizo de llamas adelante. Ninguno le miró el rostro.

Cuando hubo pasado, alzaron la vista. Mientras que el primer resplandor del incendio se proyectó hacia el Este y el Oeste, coloreando con su reflejo el bordo de los navíos; o arrancando chispas rojas de las ventanas de las casas, no se había lanzado a las alturas, porque tenía sobre sí la bóveda ponderosa y rococó de su propio y monstruoso humo abigarrado. Pero ahora el fuego tiraba a derecha e izquierda, como una cabellera femenina partida por en medio, y los dardos luminosos podían salir disparados hacia la cavidad de los cielos, hiriendo toda cosa, nube o pájaro. Hirieron una

cosa que no era pájaro ni nube. Lejos, muy lejos, en lo alto de aquellas enormes oquedades del espacio, una cosa volaba veloz, relumbraba brillantemente, una cosa que por su mismo brillo y rapidez extremados no podía ser un ave de los aires, por más que la claridad roja la iluminase desde abajo asemejándose al torso de un pájaro. Todos conocieron que era un barco aéreo, y todos conocieron cómo era.

Según estaban mirándolo, pareció que la manchita de luz se inclinaba levemente, y dos puntos negros se desprendieron de uno de los costados. Los ojos que, ansiosos, los observaban, veían que los dos puntos engrosaban en su precipitada caída. Entonces, alguien gritó, y ninguno siguió mirando a lo alto. Porque los dos cuerpos, más abultados a cada segundo en su vuelo, abiertos brazos y piernas y volcados en el resplandor del fuego, eran los cadáveres de los dos médicos que el profesor Lucifer se había llevado: el flaco y burlón Quayle, el frío y tosco Hutton. Vinieron a estamparse en lo más recio del fuego.

—¡Se han matado! —gritó Beatriz, cubriéndose el rostro—. ¡Oh, Dios! ¡Están perdidos!

Evan la rodeó con un brazo y recordó su visión.

—No, perdidos no están —dijo—. Están salvados. Al fin y al cabo, no se ha llevado sus almas.

Paseó una mirada vaga por el incendio, que ya cedía, y entre las cenizas aparecieron dos objetos brillantes que habían sobrevivido al fuego: su espada y la de Turnbull, caídas casualmente en forma de cruz.